

Selecta

Marian Viladrich

*Tu voz
entre un millón
de voces*

Tu voz entre un millón de voces

Marian Viladrich

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A mi padre, que ama tanto la música
(aunque no entiende nada de rock).*

A Rober, porque sin él esto no sería posible.

You got to lose to know how to win.

Dream On, Aerosmith.

Where do bad folks go when they die?

They don't go to heaven where the angels fly.

Lake of Fire, Nirvana.

Prólogo

Quince mil voces entonaron al unísono el estribillo de *Sleeplessness*, haciendo vibrar el aire de la gran sala de conciertos. Miles Baker sintió el subidón de energía por todo el cuerpo. Tal vez era toda esa gente electrizada con su música, cantándola con adoración hasta desgañitarse, con los brazos en alto y los rostros sudorosos. Tal vez era el golpe final de adrenalina que producía su cuerpo para hacer frente a los últimos minutos de una larga y extenuante gira. O, quizás, solo era el éxtasis que se había metido un rato antes. No importaba. En ese momento, en ese instante, con la música invadiéndolo todo, se sintió invencible. Intercambió una mirada con James Hathaway, cuyas manos mágicas parecían volar sobre el teclado, y vio una sonrisa feliz cruzar el rostro de su amigo. James hizo un gesto de fingida incredulidad, y el cantante y guitarrista de The Wave entendió perfectamente aquella comunicación sin palabras. «Tío, ¿cómo hemos llegado hasta aquí?», parecía preguntarle el teclista desde el otro lado del escenario, mientras la gente voceaba su canción. El tercer miembro del grupo, Aaron Reynolds, interrumpió aquella conversación silenciosa con un poderoso solo de batería que daba la entrada a la última estrofa de Miles.

—¡Gracias, Nueva York! ¡Es bueno estar en casa otra vez! —aulló el cantante antes de que la música acabara y los asistentes se alzaran en una algarabía de chillidos, aplausos y silbidos. El concierto había terminado y era momento de celebración.

Miles palmeó la espalda de James mientras abandonaban el escenario. Aaron los seguía con aspecto eufórico.

—Bien, chicos, muy bien. Ha sido un buen cierre de gira.

Gerry Fisher, su representante, se frotó las manos, satisfecho; sus pequeños ojos oscuros brillaban y su calva sudorosa relucía bajo las luces del *backstage*. Estaba exultante. La gira de The Wave había sido todo un éxito, salvo el desastre de Albuquerque, donde todo lo que podía salir mal salió peor. Pero el resto del itinerario supuso un éxito tras otro: Phoenix, San Diego, Los Ángeles, Pomona, Las Vegas, Reno, Sacramento, Eugene, Portland, Spokane, Seattle... Mes y medio sin parar, con conciertos casi diarios en buenas salas y con el cartel de «No hay entradas» colgado en taquilla. La banda, que había sacado a la venta su segundo disco en navidades, vivía su mejor momento. En una época en la que el rock parecía haber quedado relegado como música para minorías, The Wave lideraba las listas de ventas, llenaba salas y recopilaba críticas entusiastas.

Los músicos, contentos y cansados, se dirigieron hacia la zona de camerinos, mientras el resto del equipo los felicitaba. Gerry entró con los chicos en la sala reservada al grupo.

—La cosa está un poco eufórica ahí fuera, así que vamos a esperar a que se calme antes de sacaros. Relajaos aquí y os avisaremos cuando los de seguridad lo vean claro. No queremos que pase como en Los Ángeles.

Miles se rio al recordar el caos a la salida del concierto de LA. Los tres llegaron al coche con la ropa hecha jirones, moratones en las piernas y marcas de arañazos en los brazos y el torso. No había sucedido nada grave, pero su representante se había asegurado de que la situación no se repitiera con un mejorado plan de seguridad.

En la sala todo estaba listo para recibir a los músicos. Ian, o Brian, o como se llamara el último asistente de la banda (Miles era incapaz de recordarlo), había procurado que estuvieran cómodos mientras esperaban a que los hombres de seguridad consideraran la zona despejada y los chicos pudieran dirigirse al hotel para darse una ducha. Después, los llevarían a la gran fiesta de fin de gira que había organizado la discográfica para celebrar el éxito del grupo. Ian/Brian parecía salido de un coro religioso, pero debía de ser por las gafas redondas y aquel corte de pelo tipo monaguillo, porque en realidad se conocía a todos los camellos de la costa este y buena parte de la oeste, reflexionó Miles, mientras echaba un vistazo alrededor. Sí, el chico era bueno en su trabajo: mucho alcohol, comida, chicas... No faltaba de nada. Ian/Brian se acercó a Aaron, chocaron los puños al tiempo que emitían una especie de gruñido y, después, ambos desaparecieron hacia un lateral de la sala para compartir lo que fuera que había conseguido el ayudante. James ya tenía en la mano una cerveza helada y, tirado en un sofá, le hizo un gesto a una de las chicas para que se acercara. Dos segundos después la tenía de rodillas frente a él y el teclista de The Wave, con los ojos cerrados, los pantalones bajados y la cabeza echada hacia atrás, se había olvidado del mundo.

Miles abrió una cerveza. Tenía sed y toda esa adrenalina corriéndole aún por las venas. Quedaban por ahí varias chicas, las mismas *groupies* de siempre que los seguían de ciudad en ciudad, dispuestas a ofrecerse a cualquiera de la banda o incluso del equipo, porque una vez que el trío estaba ocupado, no hacían distinguos. Había estado con la de los rizos teñidos de color rosa chicle después del desastre de Albuquerque. Un poco chillona, pero sabía mover el cuerpo y era todo lo que necesitaba en aquel momento. Hizo un gesto en su dirección y ella, con una sonrisa maliciosa, se dirigió hacia él. Miles bebió un trago largo de cerveza, la dejó sobre una mesa y arrastró a la chica hacia el rincón más oscuro de la sala. Ni siquiera se molestaría en buscar un poco más de intimidad. ¿Qué más daba? Aquel pudor entre la banda y las chicas se había perdido tiempo atrás, así que se limitó a acomodarse en un sillón y esperar su premio. La chica del pelo rosa se abrió la camisa y se subió la falda antes de ponerse a horcajadas sobre el músico. Sin besos. A Miles nunca le habían gustado demasiado y a su compañera tampoco parecían hacerle falta. Se acariciaron durante un rato con cierta rudeza, aunque ella hizo la mayor parte del trabajo, y luego la chica sacó un condón de algún bolsillo oculto en sus ropas, lo manipuló con rapidez y al

instante Miles estaba dentro de ella. La mordió en el cuello, porque recordó que a ella le gustaba (en Albuquerque había suplicado varias veces que la mordiera con fuerza), y eso pareció excitarla más. Lo cabalgó con furia y Miles se corrió enseguida, sintiendo que toda la adrenalina, toda la energía, resbalaba por su cuerpo, dejándolo relajado, pero con esa sensación de vacío que solía quedarle cuando tenía sexo estando colocado.

La chica del pelo rosa le dirigió una sonrisa torcida antes de levantarse, recomponer sus ropas y regresar junto a sus compañeras. Todas conocían ya a Miles y sabían que no le gustaba que siguieran a su alrededor después del polvo. Seguramente pensaban que era un capullo, pero seguían volviendo igual. «El irresistible aura de la fama», pensó el joven con ironía mientras se abrochaba los pantalones. Se encendió un cigarrillo (sí, estaba prohibido fumar, pero ¿quién iba a decirle nada al nuevo dios del rock?), cogió otra cerveza y se dejó caer sobre el sofá junto a James, que, ya con las ropas en su sitio, charlaba con un par de chicas mientras comían sándwiches y bebían cerveza.

James caía bien a las chicas. Siempre amable y con ese aspecto de no haber roto un plato en su vida, incapaz de esconder que venía de una familia con dinero. Todo él, pese a la ropa extravagante para el concierto, el marcado delineador en los ojos, las uñas pintadas de negro y el corte de pelo desordenado, exudaba colegios de pago, equipos de *lacrosse* y vacaciones en los Hamptons. Él se aprendía los nombres de las chicas, incluso de aquellas *groupies* locas que los seguían por todo el país, conocía algunos detalles personales de sus vidas y a veces hablaba con ellas de música o de cine, aunque más bien eran monólogos del teclista ante su extasiada audiencia. No significaba que le importaran más que a Miles, claro, pero James les daba cierta sensación de familiaridad que las embelesaba: un ídolo al que no le importaba bajar de su pedestal para dedicarles unos preciosos instantes de su completa atención. De vez en cuando salía con alguna chica. No las *groupies*, por supuesto, sino alguna modelo de muslos escuálidos y gesto altivo a la que veía un puñado de veces cuando conseguían cuadrar agendas. Trataba de serles fiel y tenía más éxito en su empeño que Aaron, al que no parecía importarle tener una esposa en algún lugar de Illinois.

—No ha ido mal, ¿eh?

James interrumpió la conversación para mirar a su amigo con una sonrisa soñadora en los labios.

—Vamos a salir en todas las noticias. A mis padres les va a dar algo. —Se rio entre dientes, incapaz de ocultar su satisfacción.

Miles también se rio.

—Tío, ¿cómo hemos llegado aquí? —preguntó, verbalizando la misma frase que se habían dicho en silencio sobre el escenario.

—No tengo ni idea. Ha ido todo a tal velocidad que casi ni lo recuerdo.

Pero Miles sí que lo recordaba. Aquel concierto en el Pearl lo cambió todo, aunque en aquel momento no lo supieran. Sucedió tres años atrás, cuando el cantante de The Wave vivía en aquel

piso mugriento de Bushwick, tocaba en locales de mala muerte, pasaba de un trabajo temporal a otro y pinchaba en una discoteca para poder pagar el alquiler del local de ensayos, hacer tres comidas decentes a la semana y costearse un par de vicios. Uno de sus vídeos musicales, en una terrible grabación *amateur* realizada por un amigo de James que estudiaba en Columbia, les había proporcionado miles de visitas en YouTube y abierto las puertas al Pearl, un local de Williamsburg muy popular en el circuito rockero neoyorkino. Allí se reunían los amantes del género para escuchar bandas poco conocidas pero con un futuro prometedor, seleccionadas por Jeremy Rogers, una leyenda del rock y uno de los dueños del local.

Aún era capaz de recordar la emoción con la que enfrentaron aquel concierto. En realidad, les parecía lo más natural del mundo actuar en el Pearl. Aquel era su sitio y ya era hora de que se lo reconocieran. Se lo merecían después de los miles de ensayos, de haber tocado en bares cutres por todo el estado, de los actuaciones que algún empresario sinvergüenza les dejó sin pagar, de pequeñas giras por lugares inhóspitos, de llamar a todas las puertas sin recibir respuesta, de navegar a través de las saturadas aguas musicales de Internet tratando de darse a conocer. Cuando llegó la oportunidad de tocar en el Pearl, los chicos de The Wave estaban listos para comerse el mundo, tan seguros de sí mismos que Miles se atrevió a cambiar la letra de una de las canciones en el último momento para hacer rabiar a una chica que no le hacía caso, una de las pocas que había rechazado meterse en su cama. Se lo dijo a los chicos en la furgoneta, mientras iban de camino al local y Aaron encontró divertida su pequeña venganza. James protestó un poco, pero al final optó por dejar que Miles, como siempre, se saliera con la suya.

El concierto en el Pearl había sido todo un éxito, pero estaban tan colocados que no fueron demasiado conscientes de la magnitud del clamor, de lo exquisitamente bien que habían tocado y que incluso la canción con la letra cambiada en el último momento (Miles no recordaba con exactitud las palabras utilizadas, pero salió una letra bastante mala, llena de vulgaridades) era musicalmente tan buena que causó furor. El público estaba entregado y algún cazatalentos andaba por la sala, porque dos días después se encontraron en el despacho de Gerry Fisher escuchando la propuesta más asombrosa. Y, entonces sí, todo fue a una velocidad vertiginosa: empezaron los ensayos extenuantes, dieron algunos conciertos cuidadosamente seleccionados por Gerry, y una chica de pelo azul se hizo cargo de sus redes sociales, de mover su música por la red y de ponerse en contacto con algunas emisoras locales de radio. Grabaron un par de maquetas en un buen estudio del East Village, ofrecieron más conciertos, rodaron un vídeo profesional que colapsó YouTube y fue brevemente mencionado en un programa de la MTV, tuvieron reuniones con varias discográficas, firma de contratos, más grabaciones tras pulir las canciones de la banda, más ensayos... Una estilista y su equipo transformaron el estilo descuidado de los chicos en otro estudiadamente descuidado y hubo sesiones de fotografía, presentación del primer disco, entrevistas, ensayos, conciertos, más entrevistas, más conciertos, festivales de verano... Su música se escuchaba en todas partes e incluso llegó a sonar en la temporada final de una conocida serie de médicos.

En las giras, los hoteles de mala muerte de los primeros *tours* dieron paso a hoteles medios y después a *suites* impresionantes. Salían en las revistas y los invitaban a todas las fiestas, donde todo estaba a su alcance, donde nadie les negaba nada, donde todo era un carrusel desenfrenado. Cambiaron cinco veces de ayudante el primer año, porque Miles y James tenían aquella ridícula competición por ver quién se ligaba primero a las asistentes del grupo, hasta que Gerry, harto, decidió que solo contrataría chicos para el puesto.

Tras la gira europea, fueron nominados a varios premios, ganaron un par de ellos, lo celebraron con una barra libre que duró tres días y se tomaron unos meses de descanso para componer el segundo disco. La discográfica apretaba y quería aprovechar el éxito de la banda antes de que se pasara de moda. Pero no se pasó de moda. Más ensayos, más grabaciones (esta vez en el mítico estudio de la calle 8), más conciertos, más sesiones fotográficas, más entrevistas, más rodajes de vídeos musicales, más nominaciones, más premios, más dinero, más hoteles, más fiestas locas, más chicas sin nombre, más alcohol, más drogas. La vida iba a toda velocidad y los chicos de The Wave estaban en la cresta de la ola.

—Eh, chicos, nos vamos —anunció Ian/Brian al tiempo que entregaba a las *groupies* unos pases para la fiesta que había organizado la discográfica en una conocida discoteca.

Miles, James y Aaron abandonaron la sala, rodeados de un montón de gente. Los sacaron por una puerta lateral y, aunque la calle estaba bastante despejada, aún quedaban varios grupos de *fans* que los recibieron con gritos y pancartas. James, sonriente, estrechó manos, firmó autógrafos y se hizo fotos con todos los que se acercaron. «Parece un puto político», pensó Miles con el ceño fruncido. Como si les hiciera un inmenso favor, el cantante accedió a hacerse un par de fotos con algunos seguidores, pero mantuvo el rictus serio y el gesto altivo propio de una estrella del rock. Era intocable y su público adoraba eso.

Tardaron un rato en llegar a la limusina, donde Gerry los esperaba repantingado sobre uno de los asientos, mientras tecleaba frenético en el móvil.

—Ha estado bien, ¿eh, chicos? Pero que muy bien —masculló de nuevo con su sonrisa satisfecha—. Ahora tenéis unas semanas de descanso antes de volver a la carretera. Tenemos hueco en unos cuantos festivales, una sesión en Boston, un par de conciertos en Canadá y después gira por Europa. A la vuelta, en septiembre, tenemos contratado un *tour* por Medio Oeste, luego México y, por último, Australia. Ya os pasará Ian el calendario. Van a ser unos meses duros, así que os recomiendo que aprovechéis estas semanas para descansar y coger fuerzas.

—Gerry, me aburres con tanta planificación —interrumpió Miles con tono indolente, al tiempo que se encendía un cigarrillo.

—No te pases, Baker —gruñó el agente. Después, le arrancó el cigarrillo que el músico sostenía entre los labios y lo tiró a través de la ventanilla—. Nunca habéis tenido una gira tan intensa. He visto a tipos mucho más duros que tú incapaces de enfrentarse a esto. Si crees que estas semanas han sido agotadoras, espérate a lo que viene. Ni comparación con la gira del año pasado. Y no creas que ahora vas a estar de vacaciones. No tenéis conciertos, pero sí promoción.

Para empezar, mañana tienes la entrevista de *Voices*, a James lo esperan en la WNYU[1] y a Aaron le toca sesión de fotos.

Miles chasqueó la lengua con fastidio. Había olvidado por completo la entrevista de *Voices*. Hacía meses que Candy, o Sandy, o Randy (o como se llamara la chica del pelo azul), había concertado la entrevista, pero habían tenido que posponerla un par de veces. *Voices* era una conocida revista que llevaba más de veinte años ofreciendo una visión arriesgada de la actualidad nacional e internacional en materia política, económica, cultural y tecnológica. Con demolidoras columnas de opinión, entrevistas audaces y reportajes sólidos realizados por rigurosos periodistas que no le bailaban el agua a nadie.

—Tienes que estar despejado mañana, ¿me oyes, Miles? No es una entrevista para una revista de quinceañeros ni para un blog de un fan entusiasta. Es *Voices* y no pararán hasta sacar lo peor o lo mejor de ti.

Miles hizo un gesto desdeñoso con la mano. Le fastidiaba tener que madrugar para hacer una entrevista, pero llevaba tres años lidiando con periodistas y sabía darles lo que querían. Un buen titular, un par de frases llamativas y unas cuantas fotos con aspecto de ángel caído. Podía hacerlo con los ojos cerrados.

Llegaba tarde a la entrevista, cansado y con una resaca de campeonato. La fiesta había continuado en casa de uno de los productores y Miles no recordaba cómo había llegado a su piso del Soho, por qué Aaron se había peleado con el tío de la camisa con calaveras ni qué había sido de la pelirroja que había compartido con James.

Mandy, Brandy o Tandy, o como se llamara su jefa de prensa, lo esperaba en el vestíbulo del hotel The Standard. Daba largos paseos de un lado a otro, sin ocultar su nerviosismo, y, de vez en cuando, tironeaba de uno de sus cabellos azules. Era guapa, algo gruesa, pero atractiva, con ese montón de pecas en la nariz y la barbilla redondeada, con *piercings* en orejas, labio y nariz y, según había explicado ella misma en una fiesta legendaria en casa de Aaron, un inmenso tatuaje en la espalda de un fénix en llamas, aunque Miles solo había visto las lenguas de fuego que subían por su nuca cuando se recogía el pelo. La chica jugaba en el otro bando y tenía una especie de novia cerebrita que trabajaba en un laboratorio. Siempre estaba dando órdenes, regañando a James por subir fotos a Instagram sin que ella les diera el visto bueno y molesta con Miles porque se negaba a tener una cuenta en Twitter a través de la cual vomitarle chorradas al mundo. Ya lo hacía con sus canciones, así que no necesitaba hacerlo gratis y a diario en una red pública donde todo el mundo pensaba que tenía algo interesante que decir. Si él tenía algo interesante que decir, le ponía música.

—Llegas tarde y tienes un aspecto horrible —chilló su jefa de prensa en cuanto lo vio—. Hamilton lleva veinte minutos arriba. Ya puedes disculparte y tomarte en serio la entrevista. Esto es *Voices* y han mandado a su mejor entrevistador. Te va a despellejar vivo...

—Para ya, Brandy. Da las gracias que he venido y solo porque Brian se ha presentado en mi casa y me ha obligado a salir. Tengo una buena resaca y estoy de bastante malhumor, así que por mí el periodista ese puede...

—Andy, mi nombre es Andy, o Andrea, si lo prefieres. Llevo tres años trabajando contigo. Podrías hacer el esfuerzo de recordar mi nombre alguna vez. Y es Ian, no Brian —lo cortó la chica airada, mientras entraban en el ascensor—. Esto es serio. Tyler Hamilton no es uno de esos blogueros que besan el suelo que pisas. Es un periodista de verdad, de los que destripan senadores para desayunar y se meriendan a los banqueros más arrogantes.

—Estoy temblando, An-dy —pronunció su nombre muy despacio, remarcando cada sílaba. Después se quedó pensativo un rato—. ¿Tyler Hamilton has dicho? Me suena ese nombre, pero ahora no caigo...

Siguió a Andy por el pasillo hasta la *suite* que había alquilado la revista. Amplios ventanales del suelo al techo ofrecían una espectacular vista del río Hudson y el mobiliario, moderno y de calidad, tenía un aire sofisticado y al mismo tiempo confortable. Una camarera del hotel estaba sirviendo un completo servicio de desayuno, una maquilladora esperaba sentada en una silla de aspecto incómodo y en un rincón el fotógrafo terminaba de preparar su equipo. Junto a una de las ventanas aguardaba un hombre rubio, que debía rondar la treintena. Se acercó a Miles con la mano extendida, pero el gesto serio. Mierda... Tyler Hamilton... Lo reconoció de inmediato. De todos los periodistas de la ciudad, sin duda ninguno debía odiarlo más que aquel tipo. Solo lo había visto dos veces, pero no lo había olvidado.

—Tyler, siento la espera, pero ya estamos aquí —dijo Andy. La chica empezó a hacer las presentaciones, pero Miles la cortó con un gesto vago.

—Ya nos conocemos.

A los labios del periodista asomó media sonrisa burlona. Sus ojos castaños tenían un brillo acerado y parecía estar disfrutando el momento. Miles lo sabía: no iba a salir indemne de aquella entrevista y, en realidad, lo merecía. Aunque Hamilton al final se había llevado a la chica, ¿no? Eso debería atenuar un poco sus ganas de revancha.

Tyler Hamilton estaba aquella noche en el Pearl, cuando todo cambió para los chicos de The Wave. Iba como acompañante de una de las compañeras de piso de Miles: Alison. Alison Parker. Resultaba curioso cómo había perseguido a aquella chica durante meses y en aquel momento le costaba recordar los rasgos de su rostro. En realidad, no se trataba de ella, sino el desafío que suponía su indiferencia. Era un par de años mayor que Miles, recién licenciada y trabajaba de maestra en un colegio de Battery Park. Venía de algún lugar perdido de Carolina del Norte. One Tree Hill u Oak Hill o algo así, aunque había estudiado en Boston. La chica era más que guapa. Rubia, ojos azules, de rostro angelical y figura esbelta. Del tipo buena chica, que nunca le había resultado demasiado interesante, ni siquiera de adolescente. ¿Para qué iba a querer él una buena chica? No, definitivamente no eran su tipo, a pesar de que ellas parecían sentirse atraídas por él y más de una creyó que sería la elegida para sacar a la luz el lado sensible del salvaje rockero.

Sin embargo, Alison era diferente: tímida, aunque con carácter, y no le impresionaba el masculino atractivo de Miles Baker. En realidad, sus compañeros de piso no le gustaban demasiado a la maestra, pero no podía permitirse una renta más alta, así que tuvo que aguantarse. El músico era el que menos le gustaba de todos y lo evidenciaba cada vez que hablaba con él. Miles estaba acostumbrado a que las chicas lo encontraran irresistible, incluso aquellas a las que caía mal, y el rechazo de Alison lo descolocaba. Así que durante varios meses persiguió a la joven con un coqueteo burlón y poco sutil que ella rechazaba con exasperación.

No estaba enamorado de Alison, tan solo le parecía un poco más interesante que el resto de las chicas y le gustaba que supusiera un reto, pero no tenía nada que hacer con ella y fue entonces cuando se le ocurrió aquella broma, la de cambiar la letra de una de las canciones nuevas para dedicársela a Alison, que iba a acudir al concierto. La vio en el Pearl poco antes de subir al escenario, mirando embobada al tal Tyler Hamilton, que tiempo atrás había sido su vecino, su amigo o su novio, vaya uno a saber qué. Cuando fue a saludarlos, trató de marcar su terreno, pero supo que se estrellaba contra un muro. Alison estaba pegada como una lapa a aquel tipo y él parecía encantado. Así que Miles subió al escenario, ofreció uno de los mejores conciertos de su vida y para terminar cantó la canción de Alison, después de dedicársela. No recordaba las palabras que utilizó, iba demasiado colocado para ello, aunque sabía que no fue una canción bonita.

No vio a Alison después del concierto, pero al día siguiente se cruzó con ella en el portal. Estaba sacando sus cosas del apartamento, ayudada por ese individuo. Quiso disculparse, porque sabía que se había pasado, pero ella no lo escuchó. Hamilton parecía tener ganas de partirle la cara. Sin embargo, se contuvo y dejó que Alison librara su propia batalla con la valentía de una leona. Se fue con ese tío, la secretaria de Gerry llamó aquella misma tarde para concertar la cita que cambiaría la vida de los chicos de *The Wave* y el músico no volvió a saber de la pareja. Y, tres años después, Tyler Hamilton, que resultaba ser uno de los periodistas estrella de *Voices*, estaba frente a él. Si Mandy/Candy/Andy estaba en lo cierto y era un entrevistador tan temible, Miles no iba a pasar un buen rato.

—No pensé que te acordarías de mí —repuso Tyler con tranquilidad, mientras le indicaba con un gesto que se acomodara en el sofá circular situado frente a uno de los ventanales. Brandy/Randy despidió a la camarera y, viendo que Tyler y el fotógrafo ya tenían sus propios cafés, se sirvió uno, ignorando deliberadamente a Miles.

—Me acuerdo más de Alison —mintió Miles con una sonrisa torcida, pero se arrepintió en el acto de su bravuconería. La mirada de Tyler se endureció y la leve tensión de su mandíbula no auguraba nada bueno.

—Creo que será mejor que no te acuerdes demasiado de mi mujer.

Así que se habían casado, pensó Miles. No debería jugar con fuego, pero no podía evitarlo, era algo superior a sus fuerzas. Nunca había tenido el instinto de supervivencia demasiado desarrollado.

—Alison era... una chica muy especial —empezó a decir con voz ronca. La mano de Hamilton cayó sobre su hombro izquierdo. Parecía calmado, pero Miles sintió un agudo pinchazo en el hombro ante la presión de sus dedos. El periodista se inclinó hasta que los ojos de ambos quedaron a la misma altura, en un gesto claramente amenazador.

—Deja a mi mujer fuera de nuestra conversación —señaló, pronunciando muy despacio cada palabra, mientras miraba al músico con los ojos entrecerrados. Luego se separó de él, tomó asiento, clavó la mirada en el Hudson y recuperó su aspecto calmado—. Me acuerdo bien de aquel concierto. Siempre me ha gustado la música rock, pero no conocía a vuestro grupo. Ni siquiera había estado antes en el Pearl. Fue todo un descubrimiento aquella sala. Volví otras veces por allí y siempre encontré grupos que merecían la pena.

Miles se relajó y durante un largo rato hablaron de aquel concierto (aunque eludieron la ominosa canción final), del Pearl, de la llamada de Gerry que les cambió la vida, de la música que estaban haciendo en aquel momento, de la próxima gira... Saltaban de un tema a otro y Miles, sorprendido por la fluidez con la que podía conversar con Tyler Hamilton, se dejó llevar. Hablaron de cultura, de política, de la música comercial, de la piratería, del uso de Internet por parte de los nuevos músicos, de los intereses de las discográficas... En un momento dado, Miles echó un vistazo al reloj de su móvil.

—Oye, tío, llevamos una hora de charla. ¿No crees que deberíamos empezar la entrevista?

Una sonrisa burlona cruzó el rostro de Tyler Hamilton.

—Llevamos una hora de entrevista, Baker. No sé qué creías que estábamos haciendo...

Miles lo miró boquiabierto. Estaba acostumbrado al formato pregunta-respuesta cuando lo entrevistaban. Siempre le preguntaban las mismas tonterías: qué artistas lo inspiraban, cuál era su comida favorita, qué buscaba en una mujer, cuál era su canción preferida, cómo se llevaba con el resto del grupo... Pero Tyler no le había hecho ni una sola pregunta. Había mantenido una conversación inteligente, saltando de un tema a otro, como si fueran dos amigos tomando una cerveza, y el músico había dado controvertidas opiniones sobre el mundo de la música y sobre los temas de actualidad más candentes, como las leyes de inmigración o la pena de muerte. En distintos momentos habían hablado sobre *The Wave* y su música, pero también sobre otros grupos, con los que había sido especialmente crítico. Muy crítico. Dio un rápido repaso mental a la conversación mantenida y asintió satisfecho. No le importaban sus polémicas opiniones: le encantaba desafiar y *Voices* no habría querido entrevistarle si no hubiera sido tan provocativo. Iba a ganarse unos cuantos enemigos con aquella entrevista, pero no le importaba en absoluto.

—Me gustaría profundizar un poco más en vuestra música, porque tengo la sensación de que esas letras tan crípticas tienen varias lecturas. Por ejemplo, dicen que *So Good* es una de las mejores canciones de amor de los últimos diez años.

—Eso dicen... —Miles esbozó una sonrisa ladeada, algo canalla, esa que siempre utilizaba con las chicas y los fotógrafos—. Solo que no es una canción de amor. Jamás he escrito una canción de amor.

—¿Nunca? ¿Un músico que no escribe sobre el amor? Siempre ha sido uno de los temas favoritos, incluso para los rockeros más duros. ¿Por qué The Wave no canta al amor... o al desamor, que es la otra cara de la moneda? —Tyler parecía sorprendido y, por primera vez en toda la entrevista, mostró auténtica curiosidad.

—No puedo escribir sobre algo que no he sentido nunca y que ni siquiera creo que exista.

Tyler lo observó con seriedad.

—¿Nunca te has enamorado?

El músico negó con la cabeza, sin perder la sonrisa burlona, pero poco dispuesto a profundizar en sí mismo. No iba a abrir su alma ante nadie y menos aún ante un periodista. Sin embargo, Hamilton no insistió. Lo miró largamente, casi con lástima, lo que irritó al rockero, pero después volvió a *So Good*. Miles no tuvo ningún problema en explicar que, en realidad, la canción era un elogio a las drogas. Tyler no pareció escandalizado.

—¿No dices nada? —inquirió Miles con malicia.

—¿Creéis que sois los primeros en consumir drogas? ¿Los primeros en reconocerlo públicamente? ¿O en dedicar una canción al tema? No sois muy originales. Los Rolling, Guns N' Roses, Red Hot Chili Peppers, Aerosmith, The Doors... Hasta Los Beatles tienen su *Lucy in the Sky with Diamonds*. Rock y drogas... No es demasiado original.

Pese al tono desdeñoso del periodista, Miles creyó que aquel sería el titular de la entrevista, que la mejor canción de amor de la década era, en realidad, un himno que ensalzaba las drogas, o, tal vez, alguna frase de sus controvertidas opiniones políticas, pero en el siguiente número de *Voices*, con un Miles Baker fotografiado en la azotea del hotel, subido a la barandilla de la terraza, con los brazos extendidos, sus espectaculares ojos verdes mirando al cielo y con aspecto de estar a punto de caer de espaldas sobre el río Hudson, en una imagen que se convertiría en icónica, se leía: «Jamás he compuesto una canción de amor». Parecía una frase tonta, pero el país entero habló del tema durante semanas.

The Wave se marchó de gira antes de que saliera la revista. Seis meses después, en un hotel de Sydney, en el baño de una impresionante habitación con vistas a la bahía, Aaron Reynolds, batería del grupo, fue encontrado muerto por sobredosis. Y todo volvió a cambiar.

Capítulo 1

Decenas de chicas se agolpaban en los pasillos, porque no cabían en la sala de espera. Chicas con el aspecto más variopinto, aunque predominaban las ropas oscuras, los vaqueros rotos, atrevidos cortes de pelo, *piercings* y tatuajes. Hablaban tan alto que la recepcionista, una mujer de mediana edad con los ojos demasiado maquillados y el ceño fruncido, tuvo que exigirles silencio antes de volverse hacia la recién llegada con gesto amable.

—¿Qué quieres, cariño? —preguntó con dulzura, todavía mirando de reojo a las escandalosas chicas que invadían todo el espacio.

—Quiero presentarme a las audiciones.

Sin moverse del mostrador, la estudió escéptica, recorriéndola de arriba abajo con los ojos.

—Es una audición para un grupo de rock, cielo —explicó. Habló con cierta lentitud, como si quisiera hacer entender a la joven un mensaje oculto.

—Lo sé. Quisiera presentarme.

La recepcionista miró incrédula a la chica que tenía frente a ella y que parecía una universitaria cualquiera, no una rockera. El cabello largo y rubio recogido en una cola de caballo, vaqueros, camiseta de algodón de manga corta, Converse, pendientes discretos, mochila de cuero colgada al hombro y una guitarra acústica guardada en una funda oscura colgada al hombro. Mantenía la espalda erguida, hablaba con voz suave y educada y sus gestos desprendían cierta distinción propia de la gente con dinero. No, aquella chica no pegaba nada en aquel ambiente. Debería estar sentada en un aula de la facultad, estudiando Derecho o Literatura, no presentándose a una audición de música rock, pero le entregó igualmente un formulario para que lo rellenara y, cuando se lo devolvió, señaló hacia la sala de espera.

—Puedes esperar con el resto de las chicas. Os llaman por orden.

Kaylee Howard buscó un sitio en el que acomodarse, pero todo parecía estar invadido. Optó por sentarse en el suelo, entre una chica con un camino de clavos ascendiéndole por la mejilla izquierda hasta la ceja y otra con el tatuaje de una serpiente deslizándose por su cuello. Se hizo algo de silencio mientras se acomodaba y alguien masculló un «¿Qué pinta aquí la princesa?», pero Kaylee ignoró las miradas desdeñosas, sacó su iPod, se colocó los auriculares y se olvidó del mundo mientras escuchaba una sonata para violonchelo y piano de Mendelssohn. Durante veinticuatro minutos se abstrajo del ambiente, inmersa en la música, y cuando los instrumentos

callaron, parpadeó con lentitud, como si estuviera regresando de un lugar lejano. Notó las piernas entumecidas, así que trató de moverlas despacio, devolviéndolas a la vida, mientras miraba a su alrededor. Ya nadie le hacía caso y una monótona voz masculina llamaba a las chicas por orden para pasar a la sala de audiciones.

La mañana transcurrió con lentitud. Muchas chicas hablaban entre ellas, otras trasteaban en el móvil, leían, escuchaban música, escribían... En uno de sus paseos por el pasillo para estirar las piernas, Kaylee se cruzó con otras dos aspirantes y una la golpeó con el hombro. Tenía la cara alargada, el pelo negro muy corto por la nuca, pero con un largo flequillo que le tapaba el ojo izquierdo, y llevaba una vieja camiseta de Los Ramones, vaqueros rotos y botas negras con hebillas laterales.

—Cuidado, princesa, que te puedes caer —masculló la chica y se rio con brusquedad. Kaylee alzó la barbilla, pero no respondió a la provocación, sino que volvió junto a sus cosas y se sumergió en una novela policíaca que llevaba en la mochila.

En algún momento la recepcionista dejó su puesto, seguramente para ir a almorzar, y al rato apareció un chico con bocadillos y bebidas, que llevó a la sala de audición. Kaylee no tenía hambre, pero se forzó a comer unas galletas de arroz que guardaba en su mochila. Las aspirantes siguieron pasando y empezó a ponerse de nuevo nerviosa al darse cuenta de que pronto sería su turno. Una chica con el pelo negro y rizado y largos pendientes con calaveras se levantó de un salto cuando pronunciaron su nombre. Solo quedaban tres aspirantes, así que no tardarían en llamarla. Las manos le temblaron un poco al guardar el iPod. Quiso salir de allí. Debería irse. Sí, sería lo mejor, coger su guitarra y su mochila y marcharse, pensó con el estómago encogido.

—Kaylee Howard.

Su nombre sonó con claridad en el pasillo. Era su turno, pero no se movió. Si no acudía a la llamada...

—Kaylee Howard —repitió la voz con cierto deje irritado.

Kaylee resopló, se puso en pie, cogió sus cosas y se dirigió hacia la sala de audiciones. Había decidido ser más valiente y no iba a echarse atrás.

Un chico rubio la esperaba en la puerta, aunque su vista estaba centrada en unos papeles que sostenía en la mano izquierda.

—Vamos, no nos hagas perder el tiempo. Todos tenemos ganas de acabar ya —gruñó sin mirarla y le indicó con un gesto que pasara a la sala. Dos hombres y una mujer castaña, sentados tras una larga mesa, hojeaban unos papeles y otro hombre calvo, de mediana edad, escribía en su móvil con el ceño fruncido. En un lateral, un tipo con greñas y aspecto cansado hacía tamborilear los dedos sobre un teclado. En el centro de la sala aguardaban un micrófono y una videocámara.

—Ve allí —le indicó el chico de las listas. Luego se situó detrás de la cámara, recolocó el trípode y manipuló el aparato con mano experta.

—Kaylee Howard, ¿verdad? —preguntó la mujer castaña, mientras consultaba sus papeles de inscripción. Alzó la vista un tanto sorprendida—. ¿Estudias con Margaret Armstrong?

El hombre calvo levantó la mirada del móvil y estudió con atención a la joven con sus pequeños ojos negros, pero Kaylee, sonrojada, apenas se fijó en él. Se limitó a asentir con la cabeza, incapaz de pronunciar una palabra. La voz se le había atascado en la garganta y no quería explicar por qué una estudiante de piano clásico se presentaba a una audición para cantar en un grupo de rock.

—Bien, mira a la cámara, di tu nombre y canta algo —dijo uno de los hombres—. Puedes usar la guitarra o darle indicaciones a nuestro pianista, lo que prefieras.

La chica arrastró una silla hasta el centro de la sala, ajustó la altura del micro, sacó la guitarra de su funda, se sentó y acarició las cuerdas con suavidad, sin arrancar un solo sonido. Respiró hondo. No pasaba nada. Volvió a ajustar la altura del micrófono. Era solo una audición. Ni siquiera estaba segura de querer pasarla, así que daba igual el resultado. La profesora Armstrong le había indicado que para la prueba solicitaban la interpretación de dos canciones de diferente estilo. Miró a cámara, dijo su nombre, tomó aire de nuevo y empezó a tocar las primeras notas de *Looking for an Answer*, de Linkin Park. Como era habitual en ella, en cuanto empezó a tocar, desaparecieron los nervios. Había arreglado la canción para ajustarla a su registro y también la había acortado hasta dejarla en un tema de un par de minutos. Al terminar, permaneció en silencio, aún absorta en la melodía que acababa de cantar. Un carraspeo la hizo despertar de su ensoñación y, tras parpadear un par de veces, fijó la vista en las personas que tenía enfrente. Uno de los hombres parecía mirarla con aprobación, pero el resto mantenía cara de póker.

—¿Qué más has preparado? —inquirió la mujer, sin darle tiempo a reaccionar.

Kaylee se puso en pie para interpretar *Black Horse and the Cherry Tree*, de KT Tunstall y, cuando terminó, estaba sonriendo. Se notó llena de energía, orgullosa de su interpretación. Durante la actuación se había sentido bien consigo misma, cómoda, vibrante. Su voz y sus manos no habían titubeado en ningún momento y, por fin, se había divertido interpretando, aunque hubiera sido en una simple audición. No importaba si no lo conseguía: estaba satisfecha. Tal vez la profesora Armstrong tenía razón y aquello era lo que le hacía falta, lo que realmente quería, aunque nunca se había atrevido ni a soñar con la posibilidad de intentarlo.

—Es un grupo de rock. Buscan una voz nueva, con un toque folk, para acompañar en un par de temas. Sería bueno para ti, porque creo que necesitas darte la oportunidad de hacer lo que realmente quieres. Puedes pasarte la vida tocando partituras de Chopin. Lo haces maravillosamente, Kaylee, pero no las sientes. Eres pura técnica, pero cuando coges la guitarra y cuando cantas... bueno, las dos sabemos lo que pasa entonces —había dicho su profesora.

—No puedo cantar —aseguró Kaylee, aterrada. No podía, aquello supondría un conflicto con su madre. No, rectificó para sus adentros, un conflicto fue dejar Boston y marcharse a Portland. Cantar sería la guerra, en especial en un grupo de lo que su madre llamaba con desprecio «música ligera»—. No me dejará hacerlo —susurró.

Su profesora no insistió, pero un par de días después le entregó una hoja con todos los datos de la audición. Kaylee pensó que debería tirar aquel papel, pero lo guardó. Lo leyó y lo relejó en

numerosas ocasiones y, el último día de las audiciones, reunió el valor suficiente para presentarse. Solo quería probar... Probarse a sí misma que no se dejaba manipular como una marioneta, que podía tomar sus propias decisiones, que trasladarse a Portland y desafiar a su madre no había sido solo un acto de rebeldía adolescente, sino la única forma de tomar las riendas de su vida.

Perdida en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que los cuatro jueces de la audición llevaban un buen rato hablando entre ellos hasta que la mujer castaña, asintiendo en su dirección, señaló hacia una de las puertas:

—Puedes esperar en esa sala. No tardaremos mucho.

Kaylee recogió sus cosas y entró en una impersonal habitación con un par de sofás y varias butacas en torno a una mesa de centro. Un par de láminas abstractas decoraban las paredes dando un único toque de color al ambiente. Allí aguardaban otras cuatro chicas, entre ellas la de la camiseta de Los Ramones con la que había tenido el desagradable encontronazo en el pasillo.

—Vaya, vaya, pero si es la princesa. ¡Qué honor! —se burló.

Las otras aspirantes se revolviéron un poco, pero Kaylee las ignoró y se sentó en un extremo del sofá.

—¿Queda mucho? —preguntó una que se mordía las uñas pintadas de morado con la mirada fija en la puerta.

—Tan solo faltan un par de chicas —reconoció Kaylee. Todas se volvieron hacia ella con un palpable alivio.

Aun así, tuvieron que esperar otra media hora hasta que la puerta se abrió y entró la mujer castaña que había estado en las pruebas.

—Bien, chicas, quiero felicitaros. Habéis pasado la primera audición. Vosotras y unas cuantas chicas más de los días anteriores. Id a casa y descansad. Tenéis que estar aquí mañana a las nueve para la siguiente prueba. Solo buscamos una cantante, así que todavía tendréis que impresionarnos una vez más.

Kaylee parpadeó nerviosa. No sabía si alegrarse o no, pero su cuerpo decidió que podría analizar sus emociones más adelante. Tenía hambre, mucha hambre. Se dio cuenta de que no había comido en condiciones desde el desayuno y, una vez superada la prueba, su estómago gruñía con desesperación, así que recogió sus cosas y salió rápidamente del edificio. Una calle más abajo encontró un pequeño restaurante mexicano bien conocido por los universitarios. Deliciosos tacos a buen precio. Kaylee solo esperaba que no tardaran demasiado en preparar la comida.

Estaba devorando el segundo taco cuando Mía Hunt la llamó para saber qué tal había ido la audición. Mía y ella coincidieron en clase de Armonía el primer año en la universidad y, a pesar de sus diferentes personalidades, se habían hecho amigas. Mía, bajita, gruesa y con una magnífica cabellera castaña, había nacido en una pequeña ciudad de Montana a orillas del río Missouri, tocaba el violín, estaba loca por la música barroca y tenía un novio que estudiaba Geología. Era nerviosa, extrovertida, sin el menor sentido del ridículo, algo caótica y leal hasta la médula. Kaylee la adoraba.

—¡Tenemos que celebrarlo! —chilló su amiga con tal violencia que tuvo que separar un poco el móvil de su oreja.

—Solo he pasado una prueba, no es para tanto. Y mañana tengo una segunda audición, así que no estoy para celebraciones.

—En realidad, tengo ensayo con el cuarteto, así que tampoco tengo tiempo. Pospondremos la celebración para cuando consigas el puesto —indicó Mia antes de colgar el teléfono sin despedirse, tal como era habitual en ella.

Kaylee rio por lo bajo, pero se puso seria al descubrir una llamada perdida de su madre. Tendría que hablar con ella en algún momento, tanto si pasaba la audición como si no lo conseguía, pero aún no estaba preparada. ¿Qué iba a decirle si ella misma no sabía muy bien qué hacer con su vida? Regresó a la residencia, tratando de poner en orden sus ideas. Tenía veintidós años y llevaba encadenada a un piano desde los cuatro, desde aquella maravillosa mañana en la que su madre por fin la vio. Linda Foster (siempre mantuvo su apellido de soltera, a pesar de sus múltiples matrimonios) había regresado de Alemania con un nuevo marido y apenas parecía tener tiempo para su pequeña hija hasta que ella, desesperada por llamar su atención, se sentó al piano de los abuelos y tocó un fragmento de una canción navideña. Solo unos pocos compases, interpretados con la mano derecha, que había aprendido observando a la tía Iris durante la fiesta de Navidad.

—No sabía que Kaylee había empezado a tomar clases de piano —comentó su madre. Cuando la abuela Foster manifestó su sorpresa, porque era la primera vez que veía a su nieta sentarse al piano, su madre la interrogó minuciosamente y, una semana después, la niña conocía a su primer profesor de música.

Si hubiera sabido que aquella pequeña melodía era el precio por vender su alma, por cederle a su madre el control de su vida, Kaylee se habría escondido en el rincón más oscuro de la casa y jamás se habría acercado a un piano. O, tal vez, era inevitable. La música la habría encontrado de una forma u otra y no habría podido escapar a su destino.

Kaylee adoraba la música. Estaba tan llena de esta que a veces creía que de los poros de su cuerpo escaparían pequeñas semicorcheas, y sabía que quería dedicarse a la interpretación. Toda su vida académica estaba enfocada a convertirse en una gran pianista clásica. Y ella adoraba, *adoraba de verdad*, a Chopin, a Liszt, a Schubert, a Brahms. Se quedaba boquiabierta con la genialidad de Mozart y de Beethoven, la música de Rachmaninov la envolvía en una espiral de emociones y la belleza de las arias de Puccini la dejaba sin respiración. Pero cuando se sentaba delante del piano, allí no había absolutamente nada de sí misma. Reproducía las partituras con una precisión asombrosa, pero era incapaz de poner alguna emoción propia. En cambio, cuando en la soledad de su habitación cogía la guitarra y cantaba canciones rock, otro género que adoraba, con el que sentía una conexión casi mística, era como si su alma se disolviera en la música, aunque interpretara canciones de otros. No sabía explicarlo, era incapaz de entender qué le pasaba y a veces la aterrorizaba explorar esa faceta suya. Sin embargo, tampoco podía dejarlo pasar, así que

al final se había armado de valor para apuntarse a un par de cursos de guitarra e interpretación vocal, al margen de su ya de por sí apretado currículum académico. Por supuesto, no había dicho nada a su madre y había cogido algunos turnos en The Green Café para poder pagarse las clases y comprarse su primera guitarra.

En la universidad había sido imposible mantener en secreto sus nuevas asignaturas. Tuvo que contárselo a Mia, que necesitó dos tarrinas de Chunky Monkey en el Ben & Jerry's del campus para entender que su amiga, sin duda la mejor pianista de la facultad, se sentía realmente viva tocando canciones *indies* a la guitarra.

—A ti te gusta el hip hop —trató de hacerle entender Kaylee.

—¡Cuando voy de fiesta! ¡No voy a bailar con los Conciertos de Brandeburgo! —exclamó Mia con cierta exasperación en la voz, pero al terminar la segunda tarrina declaró su apoyo incondicional al nuevo camino que estaba explorando su amiga.

Pero, sin duda, el mayor apoyo de Kaylee vino, sorprendentemente, de una de sus profesoras. La mayoría de los estudiantes de piano de la Universidad Estatal de Portland serían capaces de matar con tal de poder asistir a una de las clases de la profesora Armstrong, pero ella solo trabajaba con unos pocos alumnos escogidos entre los más brillantes. Kaylee era uno de ellos y, aunque Margaret Armstrong admiraba su técnica, siempre la acusaba de no poner el alma en sus ejecuciones. Hasta que una tarde la escuchó tocar algo de Courtney Barnett en una de las cabinas de ensayo de Lincoln Hall.

—Tú quieres cantar —afirmó, sentándose frente a ella.

Kaylee miró aterrada a su profesora.

—No, no. ¿Cómo voy a cantar? Esto es para mí, no es para compartirlo con nadie. —La voz le temblaba de pánico y sintió que algo le oprimía la garganta. La profesora Armstrong entrecerró sus sagaces ojos marrones hasta convertirlos en una línea.

—Puede que todavía no estés lista para compartirlo con nadie, pero lo estarás, así que será mejor que vayas preparando a tu madre.

Kaylee Howard no estaba loca, así que, por supuesto, no le dijo nada a su madre, ni siquiera cuando decidió presentarse a la audición. Si pasaba el siguiente *casting*, se lo diría, decidió mientras entraba en su habitación de la residencia y se dejaba caer sobre la cama.

La segunda prueba fue más rápida. Unas diez chicas esperaban a ser atendidas, entre ellas la de la camiseta de Los Ramones, que en esta ocasión llevaba un vestido lleno de rotos, sujetos con ostentosos imperdibles. Cuando por fin llegó su turno, Kaylee se encontró frente a dos hombres: uno de ellos con el pelo largo y gris, recogido en una coleta, y el otro, de origen asiático, delgado y con un tic nervioso en la pierna izquierda. El teclista era el mismo que el de la sesión anterior.

—¿Puedo sentarme yo al teclado? —preguntó Kaylee, algo nerviosa. El hombre de la coleta asintió y el tipo de las greñas le cedió su asiento con gesto hastiado. Nada más acariciar las teclas, se esfumó toda inquietud y Kaylee se concentró en cantar *Riverside*, de Agnes Obel. Tenía otro tema preparado, pero le dijeron que era suficiente y que esperara en la sala junto a las otras

chicas. No sabía si aquella rápida decisión era buena o mala, pero, encogiéndose de hombros, se dijo que no estaba en sus manos. Aún tuvieron que esperar casi otra hora hasta que finalmente salió una mujer joven con un papel en la mano.

—Jodie Wade, Greta Sacchi y Kaylee Howard. Vosotras tres, seguidme. El resto, podéis iros.

La mujer condujo a las tres seleccionadas hasta un despacho vacío. Kaylee, todavía conmocionada, estudió de reojo a sus rivales. Jodie era, como no podía ser de otra forma, la chica de la camiseta de Los Ramones, y Greta Sacchi resultó ser una preciosa morena de exuberantes curvas, que exhibía una sonrisa satisfecha. Permanecieron en silencio hasta que la puerta se abrió, dando paso a un hombre trajeado, una mujer de aspecto eficiente y el tipo calvo de la primera audición. Las chicas tomaron asiento, tras intercambiar alguna mirada nerviosa.

—Bien, chicas, enhorabuena. Habéis sido seleccionadas de entre decenas de cantantes. Todavía tenemos que probar como sonáis con el grupo antes de tomar una decisión definitiva...

Un carraspeo proveniente del hombre calvo interrumpió el lanzado discurso de la mujer de aspecto eficiente.

—Sí, sí, ya voy, Gerry... Es el momento de aclarar algo que no nos ha parecido oportuno desvelar antes. La audición no es para cantar con un conjunto nuevo, sino para actuar con un grupo de rock bastante conocido, de ahí la discreción. Necesitan una voz femenina para un par de canciones y...

—¿Qué grupo? —intervino Jodie, mientras jugueteaba con uno de los imperdibles de su vestido.

Los dos hombres intercambiaron una significativa mirada.

—Por el momento, no podemos desvelarlo —dijo el que vestía con traje—. Antes tendréis que firmar unos documentos de confidencialidad, que deberéis mantener incluso si no resultáis escogidas.

El hombre aún habló un rato más, pero Kaylee solo registró que las llamarían la semana siguiente para la prueba con el grupo. Cuando se quiso dar cuenta, las tres estaban abandonando el edificio, cada una sumida en sus propios pensamientos.

—¿Qué grupo será? —preguntó Jodie con curiosidad. Las otras dos chicas se encogieron de hombros—. Deben ser famosos para guardar tanto el secreto...

—Da igual —intervino la guapísima morena—, sea quien sea no tenéis nada qué hacer. El puesto es mío. ¿No habéis visto cómo me miraba el tipo del traje? Como si ya estuviera decidido...

—Lo único que te miraba ese eran las tetas —respondió con rabia Jodie—, y si crees que esa es la razón por la que te van a escoger...

—En serio, tías, no tenéis nada qué hacer. La princesa... bah, no pega con un grupo de rock, eso lo ve cualquiera, y tú... bueno, mírate al espejo, eres plana como un chico y...

Kaylee las escuchó discutir, pero no mostró ningún interés en participar. Se despidió en cuanto pisaron la calle y se dirigió con paso rápido hacia la parada del tranvía que la llevaría de vuelta

al campus, ya que había dejado en la residencia su inseparable bicicleta blanca. Faltaba una semana para la siguiente audición y no podía perder el tiempo pensando en la prueba. Tenía que practicar la sonata de Grieg, porque aún se le resistían algunos pasajes del tercer movimiento, terminar un trabajo para la clase del profesor Clifton y debía de recuperar un par de turnos en The Green Cafe, que había cambiado para poder asistir a las audiciones. Poco tiempo y demasiadas cosas que hacer, así que no tenía tiempo para sueños, se repitió durante todo el trayecto.

Cuando llegó a Lincoln Hall ya estaba lloviendo. Tras dos días de tregua, las nubes habían regresado, pero a Kaylee no le importaba. Le gustaba vivir en Portland y la lluvia formaba parte del encanto de la ciudad. Corrió hacia el histórico edificio que albergaba las escuelas de música, teatro y cine, aunque no pudo evitar quedar empapada, y, una vez dentro, se dio cuenta de que había olvidado reservar una cabina de práctica, así que cruzó los dedos para encontrar una sala vacía. No fue fácil, pero al final dio con una disponible. Introdujo el código de acceso, entró en la sala y dejó su mochila en el suelo. Tenía que practicar la sonata, pero una sensación desconocida se extendía por su piel, un hormigueo que empezaba en las piernas y recorría todo su cuerpo hasta concentrarse en las puntas de sus dedos reclamando una salida. Acarició las teclas del maravilloso piano Steinway y, casi sin darse cuenta, obedeciendo al impulso de sus manos, empezó a tocar *Don't Stop Believin'*, de Journey. Y allí, a solas, encerrada con un piano en una habitación insonorizada, con la ropa y el cabello empapados, mientras gotas de agua se deslizaban por su cuello produciéndole ligeros escalofríos, dejó escapar una carcajada alegre. Una energía nueva corría por sus venas y se deslizaba hasta las teclas a través de sus dedos. Se sentía verdaderamente libre por primera vez, como si hubiera roto las cadenas invisibles que la habían atado toda su vida. Ni siquiera ganar la batalla de Portland la había hecho sentirse tan eufórica, pero por fin estaba decidida a ser ella misma. No sabía hacia dónde se dirigía, pero aquello era lo mejor de todo: no tener ningún plan y dejarse llevar. Con todos los respetos, Grieg podía irse al infierno... por lo menos aquella tarde. Recogió sus cosas y salió de Lincoln Hall. Con un deliberado paso lento, recorrió el campus camino de su residencia. Fueron veinte minutos de deliciosa lluvia deslizándose por su cuerpo, sintiéndose por fin a gusto dentro de su propia piel.

Capítulo 2

—Me encantaría saber qué hacemos en el maldito Portland —gruñó Miles, apoyando la frente en el cristal de la ventana, mientras contemplaba los gotas de agua que producían un tenue sonido rítmico—. Llevamos aquí una semana y no ha parado de llover. No creo que pueda aguantarlo mucho tiempo más.

James gimió, desesperado, mientras Gerry hacía un extraño ruido con la garganta.

—¿Quieres que te repita por qué estamos en Portland? Muy fácil, Miles, para alejarte de tentaciones y tratar de relanzar The Wave. Ya ves, dos tareas sin importancia...

—Sigo sin entender por qué no podemos relanzar el grupo desde Nueva York. En cuanto a las tentaciones, no voy ni a contestaros —refunfuñó el cantante con gesto hosco.

Su amigo y compañero de fatigas musicales se revolvió el pelo antes de ponerse en pie, exasperado.

—No seas condescendiente, Miles. Estuviste tres horas acodado en la barra de un bar, mirando fijamente un vaso de whisky, y te negaste a hablar con los de la nueva discográfica.

—Y me fui sin beber una sola gota —aulló, furioso—. ¿O eso no lo recuerdas? Dejé la copa intacta.

—No tenías que haberla pedido, para empezar —respondió su amigo con tristeza.

—Te recuerdo que llevo dos años sobrio, James. No bebo, no me drogo y apenas follo. Parezco un puto monje.

Los dos amigos se miraron a los ojos, en un reto invisible que Miles cortó con un brusco giro de cabeza. Se concentró de nuevo en la monótona lluvia que caía sin cesar al otro lado del cristal. ¿Es que nunca paraba de llover en aquella maldita ciudad? Gerry los había arrastrado hasta Portland sin consultarlos. O, por lo menos, no había consultado a Miles, aunque el cantante estaba seguro de que había hablado de sus planes con James, a escondidas, por supuesto, como si fueran un par de conspiradores.

Lo cierto era que Miles no se había mostrado demasiado colaborador con las últimas negociaciones de Gerry, empeñado en sacar a The Wave del pozo en el que se había hundido. Cuatro años atrás el grupo estaba en la cima del éxito y, de repente, todo se había ido al diablo. La caída fue tan vertiginosa como el ascenso. Los medios se abalanzaron como buitres sobre ellos tras la muerte de Aaron, hablando de sus escandalosas fiestas y la barra libre de alcohol, chicas y

drogas que parecía rodear sus vidas. La discográfica canceló el final de la gira y Gerry opinó que necesitaban retirarse un tiempo para dejar que las aguas se calmaran. Buscaron un batería provisional para las siguientes actuaciones, que resultaron un completo desastre, porque el cantante estaba demasiado colocado. Miles no se presentó a una entrevista, llegó borracho a otra, James hizo algunos desafortunados comentarios ante las cámaras de televisión, se publicaron algunas fotos demasiado escandalosas y, de repente, empezaron a cancelarse todos los proyectos del grupo: conciertos, colaboraciones con otros artistas, entrevistas, actuaciones, publicidad... La discográfica decidió darles más tiempo para el nuevo disco, para encontrar otro batería, componer canciones y, sobre todo, restablecer la imagen del grupo, pero Miles y James incumplieron todos sus compromisos, el disco no avanzaba y la prensa solo se hacía eco de sus desabridas declaraciones y sus salvajes fiestas. Casi un año después Miles, con demasiado whisky y MDMA en el cuerpo, se desplomó en medio de una conocida discoteca y su imagen inconsciente entrando en una ambulancia dio la vuelta al mundo. La discográfica canceló el contrato y The Wave quedó a la deriva.

—Sé que estás limpio, pero me preocupa que vuelvas a caer. No puedo evitarlo. A veces todavía sueño con aquella noche en la discoteca. Creí que te perdía a ti también, tío —recordó James con un sospechoso brillo en los ojos. Miles asintió con un nudo en la garganta y trató de ocultar su emoción encendiéndose un cigarrillo. Él también creyó que no saldría de aquella y, en un último instante de lucidez, comprendió que tenía muy pocas ganas de acompañar a Aaron en su último viaje. En algún momento, en los últimos años, los aparentemente inofensivos porros de la adolescencia y los chutes esporádicos para divertirse una noche de fiesta o celebrar una buena actuación se habían convertido en algo habitual hasta bordear peligrosamente los límites de la adicción, tal como le explicó el psicoterapeuta de aquella clínica de Santa Bárbara a la que acudió tras salir del hospital. Las drogas se habían convertido en una parte importante de su día a día para los chicos de The Wave. ¿Cómo, si no, iba alguien a aguantar el ritmo infernal de una gira? La carretera, las largas y aburridas pruebas de sonido, los ensayos, los conciertos extenuantes, atender a la prensa, las fiestas... Un día y otro y al siguiente y así semanas, meses, sin parar, con aviones que los llevaban a la otra punta del mundo y esa misma noche, sin importar el *jet lag* ni la espalda agarrotada ni el mal humor, debían dar lo mejor de sí mismos en una nueva actuación.

Miles salió de la clínica de Santa Bárbara con ganas de recomponer los trozos desgajados de The Wave, pero su entusiasmo pronto cayó en saco roto. Toda creatividad había desaparecido y no parecía quedar música dentro de él. Intentaba componer, pero no conseguía más que letras lamentables y melodías inacabadas de calidad irregular. Miles era el compositor habitual de la banda, aunque James de vez en cuando también escribía alguna de las canciones. *The Blind Boy*, incluida en el segundo álbum de The Wave, y *Strangers in the Subway*, del primer disco, habían sido las mejores aportaciones del teclista hasta la fecha y dos de los grandes éxitos del grupo. Sin embargo, en aquel momento James parecía tan perdido como él. Así, ambos vieron cómo los

sueños de juventud se desvanecían uno a uno: actuaciones cada vez más esporádicas y con menos público, supuestos amigos que desaparecían de sus vidas al mismo tiempo que el éxito se alejaba de ellos... Gerry fue el único que permaneció, pero cada vez podía hacer menos por los chicos de The Wave y tenía otros clientes de los que ocuparse.

Para Miles, lo peor era su incapacidad para componer. Desde que a los catorce años escribiera su primera canción, tres meses antes de la muerte de su madre, no había dejado de hacer música. ¿Venía toda su creatividad, todo su talento, del alcohol y las drogas? La recaída fue tan rápida que casi no se dio cuenta. Se pasó una semana borracho, sin cogerle el teléfono a James, acostándose con chicas cuyo rostro nunca recordaría y tratando de encontrarse en cada pastilla de éxtasis, en cada calada de marihuana, en cada raya de cocaína. Pero, pese al ruido exterior, dentro de su cabeza solo había un insoportable silencio. No había música, no había palabras. No estaba acostumbrado a ese silencio interior. Por regla general, estaba lleno de música y de versos, también de oscuridad, una oscuridad que no solía dejar ver a los demás, pero que se diluía en cada nota y cada poema que salía de su cabeza. Pero ya no había nada de eso y su oscuridad interior, sin ninguna vía de escape, amenazaba con devorarlo. Por fin llamó a James, que, horrorizado ante el lamentable estado de su amigo y sin saber muy bien qué hacer, lo llevó primero a la casa de los Hamptons de sus padres, donde Miles, sacudido por temblores febriles, vomitó una docena de veces y durmió durante dieciocho horas seguidas. Al despertar, el cantante le pidió que le buscara un lugar para recuperarse y James encontró una clínica perdida en Iowa con un exitoso programa de rehabilitación.

Miles regresó a Nueva York recuperado, concienciado por fin de su adicción y con la certeza de que no iba a encontrar su talento perdido en alucinógenos ni consuelo en la botella. Tenía que aceptar que, por el momento, la música no formaba parte de él y que tendría que encontrar otra forma de encauzar todas las oscuras emociones que se agazapaban en su interior. Eso no significó que el camino fuera fácil desde entonces. Cada día se convirtió en una batalla contra sí mismo para no entrar en un bar y pedir una copa, para no encontrar algo de cocaína que le ayudara a pasar el bache, para no fumarse un porro que le permitiera relajarse, pero dos años después seguía limpio, a pesar de no haber compuesto una sola canción y malvivir de los réditos de los dos primeros álbumes de la banda (y de algunas beneficiosas inversiones inmobiliarias que el administrador de James hizo en su nombre). Pero Gerry no se rendía. Había encontrado una discográfica dispuesta a darle a The Wave otra oportunidad. A pesar de las protestas de Miles, logró un acuerdo bastante ventajoso para el grupo y James lo convenció para firmar.

Un mes después quedaron con los dueños de la discográfica en un conocido restaurante de Manhattan para hablar sobre la marcha del disco. James y Gerry parecían contentos, pero Miles no podía seguir adelante. ¿Es que no se daban cuenta de que no era capaz de escribir una sola canción? James tenía un par de nuevos temas muy buenos, aunque necesitaban de una voz femenina, pero todos esperaban que Miles compusiera el resto de las canciones y el músico sabía que no podría hacerlo. Fue una estupidez levantarse de la mesa, sentarse en la barra y pedir una

copa. No la había tocado, era cierto, pero se quedó tres horas acodado en la barra, mirando fijamente el líquido ambarino, deseando sentir su sabor áspero, deseando que su garganta ardiera cuando se deslizara dentro de él, deseando el embotamiento de una copa tras otra hasta olvidar todo lo que iba mal. No le hizo caso a James, que, aterrado, quería sacarlo de allí; ni a Gerry, que lo instaba a volver a la mesa. Se quedó quieto, en la barra, mirando la copa, hasta que decidió que, en realidad, no necesitaba beberla. Entonces se levantó y, ante la mirada atónita de todos los presentes, salió del local y se fue a casa.

Con la excusa de que necesitaban concentrarse para componer, unas semanas después estaban en Portland, donde Gerry había alquilado una impresionante propiedad en Southwest Hills. El edificio databa de finales de la década de 1920, pero había sido reformado con todas las comodidades y contaba con seis dormitorios, una gigantesca e impoluta cocina, gimnasio, jardín y piscina. Por supuesto, el agente había hecho acondicionar un par de habitaciones con todos los equipos necesarios para que los chicos trabajaran, un estudio de grabación, un piano para James y algunas de las guitarras favoritas de Miles. «Una prisión de lujo», pensó en cuanto la vio. James le cedió el dormitorio principal y dejaron el del final del pasillo para Luke, el nuevo batería del grupo, que se reuniría con ellos unas semanas después.

Gerry esperaba que Miles se dedicara a la composición de nuevas canciones, pero las hojas de su cuaderno continuaban en blanco, así que se concentraron en los dos temas de James y sabía que el representante tenía a un par de compositores anónimos trabajando en algunas canciones que podrían utilizar en caso de que los chicos no fueran capaces de crear nuevos temas. Miles se negaba en rotundo a cantar canciones de otros, pero nadie le hacía demasiado caso y Gerry y los de la discográfica habían convocado audiciones para encontrar la voz adecuada que acompañaría a Miles en el escenario con las canciones de James. Al principio pensaron que una artista consagrada sería la mejor opción, pero no encontraron a ninguna cantante de relevancia que quisiera unirse al proyecto, así que optaron por buscar a alguien nuevo. La selección, realizada por una agencia especializada, se había reducido a tres candidatas, que debían pasar la última criba.

El ama de llaves, la señora Burrows, una mujer seria pero eficiente que parecía escapada de una novela victoriana, anunció que las chicas ya habían llegado y esperaban en la sala de ensayos. Miles apagó el cigarrillo, malhumorado. Ni James ni Gerry eran capaces de entender que no habría nuevo disco de The Wave, porque jamás aceptaría el trabajo de compositores externos, él ya no se sentía capaz de escribir una sola nota y James, que prefería la interpretación, era un compositor esporádico, así que nunca tendrían material suficiente para completar un álbum. Estaban perdiendo el tiempo y no sabía cómo hacérselo comprender. Jamás debieron firmar aquel contrato.

—Venga, vamos a conocer a las chicas —exclamó James, con cierto brillo de energía en la mirada. Poco a poco el teclista había ido recuperando la vivacidad perdida cuando entró en la *suite* de Aaron y encontró a su amigo muerto en el suelo. Ambos asistieron al entierro en estado de

shock, sin creerse que su compañero de aventuras ya no estuviera allí. Su confusión aumentó cuando descubrieron que la mujer de Aaron estaba embarazada. Todo aquello afectó considerablemente a James, que vivió su propio duelo en los años oscuros de Miles. El tiempo había pasado y el teclista ya no era tan frívolo como antes, pero volvía a entusiasmarse con el grupo y esa era la verdadera razón por la que Miles había aceptado embarcarse en aquella nueva aventura—. Gerry ha conseguido que los de la discográfica se queden aparte y seamos nosotros los que decidamos. Así será más fácil. Tú y yo decidiendo hacia dónde va The Wave.

—The Wave no va a ninguna parte, James. No quieres darte cuenta, pero estamos acabados. Gerry y tú podéis empeñaros, pero no hay más.

—No se ha acabado, aún no. Tenemos mucho que hacer todavía, así que no voy a rendirme y tú tampoco —le respondió su amigo con una confianza que casi resultaba insultante. Miles, irritado por su insolente optimismo, lo siguió a la sala. Lo primero que vio fue una exuberante morena con una cortísima minifalda de cuero negra y una camiseta transparente que dejaba poco a la imaginación. Tal vez, después de todo, aquella prueba no fuera tan mala idea.

—Hola, soy Greta —se presentó con coquetería antes de que Miles y James tuvieran tiempo de despegar la mirada de su escote—. ¡No puedo creer que vaya a cantar con vosotros! —palmoteó entusiasmada.

Sí, aquella chica era una buena opción, bastante mejor que esa otra con la cara alargada y una vieja camiseta de Los Ramones que se precipitó sobre ellos para presentarse y saludarles con excesiva efusión.

—¿No eran tres chicas, Gerry? —preguntó James, echando un vistazo a su alrededor.

—Pues...

Un movimiento tras el sofá interrumpió las palabras del agente y vieron aparecer una chica rubia que sostenía una mochila abierta en las manos y guardaba apresuradamente varios objetos en ella.

—Perdón, se me ha caído la mochila y estaba recogiendo las cosas. Soy Kaylee —farfulló antes de acercarse a ellos.

Miles se quedó mirando a la chica y parpadeó varias veces. No, esa chica no estaba en el lugar correcto, no con ese aspecto... Sintió una repentina aversión hacia ella. ¿Qué hacía allí, con su largo pelo rubio y su semblante dulce y sereno? Tenía un rostro ovalado de líneas suaves, ojos color avellana, la nariz recta y boca pequeña de labios carnosos. Llevaba un vestido corto de falda vaporosa en color gris oscuro, estampado con lo que parecían diminutas flores, sudadera gris claro con capucha, unas tupidas medias oscuras y botas marrones de estilo texano. No, esa chica estaba en el lugar indebido. No había espacio para las buenas chicas en el rock. En general, no había demasiado espacio para ellas en el mundo, pero seguro que su lugar no estaba en aquella sala de ensayos ni junto a Miles Baker, dios del rock venido a menos y sin una gota de música en las venas. Se giró con brusquedad, dándole la espalda, para concentrarse en la exuberante morena.

—Tú te quedas, las demás podéis iros.

Una sonrisa triunfal cruzó el rostro de la aludida, al tiempo que la de la camiseta de Los Ramones (¿Judith? ¿Julie?) empezaba a protestar. James la calmó, asegurándole que era una broma, y echó una mirada de advertencia a Miles. Gerry lo arrastró a un rincón.

—No hagas esto más difícil —le advirtió—. Llevas meses poniendo trabas y te hemos aguantado mucho. El desplante a la discográfica, tu actitud negativa, la falta de nuevos temas... James ha trabajado muy duro en estas canciones y se lo debes, así que haz el esfuerzo y compórtate como un adulto, no como un adolescente malcriado. Ya no tienes edad para eso.

La regañina de su representante empeoró el humor de Miles, pero se dirigió a su puesto. James, sentado al teclado, hizo sonar un par de acordes. Interpretarían una o dos canciones con cada chica para ver cómo sonaban juntos. Miles llamó a la deslumbrante morena para que lo acompañara y por el rabillo del ojo vio que las otras dos aspirantes se acomodaban en el sofá, pero fingió que ni siquiera se encontraban en la sala.

—¿Conoces *Future Starts Slow*, de The Kills? —preguntó James, empezando a tocar la melodía. Greta asintió y Miles y ella abordaron la canción.

Desde el primer momento quedó claro que no funcionaría. Greta tenía una preciosa voz grave, muy seductora, pero con un tono tan parecido a la de Miles que no había contraste alguno. No parecía un dúo. Miles miró a James y vio que su amigo movía la cabeza de izquierda a derecha. Cantaron un par de temas más, pero no había nada que hacer. La propia Greta pareció darse cuenta, porque dejó la zona de actuación con evidente enfado.

—A ver, Judith, es tu turno —señaló Miles, sin mirar hacia el sofá. Aun así, podía ver el destello rubio por el rabillo del ojo y aquello solo conseguía agriar su humor.

—Me llamo Jodie. —La voz insolente de la chica de la camiseta de Los Ramones lo enervó todavía más. Sentía tanta rabia que no sabía hacia dónde dirigirla.

—¿Qué quieres cantar? —preguntó James, ajeno a la tormenta que se estaba desatando en el interior de su amigo. Jodie escogió un tema de The White Stripes y James hizo un rápido reparto de estrofas. La chica cantaba bien, aunque tampoco era nada especial. Tenía una buena voz, pero sin personalidad, como otras tantas voces que se escuchaban en tantos grupos que se quedaban a medio camino. Sin embargo, podría valer. Tampoco necesitaba a nadie que le hiciera sombra, recordó Miles. Él era el cantante de The Wave y el público, cuando recuperara la cordura, iría a escucharlo a él. Si conseguían sacar el disco, claro, aunque parecía bastante improbable que lo lograsen. Cantaron un par de temas más. Miles supo que James no parecía muy convencido, pero ignoró las miradas dubitativas de su amigo y se centró en Gerry, que, apoyado en un taburete, había permanecido impassible durante las dos actuaciones.

—Te toca, rubia —ladró Miles, vuelto de espaldas. Podía hacerlo: podía cantar sin mirarla y mandarla a casa.

—Es Kaylee, ¿verdad?

Ahí estaba el imbécil de James, desplegando su lado más encantador. Miles no esperó la respuesta de la chica.

—*A Gun in the Drawer*.

James levantó la cabeza con rapidez y los ojos muy abiertos.

—Nada vuestro, chicos —señaló Gerry con voz firme—. Dejad vuestras canciones para otro momento.

Miles se tragó un exabrupto y volvió a mirar al teclista.

—Entonces *Proud Mary*.

No se lo iba a poner fácil a la princesa. James estaba empezando a tensar la mandíbula, pero no le importó.

—No está en mi rango vocal —reconoció la chica.

—Eso no es asunto mío. *Proud Mary* —repitió mirando fijamente a su amigo. Por un momento, pareció que el teclista de The Wave iba a saltarle a la yugular, pero al final James respiró hondo, asintió y se concentró en la cantante. Probaron varios tonos hasta que encontraron el adecuado para ella. La joven se esforzó en adaptarse a la música, pero estaba en lo cierto y su voz no era la indicada para aquel tema. Miles no la miró ni una sola vez y se mantuvo con la vista fija en un punto de la pared hasta que terminaron.

—Bueno, creo que está claro. Julie se queda, las demás os vais —ordenó tajante antes de que James hubiera tocado la última nota.

—Es Jodie —recordó la aludida, muy sonriente, al tiempo que James se levantaba de golpe.

—¡No! Kaylee no ha terminado. Dime, ¿qué quieres cantar ahora? —preguntó el teclista, girándose hacia la chica.

—¡No sabe cantar, ya ha quedado claro! —interrumpió Miles, antes de que la joven pudiera abrir la boca. Cometió entonces el error de mirarla y se encontró con sus ojos color avellana, que lo miraban serenos y hasta con una pizca de curiosidad. Parecía decidir si merecía la pena enfadarse y, de pronto, sus labios se curvaron en una inesperada media sonrisa, algo burlona, que barrió todo. Por un instante a Miles se le cortó la respiración y se quedó con la vista clavada en su boca, tratando de calmar el súbito deseo de morder aquellos labios. Definitivamente, necesitaba sexo. Llevaba demasiado tiempo sin una mujer, se dijo cuando recuperó la capacidad de pensar. James estaba diciendo algo, pero la chica se apartó un mechón rebelde de la cara y lo hizo callar con un elegante movimiento de cabeza.

—Déjalo, gracias. Creo que esto no es lo que estaba buscando.

Antes de que ninguno de los presentes pudiera reaccionar, la joven abandonó la habitación. Gerry salió tras ella, pero regresó solo al cabo de un rato. Con voz calmada despidió a las otras dos chicas, asegurándoles que pronto tendrían noticias suyas, y después se volvió hacia Miles. La vena de su cabeza palpitaba con fuerza, signo de que el agente estaba furioso.

—¡Deja de sabotear al grupo! —gritó—. Estás tratando de destruir todo lo que hacemos: la reunión con la discográfica, la composición de canciones y ahora la prueba a las cantantes.

—Yo no saboteo nada —protestó el vocalista con gesto hastiado. Se alejó unos pasos y encendió un cigarrillo—. Has traído unas cantantes que no valen. Seguiremos buscando, no es

para tanto.

James se paseaba de un lado a otro, nervioso.

—¿Qué estás haciendo, Miles? Te conozco y sé que algo pasa. ¿No quieres seguir? ¿Es eso?

—No —contestó lacónico, pero recordó a tiempo que James era el único amigo que le quedaba y que le debía mucho, tal vez demasiado—. No quiero dejar The Wave, es solo que no sé cómo seguir adelante.

Era lo más honesto que podía ser y esperaba que no le pidieran más explicaciones. Por suerte, James y Gerry lo conocían bien y sabían que Miles no les diría nada más en aquel momento.

—Esto no puede seguir así, chicos. Es la última oportunidad que os doy. Yo tengo que volver a Nueva York a ocuparme de unos asuntos. Resolved lo de la cantante, aunque si yo estuviera en vuestro lugar, trataría de hacer volver a esta última chica. Os dejo en el estudio la grabación de sus pruebas. Deberíais echarle un vistazo. —Con gesto resignado, Gerry recogió su móvil, que había dejado sobre una mesa—. Volveré con Luke en cuatro semanas. Espero que para entonces tengáis una cantante y algunos temas nuevos... o que hayáis tomado la decisión de dejar atrás The Wave. Personalmente creo que sería un error: aún tenéis mucho que decirle al mundo, pero será imposible con esa actitud, Miles. Tenéis un mes. Aprovechadlo.

Cuando Gerry los dejó a solas, Miles se desplomó sobre el sofá con los ojos cerrados. Se sentía exhausto y las palabras del representante le habían calado más hondo de lo que quería reconocer.

—No sé qué pasaba con esa chica, pero estoy tan enfadado que ahora no puedo hablar contigo —intervino James con un tono inesperadamente duro—. Me voy a dar una vuelta, pero espero que esta noche estés más tranquilo. Soy tu compañero en esto, así que me debes un par de explicaciones.

Miles quiso asentir, quiso decir algo, cualquier cosa que aplacara a su amigo, pero estaba tan agotado que fue incapaz de hablar antes de que James se marchara. Estaba tan cansado... Justo antes de quedarse dormido, le pareció escuchar una breve melodía, tan breve que apenas llenaría con aquellas notas un par de compases.

Cuando despertó, había anochecido. Notó el cuello agarrotado y se incorporó con dificultad, mientras movía la cabeza para destensar los músculos doloridos y se daba un pequeño masaje con la mano derecha. Sintió un ligero sobresalto al descubrir a James sentado en un sillón, con el pelo mojado y los bajos de los pantalones empapados. Había algo indescifrable en su mirada escrutadora. Le producía extrañeza no ser capaz de saber qué pensaba su amigo. Lo conocía desde la adolescencia y siempre se le había dado bien interpretar sus expresiones, pero en aquel momento James parecía un desconocido. Nunca habían estado tan distanciados, ni siquiera cuando murió Aaron y cada uno se sumergió en su propio duelo.

—Tío, vaya susto me has dado —comentó Miles con una sonrisa burlona, tratando de aligerar el ambiente, pero James no cambió el gesto. Permanecieron en silencio unos minutos, escuchando el monótono sonido de la lluvia golpeando el cristal.

—He dado un largo paseo. Muy largo. Y me ha dado tiempo a pensar. ¿Sabes por qué quiero recuperar The Wave, Miles? ¿Te lo has preguntado? —El cantante negó con la cabeza—. No es por la fama ni el éxito ni el dinero. He tenido dinero toda mi vida y ya hemos saboreado la gloria. Tú y yo sabemos que la cima nos ha arrancado una parte de nosotros mismos que nunca recuperaremos. No es eso lo que busco. Es algo más... ¿Te acuerdas de cómo fue al principio? — Los ojos de James brillaron de entusiasmo y ya no era un extraño, sino su viejo amigo, el único que le quedaba—. Cuando éramos unos críos que no sabían cómo afrontar la vida, cuando todo se reducía a la música, los amigos, los sueños de futuro...

—No vas a recuperar eso. Esa parte de nosotros ya ha quedado atrás. Hay que tener diecisiete años para poder sentirse así.

—¡No quiero recuperar eso! Quiero reencontrarme a mí mismo. Me perdí en algún punto del camino y tú también. Con la muerte de Aaron todo se detuvo de golpe, no solo nuestra carrera, también nosotros, aunque al final hemos salido adelante. Pero The Wave se quedó a medias. Sé que aún no hemos dado lo mejor de nosotros mismos y me niego a renunciar a ello sin intentarlo. Y no sé intentarlo sin ti.

—No te pongas romántico, James.

—Y tú no te pongas gilipollas, que sabes lo que quiero decir...

Miles tomó aire y miró fijamente a su amigo.

—No tengo nada nuevo que decir. No soy capaz de escribir una sola nota —confesó por fin. Seguro que James sospechaba lo que sucedía, pero nunca lo había reconocido abiertamente.

—Yo tampoco he podido durante mucho tiempo, pero al final la música está dentro de nosotros. Solo tienes que dejarla salir. Tal vez no sea igual que antes, pero reconoce que mis nuevas canciones son buenas.

—Son lo mejor que has compuesto hasta ahora —aseguró Miles, sorprendido por sus propias palabras. No era habitual en él reconocer los méritos ajenos, ni siquiera los de su mejor amigo.

—Bueno, tal vez sea mi turno de escribir y el tuyo de interpretar. Asúmelo. Cuando puedas volver a componer, lo harás. Mientras tanto, concéntrate en lo que tenemos. —Miles asintió, a sabiendas de que su amigo tenía razón—. Cambiando de tema: he visto la grabación de Kaylee que nos dejó Gerry en el estudio. Deberías verla.

—No quiero a esa chica, James. Hay cientos de cantantes con talento. Podemos seguir buscando hasta encontrar la adecuada.

—Tú mira los vídeos, ¿quieres? Luego lo hablamos.

Miles refunfunó por lo bajo, pero se dirigió al estudio. Por el camino tropezó con la adusta señora Burrows, a la que pidió que le llevara un sándwich y un botellín de agua. El ordenador estaba encendido y James había dejado abierto un archivo que contenía grabaciones de las pruebas de una decena de chicas. Encontró dos archivos con el nombre de Kaylee, abrió el primero y la imagen de su rostro fue como un puñetazo en el estómago. Alguien le daba indicaciones, pero Miles no entendió nada. Solo estaba pendiente de ella, que acariciaba despacio

las cuerdas de una guitarra. Al fin levantó la vista.

—Kaylee Howard —dijo, mirando sin temor a la cámara, y Miles sintió que aquellos serenos ojos avellana se clavaban dentro de él. Un nuevo ataque de furia volvió a apoderarse del cantante, pero recordó su promesa y se obligó a ser objetivo. La chica tenía una voz de timbre dulce, ligeramente rasgada en los graves, sin demasiada potencia, pero con un buen control técnico del diafragma y la respiración y sin vacilaciones en el tono, lo que indicaba que había recibido clases de canto. Sin embargo, tenía algo más, algo palpitante en la voz, algo que emocionaba, una luz que la hacía única, diferente a otras voces. Al terminar la primera canción, le pidieron un segundo tema. Ella parecía relajada, segura de sí misma. El corazón de Miles empezó a palpar sin control. Si la interpretación de antes había sido elegante y emotiva, de pronto Kaylee se puso en pie y su energía pareció inundarlo todo. Divertida, luminosa, dejando entrever una parte de sí misma que no concordaba con la imagen calmada que proyectaba. Sí, era especial, era única, y Miles supo que no la quería en The Wave.

Capítulo 3

A Kaylee le encantaba su residencia, un edificio histórico de ladrillo rojo de principios del siglo XX que albergaba a unos cincuenta estudiantes en coquetos estudios individuales. No eran demasiado grandes, pero tenían todo lo necesario: dormitorio, un pequeño salón, baño privado y una práctica cocina. Kaylee había conseguido plaza en St. Helen en su segundo año en la universidad, tras la aterradora experiencia de compartir habitación con una desconocida durante su primer curso. Robin Clayton resultó ser la compañera de cuarto más insufrible del mundo: desordenada, irrespetuosa con las pertenencias ajenas y con horarios surrealistas que incluían dormir durante la tarde y ver películas a la una de la madrugada comiendo Pringles. Cuando llegó el *email* que confirmaba la plaza individual, Kaylee quiso besar la pantalla de su móvil. Vivir sola resultó ser la mejor experiencia del mundo. Mia había tratado de convencerla para compartir un estudio doble, o incluso buscarse un apartamento fuera del campus, pero Kaylee no pensaba renunciar a su independencia por nada. Toda su joven vida había vivido bajo las férreas reglas de su madre y, por fin, había conseguido sentirse libre, moverse a su antojo, disponer de su tiempo como le viniera en gana sin tener que dar explicaciones ni pedir permiso. Esa había sido una de las razones para dejar Boston y renunciar al Conservatorio. Aún recordaba la mirada incrédula de su madre cuando le anunció que pensaba aceptar la plaza en la Universidad Estatal de Portland.

—No puedes renunciar al Conservatorio de Boston —aseveró Linda con ese tono peligroso que tan bien conocía Kaylee. El tono de la rabia y de la decepción—. Podrías hacerlo por Juilliard, pero no por Portland —había repetido muy despacio, como si su hija no tuviera capacidad suficiente para entender las palabras o, tal vez, para tratar de dominar la ira. Kaylee sabía que estaba renunciando a una gran oportunidad, pero no podía quedarse en la ciudad. Jamás lograría librarse del control de su madre si se quedaba, y una distancia de más de cuatro mil kilómetros parecía lo más sensato si quería tomar las riendas de su vida. Libró entonces una batalla sorda, marcada por fríos silencios y airados monólogos por parte de su madre y una inusitada firmeza por la suya, hasta que Linda aseguró que le retiraría todo apoyo económico. Ambas sabían que, teniendo en cuenta la fortuna familiar, la joven jamás lograría el acceso al sistema de becas, así que tendría que conseguir un préstamo bancario y un empleo para mantenerse. Douglas, su padrastro (su tercer padrastro, en realidad), se había quedado voluntariamente al margen de la pelea entre madre e hija. En cambio, Henry, el entonces novio de Kaylee, la apoyó sin reservas, a

pesar de que Portland aumentaría la distancia entre ellos. Al final, la tía Iris, que siempre fue su pariente favorito, voló desde Londres para calmar las aguas y lograr un pacto entre madre e hija, aunque se posicionó del lado de su sobrina, orgullosa de que Kaylee por fin hubiera sacado el carácter necesario para plantarle cara a su controladora madre.

Pero todo aquello no había sido nada comparado con la guerra que se iba a desatar si Kaylee llamaba a su madre para contarle el nuevo rumbo que quería dar a su carrera musical. «Las batallas, de una en una», pensó, reafirmando en que había tomado la mejor decisión al abandonar la audición para cantar con The Wave. Después de firmar un acuerdo de confidencialidad, Gerry Fisher, el tipo calvo de la primera audición, les comunicó el nombre del grupo y las otras chicas habían chillado emocionadas, pero ella tuvo un mal palpito. Por supuesto que conocía a The Wave. El grupo había tenido mucho éxito unos años atrás, pero había sido efímero. Un grupo que alcanzó rápidamente el estrellato y luego desapareció con la misma velocidad. Recordaba que habían grabado un par de buenos discos hasta la muerte del batería por sobredosis, noticia que había conmocionado a sus legiones de fans. Desde entonces, The Wave había desaparecido del panorama musical.

A pesar de sus reticencias, no pudo evitar cierta emoción al llegar a la casa de Southwest Hills donde las habían citado para la última prueba, que resultó un desastre desde el principio, desde que se escucharon los pasos de los chicos en el pasillo y Jodie, que llevaba de nuevo la gastada camiseta de Los Ramones («mi camiseta de la suerte», había asegurado), empujó su mochila a propósito haciendo que todas sus pertenencias se desperdigarán por el suelo. Kaylee resopló ante aquel comportamiento infantil, pero recogió sus cosas y al levantarse se encontró con los dos músicos. Altos, guapos, atléticos y tan diferentes entre sí como el día y la noche. James Hathaway, elegante y encantador, tenía el pelo rubio, cara de buen chico y la sonrisa amable. No parecía un rockero, con sus chinos verde oscuro de corte *slim* y camisa blanca. Toda ropa de marca, con buen corte y telas de calidad. En cuanto a Miles Baker... ¿Qué decir? El cantante parecía un ángel caído con esos impresionantes ojos verdes, el pelo oscuro y la barba de dos días que le daba un aspecto descuidado y muy masculino. Vestía unos desgastados vaqueros, deportivas grises y una camiseta básica en color negro, que dejaba entrever un tatuaje de estilo tribal en el brazo derecho. En su muñeca izquierda llevaba anudadas varias pulseras de cuero. Ambos resultaban una perfecta representación de la luz y la oscuridad. Kaylee descubrió que mirarlos resultaba hipnótico, tal era la arrolladora fuerza que desprendían. Pero la sensación de embeleso terminó con rapidez, cuando Baker la observó con una rabia incomprensible. Ese hombre estaba enfadado, no sabía con quién ni por qué razón, pero, por algún motivo, intuyó que parte de su enfado tenía que ver con ella, lo que resultaba inexplicable, puesto que acababan de conocerse. Kaylee no lo entendía, pero lo cierto era que, aunque se comportaba de forma brusca con todos, parecía odiarla a ella.

Nunca había despertado tanta hostilidad en nadie, así que se quedó sorprendida por la agresividad del cantante. Aquel hombre hizo todo lo que pudo para torpedear su actuación y, cuando James trató de ponerlo en su sitio, Kaylee supo que no estaba en el lugar adecuado.

Debería estar enfadada con Miles Baker por su comportamiento, pero decidió que no merecía la pena. Tal vez, en otras circunstancias, en otro momento de su vida, se habría enfurecido con él, habría peleado por conseguir una audición justa, habría luchado por obtener el puesto, pero conocía sus propios límites. Iba a enfrentarse a su madre y a tomar un camino lleno de incógnitas, así que no necesitaba más frentes abiertos. Miles Baker y su grupo en caída libre tendrían que buscarse otro saco de boxeo, porque ella se quitaba de en medio.

No se arrepintió de su marcha y, horas después, estaba tumbada sobre su cama mientras escuchaba el Concierto para piano en la menor de Schumann. Kaylee debería estar analizando la obra para su clase del profesor Garrison, pero solo podía pensar en dos cosas: en su madre y en la fallida audición de aquella mañana. Con un suspiro paró la música y buscó en Spotify los discos de The Wave. El grupo había publicado dos álbumes, *City Stories* y *Sleeplessness*, de los que a ella solo le sonaban las dos o tres canciones más conocidas. El primer disco era musicalmente más inmaduro, aunque se apreciaba un increíble potencial en atrevidas canciones como *A Gun in the Drawer*, *New Girl in the Neighborhood* o la pegadiza *Strangers in the Subway*. La ronca voz de Miles Baker parecía meterse dentro de ella, seductora, envolvente, oscura y versátil, capaz de pasar de un tono burlón a volverse acariciadora y, en el siguiente tema, desgarrada. Ya había experimentado esa sensación durante la prueba, pero con los nervios, casi no se había dado cuenta. Sin embargo, en la soledad de su habitación, podía concentrarse en el sonido de aquella voz hipnótica, que le producía escalofríos. El segundo álbum, más experimental e innovador, era impresionante: desde la provocadora *Fuck, Curse, Hate* hasta la bellísima *Sleeplessness*, sin duda el mejor tema de The Wave, o la polémica *So Good*, que había sido considerada una de las mejores canciones de amor hasta que se descubrió que, en realidad, hablaba sobre drogas. Kaylee suspiró. Miles Baker era un imbécil, pero tenía mucho talento, pensó justo antes de quedarse dormida.

A la mañana siguiente, escuchando de nuevo *Sleeplessness*, se dirigió a la facultad en su transporte habitual: una Raleigh urbana de segunda mano que compró por doscientos dólares a una antigua alumna de la PSU[2] al poco de llegar a la ciudad. En Boston no solía desplazarse en bicicleta, pero en Portland se hizo rápidamente a la costumbre local y le entusiasmaba moverse de un lado a otro en bici. Mientras pedaleaba, realizó una lista mental de sus actividades para la jornada y, satisfecha, comprobó que no tendría tiempo para darle vueltas a lo sucedido al día anterior: debía ir a clase, practicar con la guitarra, estudiar, trabajar en el café, acompañar al piano a un dúo, ensayar para el concierto de las jornadas dedicadas a la mujer, asistir a la actuación del conjunto de Mia... ¿Quién dijo que la vida universitaria era tranquila? Apenas tuvo diez minutos para comer un sándwich de pollo a lo largo de la mañana y, cuando por fin abandonó Lincoln Hall, donde había tenido que pelear con una malencarada estudiante de segundo por la última cabina de prácticas que quedaba libre, se sintió agotada. Tenía hambre, sueño y dos airados mensajes de su madre en el móvil, enfadada porque llevaba toda la semana tratando de localizarla sin éxito.

Linda: Es la segunda vez que te llamo esta semana y no me coges el teléfono.

Linda: Me voy mañana a Europa y estaré fuera un mes. No tengo tiempo para perseguirte, así que deja de comportarte como una niña y llámame.

Kaylee se dijo que era una cobarde. Sabía que tenía que llamar a su madre. Sin embargo, contestó con otro evasivo mensaje, asegurando que estaba bien, pero muy ocupada con las clases. No podía pasarse la vida eludiendo a Linda Foster, pero necesitaba tiempo, poner sus ideas en orden y, sobre todo, coger fuerzas. Mientras pedaleaba hacia la residencia, su teléfono vibró varias veces con mensajes de Mia para asegurarse de que estaría en el recital. Siempre hacía lo mismo antes de una actuación, a pesar de que Kaylee jamás había faltado a ningún concierto.

Aparcó la bicicleta y, sorprendida, descubrió a James Hathaway sentado en las escaleras de entrada de su residencia. El músico, que tenía más aspecto de antiguo alumno de la Ivy League que de rockero, le dirigió una sonrisa radiante, mientras se acercaba a saludarla.

—¿Qué haces aquí?

—Esperarte, por supuesto —respondió el teclista de The Wave con otra irresistible sonrisa. Kaylee puso los ojos en blanco. Si venía en busca de una conquista, James Hathaway no estaba llamado al lugar adecuado—. No he venido a ligar —aclaró él, poniéndose repentinamente serio—. He venido a negociar.

Su respuesta logró sorprenderla y parpadeó un par de veces.

—¿A negociar? ¿Qué tienes que negociar conmigo?

—Quiero que cantes mis canciones.

Kaylee se echó a reír.

—Claro, por mi excelente interpretación de *Proud Mary*.

—No fue tan mala como crees, pero no es eso lo que me ha decidido. He visto la grabación de tus audiciones y creo que tienes la voz que necesitan mis canciones.

—No lo creo —respondió Kaylee y echó un ostentoso vistazo a su reloj—. Además, ahora mismo tengo un poco de prisa, así que...

Enarcó las cejas y observó el rostro amable del músico, a la espera de que James captase la indirecta, pero él no hizo ningún gesto de retirada.

—¿Me dejas que te invite a cenar y lo hablamos?

Todo él era encantador: su voz, su mirada, sus gestos... Cualquiera chica habría caído derretida a sus pies, pero Kaylee no pudo evitar reírse por lo bajo. Había tenido una larga relación con un novio encantador. Durante casi cinco años había salido con Henry Weston, el amable, cariñoso y alegre Henry, así que las galanterías de James Hathaway no la impresionaban en absoluto.

—Lo haces muy bien, pero no puedo. Tengo que ir al recital de una amiga...

—¿Puedo acompañarte? —interrumpió James antes de que terminara la frase, sonando un poco desesperado—. No he salido a ningún sitio desde que llegamos a Portland y estoy bastante harto de la casa y del malhumor de Miles.

—Ah, Miles... Sí, supongo que no es fácil convivir con él.

—No es un mal tío —le excusó el teclista de The Wave—, pero ninguno de los dos estamos en nuestro mejor momento. ¿Qué dices? ¿Puedo acompañarte?

Kaylee lo estudió indecisa. James parecía haber olvidado el motivo por el que había ido a verla.

—Es un concierto de música barroca. Un cuarteto de cámara —explicó, pensando que aquello desalentaría al rockero, pero, por el contrario, sus labios se curvaron en una sonrisa alegre.

—Eh, soy un chico de Juilliard. Te dejaría impresionada tocando las sonatas de Beethoven y soy muy fan de Bach.

Kaylee se rio ante su entusiasta declaración.

—Tengo que vestirme. ¿Me esperas aquí o subes?

James prefirió subir y, mientras ella se daba una ducha rápida y se vestía, se dedicó a curiosar sin pudor alguno sus pertenencias. Revisó sus libros, sus cuadernos, las fotos, las partituras...

—¿Ya lo has registrado todo? —le preguntó, más divertida que molesta, mientras sacaba una chaqueta del armario.

—Bueno, he aprendido bastante sobre Kaylee Howard. —Ella alzó las cejas, algo burlona—. Para empezar he descubierto que tienes una mente bastante sangrienta. Me asusta un poco tu obsesión por las novelas de crímenes.

Resultó una noche divertida, especialmente por los chillidos de Mia cuando descubrió a James y supo que su amiga había hecho las pruebas para cantar con The Wave. A Mia no le gustaba demasiado el rock, pero, como todo el mundo, conocía aquel grupo.

—No puedo creer que te callaras algo así —le reprochó a su amiga—. Te lo voy a perdonar porque has traído a James Hathaway a mi recital. ¡James Hathaway! ¿El cantante es tan guapo como él? Creo recordar que era bastante impresionante.

Kaylee se rio y empujó a su amiga hacia el escenario. Con un gruñido, la violinista dejó de comerse a James con los ojos y recordó que había un público esperando. La actuación fue bastante bien y, después, Mia parecía más calmada, aunque seguía lanzando miradas hambrientas al teclista de The Wave.

—Mia, por favor, piensa en George —le recordó Kaylee, entre risas.

—¿En quién? —preguntó su amiga con gesto ausente.

—George. George Melville, estudiante de Geología y tu novio. Por lo menos ayer aún lo era.

Mia hizo un gesto evasivo con la mano.

—Ah, sí, el bueno de George. Es bastante dulce, ¿verdad? —Suspiró, al tiempo que miraba a James con pena fingida—. Tengo novio, ¿sabes? Ha tenido que ir a Chicago a resolver un asunto familiar y no ha podido venir, pero me gusta bastante. Si no fuera así, iría derechita a por ti, pero, como tengo novio, supongo que nos quedaremos con las ganas.

James se rio y al rato estaban los tres cenando en una pizzería para después reunirse con otros amigos de las chicas en una cervecería muy popular entre los estudiantes de la PSU. El teclista

resultó ser un conversador agradable y divertido que solo intentó convencerla en un par de ocasiones para que cantara sus canciones. Al final desistió de sus intentos a cambio de comer juntos al día siguiente.

—Tengo que ensayar... —empezó a protestar Kaylee, pero James insistió hasta salirse con la suya.

Al día siguiente fue a recogerla a Lincoln Hall a la hora convenida. Kaylee había tenido varias clases y, después, se había reunido con dos compañeros para ensayar un trío para flauta, violonchelo y piano. James la encontró en el aula de ensayo y se quedó a escuchar la práctica. Parecía entusiasmado, especialmente cuando lo invitaron a tocar con ellos y terminó confesando que echaba de menos sus tiempos de Juilliard. Cuando por fin se marcharon a almorzar, James insistió de nuevo para que cantara sus canciones una única vez. Resignada, Kaylee accedió a acompañarlo a la casa de Southwest Hills.

James le presentó a la señora Burrows, el ama de llaves, una mujer de pelo oscuro, pequeños ojos grises bajo unas cejas aterradoramente finas, barbilla hundida y espalda rígida, que parecía eficiente y discreta. La mujer les informó que Miles había salido a dar un paseo y, tras coger unos botellines de agua, se dirigieron a la sala de ensayos. Allí, James le entregó las partituras, dándole tiempo para que las leyera con calma. A Kaylee le gustó la dulce melancolía de *Broken Soul*, pero quedó realmente fascinada con *Good Moments*, una pieza vibrante, atrevida, compleja. Cantaron vacilantes una primera prueba, con el acompañamiento del teclado. James resultó tener una voz cálida, muy bonita, que dejó a Kaylee sorprendida.

—¿Nunca has querido cantar? —preguntó, curiosa.

Él se encogió de hombros.

—Al principio, cuando formamos el grupo, yo cantaba algunas de las canciones, pero cuando firmamos con Gerry decidimos que era mejor que solo cantara Miles. Tiene una voz muy característica. Yo sueno como muchos otros cantantes, pero él es diferente, tiene una voz y una forma de cantar muy personales. A ti te pasa igual.

—No es verdad —protestó Kaylee, recogiendo el pelo en una trenza con manos rápidas—. ¿Una vez más?

Con mayor seguridad que la primera vez, Kaylee y James abordaron la primera canción y después, ella cogió su guitarra, para hacer los acompañamientos de *Good Moments*. Cuando terminaron, ambos se miraron sonrientes, hasta que unas secas palmadas rompieron el distendido momento. Kaylee se estremeció al descubrir a Miles Baker en la puerta, apoyado con indolencia en el marco, mirándolos con el ceño fruncido, los ojos entrecerrados y el gesto hosco.

—¿También me vas a quitar el puesto de cantante, James? Es tuyo si lo quieres.

El teclista ahogó un resoplido.

—Te dije que quería escuchar cómo sonaban las canciones con ella y tú te negaste, así que... — Se encogió de hombros, sin dar más explicaciones. Los dos hombres se miraron fijamente, en una especie de reto incomprensible para Kaylee, que dudaba entre quedarse fascinada a observar el

duelo o salir corriendo. Los ojos verdes de Miles despedían chispas, pero James no parecía tener problemas para aguantarle la mirada.

—Y yo dije que no la quiero a ella aquí —masculló el cantante de The Wave.

Era suficiente. Kaylee empezó a guardar su guitarra.

—¿Dónde vas? —Miles se dirigió a ella con tono altanero, pero Kaylee no iba a dejarse avasallar.

—Me voy. Sabía que no tenía que haber venido —Se volvió hacia James, como si el cantante no estuviera presente—. Tus canciones son estupendas, pero no tengo tiempo ni ganas para esto, James.

Se inclinó para recoger su mochila de cuero, pero el sólido cuerpo de Miles Baker se interpuso entre ella y sus pertenencias. La envolvió un delicioso olor a menta, que aturdió sus sentidos durante un breve instante, pero recuperó la cordura con rapidez.

—¿Me dejas coger mis cosas, por favor?

Miles clavó sus ojos verdes en ella. Sus impresionantes ojos verdes, claros como un cristal, que parecían exquisitamente profundos bajo aquellas largas pestañas oscuras y las cejas curvadas que daban un aspecto algo amenazador a su rostro. Kaylee siempre creyó que los ojos verdes eran fríos y distantes, pero los de Miles parecían turbulentos, empañados por un sinfín de emociones.

—Sabes que James te ha traído aquí para que cantes conmigo, no con él, ¿verdad? —Kaylee parpadeó sorprendida y después desvió la mirada hacia el teclista. El muy manipulador ni siquiera tuvo la decencia de sonrojarse, sino que se encogió de hombros y esbozó una sonrisa de buen chico que no engañó a nadie.

—Solo quiero saber cómo sonáis juntos.

Miles y Kaylee se miraron con exasperación y, por un momento, pareció que estaban de acuerdo en algo.

—Odio que me manipulen. Me voy —anunció la chica. Su madre ya la había manipulado suficiente en el pasado y le estaba costando mucho librarse de ella, así que no iba a consentir que nadie más tomara el control de su vida, ni siquiera un rockero guapo y encantador que la hacía reír.

Miles se echó a un lado, dejándole el camino libre hacia la puerta, pero James saltó detrás de ella.

—Lo siento, es que sé que funcionaría. Por favor, intentadlo una sola vez. No me creo que no sintáis un poco de curiosidad... Miles, tú sabes que me lo debes —añadió con cierta nota de desesperación en el tono.

El cantante y guitarrista de The Wave soltó un bufido y, al final, asintió con brusquedad.

«Manipulador, manipulador, manipulador», pensó Kaylee, mientras observaba perpleja cómo Miles claudicaba, al tiempo que James empezaba a quitarle la mochila del hombro y la empujaba con suavidad hacia el centro de la sala. Quedó frente al cantante, que había sacado una preciosa guitarra eléctrica de su estuche. Observó fascinada como sus manos, manipulaban con delicadeza

la guitarra y volvió a fijarse en las pulseras de cuero que adornaban su muñeca izquierda. No se dio cuenta de que estaba nerviosa hasta que él alzó la cabeza y sus ojos se encontraron. Por un momento, el cantante pareció desconcertado, confuso y vulnerable.

—¿Listos? —preguntó James, ajeno a las confusas emociones que parecían estar invadiendo a sus compañeros —. Vamos con *Broken Soul*.

James empezó a tocar las primeras notas, Miles se unió a él con la guitarra y arrancó a cantar. Era magnético. Kaylee lo escuchaba subyugada, dejándose arrastrar por aquella voz rasposa, atormentada y oscura, y antes de darse cuenta entró en la canción, contrarrestando la melancolía de Miles con la luminosidad de su voz. Resultaba aterrador, pero casi podía sentir su desgarradora tristeza, su rendición, y sintió el incomprensible impulso de acariciarle la mejilla. No lo hizo, por supuesto, pero tampoco podía dejar de mirarlo. La sensación debía de ser mutua, porque aquellos ojos verdes, ligeramente entrecerrados, no se separaban de su rostro.

La canción terminó y los tres permanecieron en silencio. Algo muy especial había tenido lugar en aquella habitación, algo mágico, y nadie quería romper el hechizo. Kaylee y Miles mantenían aún la vista el uno en el otro, sorprendidos por aquella inesperada conexión musical, como si un hilo invisible anudara sus miradas. Por fin, James carraspeó para romper el silencio.

—Creo que alguien debería decir que yo tenía razón —afirmó con tono burlón, aunque ninguno habló. Kaylee escuchó su voz en la lejanía, pero estaba demasiado ocupada tratando de entender lo que acababa de pasar, tratando de liberarse de aquellos ojos intensos e hipnóticos que parecían haberla atrapado. Fue Miles quien rompió el contacto visual, dejó la guitarra en su estuche y salió de la habitación.

—Tenemos cantante, James. Katie se queda —anunció antes de cerrar la puerta.

Kaylee estaba aún tan aturdida que ni siquiera se dio cuenta del cambio de nombre hasta unos minutos después, cuando ya era demasiado tarde para enfadarse. Tampoco fue capaz de discutir con el teclista rubio, a pesar de que su engreída sonrisa resultaba insultante, así que optó por regresar a la residencia y desahogarse con Mia. Sin embargo, no encontró el apoyo esperado, ya que a su amiga parecía divertirse toda aquella situación.

—A ver si lo entiendo bien: has tenido una experiencia musical increíble con dos chicos guapísimos y con mucho talento, has conseguido una oportunidad única para cantar con un grupo de éxito...

—The Wave no es precisamente un grupo de éxito en estos momentos. Lo tuvo hace unos años, pero ahora mismo nadie se acuerda de ellos —puntualizó Kaylee.

Mia hizo un gesto despectivo con la mano.

—Tonterías. Llevan cuatro años sin grabar un disco, pero seguro que, cuando saquen un nuevo álbum, volverán a estar en la cima. Y, aunque no sea así, puede ser una experiencia increíble para ti, así que cuéntame por qué estás tan reacia. ¿No será por tu madre? Porque me parece que ya es hora de que lo superes y te atrevas a enfrentarte a ella.

Mia tenía razón. Ya era hora de dejar atrás las viejas ataduras, pero a Kaylee le podía la fuerza

de la costumbre. Tenía que hablar con su madre, que, en aquel momento, volaba rumbo a Europa bastante enfadada con su inesperadamente rebelde hija. Sí, tenía que hablar con ella, pero, si era sincera, no tenía ni idea de cómo decirle que quería cantar.

Capítulo 4

Sentado ante su escritorio, Miles releyó de nuevo el texto. Harto de ir a la caza de una inspiración que se le escapaba entre los dedos, hizo que Gerry le enviara un par de viejos cuadernos que guardaba en su piso de Nueva York con anotaciones de su tiempo en rehabilitación, cuando aún era capaz de garabatear algunas letras, aunque quedaran inconclusas. Las recordaba bastante malas, pero descubrió con sorpresa que algunas de ellas no eran tan terribles. Con un poco de trabajo incluso podían ser buenas canciones. Letras oscuras, que reflejaban lo perdido que se encontraba en aquella época, la sensación de permanente caída, la incapacidad para hacerse con el control de su vida y la dolorosa búsqueda de sí mismo, dejando atrás al joven despreocupado, egoísta y burlón que había sido, pero sin saber muy bien en qué tipo de hombre se estaba convirtiendo. Tal vez en un hombre igual de egoísta, pero más serio, menos despreocupado. Durante varios días trabajó en aquellos textos hasta quedar satisfecho con cuatro posibles canciones: *Lost*, *Falling Down*, *Welcome to My Dark World* y *The Snake Boy*. Tuvo que realizar un duro ejercicio de introspección para conectar con las emociones de aquella época y bucear en ciertas partes de sí mismo que hubiera preferido dejar intactas, pero al menos aquel esfuerzo sirvió de algo. Todavía no había música, pero tenía un punto de partida y aquello le produjo una inesperada sensación de alivio, como si hubiera conseguido sortear un enorme obstáculo. Por supuesto, aún tenía delante otras piedras en el camino, porque su cabeza seguía en silencio, pero por fin había conseguido salir de la apatía creativa en la que llevaba tanto tiempo instalado y, de momento, le parecía suficiente.

Recogió las hojas escritas con su letra nerviosa y bajó las escaleras con paso enérgico. Apenas había visto a James desde la prueba con Kaylee. Aún estaba sorprendido (furiosamente sorprendido) por la increíble conexión musical que había sentido con aquella chica. Sus voces parecían acoplarse a la perfección, como si se complementaran, y aquello lo enojaba por distintos motivos. En primer lugar, le irritaba su aire de buena chica y sus maneras elegantes. Sabía distinguir a la gente de la alta sociedad y Kaylee, aunque no lo pareciera por su forma sencilla de vestir, venía de una familia de dinero. Ella podría pensar que lo ocultaba, pero la delataban su forma de andar, sus gestos y, sobre todo, su inconfundible acento de clase alta. Bostoniana, sin duda. Miles siempre tuvo buen oído para los acentos y sabía distinguir a los de su clase social. Por regla general, aquel tipo de gente siempre había mirado por encima del hombro a Miles

Baker, nieto de un humilde pescador, hijo de madre soltera y sobrino de la cocinera del exclusivo colegio privado en el que estudió la secundaria gracias al empleo de su tía y a sus propias capacidades intelectuales, por encima de la media, aunque lamentablemente descuidadas, tal como se descubrió en su examen de ingreso. Con excepción de James y de algún que otro chico, Miles se acostumbró a ser tratado con desdén por sus compañeros y sus familias, así que pronto aprendió a responder con la misma moneda. Su instinto natural, cultivado en los pasillos del prestigioso colegio, le hacía rechazar a Kaylee.

Por otra parte, le fastidiaba que James hubiera tenido razón y que ellos dos sonaran tan bien juntos. Demasiado bien. El lado más ególatra de Miles no podía evitar pensar que solo había espacio para una figura deslumbrante sobre el escenario y no quería a nadie haciéndole sombra. Kaylee brillaba demasiado. Era consciente de lo infantil de su razonamiento, pero no podía evitarlo. Uno no llegaba a la cima cediendo el paso a otros.

En el pasillo de la primera planta se cruzó con la señora Burrows, que le indicó con su habitual sequedad que podría encontrar a James en el estudio de grabación. Se dirigió hacia allí con paso decidido. Al entrar, su amigo alzó la cabeza y se quitó los auriculares con los que debía estar escuchando alguna grabación.

—Tienes que trabajar tus habilidades sociales, tío. No es que antes se te dieran demasiado bien, pero últimamente te estás convirtiendo en un ermitaño. ¿Sabes que llevas cuatro días encerrado en tu habitación y que apenas has salido para comer y fumar? —El tono mordaz de James no lograba ocultar del todo su preocupación. Miles nunca había sido demasiado social, ni siquiera de niño. En sus relaciones con los demás se ocultaba bajo capas de provocación, engreimiento y burla. Le gustaban las fiestas, mejor cuanto más salvajes, porque le permitían rodearse de gente sin mostrar un ápice de sí mismo. Solo tenía que beber, hacer comentarios sarcásticos, decidir qué chica se llevaría a la cama... Sus relaciones personales se limitaban a un círculo muy estrecho, tan reducido que apenas tenían cabida unas pocas personas.

—He estado ocupado —se limitó a contestar, tras encogerse de hombros. Él no daba explicaciones. Nunca daba explicaciones, ni siquiera a su mejor amigo, aunque estaba dispuesto a hacer pequeñas concesiones—. Pero tienes razón, llevo encerrado desde que llegamos aquí. Había pensado en salir a dar una vuelta.

James apagó los equipos y se puso en pie.

—Genial. Entonces vámonos. He quedado con Kaylee en su facultad.

Miles sintió una rabia sorda crecer dentro de él. Los últimos días James había visto con frecuencia a Kaylee. A través de la señora Burrows, su amigo le había informado de sus planes por si quería sumarse a alguno, pero, por supuesto, Miles se había negado a acompañarlo, así que no entendió muy bien por qué se montó sin protestar en el taxi que los llevó hasta la puerta de Lincoln Hall. Apenas se fijó en el edificio mientras seguía a James que, con rápidas zancadas, parecía saber demasiado bien hacia dónde se dirigía.

—Están ensayando para un concierto. Es para unas jornadas sobre la mujer o algo así que se

van a celebrar en la universidad con conferencias, debates, exposiciones y todo eso.

—¿Venimos para ver a Kaylee tocar el piano? En serio, James, tengo mejores cosas que hacer. Su amigo lo miró exasperado.

—Seguro que sí. Encerrarte en tu cuarto a fumar, leer de manera obsesiva poemas deprimentes, pensar en todas las copas que no te vas a tomar... Es un gran plan, ¿verdad?

Miles tensó la mandíbula.

—No me va mal con ese plan. Me mantiene sobrio.

—Me rindo —señaló James, alzando las manos y esbozando una sonrisa tensa, que desapareció con rapidez—. Llevas dos años encerrado en ti mismo, sin atreverte a vivir. Prácticamente solo te relacionas conmigo y con Gerry, y empieza a asfixiarme este nuevo Miles, este Miles cobarde que no se atreve a salir al mundo por si acaso cae en la tentación y se toma una copa o se hace una raya y acaba convirtiéndose en un adicto.

—Soy un adicto, James. No necesito convertirme en uno. —Miles había trabajado duro los últimos años para asumir aquella verdad.

El teclista masculló algo ininteligible entre dientes, se giró y empujó la puerta que daba acceso al principal teatro de la PSU. Ambos se adentraron en el patio de butacas. Las primeras filas estaban ocupadas por alumnos y profesores que asistían al ensayo. Sin hacer notar su presencia, Miles y James se sentaron detrás.

En el escenario ya había varios músicos, afinando sus instrumentos: trompeta, saxo, trombón, flauta, guitarra, piano y percusión. Un par de chicas se situaron en un lateral, sin duda para ocuparse de los coros. Una profesora, que parecía hacer las veces de directora de escena, llamó a una tal Tonia y entró una rolliza afroamericana, muy guapa, ataviada con un elegante turbante que cubría por entero sus cabellos. Tomó el contrabajo que descansaba junto al micrófono central y realizó un leve movimiento de cabeza, casi imperceptible. De inmediato, la flauta arrancó la melodía y la siguieron el resto de instrumentos en una versión jazzística del clásico latino *Quizás, quizás, quizás*. La chica tenía una voz aterciopelada, profunda, de una elevada riqueza tímbrica. Miles se encontró disfrutando de la actuación y se permitió el lujo de relajarse. Aún le sorprendía el poder que ejercía la música sobre él, cómo se metía dentro de su cuerpo y conseguía hacer vibrar emociones ocultas. Tonia cantó otra canción latina, que Miles no reconoció, y después se produjo un confuso relevo de intérpretes. La directora de escena protestó, los alumnos del escenario se disculparon y los del patio de butacas se rieron. Los nuevos músicos se colocaron en sus marcas: guitarra, bajo, percusión, batería, teclado y dos nuevas chicas para los coros. Kaylee llegó la última, con el pelo rubio suelto, un vestido negro estampado y unas desgatadas botas marrones. Mientras se situaba junto al micrófono, James se inclinó hacia adelante, apoyando los brazos en las rodillas y Miles notó como toda relajación se evaporaba de su cuerpo.

Las elegantes notas de *Rhiannon*, el mítico tema de Fleetwood Mac, inundaron la sala. Kaylee permaneció con los ojos cerrados toda la primera estrofa, dejando que su voz, dulce e intensa al mismo tiempo, conectara con el espíritu mágico de aquella vieja canción rockera sobre una

antigua bruja galesa. Su voz fue enredándose poco a poco en el aire, hipnotizando a todo el auditorio. Parecía que, al igual que Rhiannon, ella fuera a elevarse con el viento, convertida en una inalcanzable hechicera por la que cualquier hombre estaría dispuesto a renunciar a todo. Cuando, al comienzo de la segunda estrofa, la joven abrió los ojos de golpe, Miles se sintió atrapado por aquella mirada salvaje de la que se había volatilizado su habitual sosiego. ¿Dónde quedaba la chica calmada que había conocido? Le costaba respirar y la sensación fue en aumento hacia los versos finales, que Kaylee, con la mirada fija en un punto y ondulantes movimientos de las manos, repetía como si de un sortilegio se tratara, una y otra vez, primero como un murmullo y luego cada vez más alto, cada vez con más energía, cada vez más salvaje, casi descontrolada, hasta el desgarrado estallido final con el que terminó de lanzar su hechizo.

—¡Jesús! —exclamó James con voz ronca cuando sonó el último acorde. Miles era incapaz de articular una sola palabra. Se oyeron aplausos, silbidos y vítores que salían de las primeras filas. Kaylee parpadeó varias veces, como si estuviera saliendo de un trance, y entonces sonrió. Alguien, tal vez la directora de escena, o cualquier otra profesora, hizo gestos hacia los bancos para calmar a los estudiantes.

—¿Va a cantar otra vez? —preguntó Miles con voz trémula al ver que los músicos parecían prepararse de nuevo. ¿Qué pretendían? ¿Acabar con la audiencia? ¿Qué todos los asistentes al concierto colapsaran mientras ella los avasallaba, se hacía dueña del aire, de sus cabezas e incluso de sus cuerpos? Miles no se había dado cuenta de que estaba excitado hasta que se detuvo a pensarlo. Ni siquiera sabía en qué momento su cuerpo había enloquecido. Se removió incómodo en el asiento, preparándose para la siguiente actuación.

El guitarrista arrancó con el poderoso *riff* de apertura de *Edge of Seventeen*. El chico no lograba hacerse del todo con él. Por supuesto, Miles se sabía de memoria aquel icónico solo de guitarra, lo había tocado tantas veces que podía interpretarlo hasta dormido con toda la fuerza que exigía y sin fallar una sola nota. Chasqueó la lengua, molesto. Kaylee esperaba junto al micrófono, con la cabeza baja y el cuerpo ladeado hacia el guitarrista, prestándole toda su atención. La percusión marcaba el ritmo y la chica estiró la espalda, preparándose para hacer su entrada. Y ahí iba: su voz dulce, llena de paz, contrastaba con el tono agresivo de la guitarra, recreando entre ambos la inocencia y la angustia de la adolescencia. Casi diecisiete, cantaba, la música sincopada, subrayando la intensidad y la urgencia de los adolescentes enfrentándose al mundo, al amor, la muerte, la pérdida de la inocencia, transportando a todos los presentes a una época más pura, más vulnerable, dolorosa, desconcertante e ingenua, llena de sueños perdidos, de asombrosos descubrimientos, de búsqueda de la propia identidad. Unos seis minutos de trepidante actuación que lo dejaron tan exhausto como si él mismo hubiera estado sobre el escenario. Cuando arrancaron los aplausos, Miles se levantó con brusquedad y abandonó precipitadamente la sala. Apenas podía respirar, se ahogaba. No le importaba si Kaylee había terminado o aún tenía que ensayar más temas. Le resultaba insoportable pensar que él tendría que compartir escenario con ella. Nunca nadie le había provocado tantas sensaciones.

Había perdido el control sobre sí mismo.

—Increíble, ¿no? En la sala de ensayos es buena, pero cuando se sube a un escenario... Chico, ella es toda una fuerza de la naturaleza.

Ni siquiera se había dado cuenta de que James lo había seguido. Apretó los puños, se giró con violencia y encaró a su complacido amigo.

—De ninguna forma voy a salir a escena con ella. ¿Lo entiendes? Me da igual lo buena que sea, que haya firmado el contrato o que beses el suelo que pisa. Escúchame bien: no voy a cantar con esa chica.

James, mudo, se pasó la mano por el pelo. Parecía confuso.

—Ella es muy buena —acertó a decir.

—Brilla demasiado.

Un pesado silencio cayó sobre los dos amigos, hasta que James soltó una amarga risotada.

—¿Eso es lo que pasa, Miles? Joder, tu ego es más grande que todo el estado de Alaska. ¿En serio rechazas a Kaylee porque piensas que te va a restar protagonismo? ¿A ti? Es absurdo. Ni siquiera sabes lo que haces en un escenario. Eres igual que ella, te lo comes, no dejas ni los huesos. Ella no viene a restar, sino a sumar. Juntos podéis hacer algo increíble, pero tú eres incapaz de verlo. No te va a hacer sombra, tío. Ella es luz. Te va a iluminar.

James jadeaba un poco al hablar, como si hubiera hecho un gran esfuerzo... o como si estuviera furioso. Muy furioso.

—Ella te gusta, ¿no? —preguntó Miles.

—¿Me gusta? Claro que me gusta. ¿Qué quieres decir? —inquirió el teclista confuso—. Me cae bien, pero no busco nada con ella. No me atrae. Somos amigos. O, al menos, estamos empezando a serlo.

¿Qué no le atraía? Sí, claro. Miles resopló, enfadado. ¿Cómo no iba a atraerle? Era imposible que su mujeriego amigo no se hubiera fijado en toda esa piel dorada, ni en esa boca carnosa o esos preciosos ojos tranquilos. ¿No veía su esbelta garganta, la elegante elevación de su barbilla, la delicada curva de sus caderas?

—¿Es eso lo que te pasa? ¿Te sientes atraído por Kaylee? —James no parecía contento. Le estudió con el ceño fruncido—. Porque no podemos permitirnos una metedura de pata de ese calibre. Ya no tenemos veintiún años, cuando nos íbamos metiendo en la cama de todas las chicas, trabajaran o no para nosotros. Esto es serio, Miles. Esa chica va a pasar mucho tiempo con nosotros, va a grabar el disco y se va a venir de gira y... En fin, que no puedes acostarte con ella. Ni siquiera lo pienses.

—No tengo ningún interés en ligar con ella.

Y era cierto. La encontraba atractiva, no podía negarlo, como tampoco podía negar la reacción de su cuerpo cuando la había visto sobre el escenario, pero James podía quedarse tranquilo: no pretendía mover un solo dedo en su dirección. Un par de chicas salieron del teatro, tan enfrascadas en su conversación que ni siquiera se percataron de su presencia. Miles realizó una

profunda inspiración, tratando de recuperar la calma.

—Parece que nos hemos vuelto invisibles. Hace unos años no habríamos podido estar en los pasillos de una universidad sin que las chicas se abalanzaran sobre nosotros y nos arrancaran la ropa.

James se rio por lo bajo y Miles se sintió aliviado. Ninguno de los dos tenía ganas de continuar la conversación anterior.

Vieron a Kaylee acercarse a ellos con paso tranquilo, seguida de algunos de los músicos con los que había actuado. Ambos observaron a la joven, que ya no parecía la radiante hechicera del ensayo, sino una universitaria cualquiera, con aquel vestido que apenas mostraba piel, sus botas desgastadas y su aspecto de buena estudiante. No quedaba ni rastro de la rockera salvaje del escenario y Miles no pudo evitar preguntarse cuál de las dos sería la verdadera Kaylee Howard, antes de recordar que no le importaba en absoluto la respuesta a esa incógnita.

—Habéis venido... los dos. —La joven observó a Miles con curiosidad. Sin duda no esperaba verlo allí, pero no dijo nada al respecto—. Bueno, ¿qué os ha parecido? No ha ido mal para tratarse de un grupo de estudiantes de clásica, ¿verdad? Nos apetecía hacer algo diferente y lo hemos conseguido.

—Ha sido impresionante —reconoció James, lo que provocó una sonrisa de agradecimiento.

Miles gruñó por lo bajo.

—¿Es siquiera legal que toques con otro grupo? Has firmado un contrato con nosotros.

La alegre sonrisa desapareció. Kaylee entrecerró los ojos y su mandíbula pareció tensarse ligeramente, como si estuviera a punto de perder la calma. Sus amigos se habían quedado en un aparte, esperándola, y miraban con curiosidad a los dos músicos.

—Es una actividad universitaria. Estoy a punto de terminar la carrera y en el contrato se especifica que estoy autorizada para participar en todas las actividades necesarias para mis estudios. Me dan medio crédito por actuar en las jornadas, así que no pienso dejarlo. ¿Una hamburguesa? —propuso con cierta brusquedad, girándose hacia James.

Acabaron en Joe's, la mejor hamburguesería del campus, según les informó la joven, mientras daban un agradable paseo. James, ella y un par de chicos conversaban sobre la actuación, mientras Miles los seguía sumido en un silencio distante, con las manos metidas en los bolsillos, enfadado consigo mismo por haber perdido el control. Cuando llegaron al local, había conseguido rescatar su máscara burlona, la más impenetrable que tenía, y dejó que James saciara la curiosidad de los amigos de Kaylee (de repente, parecían tener mucha curiosidad sobre ellos) y él se concentró en su hamburguesa. No estaba mal, pero tampoco le pareció tan espectacular como había asegurado Kaylee. Pero la chica, sentada frente a él, parecía estar disfrutando de su comida y, durante unos segundos, se quedó absorto viéndola morder su hamburguesa con los ojos cerrados y un gesto de absoluto placer. Se le secó el paladar y tuvo que tragar saliva, porque volvió a sentirse atraído por ella, pero, por suerte, uno de los amigos de Kaylee lo distrajo. No recordaba su nombre (¿Corey? ¿Colin?), pero lo reconoció como el chico que había tocado la guitarra durante la

actuación. Bajo, algo desgarrado, con amables ojos castaños, pelo muy corto y barbilla hundida.

—¿Qué te ha parecido la actuación? Me interesa mucho tu opinión —le dijo el chico con aspecto ansioso. Miles frunció el ceño, recordando que se había cargado el increíble *riff* de *Edge of Seventeen*.

—Te cargaste el *riff* de *Edge of Seventeen*.

Kaylee abrió los ojos de golpe, de una forma tan cómica, que el rockero no pudo evitar una sonrisa. Calvin, o Corey, o como se llamara, empezó a boquear, aunque no decía nada coherente.

—Colin estudia pedagogía musical y es un maravilloso violinista. La guitarra eléctrica es una afición y ha aprendido de forma autodidacta. Yo creo que ha estado genial —aclaró Kaylee con la respiración agitada, dejando traslucir su enojo con él por primera vez. Resultaba revelador que, pese a lo desagradable que había sido con ella desde el momento en que se conocieron, solo mostrara su enfado cuando pensaba que había ofendido a un amigo. Miles encontró su indignación de lo más estimulante. Sospechaba que pocas cosas sacaban de sus casillas a Kaylee Howard.

—Yo también aprendí por mi cuenta a tocar la guitarra y eso no es excusa para hacerlo mal. El público no se lo merece.

«Y tu voz tampoco», quiso añadir, pero no lo dijo en voz alta.

—Tienes razón —intervino el chico, dejando de titubear—. Siempre he querido tocar la guitarra eléctrica y empecé a practicar por mi cuenta. No es una excusa: es que no soy guitarrista, pero me han dejado participar en el concierto y me gustaría aprovechar la oportunidad.

Miles apenas lo escuchaba, concentrado en la maliciosa sonrisa que estaba asomando a los labios de Kaylee.

—Pues ahora tienes una oportunidad increíble. Un verdadero rockero, un guitarrista icónico, que podría darte algunos consejos para mejorar tu interpretación antes del concierto —expuso con una voz engañosamente dulce, pero a Miles no se le escapó el tono burlón. Por supuesto, ella esperaba que el músico rechazara ayudar a su amigo y, en realidad, era lo que pensaba hacer. Pero a él siempre le gustó descolocar a la gente, romper con lo que esperaban de él. Se puso en pie y dejó un par de billetes sobre la mesa para pagar la comida.

—Mañana a las once en mi casa. Hailey te dará la dirección. —Le divirtió el asombro pintado en la cara de la chica y, antes de que pudiera protestar por el cambio de nombre, se inclinó sobre ella hasta dejar la mirada a su altura, con la nariz tan cerca de la suya que casi podía rozarla—. Desplómate.

—¿Qué? —inquirió, confundida, parpadeando varias veces.

—En *Rhiannon*. Al terminar la canción, después del estallido final, desplómate como si estuvieras exhausta tras haber lanzado un hechizo. El público no será capaz de reponerse a eso.

Salió del restaurante antes de que la joven pudiera responderle y ni siquiera se despidió de James, que parecía estar disfrutando del ambiente universitario, pero él empezaba a ahogarse. Se había acostumbrado a la soledad y a mantener controladas casi todas sus emociones, con excepción del malhumor. El alegre ambiente universitario nunca fue para él. En cambio, James

había adorado su época de estudiante en Juilliard y no era ningún secreto que le costó elegir entre seguir con sus estudios o avanzar con el grupo cuando el contrato con Gerry puso su mundo patas arriba y se vio obligado a dejar las clases.

Por el contrario, Miles nunca sintió inclinación por la vida universitaria. Él quería hacer música y hacerla de inmediato, no detener su vida durante cuatro años para estudiar cosas que no necesitaba. A los trece se hizo con una vieja guitarra y un manoseado manual de acordes y, con eso, Miles Baker aprendió música. Un año después componía sus propias canciones y, cuando llegó a Nueva York, ya sabía que quería ser músico. Era todo lo que siempre quiso: crear música, ensayar y subirse a un escenario siempre que pudiera. Todo eso lo hacía sentir vivo y mantenía a raya su oscuridad interior, esa que procuraba ahogar para que no lo devorara.

Por supuesto, hacía tiempo que había perdido esa batalla.

Colin Segel se presentó con puntualidad inglesa en la casa de Southwest Hills para practicar *Edge of Seventeen*. Resultó ser un chico torpe y educado que desde el primer momento profesó admiración por Miles. Durante toda la semana acudió con regularidad a Southwest Hills y, tras perfeccionar la canción de Stevie Nicks, pulieron *Rhiannon* y practicaron juntos otros clásicos del rock: *Layla*, *Money*, *You Really Got Me*, *Sweet Child of Mine*, *Smoke on the Water* y, por supuesto, *Stairway to Heaven*. El entusiasmo de Colin por la música era sincero y contagió a Miles, que encontraba reparador volver la mirada hacia los grandes rockeros del pasado. Dejó de pensar en su inexistente música actual para recuperar una parte de sí mismo que se había quedado enredada en las interminables horas de su adolescencia que pasó escuchando a los viejos rockeros, sin ambicionar ser uno de ellos, simplemente escuchando lo que su música tenía que decirle a aquel chico que había perdido demasiado y que fingía no importarle. Sus recuerdos de aquella música estaban anclados a una época difícil y, al mismo tiempo, despreocupada. Recuerdos ligados al sabor de las primeras cervezas, al olor de los primeros cigarrillos, al tacto de su primera guitarra, a la soledad de su dormitorio en aquella isla perdida de Maine, a los pasillos del hospital en el que agonizaba su madre, al viaje a Nueva York, a las interminables noches que pasó con James y Aaron en bares cutres, a las primeras chicas que acarició por debajo de la ropa. El rock clásico lo había acompañado en cada paso del camino y, de repente, volvía a él para hacerle recuperar el entusiasmo por coger la guitarra y arrancar de ella melodías vibrantes.

Durante aquellos días, grabó un par de pistas, aunque no obtuvo ningún resultado satisfactorio, y evitó a Kaylee todo lo que pudo. Aún soñaba con su imagen sobre el escenario y no estaba seguro de si se trataba de un sueño placentero o de una pesadilla. A veces se dejaba llevar por la sensualidad que proyectaba y, otras, se veía barrido del escenario por la colosal fuerza de la cantante. Miles no estaba acostumbrado a la inseguridad. Siempre pensó en sí mismo como un talento único, pero los últimos años le habían pasado factura y le desesperaba su incapacidad para

unir un par de acordes. Se estaba convirtiendo en un hombre asustadizo que se veía superado por una principiante, así que trató de mantenerse lejos de ella.

No sirvió de nada, porque fue él mismo quien le abrió las puertas de Southwest Hills.

Fue una tarde, cuando entró en la cocina y se encontró a James junto a un grupo de universitarios vaciando la nevera. Colin lo saludó con la boca llena de patatas fritas, mientras Kaylee, que no se había percatado de su presencia, seguía hablando con una chica algo entrada en carnes, con una abundante melena castaña. Su amiga lo descubrió de inmediato. Su boca dibujó un círculo perfecto, al tiempo que sus ojos se abrían desmesuradamente.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

Había pasado un tiempo desde que vio a una fan hiperventilar por él y, si hubiera estado de mejor humor, se habría reído o, quizás, habría tratado de llevársela a la cama. Por desgracia, el nuevo Miles era un idiota y se limitó a mirar a la chica con el ceño fruncido, demasiado consciente de la cabeza rubia que se había girado para observarlo con ojos tranquilos.

—Eh, Miles, siéntate con nosotros —lo saludó James con su sonrisa más risueña, al tiempo que rodeaba los hombros de Kaylee con el brazo, como si la confortara. O tal vez estaba marcando su terreno. Miles no lo sabía muy bien y, de repente, deseó darle un puñetazo a su amigo. En vez de eso, gruñó por lo bajo, se acercó a la nevera y cogió un botellín de agua, mientras Colin hacía las presentaciones.

—Entonces, ¿vamos al cine? —propuso la amiga de Kaylee (¿Mia? ¿Gia? Acababan de decir su nombre y ya lo había olvidado).

—No. Tengo que practicar la sonata de Grieg. No puedo dejarlo más tiempo.

—¿Has conseguido cabina de ensayo para hoy? Porque lo he intentado y estaba todo reservado —preguntó uno de los chicos.

Kaylee se llevó la mano a la frente.

—¡No! Se me ha olvidado hacer la reserva —exclamó consternada, mientras cogía su móvil. Se mordió el labio y deslizó los dedos por la pantalla. Miles observó hipnotizado los diminutos dientes blancos que se clavaban en la carne. Lo suyo con la boca de aquella chica estaba empezando a rozar la obsesión—. No hay nada libre en toda la tarde —gimió.

Mia/Gia y los demás estaban recogiendo sus cosas, pero Kaylee seguía concentrada en el móvil y Miles parecía incapaz de quitarle los ojos de encima. Al menos ya había dejado de morderse el labio.

—Puedes practicar aquí. Hay un piano en alguna parte del sótano. —El tono áspero y cortante de su voz contrastaba con su desinteresado ofrecimiento. En realidad, las palabras se habían escapado de su boca antes de que pudiera controlarlas y Kaylee parecía tan sorprendida como él.

—No creo que deba... —empezó a decir.

—Usa el piano, Kaylee —la interrumpió James. Gerry había encargado el piano para él, pero no lo había utilizado desde que llegó. Con el teclado de la sala de ensayos tenía bastante, así que el Samick languidecía en el sótano—. Es una buena idea, no sé cómo no se me había ocurrido

antes. Siempre estás haciendo malabarismos con las cabinas de ensayos y aquí hay uno disponible que puedes utilizar siempre que quieras.

—No sé. No creo que me sienta cómoda. El piano es vuestro y...

—Puedes venir aquí a practicar todo el tiempo que quieras. Nadie te molestará y no tienes que estar reservando cabinas. Y si estás por aquí será más fácil para los ensayos del grupo. Siempre estás corriendo de un lado a otro del campus.

Kaylee miro a uno y a otro, mientras parecía sopesar la idea. Finalmente sonrió.

—Está bien. Os lo agradezco mucho, pero si en algún momento os molesto, tenéis que decirlo.

James la acompañó al sótano para mostrarle el piano y Miles se escabulló de nuevo a su habitación. Estaba furioso consigo mismo, porque sin querer estaba permitiendo que Kaylee Howard se introdujera cada vez más en sus vidas.

Capítulo 5

La biblioteca de la PSU era uno de los lugares favoritos del campus para muchos estudiantes. A Kaylee le fascinaba la pared convexa de vidrio en la cara este del edificio, que se añadió en alguna de las numerosas expansiones que había sufrido la construcción original. Esa fachada curva, diseñada para rodear el hayedo histórico de Park Avenue, aligeraba la estructura de ladrillos de color canela. Sentada en un banco, bajo el cálido abrazo de una alta y robusta haya, podía escuchar con nitidez el sonido producido por las pequeñas hojas de bordes ondulados al ser acariciadas por el viento. Una relajante música, tan maravillosa como la partitura de cualquier gran compositor. El mejor acompañamiento para un almuerzo tranquilo entre clase y clase. En una cafetería orgánica del campus había comprado un sándwich de pavo con pan de centeno, queso suizo, chucrut y tomate y un gran vaso de limonada de fresa. Hacía frío, pero era agradable estar sentada al aire libre, escuchando la música de los árboles y disfrutando de un breve paréntesis en su ajetreo cotidiano. El sonido de su móvil interrumpió la quietud del momento y, fastidiada, cogió la llamada de Mia.

—¡Abre YouTube! —ordenó su acelerada amiga, que parecía incapaz de respirar—. ¡No te lo vas a creer! ¿Dónde estás? Yo acabo de salir de Cramer Hall.

Cramer Hall era uno de los principales edificios de la universidad, a pocos minutos de distancia de la biblioteca. Albergaba distintas facultades, entre otras la de Geología, así que Kaylee dedujo que Mia había estado pasando el rato con George, su novio.

—¿Ya lo has visto? —soltó a bocajarro su caótica amiga, algo jadeante, en cuanto se dejó caer en el banco apenas un par de minutos después de haber colgado.

—¿Ver, qué? No te has explicado muy bien. Solo me has dicho que abriera YouTube.

Mia resopló, sacudiendo la abundante melena castaña, y buscó rápidamente en su móvil para enseñarle a Kaylee un vídeo de su actuación en las jornadas, que alguien había grabado y colgado en la red. Por primera vez se vio a sí misma sobre el escenario desde la perspectiva del espectador y se quedó estupefacta. No reconocía a esa chica vibrante, sensual e hipnótica que se movía con aplomo sobre el escenario. Estaba acostumbrada a tocar en público desde que era niña, siempre resguardada por el escudo que le ofrecía el piano. Recitales, conciertos, concursos... El instrumento actuaba como protección, pero ahí estaba ella en el auditorio de Lincoln Hall, sin piano, sin guitarra, solo su cuerpo y su voz, casi como si se mostrara desnuda ante el mundo. Y, sin

embargo, nunca se había sentido más segura, nunca había transmitido más emociones, jamás se había entregado al público como en aquella actuación. Se observó a sí misma, algo avergonzada, y también, tenía que reconocerlo, fascinada: pronunciando el hechizo de Rhiannon, primero en susurros y cada vez más alto, en un *crescendo* imparable que finalizaba con un estallido, tras el cual se desplomó sobre el suelo, hecha un ovillo, como si hubiera agotado todas sus energías lanzando el sortilegio. Todavía recordaba a Miles, casi rozándola, el cálido aliento acariciando su piel, el olor a menta que desprendía y aquellos deslumbrantes ojos verdes, intensos, desafiantes, únicos, mirándola fijamente antes de indicarle que se desvaneciera al final de la actuación. Había tenido razón, por supuesto. Ni siquiera lo consultó con la directora de escena. Supo, en cuanto Miles lo dijo, que era el final perfecto para la canción y lo hizo. El público enloqueció. Al ponerse en pie vio cientos de manos agitándose frenéticamente en un aplauso ensordecedor que la hizo sentir viva.

—¡Kaylee! ¿Has visto el número de visitas? —espetó Mia, impaciente.

La joven reparó incrédula en la cifra. El vídeo había sido colgado el sábado y, en tan solo dos días, había alcanzado una cantidad desorbitante de visionados.

—Esto está mal. No puede ser... —murmuró. Era ridículo. Ella no era nadie. Era Kaylee Howard, una estudiante de piano confusa que acababa de aceptar su primer trabajo como cantante en un grupo de rock en caída libre. Nadie sabía que era hija de Linda Foster. Nadie sabía que había sido contratada por The Wave. Era tan solo una universitaria participando en un festival universitario cantando una canción escrita cuarenta años atrás. Ni siquiera estudiaba en una escuela de música de primera fila. Podría haberlo hecho, claro, si no hubiera rechazado la plaza del Conservatorio de Boston, pero estaba en Portland, así que no entendía cómo era posible que el vídeo estuviera teniendo tanta repercusión.

Desconcertada, echó un nuevo vistazo a su móvil para leer un mensaje del profesor Garrison, que se disculpaba por tener que cancelar su siguiente clase. Se despidió de Mia de forma ausente y, pedaleando en su Raleigh, se dirigió hacia Southwest Hills. En la última semana se había acostumbrado a utilizar el piano del sótano, al principio con algo de apuro, hasta que James la convenció de que la propiedad no era de Miles ni suya, sino que había sido escogida para The Wave por Gerry y, como ella ya formaba parte del grupo, tenía derecho a utilizar las instalaciones de la banda.

Le parecía un lujo disponer de un piano y un lugar de ensayo propio, algo de lo que no disfrutaba desde que dejó Boston. En la casa de Beacon Hill siempre tuvo su espacio: una sala insonorizada solo para ella, con un excelente piano de pared y buenas vistas al parque. En la universidad había tenido que adaptarse a las cabinas de práctica comunes, pero desde que Miles realizara aquella inesperada propuesta, aquella generosa e inesperada propuesta, había ganado en tranquilidad. Podía ensayar siempre que quisiera, a cualquier hora, y ni siquiera tenía que cruzarse con los chicos si no quería. A veces solo saludaba a la señora Burrows, se encerraba en el sótano y se marchaba al anochecer sin que nadie más se enterara de su paso por la casa.

Cuando llegó a la propiedad de Southwest Hills, el ama de llaves le abrió la verja del jardín a través del interfono. Atravesó la puerta de entrada y se dio de bruces con un desconocido. Alto, aunque no tanto como Miles o James, musculoso, de mandíbula cuadrada, con el pelo y los ojos oscuros, la piel bronceada, con un *piercing* en la ceja izquierda y otro en el labio y vestido completamente de negro. Lo rodeaba cierta aura de misterio. Ambos se estudiaron sin disimulo.

—Luke, el nuevo batería —se presentó él, sin cambiar su gesto serio.

—Kaylee, la nueva cantante.

El músico asintió muy despacio y, con la misma lentitud, dio por finalizado su escrutinio, se dio la vuelta y se perdió por el pasillo de la derecha.

Así que el último componente del trío ya había llegado a Portland. James le había hablado de él; desde la muerte de Aaron, habían pasado varios baterías por el grupo, aunque ninguno se quedó. Luke era la última propuesta de Gerry y el agente esperaba que esta vez funcionara.

El Samick negro del sótano era un piano increíble, casi tan bueno como el Bechstein que Kaylee tenía en Boston. Estaba dotado de una excelente sonoridad y una pulsación delicada y precisa. Acarició las teclas, despejando su mente y dejándose invadir por la música. Durante las siguientes dos horas se dedicó a practicar la Sonata de Rachmaninov que pensaba tocar en su recital de fin de carrera. Tenía que decidir las otras piezas que iba a incluir en el programa. Tal vez podría abrir con algo de Haydn y cerrar con alguna de las *Sonatas de guerra* de Prokofiev o, quizás, decantarse por algo de Schumann o de Debussy. Todavía contaba con algunas semanas para entregar el programa a su tutora para que lo aprobara. Pero, mientras tocaba los pasajes más difíciles de la sonata, no pensaba en nada de eso. Ni en el recital de final de curso, ni en el vídeo de YouTube. Ni siquiera en lo viva que se había sentido sobre el escenario de Lincoln Hall. Estaba concentrada en pulir un fragmento particularmente complejo del primer movimiento, desafiando sus propios límites como pianista. Cuando finalizó, sin haber logrado un resultado satisfactorio, cerró los ojos y se masajeó la frente. Necesitaba un descanso, aire puro, tal vez lluvia. Le gustaba la lluvia de Portland. Resultaba purificadora.

Sin embargo, sintió una presencia a sus espaldas. Se giró con lentitud para descubrir a Miles Baker, cómodamente recostado en una butaca. Tenía los brazos cruzados y la miraba sin pestañar con sus hipnóticos ojos verdes.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Te falta algo. Todavía no sé qué es, pero hay algo que falla...

Kaylee observó exasperada al cantante de The Wave. Aquel tipo tenía la habilidad de sacarla de sus casillas, algo que casi nadie conseguía.

—Estoy practicando. Todavía me falta mucho trabajo —respondió mientras recogía las partituras—. No sabía que te interesaba la música clásica. Pensé que ese era el terreno de James.

El rockero se pasó las manos por el pelo oscuro, desordenando aún más su ya de por sí descuidado peinado. Llevaba ropa de deporte, aunque tenía un aspecto fresco, así que debía de dirigirse hacia el gimnasio, también situado en el sótano. La camiseta dejaba al descubierto sus

brazos de músculos tonificados, aunque no demasiado marcados, el tatuaje tribal que había advertido en otras ocasiones y sus habituales pulseras de cuero en la muñeca izquierda.

—Me interesa todo tipo de música. No necesito etiquetarla para que me guste. ¿Crees que porque me dedique al rock o porque no haya pasado por el conservatorio no puedo apreciar otros géneros? —indicó presuntuoso—. Volviendo a tu sonata... La parte técnica está bien. Necesitas más trabajo, pero es aceptable. Eres bastante buena, eso tengo que reconocerlo, pero le falta algo. Es como...

—Le falta sentimiento, lo sé —lo interrumpió, molesta con aquel chico que siempre conseguía alterarla—. No eres el primero que me lo dice, pero no entiendo por qué. Me encanta esta sonata, me emociona... No sé por qué no consigo transmitir esas emociones.

—Pero cuando cantas sí lo consigues.

Kaylee asintió con un lento cabeceo. No sabía qué andaba mal dentro de ella, pero, al margen de la cuestión técnica, no tenía control sobre lo que sucedía cuando se sentaba al piano o cuando subía a un escenario. Los dos permanecieron callados unos minutos, sin mirarse, sumidos en sus pensamientos.

—¿Qué haces aquí, Miles?

Era la primera vez que ambos estaban a solas, sin James mediando entre ellos. De hecho, era la primera conversación normal que tenían, sin que el rockero se mostrara despectivo y huraño. No había sido el colmo de la amabilidad, pero al menos estaban hablando. El guitarrista de The Wave se encogió de hombros.

—Nunca te había escuchado tocar el piano y tenía curiosidad... No lo haces mal.

—Vaya, gracias. —Se le escapó una sonrisa, mientras él se ponía en pie, dispuesto a marcharse—. No viniste a la actuación. James estuvo allí, pero tú no viniste.

Después de su consejo en la hamburguesería y de haber ayudado a Colin con los ensayos, había dado por sentado que Miles asistiría al concierto, pero no apareció. Se sintió algo decepcionada, aunque Colin no parecía afectado. Durante la semana anterior había establecido una extraña relación con Miles. Para sorpresa de todos, incluido el propio James, le había prestado su ayuda y habían pasado bastante tiempo practicando juntos con la guitarra. Sin embargo, la noche del concierto no acudió al campus para ver actuar a su protegido. «Dijo que seguramente volvería a cargarme el *riff* y él se enfadaría de nuevo, así que mejor nos lo ahorrábamos», se había reído Colin para explicar la ausencia de su improvisado mentor. En realidad, Colin había mejorado muchísimo tras practicar con el rockero e hizo un papel más que aceptable en el concierto.

—¿Me echaste de menos, rubia? —preguntó Miles y había algo peligroso en su tono, algo que la puso en alerta, porque aquel era un nuevo Miles o, más bien, una faceta que aún no había visto en él. De pronto, la habitación se llenó de una extraña energía que pareció abarcarlo todo y el músico se dirigió hacia el piano con pasos lentos. Cuando se inclinó sobre ella, Kaylee, de forma instintiva, se acercó un poco a él. Olía a menta, a jabón y un poco a tabaco. Su aroma la aturdió un poco, pero se recuperó con rapidez. No sabía a qué jugaba Miles Baker, pero ella no iba a

participar.

—No me llames rubia, ni Katie, ni Hailey, ni ningún otro nombre. Me llamo Kaylee y estaría bien que lo recordaras.

El músico alzó la mano y deslizó el dedo pulgar por su barbilla con mucha suavidad, apenas rozándola, y provocando un curioso hormigueo en su piel.

—Sé cómo te llamas, Kaylee —susurró con voz ronca y una sonrisa torcida. Se dio cuenta de que era la primera vez que lo veía sonreír. Resultaba inquietante que un simple movimiento de labios pudiera perturbar tanto a una chica. Se alegró de estar sentada, porque dudaba que sus piernas, a las que notaba repentinamente temblorosas, hubieran sido capaces de sostenerla. Tragó saliva al percibir la oscuridad que estaba tiñendo la mirada del músico.

—Entonces... ¿por qué...?

No llegó a terminar la frase, porque él se enderezó, dando por finalizada la conversación, y se dirigió hacia la puerta. Antes de que pudiera protestar por dejarla con la palabra en la boca, Miles Baker abandonó la habitación.

Kaylee no había tenido que enfrentarse nunca a hombres como Miles. El rockero le resultaba desconcertante; existía una increíble conexión musical entre ellos, lo notó el día que cantaron juntos y, desde luego, sentía una innegable atracción por su voz, esa voz ronca y oscura que a veces, cuando cantaba, cuando susurraba, parecía adentrarse bajo su piel. No importaba cuantas veces escuchara sus canciones en el reproductor, siempre tenían el mismo efecto: conseguía subyugarla, igual que en la cafetería, cuando se inclinó sobre ella para indicarle cómo terminar su actuación de *Rhiannon*. No, desde luego Kaylee jamás había tenido que enfrentarse a un hombre así y no era tan inocente como para ignorar que, durante unos momentos, había sentido una intensa atracción física por Miles Baker. Molesta, salió de Southwest Hills y regresó a su residencia, al refugio seguro que le ofrecía su pequeño estudio, a salvo de rockeros huraños y solitarios que la desconcertaban con su comportamiento.

No le contó a James ni a Mia el extraño episodio del sótano. Sospechaba que el propio Miles tampoco estaba demasiado contento con su comportamiento, porque durante unos días pareció poner especial cuidado en evitarla. Ella, sin embargo, procuró olvidarlo y concentrarse en sus clases, sus prácticas y el trabajo en The Green Cafe. Sin embargo, tenía que reconocer ese destello diario que se producía en su interior cada vez que terminaba sus prácticas de piano en el sótano y se daba la vuelta. Una pequeña, diminuta parte de ella esperaba ver al rockero en la butaca, con el gesto duro y sus increíbles ojos verdes entrecerrados. Por supuesto, el asiento siempre estaba vacío y ella sabía que era mejor así, pero después se subía a su Raleigh, se ponía los auriculares y escuchaba de forma casi obsesiva las viejas canciones de The Wave mientras pedaleaba de regreso al campus, dejando que la voz rota de Miles la envolviera de nuevo.

Tampoco vio demasiado a James en esos días; pasó mucho tiempo encerrado en el estudio para

concentrarse en la composición. Kaylee cada vez estaba más convencida de que no habría nuevo disco. Empezaba a preguntarse por qué se habían dado tanta prisa en contratarla, porque estaba claro que aún faltaba demasiado trabajo antes de que comenzaran los ensayos. Si es que alguna vez empezaban. Ni James ni Miles parecían capaces de terminar las canciones del disco y en un par de ocasiones vio a Luke, el nuevo batería, pasearse por la casa como un perro enjaulado con gesto de disgusto, aunque no se atrevió a importunarlo. Luke tenía una moto, una impresionante Yamaha de color negro, y a veces, cuando ya no podía más, desaparecía con ella

El sábado aprovechó que no tenía turno en la cafetería para practicar a fondo en el piano. Llevaba más de dos horas cuando decidió hacer un descanso y subir a la cocina a tomar un café, pero, al salir al pasillo, oyó unos sonidos sordos que provenían del gimnasio. A través de la puerta entreabierta, divisó a Miles, sudoroso y con todos los músculos en tensión, golpeando un saco de boxeo. Su cuerpo se balanceaba con movimientos precisos, en un magnífico baile que hipnotizaría a cualquiera que lo observara. Tenía el pie izquierdo adelantado, el tronco ligeramente encorvado y su cadera se movía de forma acompasada, mientras golpeaba con el puño derecho. Después, cambió de posición para repetir los movimientos con la mano izquierda. Sus puños emitían un sonido rítmico al chocar con el saco, cada golpe acompañado por un jadeo seco. A Kaylee jamás le había llamado la atención el boxeo, pero era incapaz de apartar la vista de la espalda de Miles. Había algo magnético en ver al músico volcando su rabia en el saco, que no tenía nada que ver con sus músculos ni con su poderoso atractivo, sino con esa parte oscura de su interior que lo mantenía inalcanzable para la mayoría de los simples mortales. Un carraspeo la sacó de la ensoñación y, avergonzada, se encontró con la mirada divertida de James.

—¿Espionando? No creí que fueras del tipo *voyeur* —susurró con una sonrisa pícaro.

—No espiaba. Solo oí un ruido y luego... — Se encogió de hombros. ¿Cómo explicar que había sido incapaz de moverse? James no lo entendería. Pensaría que había algo sexual en ello, y algo había, no podía negarlo, pero no era solo el cuerpo de Miles Baker lo que la había mantenido anclada a la puerta del gimnasio. Había algo malo en él, algo oscuro, y era fascinante ver cómo se desprendía de ello con cada golpe, como si liberara una parte de sí mismo cada vez que sus puños chocaban contra el saco. Por supuesto, se trataba de una liberación efímera, pero no podía evitar preguntarse cómo sería el guitarrista de The Wave si consiguiera dejar atrás todo ese peso de forma definitiva.

—Largaos de aquí —masculló Miles sin volverse. Se secó el sudor de la frente con una toalla que lanzó después al suelo y volvió a concentrarse en su entrenamiento.

—Eh, que yo no tengo ningún interés en verte. Solo buscaba a Kaylee.

—Vaya, qué raro, James buscando a Kaylee —bufó, dándose la vuelta. Se acercó a ellos con paso lento hasta quedar frente a la chica—. ¿No has tenido bastante, rubia? ¿Quieres ver más, que me quite la camiseta, que haga unas cuantas flexiones para ti?

Su voz sonaba más sarcástica que sensual, incluso contenía cierta rudeza, pero Kaylee aguantó su mirada desafiante sin bajar la vista.

—Si tú puedes verme tocar el piano, supongo que yo puedo verte entrenar. ¿O es que solo tú puedes mirar?

Miles estaba demasiado cerca de ella y su respiración parecía haber cambiado. Cuando habló, su voz sonó más ronca y sus palabras estaban teñidas de ironía:

—¿Te gusta mirar, rubia? Porque podemos sacarle mucho partido a esa debilidad tuya...

—Vale ya —lo cortó James con gesto adusto—. Ya hemos hablado de esto.

Los dos amigos se mantuvieron la mirada, retadores, tal como Kaylee los había observado hacer en otras ocasiones. Esta vez el duelo mental debió de ganarlo James, porque el guitarrista se dio la vuelta con brusquedad y regresó junto al saco de boxeo.

—Vamos —susurró James, empujándola hacia el pasillo con suavidad.

—No lo miraba de esa forma —se defendió Kaylee, aunque su conciencia le indicaba que no era cierto y que, además, no tenía que disculparse. El teclista no contestó de inmediato. Subieron en silencio las escaleras.

—Sé cómo es Miles, Kaylee. He visto caer rendidas a sus pies a chicas que lo odiaban y sin que él apenas moviera un dedo para atraerlas. Y tú... bueno, no eres exactamente su tipo. No me malinterpretes, eres preciosa, pero tienes todo ese pelo rubio y esa cara de no haber roto un plato en tu vida y pareces tan tranquila y dulce... —A esas alturas del discurso, Kaylee había fruncido tanto el ceño que James empezó a frotarse nervioso la nuca—. Miles está pasando una mala época y, aunque no seas su tipo, puede tomar malas decisiones. Tenemos una última oportunidad para sacar *The Wave* adelante y que vosotros tengáis toda esa tensión no es bueno. Entiéndeme, creo que será bueno sobre el escenario, pero fuera de él es mejor que solo seáis amigos. Eres una chica sensata y sabes que hay ciertas cosas que pueden fastidiarlo todo...

Kaylee alzó la mano, con un gesto elegante y autoritario que había visto hacer a su madre miles de veces y que imitó de forma inconsciente, imponiendo silencio.

—No sé por qué te crees con derecho a hablarme así. No hay nada entre Miles y yo, pero desde luego, si lo hubiera, no sería asunto tuyo. Somos amigos, James, pero no trates de controlarme. No lo consentiré.

No, no lo consentiría. Su madre ya la había controlado bastante y no permitiría más injerencias en su vida.

—No trato de controlarte —se excusó con rapidez el chico, abriendo los ojos—. Es solo que os veo desde fuera y... Tú no eres el problema, ¿vale? Pero Miles... No lo parece ahora, porque está encerrado en sí mismo, pero cuando se deja llevar, arrasa con todo. Te arrastrará a ti, arrastrará al grupo y nos llevará por delante sin que nos demos cuenta.

Resultaba asombroso el poder de las palabras, pensó Kaylee horas después en la oscuridad de su dormitorio, mientras *Sleeplessness* sonaba en el reproductor y la voz áspera de Miles se apoderaba de la atmósfera. Durante un momento, cuando James le hizo aquella advertencia sobre el cantante, asegurando que Miles la arrasaría, deseó que sucediera. Se visualizó a sí misma en la orilla del océano mientras una ola gigantesca la engullía y se la llevaba mar adentro. Casi podía

sentir la poderosa fuerza de la ola envolviéndola, el agua invadiendo su nariz, su boca, sus pulmones, ahogándola. Podía sentir la lucha por respirar, sus brazos y sus piernas moviéndose frenéticos, tratando de sobrevivir, y, finalmente, la poderosa ola arrastrándola, llevándosela lejos a un lugar desconocido. Asustaba, pero resultaba más excitante que permanecer quieta en la orilla contemplando el vaivén del mar.

Capítulo 6

Escuchó de nuevo la melodía que había grabado con la guitarra acústica. Tres días tirados a la basura, se dijo, reprimiendo las ganas de arrojar el micrófono contra la pared. Gerry había llamado desde Nueva York poco antes de la llegada de Luke para anunciar que no podría acudir aun a Portland y también para saber si ya tenían nuevo material. Pareció suavizarse cuando Miles explicó que había escrito la letra de cuatro canciones, pero en cuanto confesó que no tenía un solo acorde, la decepción tiñó la voz del agente.

—Siéntate, coge la guitarra, ponte al teclado, y empieza a mover las manos hasta que salga algo decente. O pásale las letras a James y que se encargue él de la música.

Ni hablar. Miles no pensaba compartir sus temas con James. Aquellas canciones eran demasiado personales, hablaban de sí mismo, de su oscuridad, de su dolor y de su lucha, así que la música también debía componerla él. Además, no se sentía demasiado amistoso con James últimamente, sobre todo desde su encuentro en el gimnasio. Estaba enfadado con su amigo, pero también consigo mismo. Desde que Kaylee había entrado en su vida, tan solo unas semanas atrás, se encontraba incómodo, ahogado por nuevas emociones que no sabía controlar.

No tenía que haber bajado al sótano. O, cuando escuchó el sonido del Samick, debió ignorarlo y seguir hacia el gimnasio. Pero la curiosidad pudo con él y entró en la sala. Durante casi una hora observó su espalda recta, su rubio cabello recogido en un moño descuidado y su exquisita nuca, pero sobre todo escuchó su música. Kaylee era muy buena, eso tenía que reconocerlo. Resolvía con facilidad todas las dificultades técnicas de la pieza y, cuando tropezaba, volvía una y otra vez al fragmento hasta pulirlo. Decía mucho de su carácter verla tocar el piano: perseverante, perfeccionista, trabajadora. Sin embargo, no conseguía encontrar a la chica que actuó sobre el escenario del Lincoln Hall. Si no la hubiera visto en aquel ensayo, jamás habría imaginado que aquella joven de apariencia serena pudiera ocultar tanto fuego, pero él la había visto, la había escuchado y la había sentido en todo su cuerpo. Había sido tal el revuelo de emociones que le había provocado el ensayo de *Rhiannon* que se negó a acompañar a James al concierto, a pesar de haber estado toda la semana practicando con Colin. Ni loco habría vuelto a ver su actuación. Ya tuvo bastante con la tortura del ensayo como para pasar por ello otra vez. Un cobarde, eso era, pero no le sirvió de nada, porque algún imbécil la grabó en vídeo y lo colgó en YouTube para que él pudiera verla una y mil veces, para que pudiera deleitarse en los primeros planos y, sobre todo,

sentirse sacudido por su hipnótica voz.

Sin embargo, allí en el sótano, escuchándola tocar las teclas blancas y negras del Samick, no percibía ninguna emoción, no había nada de sí misma en la música que salía de sus dedos. Le dio rabia, porque la música debía hacer sentir y ella no era (él lo sabía) esa cáscara vacía que repetía de forma mecánica las notas impresas en el pentagrama, así que quiso desestabilizarla. Esa fue su única intención. Provocarla para sacarla de la apatía, pero le salió mal y cometió el error de acercarse demasiado a ella, de ver cómo sus ojos serenos se oscurecían y su respiración se agitaba. Cometió el error de aspirar el sutil aroma a almendras dulces que desprendía su piel, de acariciar suavemente su barbilla y de mirar su boca, esa boca que había deseado morder en su primer encuentro, cuando le hizo cantar *Proud Mary*, y que ya lo llamaba de forma irremisible. Esta vez no quería morder sus labios, sino saborearlos lentamente. Jamás le habían gustado los besos, eran demasiado íntimos y nunca había querido conectar con las chicas que pasaron por su vida, pero por dos veces había querido besar a Kaylee Howard y no le gustaba nada esa sensación, así que, confuso, abandonó el cuarto.

Quiso mantenerse lejos de ella, pero descubrió, consternado, que no podía. Se obligó a guardar las distancias, sin embargo, todas las tardes de aquella semana, mientras Kaylee practicaba, bajó al sótano. No volvió a entrar en la sala: se quedaba en el pasillo, sentado en el suelo, escuchando como la joven daba forma a la sonata, como se hacía con ella, puliendo los fragmentos más complicados y ajustando el ritmo. Esa sonata vacía, que no transmitía nada, y, cuando ya no lo soportaba más, cuando las ganas de levantarse y entrar en la sala para pedirle que parara de tocar así, que buscara dentro de sí misma algo del fuego que escondía en su interior, solo entonces se ponía en pie, se dirigía hacia el gimnasio y golpeaba con furia el saco de boxeo enfadado consigo mismo y con aquella chica que tenía dos caras distintas sin saberlo.

—Vamos a ensayar hoy con Kaylee y Luke los dos dúos y el nuevo material en el que he estado trabajando —le anunció James en el desayuno. Miles asintió y buscó la cajetilla de tabaco. No la encontró y, de malhumor, se dirigió hacia la sala de ensayos. Luke ya estaba tras la batería, probando el instrumento. No lo había visto mucho desde su llegada. El nuevo batería de The Wave era del tipo silencioso. No hurraño como Miles, sino calmado y algo misterioso. Hablaba poco, bebía cerveza (desde su llegada había montones de cervezas en la nevera que a veces causaban a Miles cierto desasosiego) y tenía una espectacular Yamaha con la que se perdía algunas mañanas, recordándole que hubo un tiempo en que a él le encantaba montar en moto.

Kaylee llegó poco después, con las mejillas sonrojadas por el frío y el pelo algo revuelto. Tenía un aspecto adorable y Miles quiso ignorarla, aunque al final se rindió y la estudió sin tapujos. Era muy bonita, pero seguía pareciendo demasiado dulce e inocente y seguía encontrándola fuera de lugar en un grupo de rock. Sin embargo, se recordó, no estuvo fuera de lugar en el escenario del Lincoln Hall. Sacudió la cabeza, borrando las imágenes de Kaylee

cantando *Rhiannon*, y decidió concentrarse en el ensayo.

James les pasó las nuevas partituras, pero, en cuanto echó un vistazo a las canciones, supo que no estaban a la altura de los dos primeros temas que había compuesto.

—Bien, ¿qué os parecen? —preguntó el teclista al cabo de un rato, tras haberles dado tiempo suficiente para que las estudiaran. Miles levantó la cabeza y tropezó con la mirada ansiosa de su amigo. Parecía nervioso y, olvidándose de las últimas tensiones, sintió algo muy parecido a la ternura. James estaba por completo entregado a la recuperación de *The Wave*, empeñado en sacar adelante un grupo en el que solo creían Gerry y él. Podría decirle la verdad. En realidad, sería lo mejor: decirle que aquellas canciones no eran malas, pero tampoco buenas. Que había hecho un trabajo excelente con *Broken Soul* y *Good Moments*, pero los nuevos temas no valdrían.

—Creo que deberíamos ver cómo suenan —dijo en cambio con su tono más firme. Tal vez, quiso convencerse, solo había sido una primera impresión y, cuando las interpretaran, las canciones de James resultarían increíbles.

—Ensayaremos primero las canciones con Kaylee y luego las nuevas.

Miles tomó aire, mientras Kaylee se colocaba en su posición, cerca de él. Sonaron las primeras notas de *Broken Soul*. Luke entró sin problemas en su turno y Miles se metió dentro de la canción, dejándose arrastrar por la oscuridad que llevaba impregnada la música hasta que la luminosa voz de Kaylee se abrió paso, casi a dentelladas, llenándolo todo de calidez y belleza. Solo entonces se atrevió a mirarla. Sus ojos avellana brillaban emocionados y allí estaba la chica del escenario del Lincoln Hall, fuerte y maravillosa, vibrante, conmovedora y algo salvaje. Sintió que estaban conectados por algo que iba más allá de la música, que todas aquellas semanas luchando contra lo que ella le hacía sentir no habían servido de nada, así que se rindió y se entregó por completo, dejó que la voz femenina se adentrara en lo más profundo de su interior y que acariciara su alma rota, llenándola de luz.

El último acorde resonó en la sala. Miles todavía era incapaz de despegar la mirada de Kaylee y a la joven también parecía costarle separar la suya. ¿Sería siempre así?, se preguntó. ¿Cada vez que cantaran se produciría ese estallido entre ambos, esa especie de comunión que jamás había sentido con nadie a ningún nivel? Un carraspeo nervioso rompió el momento.

—Creo que no llegaré a acostumbrarme a lo que pasa entre vosotros cuando cantáis —suspiró James, casi como si lo lamentara, antes de dar la señal para pasar a la siguiente canción.

Ensayaron toda la mañana, dándole vueltas a las nuevas canciones de James. Kaylee se quedó a escuchar el ensayo y, cuando terminaron, los cuatro permanecieron en silencio.

—No están bien —reconoció el teclista al final. Nadie dijo nada y él tragó saliva—. No están a la altura —aseguró con tristeza, recogiendo las partituras. Salió de la sala y Kaylee hizo ademán de seguirle, pero Miles la detuvo.

—Déjalo. Ahora necesita estar solo.

Ella asintió y empezó a recoger sus cosas. Luke abandonó la habitación con su habitual sigilo y el guitarrista se sentó en el sofá con su Fender. Tocó algunos acordes y no se detuvo cuando

Kaylee tomó asiento junto a él.

—Las canciones de James no estaban mal —dijo con voz suave.

Miles siguió tocando.

—No nos vale que simplemente no estén mal. Si James quiere rescatar al grupo, necesitamos temas mejores. Él lo sabe.

—¿Tú no quieres rescatar al grupo? —Miles dejó de tocar y miró a la chica. Estaba sentada junto a él, no demasiado cerca, pero podía percibir un tenue olor a almendras dulces—. Has dicho que James quiere rescatar al grupo, pero ¿qué hay de ti? ¿Quieres recuperar The Wave?

—The Wave ya no existe. James todavía no lo ha asumido, pero no saldrá adelante.

The Wave se quedó en Sydney, quiso decirle. Se quedó en aquella habitación de hotel con vistas a la bahía, junto al cuerpo inerte de su amigo, de aquel chico demasiado joven, con demasiadas ganas de vivir rápido y que se marchó antes de tiempo, dejando atrás a dos amigos desconcertados, que de repente se sintieron un poco más solos. Aaron se llevó a The Wave y nada podría recuperarlo, porque James y él ya no eran los mismos, no lo serían nunca, pero era una confesión demasiado personal y no dejó salir las palabras.

—Y, entonces, ¿qué haces aquí? —Parecía tener verdadera curiosidad y, aunque acababa de compartir con aquella chica uno de los momentos más intensos de toda su carrera musical, no pudo evitar sentirse incómodo. No estaba acostumbrado a despertar un interés genuino en las personas, solo en James y en Gerry (y antes en Aaron), así que volvió a alzar las defensas.

—Yo estoy aquí porque no tengo un lugar mejor en el que estar.

Creyó que sería suficiente, que ella daría por terminada la conversación, se despediría y se marcharía, pero Kaylee no se movió. Permaneció en silencio diez o veinte segundos, observándolo con atención, y él aguantó su mirada escrutadora. Entonces ella esbozó una pequeña sonrisa, bastante dulce, y se inclinó sobre él.

—Creo que no es verdad. Creo que estás aquí porque eres un buen amigo y también porque, en el fondo, crees que The Wave puede tener una oportunidad. Y yo también lo creo, Miles —aseguró. Después, se puso en pie, recogió su mochila y salió de la sala de ensayos, dejándolo algo aturdido. Supo que, de alguna manera, acababan de firmar una tregua.

Y se sintió en paz.

No encontrar el maldito tabaco lo ponía de mal humor y empezaba a sospechar que la culpable de la desaparición de sus cigarrillos era la señora Burrows, que no ocultaba su desagrado ante la adicción del rockero. Miles había intentado abordarla en un par de ocasiones, pero la rígida ama de llaves lo miraba como si el músico fuera un diminuto insecto y negaba saber nada del paradero de su última cajetilla.

—Colin va a llevarme a una tienda de vinilos y Kaylee hoy no tiene clase, así que se ha apuntado —James interrumpió su búsqueda por los cajones de la cocina—. ¿Te vienes? Dicen que

tiene una selección de discos impresionante.

Su amigo había estado el día anterior algo alicaído, pero, de repente, su voz volvía a sonar entusiasmada. Hacía unos años que James empezó a coleccionar vinilos y en su casa tenía una abundante recopilación de álbumes de distintos géneros: rock, punk, *jazz*, clásica... Miles no entendía la fascinación por aquel sonido antiguo, el ritual del tocadiscos, el deslumbramiento por las carátulas diseñadas cinco o seis décadas atrás... No, Miles era un hombre del siglo XXI, de los que gustaba ir ligero de equipaje y llevar mil canciones guardadas en su bolsillo que podía conectar en cualquier lugar. No encontraba especialmente estimulante echar la mañana en una tienda de discos, revisando estanterías polvorientas, pero James, tras la decepción de sus nuevas canciones, lo necesitaba y a él tampoco le vendría mal salir de su encierro voluntario. En caso contrario se quedaría en su habitación, releyendo a Baudelaire o a Bukowski, fumando (si encontraba el tabaco) y juntando acordes en una guitarra que no lo llevarían a ninguna parte. El mismo plan que había seguido, con ligeras variaciones, desde que llegó a Portland. Pero, de repente, tenía ganas de hacer algo diferente.

—¿Vienes o no? —insistió James, impaciente. Miles asintió y acompañó a su amigo. Luke esperaba en el pasillo, apoyado en la pared con los brazos cruzados y su habitual gesto impassible. El trío salió al porche, donde los esperaban Colin y Kaylee.

Fue entonces cuando vio las bicicletas.

—¿Qué es esto? —preguntó, dirigiéndose a Colin.

—Bicis. Hemos alquilado tres bicicletas para vosotros. ¡Vamos! —contestó el chico con una sonrisa infantil.

—Yo no voy en eso —aseguró Miles.

—Lo mío son las motos —indicó Luke al mismo tiempo, negando con la cabeza. El batería guardaba en el garaje la Yamaha que había traído desde Nueva York y con la que se desplazaba de un lugar a otro. Miles asintió. Su afición por las motos era una de las pocas cosas que ambos tenían en común.

La risa bailaba en los ojos de Kaylee.

—Chicos, estáis en Portland. Aquí compramos la comida en mercados ecológicos, reciclamos y nos desplazamos en bicicleta. ¡Bienvenidos a la ciudad del futuro! —bromeó—. ¿Tú también tienes algún problema con las bicis, James?

—No —contestó sonriente el teclista—. Me encanta. Hace mil años que no monto en una, pero me parece genial.

Kaylee se subió a su Raleigh blanca y Colin sujetaba una plateada, lo que dejaba libres tres bicis en color negro, exactamente iguales. James se subió en una y empezó a pedalear, dando una vuelta por el jardín, al principio algo inseguro, pero se hizo rápidamente con el equilibrio. Luke resopló, agarró el manillar de una de las bicis y esperó con paciencia a que James terminara de exhibirse.

Miles no montaba en bicicleta desde que dejó Carver Island. Cuando llegó a Nueva York se

acostumbró a desplazarse en metro y andando hasta que pudo hacerse con una moto de segunda mano, que cambió por una espectacular Ducati cuando llegó el éxito. Sin embargo, en los últimos años apenas la utilizaba y, en sus escasos desplazamientos por la ciudad, solía moverse en taxi.

—¿Qué pasa? ¿Los duros rockeros no pueden ir en bici? —le susurró Kaylee con una sonrisa pícaro. No supo si quería besarla o ignorarla, pero sentía entre ellos una nueva corriente de simpatía. Habían enterrado el hacha de guerra y Miles tuvo que reconocer que resultaba liberador. Podía llevarse bien con Kaylee. Aquel era un pensamiento nuevo, pero, por alguna razón, resultaba extrañamente reconfortante.

Agarró la bicicleta que quedaba libre y confió en no hacer el ridículo. Al igual que James, necesitó un par de minutos para que su cuerpo se acostumbrara a mantener el equilibrio, pero, al rato, los cinco cruzaban el centro de Portland. El viento acariciaba sus mejillas y se iba apoderando de él una sensación de libertad que hacía mucho tiempo que no sentía. A medida que pedaleaba, su mente parecía ir despejándose de preocupaciones. Atrás iban quedando las partituras que no componía, el disco que nunca terminarían, las tensiones que rodeaban en los últimos tiempos su amistad con James, la nostalgia por el amigo perdido, el temor que despertaba en él esa chica con la que sentía una inusual conexión, la sensación de que hacía mucho tiempo que se le habían escapado las riendas de su vida...

Cuando se quiso dar cuenta, habían llegado a su destino.

Tras aparcar las bicicletas, se dirigieron a un viejo edificio de ladrillo, con grandes ventanales bastante sucios y amplios escaparates. Pese a las cristalerías, el interior de 2nd Avenue Records era oscuro. Largas filas de estantes con vinilos recorrían toda la tienda, dejando entre ellos pasillos cubiertos por alfombras raídas. Tras los mostradores podían verse CD e incluso cintas de *cassette*, aquí y allá se acumulaban cajas de cartón con más discos, como si no los hubieran desembalado todavía, amontonados sin ningún orden, y el techo y los escaparates estaban cubiertos por camisetas colgadas en perchas. Cientos de camisetas que bloqueaban la luz y se extendían por todas partes. Olía a polvo, a cartón, a madera vieja.

—No puedes estar en Portland y no ir a las tiendas de discos. Es casi obligatorio —explicó Colin, como si fuera un guía turístico. Kaylee lo seguía con una sonrisa divertida, acostumbrada al entusiasmo de su amigo por aquel tipo de establecimientos—. Aquí tienen de todo: rock, punk, *jazz*, *reggae*... La colección de metal es increíble, la mejor del país. Pero si te gusta el *jazz* clásico, otro día podemos ir a Mississippi Records, que es un sitio legendario. Eso sí, no admiten tarjetas de crédito, así que tendréis que llevar un buen montón de efectivo, porque querréis llevaros la tienda entera.

James escuchaba las vehementes explicaciones de Colin con grave solemnidad, pero Luke ya se había escabullido entre los estantes y Kaylee, ahogando la risa, parecía estar a punto de hacer lo mismo. El paseo en bicicleta había puesto a Miles de buen humor y, sin pensarlo dos veces, cuando notó que Kaylee hacía un primer movimiento para escaparse, cogió su mano (sintió la tibieza de su piel y la forma exacta en que sus palmas parecían encajar la una en la otra) y la

arrastró a través los pasillos de la tienda.

—Eres una amiga pésima. ¿Te estás riendo de Colin? —la regañó, pero su voz escondía cierta diversión.

El menudo cuerpo de Kaylee temblaba a causa de la risa y se secó las lágrimas que surcaban su rostro enrojecido con la mano que le quedaba libre. Miles aún no la había soltado y la mantenía tan cerca de su cuerpo que notaba cada sacudida de sus carcajadas como una corriente eléctrica.

—No pretendía reírme, pero es que Colin es un fanático de estas tiendas y siempre que conoce a alguien nuevo le hace la ruta de los vinilos, como decimos Mia y yo, y les suelta el mismo discurso. Y James lo estaba mirando con esa cara de adoración, como si acabara de descubrir a su alma gemela... No he podido evitarlo. —Se había calmado y parecía avergonzada—. Creo que les debo una disculpa...

Se soltó del agarre de Miles y se dio la vuelta, dispuesta a cumplir con su deber, pero el cantante de The Wave la retuvo, cogiéndola del brazo y acercándola de nuevo a él.

—Estaban tan alucinados que ni siquiera se han dado cuenta de tu ataque de risa. Déjalos que disfruten y enséñame esto.

Kaylee lo miró con suspicacia.

—¿Por qué estás tan amable? Normalmente no quieres estar en la misma habitación que yo...

—Vamos, no seas rencorosa. Es la primera vez que lo estoy pasando bien en mucho tiempo. No lo estropees.

Era cierto. Hacía mucho tiempo que no se divertía, pero aquella tonta excursión parecía haber devuelto cierta ligereza a su atormentado espíritu y quería mantener a toda costa esa sensación. Kaylee lo inspeccionó con sus serenos ojos color avellana antes de asentir y guiarlo entre los pasillos atestados de discos.

—En realidad es una tienda impresionante, lo que pasa es que yo soy más de iPod que de discos —explicó—, pero aquí puedes encontrar cosas muy curiosas.

Pasaron cerca de dos horas rebuscando entre los discos de rock clásico, mientras hablaban de música. Apenas se miraban, concentrados en las portadas de los vinilos, pero Miles era consciente en todo momento del cuerpo de Kaylee junto a él, los destellos rubios de su cabello y, sobre todo, su voz. Esa voz dulce y cálida que le producía una extraña sensación de paz.

—Creo que me voy a llevar una camiseta —decidió ella al fin, echando un vistazo a los cientos de prendas que sobrevolaban sus cabezas. Tras un rato de búsqueda, escogió una gris con las mangas negras de The Smashing Pumpkins, con un corazón de trazos infantiles que albergaba en su interior las siglas del grupo.

—Muy de chica —se burló Miles, quitándole la camiseta de la mano cuando llegaron a la caja. Pagó sin hacer caso de las protestas de Kaylee y trató de no pensar que era la primera vez que le hacía un regalo a una mujer. Se sintió bien cuando ella se lo agradeció con efusividad.

—Escoge una tú también —insistió con las mejillas sonrojadas. Estaba preciosa y Miles se sintió tentado a acariciar su rostro. Apretó los puños para recordarse que no era buena idea, pero

no salió corriendo.

—Mejor vamos a comer algo. Creo que James y Colin todavía tardarán un buen rato y estoy muerto de hambre... Seguro que Luke también se apunta —añadió unos segundos después, tras darse cuenta de que aquello empezaba a parecerse peligrosamente a una cita. Miles Baker no tenía citas y menos aún con universitarias rubias con voz de ángel a las que les gustaba el rock.

En la misma calle se encontraba una conocida *trattoria*. Compartieron palitos de mozzarella y un delicioso pan de ajo, Kaylee pidió unos *linguine* carbonara, Luke una pizza de la casa y Miles optó por los *fettuccine bolognese*, aunque acabaron intercambiando para probar todos los platos. Luke bebió cerveza, Kaylee una copa de vino y Miles agua. Cuando les sirvieron la comida, la chica siguió con la vista la copa de Miles. Abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar y se concentró en su plato.

—No bebo alcohol —aclaró Miles, que odiaba que su adicción se convirtiera en un inmenso elefante que ocupaba toda la habitación.

—Ya me he dado cuenta... Tal vez nosotros también debimos pedir agua —señaló ella. Luke la miró alarmado, como si fuera una incongruencia que acompañara la pizza con una bebida tan insípida como el agua, y dio un largo trago a su cerveza con el ceño fruncido, mostrando su desacuerdo con la propuesta de la nueva cantante.

—No, está bien. —Miles quería acabar rápido con el tema—. Puedo con ello sin problema... Déjame tu iPod.

El cambio de tema la tomó por sorpresa. Kaylee parpadeó varias veces, confusa, pero buscó en su bolso el pequeño dispositivo y se lo tendió al músico. Durante un rato ninguno habló. Luke parecía cómodo con el silencio y Miles curioseaba las listas del reproductor. La chica era organizada: todo guardado en carpetas, con sus correspondientes etiquetas. Revisó por encima las de música clásica y después se centró en el resto de los archivos: algo de rock clásico, un poco de folk y mucho grupo *indie* con voces femeninas. Miles no pudo evitar una mueca burlona. Bandas que fluctuaban entre el rock, el pop y el folk, como Warpaint, The Pretty Reckless, The Pierces, Lissie, Dum Dum Girls, Chvrches... Bueno, podría haber sido peor, reconoció para sus adentros. Se burló un poco de ella por su selección musical, pero la joven no pareció ofendida. Por el contrario, sonreía y le contestaba sin amilanarse ante su sarcasmo, aunque acabó ruborizándose cuando Miles encontró los dos discos completos de The Wave. Según los registros, *Sleeplessness* había sido la última canción que había escuchado y en la lista de últimas reproducciones también figuraban otros temas del grupo, como *New Girl in the Neighborhood*, *So Good* y *Where Is My Enemy?* Algo dentro de su pecho ronroneó orgulloso al confirmar que todas las canciones del listado las había compuesto él, no James.

—Déjame el tuyo —le pidió Kaylee.

—Ni hablar. ¿Te crees que soy un chico fácil? Un hombre no comparte su reproductor con la primera chica que se lo pide.

Kaylee lo miró boquiabierta, casi como si no lo reconociera, demasiado sorprendida por su

repentino buen humor, y, de pronto, empezó a reír. Así los encontraron James y Colin cuando entraron en el restaurante cargados de discos y con una sonrisa de felicidad en el rostro, que en el caso de James desapareció en cuanto advirtió la evidente complicidad establecida entre Miles y Kaylee.

—¿Qué está pasando aquí?

—Comemos —replicó el cantante al tiempo que alzaba la barbilla con gesto de desafío. Durante unos segundos nadie dijo nada, mientras los principales miembros de The Wave se estudiaban con atención, hasta que Luke resopló por lo bajo, se incorporó con lentitud y colocó dos sillas más en la mesa.

—Sentaos y dejad de hacer el gilipollas —sentenció el batería antes de hacer un gesto a la camarera para que le trajera una nueva cerveza.

Miles siguió con la mirada la jarra con el dorado líquido. Le había dicho a Kaylee que no tenía ningún problema con que ellos bebieran alcohol, pero sabía que no era del todo cierto. Echaba de menos el sabor de la cerveza, más que cualquier otra cosa. En los momentos oscuros recordaba cómo el whisky o las drogas podían ayudarlo a pasar el bache, pero en su día a día lo que más añoraba era la cerveza, no como una necesidad ni como un medio de evasión, sino el simple placer de tomarse una buena birra, su sabor amargo y delicioso, el líquido frío deslizándose entre sus labios y pasando por su garganta y el regusto que quedaba pegado al paladar después de un trago. El acompañamiento perfecto para casi todo: una reunión con los amigos, una hamburguesa, un rato tranquilo escuchando música... Eso sería algo que no podría tener nunca más. Podía pedir una cerveza sin alcohol, pero no sabía igual y en la clínica de Iowa se lo habían desaconsejado los terapeutas, así que no había nada que hacer. «Piensa en ello como en una alergia», le había dicho el doctor Newman. «Si tuvieras alergia al marisco, no podrías comerlo nunca, ni una sola vez, incluso aunque fuera una alergia leve. Pues en tu caso es igual. Puede que dentro de un tiempo pienses que no vas a recaer por tomar una cerveza en un momento puntual, pero el cuerpo tiene demasiada buena memoria. Y olvídate de las que no tienen alcohol, porque siempre llevan algo, aunque sea un porcentaje mínimo».

El doctor Newman podía estar orgulloso de él: había cumplido su parte y llevaba dos años limpio. Cada vez le resultaba más fácil, aunque continuaba enfrentándose a ello casi a diario. Para combatirlo, procuraba evitar determinadas situaciones: se acabaron las fiestas, no iba a bares ni a discotecas y había reducido al máximo su interacción social, incluidas las chicas. James lo acusaba de cobardía y no le faltaba razón, pero... ¿qué sentido tenía ir a fiestas donde todo el mundo se emborrachaba y se colocaba? No era un plan demasiado divertido para el que tenía que mantenerse sobrio y, además, pondría en su camino demasiadas tentaciones. El nuevo disco, si alguna vez veía la luz, supondría un buen montón de problemas para la reclusión de Miles. Tendría que alternar de nuevo con la gente, acudir a fiestas, salir de gira, atender una agenda extenuante, afrontar las luces y las sombras del éxito o del fracaso... No, no resultaría fácil enfrentarse a todo eso sin recaer. No bastarían las llamadas al doctor Newman cuando sintiera flaquear las fuerzas ni

una escapada ocasional a Iowa para aislarse de las tentaciones, como había acostumbrado a hacer los últimos años.

Kaylee y James lo miraban con gesto serio y Colin parecía confuso, sin entender el rostro repentinamente crispado del rockero. Tan solo Luke permanecía indiferente, comiendo grandes cucharadas de tiramisú casero. El buen humor que les había acompañado toda la tarde se había evaporado. Miles permaneció el resto del tiempo con la mirada perdida, acariciando de forma mecánica las desgastadas pulseras de cuero que rodeaban su muñeca izquierda y deseando volver a casa. Claro que, en realidad, él no tenía casa. Su hogar no estaba en Southwest Hills, pero tampoco consideraba así su piso del Soho. Desde luego nunca fue el apartamento de sus tíos en Queens, ni la humilde casa de su abuelo en Carver Island, ni mucho menos aquel mugriento apartamento de Bushwick en el que vivió antes de que The Wave iniciara su ascenso.

Su hogar siempre había sido la guitarra, pero lo había perdido hacía tiempo y no sabía cómo iba a recuperarlo.

Capítulo 7

Tía Iris: Tu madre llega esta noche a casa.

El mensaje de la tía Iris parpadeó en el móvil como una advertencia. Kaylee suspiró, volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón vaquero y se dirigió con paso resuelto a la mesa de su siguiente cliente: un estudiante con gafas, la piel color chocolate y el pelo muy corto que no levantó la vista de su *smartphone* cuando pidió un café *latte* y tarta de zanahoria. Se equivocó al preparar el pedido y sirvió al chico un *moka* blanco y pastel de manzana, pero ninguno de los dos se percató hasta que le llevó la cuenta. Ella se disculpó varias veces, él rio avergonzado por su falta de atención y, al final, dejó una sustanciosa propina por la que Kaylee se sintió culpable. Por suerte, había terminado su turno en The Green Cafe y, tras despedirse con un gesto vago de sus compañeros, se dirigió a clase de la profesora Armstrong.

—Ya he aprobado tu programa para el recital de fin de grado —anunció la profesora en cuanto entró en el aula—. Espero que ya tengas el Rachmaninov dominado, porque tenemos que empezar con Prokofiev.

Kaylee asintió, aunque lo hizo de forma ausente, como si no le importara, y su profesora frunció el ceño. Pasaba los sesenta años, era baja, gruesa y con suspicaces ojos marrones que parecían leer a las personas por dentro. Había sido todo un fenómeno sobre los escenarios durante cuatro décadas, pero se retiró unos años atrás para centrarse exclusivamente en la docencia. Margaret Armstrong rechazó enseñar en los mejores conservatorios del país para quedarse en Portland, donde vivían su única hija y sus tres nietos. A Kaylee le gustaba aquella profesora, con su gesto severo, su carácter exigente y su completa implicación con los privilegiados alumnos que tenían acceso a sus clases.

—Pareces distraída. ¿Qué tal van las cosas con el grupo? ¿Te quita mucho tiempo de las clases? Sé que te animé a hacer las audiciones y a replantearte tus opciones de futuro, pero no voy a permitir que dejes la carrera a pocos meses de conseguir el título. Acaba el grado y después toma el rumbo que consideres necesario. No por el título, sino porque las cosas que se empiezan, hay que terminarlas —sentenció con su habitual firmeza. Su alumna se sentó en la banqueta del piano.

—Con el grupo me va bien. Solo hemos tenido un par de ensayos, así que no me está quitando mucho tiempo. En realidad... bueno, no creo que vaya a ninguna parte. No sé si el disco saldrá adelante —explicó Kaylee con tono reflexivo.

—Así que no sabes qué vas a hacer cuando acabes la carrera... Salga o no el grupo adelante, lo tuyo es solo una colaboración, no un proyecto a largo plazo. ¿Qué vas a hacer? ¿Lo has pensado?

Kaylee negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Se supone que tendría que hacer un posgrado de piano, pero no es el tipo de música que quiero hacer. Nunca me había sentido tan viva como la otra noche en el concierto de las Jornadas de la Mujer.

—Ah, sí, ese concierto. Fue impresionante, tengo que reconocerlo... Sabes que la música, sea el género que sea, es una carrera de fondo. Uno nunca acaba de formarse, de explorarse artísticamente, de buscar nuevas oportunidades, conectar con otros músicos... Tienes tu voz, el piano, la guitarra... Puedes hacer cosas muy interesantes con todo ello, pero acabas de empezar a explorar las posibilidades. Creo que debes seguir por ese camino: buscándote, probando, haciendo cosas diferentes de lo que habías hecho hasta ahora.

—Vas a proponerme algo, ¿verdad?

Margaret Armstrong esbozó una leve sonrisa antes de contestar.

—Creo que debes hacer un posgrado, pero no en piano clásico. He estado echando un vistazo a los programas para graduados para ver cuál podría convenirte. —La profesora hizo un significativo silencio, que puso a Kaylee algo nerviosa—. La mejor opción para ti es Berklee.

¿Berklee? ¿En Boston? Kaylee estuvo a punto de caerse redonda al escuchar la propuesta de su profesora. Su primera reacción fue de rechazo. Se había marchado (escapado, en realidad) cuatro años atrás de la ciudad en la que vivía su madre, tratando de alejarse de su férreo control. No podía regresar, sería como volver a la casilla de salida. Margaret Armstrong conocía la peculiar relación entre madre e hija, no en vano había trabajado en varias ocasiones con Linda Foster, y podía entender la difícil situación en la que se encontraba Kaylee. ¿Cómo podía siquiera sugerirle que volviera a Boston?

—Antes de que te niegues en redondo, te pido que me escuches —indicó alzando la mano con un gesto severo. Kaylee asintió en silencio—. Para empezar, Berklee es uno de los mejores centros del mundo, así que deberías pensártelo antes de rechazar una formación excelente a causa de tu madre. Deberías preguntarte si estás dispuesta a entregarle de esa forma tu futuro.

Margaret Armstrong no se andaba por las ramas. La profesora tenía una marcada tendencia a entrometerse en la vida de sus estudiantes favoritos, pero, lejos de sentirse avasallada, Kaylee agradeció la sinceridad descarnada de sus palabras.

—Vale, es un buen punto —reconoció.

—¿Verdad que sí? —señaló su profesora con evidente satisfacción—. Bien, vamos a lo que realmente interesa: los programas para graduados en música. Berklee es uno de los pocos centros que prestan exactamente la misma atención a la música clásica y a la popular, pero, sobre todo, te va a poner en contacto con mucha gente con proyectos distintos que van a ampliar tus horizontes como artista. Profesores, otros estudiantes, una experiencia eminentemente práctica, participar en proyectos innovadores a los que no tendrías acceso fuera de la escuela...

Durante la siguiente media hora, su profesora habló sobre los distintos programas de posgrado que le permitirían perfeccionar su técnica para dedicarse a otros géneros que no fueran la música clásica y salió del aula aturrida con toda la información que acababa de recibir y los papeles para la solicitud de plaza. En el móvil tenía dos llamadas de Mia, pero las ignoró. Se puso los auriculares, empezó a sonar *Sleeplessness* (lo suyo con esa canción estaba empezando a rozar lo obsesivo) y pedaleó hacia su residencia acompañada por la voz áspera de Miles Baker. Tenía que empezar a tomar decisiones y no podía seguir retrasando la conversación con su madre. Durante el último mes había hablado con ella un par de veces. Habían sido conversaciones breves y apresuradas, en la que su madre había protestado por lo difícil que resultaba contactar con la joven y en las que ella se había limitado a contar que las clases la tenían demasiado ocupada.

Terminaría sus estudios en Portland. Eso lo tenía claro: no iba a dejar el piano cuando se encontraba en el último tramo de la carrera. El disco de *The Wave* no parecía que fuera a arrancar. Cumpliría con su compromiso con el grupo si al final salía adelante, pero tenía que pensar a largo plazo y Berklee no parecía una mala opción. La profesora Armstrong le había contagiado su entusiasmo por la experiencia que viviría allí. ¿Sería capaz de volver a Boston y mantenerse lejos de las garras de su madre? Necesitaba independencia económica para eso. Si su madre seguía pagando las facturas, siempre tendría el control. Necesitaría una beca y conseguir un trabajo que le permitiera compaginarlo con las clases. No solo unos pocos turnos en un café para estudiantes, sino un trabajo de verdad. Y, sobre todo, tenía que madurar. Si quería que su madre respetara los límites, ella tendría que ponerlos. Sacó el móvil y reservó un billete de ida y vuelta a Boston. Había cosas que solo se podían hacer en persona, suspiró para sus adentros antes de dejarse caer exhausta sobre la cama.

Ensayar con los chicos estaba empezando a ser ridículo. Interpretaban una y otra vez las dos únicas nuevas canciones del grupo y sentía la exasperación del trío, cuando después solo podían tocar temas antiguos de la banda, ya que las últimas composiciones de James habían sido descartadas. Luke, con su habitual rostro impasible, era el que menos dejaba traslucir su frustración, aunque había algo en su forma de dejar las baquetas sobre el taburete que indicaba un marcado descontento. Lo había oído hablar por teléfono un par de veces con Gerry y no había podido evitar escuchar frases sueltas como «pérdida de tiempo», «sin canciones no hay disco» o «buscar otro grupo». No resultaba difícil comprender el rumbo que había tomado la conversación entre el batería y el agente.

James resultaba más transparente. Le preguntaba con ansiedad a Miles por sus avances, trataba de darle ánimos para que siguiera adelante y con gran esfuerzo ultimaba una nueva canción para el grupo, aunque se mostraba desanimado. Sin embargo, Miles era el que parecía más descontento de los tres. Trabajaba a todas horas: en su cuarto, en el pequeño estudio de grabación, en la sala de ensayos... Apenas se despegaba de la guitarra y el teclado para hacer algo de ejercicio en el

gimnasio del sótano o para fumar en el jardín. Su malhumor iba en aumento cada día que pasaba, lo que se traducían en que la pequeña tregua que se habían dado la tarde de la tienda de discos había desaparecido.

Kaylee sabía que el músico se hallaba ante un bloqueo creativo monumental y que resultaba muy difícil salir de él. Su segundo padrastro, Neil Carpenter, que era escritor, había afrontado varios bloqueos creativos durante los años que estuvo casado con su madre. Neil había sido la relación más duradera de Linda Foster, casi nueve años casados y lo más parecido que Kaylee tuvo a un padre. Un buen hombre, algo voluble, pero que siempre se portó bien con la niña y de vez en cuando trataba, sin demasiado éxito, que Linda Foster rebajara la presión a la que sometía a su hija. Carpenter era un aclamado autor de sesudas novelas intelectuales que analizaban el papel del individuo en la sociedad global, la desesperada soledad del hombre en un mundo interconectado hasta la saciedad y otros temas existencialistas en complicadas tramas que combinaban el realismo mágico con un enfoque posmodernista. Un aburrimiento de novelas, pensaba Kaylee, que prefería los libros que arrancaban con un buen asesinato y la intriga se mantenía hasta el último capítulo, cuando se descubría al criminal tras juntar todas las pistas diseminadas a lo largo del texto.

Durante los nueve años que convivió con Neil Carpenter, Kaylee le vio pasar por algunas crisis creativas y había aprendido sus trucos para combatirlos. Miles no llevaba un buen camino para acabar con su bloqueo. Encerrarse de forma obsesiva con la guitarra y el teclado solo empeoraba la situación. En primer lugar, necesitaba desconectar, salir de Southwest Hills, hablar con otra gente, realizar actividades distintas. Necesitaba divertirse, relajarse, tener nuevas experiencias. También debía escuchar música, a ser posible de géneros diferentes al rock, que le permitieran salir de su zona de confort y aprender del trabajo de otros. Cuando Neil estaba en crisis, leía muchísimo y todo tipo de géneros: *thrillers* de espías, biografías de personajes históricos, poesía europea del siglo XVI, textos filosóficos chinos... Así que, siguiendo esa línea, Miles debería escuchar otros estilos, daba igual cuáles: clásica, techno, *country*, rap... Lo que fuera, menos rock. Puede que no sirviera de nada, pero merecía la pena intentarlo. Tal vez podría sugerírselo a James, pero se había dado cuenta de que la relación entre los dos amigos no se encontraba en su mejor momento, así que Miles no recibiría de buen grado la intervención de su compañero. Y Luke no parecía interesado en inmiscuirse en los asuntos del grupo.

El ensayo había terminado. James volvió a preguntar a Miles sobre las nuevas canciones y el cantante contestó de malos modos antes de refugiarse en el estudio. Kaylee se volvió hacia el teclista.

—Tienes que dejar de presionarlo. La intención es buena, pero creo que no ayuda.

James se pasó las manos por el pulcro peinado, moviendo con suavidad sus cabellos rubios.

—No sé qué hacer, Kaylee. Lo está intentando, lo sé. Al principio de todo esto parecía decidido a boicotear al grupo, como si no quisiera relanzar The Wave, pero ahora está concentrado en el trabajo. No puede componer, no sé por qué, pero no puede. Si lo hubieras visto

hace unos años... Era impresionante verlo trabajar, toda una inspiración. —La mirada de James vagaba perdida por algún punto lejano de la habitación y sus labios se habían curvado en una sonrisa soñadora, evocando un pasado que se les había escapado entre los dedos—. Siempre tenía nuevas canciones, cada una mejor que la anterior. Estaba lleno de entusiasmo, de energía y nos arrastraba a todos. Éramos unos críos, pero él nos convenció de que íbamos a tener el mundo a nuestros pies. Y lo conseguimos, lo consiguió, nos llevó a lo más alto... Pero nadie nos dijo que la caída sería tan brutal y nos destrozaría de ese modo.

Los dos permanecieron callados tras el largo discurso del teclista, cada uno sumido en sus pensamientos.

—Levantarse después de perderlo todo debe de ser muy difícil —musitó Kaylee, al cabo de un rato—. No he estado ahí, así que solo puedo suponerlo. Pero he visto otros bloqueos creativos y sé que tienes que dejar de presionar a Miles. Ya se presiona él lo suficiente. Tiene que relajarse, ¿de acuerdo? Dale espacio.

James asintió y se sentó de nuevo al teclado. Comenzó a tocar una melodía nostálgica, con toques de *jazz*, y Kaylee comprendió que necesitaba estar solo. Recogió sus cosas y salió de la habitación para dirigirse con paso seguro hacia la sala de grabación. Miles estaba sentado con los equipos apagados y la mirada vacía. Acariciaba con lentitud las desgastadas pulseras de cuero que cubrían su muñeca izquierda, un gesto mecánico bastante habitual en él. El músico frunció el ceño cuando Kaylee se hizo notar con un par de golpes suaves en la madera.

—Estoy trabajando —gruñó, mientras empezaba a encender los equipos con decisión.

—No, no estás haciendo nada más que regodearte en tu propia pena. Apaga eso y vente conmigo.

La mandíbula del cantante se crispó tanto que pareció a punto de romperse.

—No me des órdenes, rubia. No me excitan las mujeres mandonas.

Kaylee ahogó un quejido de protesta. Odiaba esa versión de Miles y le daban ganas de darse la vuelta y dejarlo ahí con sus problemas. A ella le daba igual si no salía el disco, lo suyo solo era una colaboración. Ya saldrían otros proyectos. Sin embargo, *The Wave* podía tener un futuro brillante y estaba cogiendo cariño a James... Además, sentía esa extraña y retorcida conexión con Miles y podía atisbar algo dentro de él, algo que mantenía oculto bajo su ceño fruncido y sus palabras hoscas, pero que ella empezaba a entrever. Una cierta vulnerabilidad, por supuesto, y también una gran lealtad hacia sus seres queridos. Había cosas buenas dentro de Miles Baker, pero ponía mucho empeño en ocultarlas.

Además, Miles había escrito y cantado *Sleeplessness* y otras canciones increíbles. ¿Cómo iba a permanecer al margen mientras todo ese talento se echaba a perder? Así que respiró hondo, ignoró las provocaciones del músico y utilizó su tono más amable.

—No es una orden. Te lo pido por favor. Ven conmigo.

—¿A dónde? —inquirió tras unos segundos de tenso silencio.

—Vamos a recuperar tu creatividad —aseguró Kaylee con una sonrisa sincera que pareció

poner nervioso al rockero. Se quedó durante un breve instante con los ojos fijos en su boca. Kaylee era consciente de que no había inocencia en aquella mirada, pero se obligó a darse la vuelta y salir del estudio como si nada hubiera sucedido. Escuchó a su espalda que Miles la seguía y se encaminó hacia la puerta. Se encontraba en un buen lío: no tenía ni idea de dónde llevarlo; solo había querido sacarlo del estudio. Se detuvo al llegar al porche. Era un día claro, pero hacía frío y aún quedaban algunos charcos de la lluvia que había caído la noche anterior.

—¿No íbamos a recuperar mi creatividad? —la apremió Miles con tono aburrido.

—Dame solo un minuto —pidió, mientras repasaba distintas actividades en su cabeza, hasta que dio con lo que quería—. Tendremos que prescindir de la bici para esto. Tenéis coche, ¿verdad?

—Creo que Gerry dejó un coche en el garaje por si queríamos usarlo. Suele ser bastante previsor para esas cosas.

—Bien, vamos.

El Lincoln plateado que esperaba en el garaje aún olía a nuevo. Miles indicó a la joven donde estaban colgadas las llaves y se dirigió con paso indolente hacia el asiento del copiloto. Hacía tiempo que Kaylee no conducía. Alguna vez se había puesto al volante del viejo Chevrolet de Colin, cuando le tocaba ser la conductora designada en las salidas nocturnas del grupo, pero eran trayectos cortos a través de la ciudad, no una distancia de más de media hora hacia las afueras. Buscó en la radio una emisora de música clásica e hicieron el trayecto en silencio escuchando uno de los cuartetos de cuerdas de Mendelssohn. Era una de las obras favoritas de Kaylee y se olvidó de Miles, embebiéndose de la angustia y la agitación de los dos primeros movimientos, la tristeza del adagio y el delirante final. Cuando la pieza terminó, Miles apagó la radio y permanecieron en silencio el resto del viaje hasta que Kaylee detuvo el coche y abrió la puerta.

—¿Dónde estamos? —preguntó el músico. Se encontraban en una explanada, rodeada de un paisaje verde y húmedo, y solo había estacionados un par de coches más, aunque no se veía ni un alma por los alrededores.

—Aún no hemos llegado. Tenemos que seguir este sendero.

Wahculla Falls se había convertido en uno de los lugares favoritos de Kaylee en Portland. George Melville, el novio de Mia, las había llevado el año anterior y ambas quedaron impresionadas. Menos conocidas que otras cataratas de la zona, se llegaba a través de un sendero corto y bastante asequible para senderistas inexpertos. Durante todo el camino los acompañó el rumor sordo de un río cercano. Miles avanzó en silencio y Kaylee respetó su aislamiento. Un pie delante de otro, sorteando pequeños obstáculos y sin signos de fatiga cuando la cuesta se volvió algo más empinada. La caminata no duró mucho tiempo y al final del recorrido se vieron recompensados con la impresionante vista de las cataratas. El rockero respiró profundamente y clavó sus ojos verdes en la cascada.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó sin despegar la vista del agua cayendo con fuerza entre las rocas. Tuvo que elevar un poco la voz para hacerse oír entre el ruido ensordecedor.

—Me pareció que necesitabas salir del estudio.

—¿Qué sabrás tú de lo que necesito? —Su tono duro no alentaba a seguir la conversación, pero Kaylee se limitó a encogerse de hombros. Ya había imaginado que al músico no le iba a gustar que se entrometiera.

—Tienes razón. No tengo ni idea de lo que te pasa, pero sé que llevas semanas atascado y solo quería ayudar. A veces es bueno desconectar.

—Se me ocurren otras formas en las que puedes ayudarme a desconectar, rubia —respondió provocador, acercándose a ella con una sonrisa torcida. Había algo duro en su mirada, casi como si sus pupilas estuvieran hechas de pedernal, y alargó la mano para acariciar su mejilla, pero Kaylee se negó en rotundo a dejarse enredar en su juego, así que apartó el rostro antes de que él lograra rozar siquiera su piel, ignoró el último comentario y caminó hacia unas rocas algo alejadas de la catarata. Aun podía disfrutar de las vistas, pero el ruido no resultaba tan atronador. Miles le dio la espalda un buen rato, hasta que al final se rindió y se sentó junto a ella. Sin darle un segundo de respiro, Kaylee empezó a hablar de su padrastro, sus bloqueos y sus trucos para vencerlos.

—¿Te llevas bien con él? —interrumpió el músico, que no parecía demasiado interesado en las técnicas de Neil Carpenter para acabar con las crisis creativas.

—Sí, bastante bien. Todavía hablamos de vez en cuando. Es el único de los maridos de mi madre que me ha caído bien, así que...

—¿El único? ¿Cuántos padrastros has tenido?

El rockero la miraba con curiosidad. Había vuelto a bajar la guardia y Kaylee sonrió para sus adentros. Quería distraerlo de sus preocupaciones y lo estaba consiguiendo.

—Mi madre se ha casado cuatro veces. El primero fue mi padre, pero murió en un accidente al poco de que yo naciera. Después se casó con Malcolm, cuando yo tenía cuatro años, pero no duraron mucho. —El matrimonio de Linda Foster (que siempre mantuvo su apellido de soltera) y Malcolm Stern llegó a duras penas al año y medio de convivencia. Malcolm era un obsesivo del orden al que no le gustaban demasiado los niños; a Kaylee no le importó en absoluto que desapareciera de sus vidas—. Luego vino Neil, pero se divorciaron hace seis años y mi madre se casó casi enseguida con Douglas, mi actual padrastro. Creo que a mi madre le gustan mucho las bodas, pero no se le da bien el matrimonio —terminó con un suspiro.

—¿Cómo murió tu padre?

—Un accidente de coche —respondió. En realidad, no había demasiado que contar. Sus padres se conocieron en el conservatorio. Ella estudiaba canto y él dirección de orquesta. Según le contó en cierta ocasión la tía Iris, había sido una historia de amor breve, pero intensa: se casaron muy jóvenes y enseguida Linda se quedó embarazada. Dos meses después de que naciera Kaylee, Keith Howard tuvo un accidente de coche y falleció en el acto. Cuando contaba aquella historia, la gente solía deshacerse en palabras compasivas que la incomodaban, así que no le gustaba hablar del tema, pero se sorprendió contándoselo a Miles. Los ojos verdes de él, inesperadamente claros, la miraban con atención. Había desaparecido toda la dureza anterior y parecía interesado en su

relato, pero también supo que él no sentiría lástima, que no pronunciaría frases vacías de consuelo ni la vería como una huérfana vulnerable. No lo era. Nunca lo fue.

Permanecieron un rato en silencio, mientras escuchaban el agua caer y disfrutaban de las vistas.

—¿Qué hay de tus padres? —se atrevió a preguntar ella.

Miles no contestó. Durante un largo rato pareció que iba a ignorar su pregunta, que seguiría manteniendo ese muro que le separaba del resto del mundo. Tal vez nadie conseguiría romperlo. Pero, de repente, él acarició con suavidad las pulseras de su muñeca izquierda, en un gesto que ella empezaba a reconocer como habitual, ladeó un poco la cabeza y habló en voz baja.

—Nunca conocí a mi padre. Fue un tipo con el que mi madre salió un tiempo cuando se marchó de casa. Quería ser actriz, pero el camino entre Maine y Los Ángeles era demasiado largo. Llegó a Ohio y nunca fue más allá. Se quedó embarazada, él no se quiso hacer cargo y tuvo que volver a Carver Island. No volvió a saber de él.

—¿Tu madre aún vive en Maine?

Miles negó con la cabeza, sin dejar de mirar al frente.

—Murió cuando yo tenía catorce años. Cáncer de mama. Lo diagnosticaron demasiado tarde.

Kaylee dio un respingo. El tono de Miles se había oscurecido y había una nueva tensión en su mandíbula. Por un momento, se sintió tentada a alargar la mano y acariciar su barbilla, pero intuyó que él no aceptaría su ternura, así que, en vez de tocarlo, recogió las piernas y se abrazó las rodillas.

—¿La echas de menos?

Él pareció ahogar un bufido, pero, en contra de lo que esperaba Kaylee, no ignoró la pregunta.

—No nos llevábamos muy bien, ¿sabes? Ella casi siempre estaba enfadada. Era raro verla sonreír o bromear... No tuvo una vida fácil. Quiso salir de aquella maldita isla de pescadores y no lo consiguió. Tuvo que renunciar a sus sueños y volver a casa de mi abuelo, que era un hombre rígido y distante. Supongo que en el fondo tengo que estar agradecido. Ella pudo abortar y no lo hizo; mi abuelo pudo ponernos de patitas en la calle, pero nos dio un techo.

—Pero eso no hizo que tu infancia fuera más feliz...

—No tuve una infancia infeliz, no te equivoques —subrayó el rockero, mirándola al fin con aquellos impresionantes verdes, que en aquel momento parecían empañados por un sinfín de emociones—. No tuve el hogar más cálido, pero nunca me faltó de nada y nadie me maltrató. Mi abuelo gruñía mucho y mi madre se enfadaba a menudo. Supongo que estaba bastante amargada, pero es que en aquella época no era fácil la vida de una madre soltera en una pequeña comunidad. Eso lo sé ahora, claro, entonces no tenía ni idea... Yo tampoco se lo ponía fácil. Siempre andaba metiéndome en líos y no me gustaba el colegio, así que te puedes imaginar que criarme no fue un camino de rosas. Cuando enfermó... —Miles tragó saliva y giró de nuevo la cabeza. Kaylee creyó que no seguiría hablando, que dejaría ahí la conversación, pero ella quería más. Miles había abierto una ventana para que ella se asomara un poco a su interior. Le había dejado entrever una pequeña parte de su alma y no quería conformarse con tan poco. No era suficiente. Quería colarse

y verlo todo, descubrir los secretos que ocultaba bajo los pliegues de su atormentado espíritu y arañar un poco de luz dentro de tanta oscuridad.

—¿Qué sucedió cuando descubrió que estaba enferma? —lo incitó a hablar.

—No fue muy valiente, ¿sabes? Nada de esos relatos heroicos que se suelen contar sobre los enfermos de cáncer. Lloró mucho y se enfadó y volvió a llorar... No quería morir, le tenía miedo al dolor, a la muerte... Tenía treinta y cuatro años y no creía merecer ese final. Fue duro. Para ella y para mí. Supongo que también para mi abuelo, aunque no era un hombre demasiado expresivo.

Kaylee ya no se contuvo; necesitaba tocar a Miles, acercarse físicamente a él, mostrarle algo de la calidez que no había encontrado a lo largo de su vida. Casi podía verlo, a sus catorce años, un niño roto viendo a su madre morir y con el único apoyo de un abuelo distante, e imaginó lo solo, lo triste, lo perdido que debió de estar en esa época y en los años siguientes. Quiso abrazar a aquel niño, pero ya no existía, e intuía que el hombre en que se había convertido no le permitiría ese gesto, así que se conformó con deslizar la mano sobre la suya y la apretó. El músico no protestó. Tal vez ni siquiera se dio cuenta; parecía sumergido en sus recuerdos.

—Al final fue todo muy rápido. Solo vivió unos pocos meses. Su hermana, mi tía Vera, vino desde Nueva York para estar con nosotros. Mi madre pasó los últimos días de su vida sedada, mientras se iba apagando poco a poco. Mi tía no quería que yo estuviera en el hospital, pero me quedé hasta el final. Mi abuelo me apoyó en eso. Tal vez ha sido la única vez en la vida en la que me ha apoyado en algo y siempre se lo agradeceré.

—La querías —murmuró Kaylee, que seguía aferrando su mano.

—Mucho. Puede que discutiéramos con frecuencia, pero la quería y ella a mí. No me lo decía a menudo, pero de vez en cuando, después de alguna discusión grande, me daba un abrazo apretado, de esos que solo sabía dar ella, y me decía que me amaba. La tregua no duraba, porque yo siempre encontraba la manera de hacer alguna trastada o meterme en una pelea o que me expulsaran unos días del colegio y entonces volvíamos a discutir.

Los labios de Miles se curvaron en una sonrisa triste, su mirada se volvió soñadora y su expresión pareció suavizarse durante unos momentos. Después se soltó del agarre de Kaylee, se puso en pie y se alejó unos pasos. Se acercó a la catarata y permaneció un buen rato contemplando el agua. Kaylee lo dejó tranquilo y se entretuvo contemplando sus espaldas anchas y magníficas, que se recortaban frente a la ensordecedora cortina de agua. Por fin, Miles se volvió hacia ella. Parecía algo menos vulnerable.

En el camino de regreso, el rockero encendió la radio y realizaron el trayecto acompañados por Joan Jett y The Doors. Cuando se despidieron en el porche, tras dejar el coche en el garaje, el músico se inclinó sobre ella. Pareció que iba a decir algo. Sus largas pestañas se agitaron levemente y entreabrió los labios. A Kaylee se le escapó la mirada hacia aquella boca perfecta y pensó que, cualquiera que los viera desde lejos, creería que él iba a besarla. Él no lo haría, por supuesto, y ella tampoco quería que sucediera. Por eso no entendió la ligera decepción que sintió cuando Miles se incorporó despacio. Sus ojos se habían oscurecido hasta convertirse en pozos

insondables en los que una mujer más afortunada podría ahogarse. Lo vio tragar saliva antes de murmurar un brusco «gracias por la excursión». El rockero entró en la casa y ella se quedó en el porche, con el viento haciendo revolotear algunos mechones sueltos de su cabello, sin entender por qué, de repente, se sentía un poco más sola.

No le habló a nadie de su escapada a Wahclella Falls. Tampoco Miles debió decir nada, pero, según le contó James al día siguiente, el cantante de The Wave no se encerró aquella noche en su habitación, sino que salió con sus compañeros a cenar una hamburguesa y pareció bastante relajado, aunque cuando Luke propuso ir a un bar, el cantante regresó a casa. Aquello animó a Kaylee a entrometerse un poco más. Quería ayudar a Miles a salir del caparazón y a romper su bloqueo creativo. Solo por eso convenció a James para que *tomara prestado* el iPod de Miles sin que se diera cuenta. Lo que iba a hacer enfadaría al músico, pero afrontaría las consecuencias cuando llegaran.

James cumplió su parte y, en cuanto tuvo el reproductor en sus manos, Kaylee empezó a sentir el peso de la culpabilidad. Nunca, en toda su vida, había hecho algo parecido, pero todo era por una buena causa, se recordó. Hizo una copia de seguridad de los archivos y después borró la memoria. «Ya está hecho, así que no sirve de nada arrepentirse», pensó tras cargar de nuevo el reproductor con músicas diferentes, bien organizadas en carpetas, y devolvió el aparato a James, para que lo repusiera antes de que Miles notara su desaparición.

La noche antes de viajar a Boston, cenó con Mia y Colin. Quedaron en un tailandés muy popular entre los estudiantes de la PSU y allí, entre sabrosos bocados de *pad thai*, arroz frito con curry y pollo satay, les explicó su plan para ayudar a Miles a superar su bloqueo. Por supuesto, Mia la apoyó con entusiasmo.

—Mientras estás en Boston, puedo echar una mano. Organizar algún plan divertido e invitarlos. Ya se me ocurrirá algo. Si hace falta embaucaré a George para que me ayude. —Su amiga pidió una nueva ronda de bebidas antes de cambiar de conversación—. ¿Estás aterrada por ver a tu madre?

Kaylee se encogió de hombros. ¿Aterrada? Iba a ser la segunda vez que se enfrentara a su progenitora y, por supuesto, asustaba un poco. A Linda Foster no le iban a gustar las decisiones de su hija, pero se trataba de su vida y debía elegir cómo vivirla. Se repitió la frase como un mantra varias veces durante las siguientes horas hasta que se subió al avión. Entonces se colocó los cascos, encendió el iPod y escuchó por enésima vez *Sleeplessness*.

La voz oscura de Miles Baker volvió a meterse bajo su piel, calmando sus nervios.

Capítulo 8

Kaylee se había ido a Boston y, de repente, el silencio del sótano parecía insoportable. Se había acostumbrado a su presencia, casi sin darse cuenta. A sus pasos silenciosos, a sus serenos ojos color avellana y a su aroma a almendras dulces, al sonido del piano, a su extravagante combinación de vestidos vaporosos y sudaderas deportivas y a esa forma de mirarlo, como si fuera capaz de leerlo por dentro. Desde el momento en que dejó de luchar contra ella, descubrió que Kaylee y él tenían algo más que una increíble conexión musical. Había descubierto, no sin cierta sorpresa, que podrían llegar a ser amigos.

No entendía qué estaba haciendo con él esa chica, por qué había sido capaz de desnudar su alma y contarle cosas que jamás hablaba con nadie, ni siquiera con James. Tan solo había tratado la muerte de su madre con el doctor Newman y este casi tuvo que obligarlo a sacarlo de su interior durante la terapia. No era un lugar de sí mismo que le gustara visitar y lo había ocultado muy bien durante años, bajo una falsa despreocupación exterior que nadie se molestó nunca en escarbar. Y entonces había llegado esa chica, esa chica de ojos calmados y gestos serenos, esa chica que tocaba Rachmaninov y vibraba cantando antiguos temas rockeros, y le hacía desembuchar todos los dolorosos recuerdos que había mantenido bien atados durante casi quince años. Lo peor de todo era que, mientras hablaba con ella, su espíritu se había ido volviendo más ligero, como si se estuviera desembarazando de un peso importante.

Solo había un pequeño problema en aquella incipiente amistad: al menos que estuviera mal informado, los amigos no solían quedarse mirando embelesados los labios de sus amigas y no se dedicaban a imaginar cómo sabrían sus besos. Le había pasado unas cuantas veces desde su primer encuentro, pero le sorprendió la intensidad de su deseo en el porche, tras su excursión a Wahclella Falls. Ella ni siquiera se había percatado de la abrasadora necesidad que sintió en ese momento de estrecharla entre sus brazos y besarla. No lo entendía. Nunca le habían gustado los besos, pero a veces miraba la tentadora boca de Kaylee y no podía pensar en otra cosa más que en probarla.

Tal vez por eso no fue raro que aquella noche tuviera aquel sueño y se despertara sudoroso y con una furiosa erección, incapaz de deshacerse de las imágenes que lo habían desvelado. Había soñado con la boca de Kaylee, con las esbeltas piernas de la joven envolviendo su cintura, con la dulce curva de su cuello... Había soñado con hundir los dientes en su carne, con deslizar los

labios por su espalda desnuda y con las manos de ella recorriendo su cuerpo con la misma delicadeza con la que acariciaba las teclas.

Tenía que resolver el maldito asunto del sexo de una vez por todas, decidió la segunda noche que se despertó soñando con ella, aunque desde que había dejado de asistir fiestas salvajes, encontraba bastante difícil dar con mujeres con las que pasar un buen rato. En su otra vida, antes de ser famoso, ligaba casi sin esfuerzo y desde que salió su primer disco tuvo siempre chicas a su disposición, pero, de pronto, tenía veintiocho años, vivía en una especie de reclusión voluntaria, ya no era famoso y se veía obligado a huir de todo lo que antes le parecía divertido, como las fiestas y los bares. ¿Dónde diablos iba a conocer mujeres? No era extraño que, tras una temporada de sequía sexual, aquella universitaria de aspecto angelical le resultara atrayente. En cualquier otro momento de su vida, se dijo, no la habría mirado dos veces.

Tenía que cortar la atracción que sentía por ella, provocada con toda seguridad por aquella absurda abstinencia sexual. Estaba convencido de que si encontraba a una mujer dispuesta a pasar un buen rato con él, se olvidaría de Kaylee Howard, de sus ojos sosegados, de su boca tentadora y de toda esa piel dorada que se adivinaba suave y cálida. Enredarse con la joven no era una buena idea, así que tendría que encontrar a otra mujer. Por ese motivo, apoyó la idea de la amiga de Kaylee de celebrar una fiesta.

—Debéis de ser los rockeros más aburridos del mundo. ¡Jamás hacéis nada divertido! —los espoleó Mia, o Gia, o como se llamara la chica, que después había propuesto la idea de ir a una fiesta en una fraternidad delta algo. James se opuso de inmediato, pensando en que Miles no podría enfrentarse a una actividad en la que el alcohol sería el protagonista absoluto y en la que resultaría bastante fácil encontrar todo tipo de drogas.

—Podríamos organizar la fiesta aquí —propuso Miles, en cambio, para asombro de todos. Lo había dicho casi sin pensar, pero a medida que trataba de convencer a James, veía más ventajas a la idea. Sería una buena forma de romper la ermitaña rutina en la que se había convertido su vida y de comprobar su fortaleza frente al alcohol. Si al final el disco salía adelante (algo que no parecía probable), las fiestas volverían a formar parte de la vida del grupo y él tendría que ser capaz de afrontarlo. Aunque, en realidad, tal como reconoció para sus adentros, el motivo principal para celebrar la fiesta era que podría convertirse en una forma fácil de conseguir sexo y olvidarse de Kaylee Howard de una vez por todas.

El sábado por la noche, la casa de Southwest Hills se llenó de gente. Mia y Colin habían invitado a un montón de universitarios, James trajo de Nueva York a algunos de sus amigos ricos y hasta Luke apareció con varios colegas, todos con ropas oscuras y aspecto de moteros, que bebían cerveza mientras devoraban con los ojos a las universitarias con minifalda. La señora Burrows no se había alterado en absoluto cuando le contaron que iban a celebrar una fiesta. Se ocupó de contratar personal para que retiraran los muebles, abastecer la nevera con todo lo que le indicaron

Mía y James y cerrar con llave algunas habitaciones, como la sala de ensayo o el estudio de grabación, antes de desaparecer discretamente de la casa.

Varias horas después la fiesta estaba en pleno apogeo. La música atronaba en el salón, había gente por todas partes y el alcohol corría a raudales. Al principio James no se había despegado de Miles, hasta que el cantante gruñó que dejara de hacer de niñera y se largara. Lo vio deambular de un lado para otro, charlando con unos y con otros, cambiando de copa con frecuencia, bailando en la improvisada pista, coqueteando con las chicas, enfrascado en una entusiasta conversación con algunos de los amigos de Luke... Mía desapareció con su novio en algún momento de la fiesta y Colin trataba de ligarse a una de las estiradas amigas de James... sin éxito alguno. Las botellas se vaciaban con rapidez y los amigos de Colin daban buena cuenta de los aperitivos. Sentado en un rincón, Miles bebía despacio un refresco, observando el entorno, como si fuera un estudioso del comportamiento humano. Algunas chicas bailaban contoneándose en medio del salón. Él debería estar circulando por ahí, tratando de llevarse alguna a la cama, pero parecía el Grinch de las fiestas, acomodado en el sofá del rincón desde hacía una hora, harto de fingir que lo estaba pasando bien. Se había retirado para observar desde la distancia cómo se divertían los demás. Una rubia platino le susurraba algo a James, mientras lo acariciaba sin disimulo, y una pelirroja se acercó a Luke, que se limitó a enarcar una ceja cuando ella empezó a coquetear descaradamente. A Colin debían de haberle dado calabazas, porque había regresado con sus amigos de la PSU.

—No parece que te diviertas mucho...

Una espectacular morena se dejó caer junto a él en el sofá. Tenía los ojos negros, marcados con gruesos trazos oscuros, la boca grande y generosa, pintada de un rojo exuberante, y buenas curvas, que resaltaban con el cortísimo y ceñido vestido negro que llevaba, con tres largas filas de tachuelas en los laterales, dibujando la forma de su silueta. Su voz era grave y sensual y lo miraba a través de las pestañas con un aire estudiadamente seductor. Era justo lo que necesitaba: una mujer de verdad, una mujer *sexy* y segura de sí misma, lo opuesto a los ángeles rubios de aspecto inocente, así que se volvió hacia ella con una sonrisa torcida, esa que guardaba para las fans y las cámaras, y recorrió muy despacio su cuerpo con los ojos. La espectacular morena se inclinó un poco más hacia él, rozándole el brazo con uno de sus pechos.

—Me alegra que Hathaway me llamara. Dijo que te alegrarías de volver a verme...

Miles entornó los párpados para estudiar a la chica. No parecía una de las amigas de James, pero, por supuesto, podía estar equivocado.

—Desde luego que me alegro de verte —contestó ambiguo y ella recibió sus palabras con una sonrisa, apretándose más a su cuerpo hasta casi quedar sentada sobre sus rodillas. Bien, no había perdido su toque. Sería una conquista fácil. No la llevaría a su habitación, demasiado íntimo, pero encontraría algún rincón en la casa. Tal vez en el sótano... La imagen de Kaylee sentada al piano, tocando las teclas con delicadeza, le vino como un fogonazo y desechó de inmediato la idea del sótano, mientras dejaba que ella hablara. No la estaba escuchando, por supuesto, ¿es que acaso creía ella que le importaba lo que decía o que tenía que esforzarse para seducirla? Perdía el

tiempo. Estaba deseando llevarla a una sala vacía y subirle el vestido.

Por el rabillo del ojo, vio que Luke se ponía en pie y se marchaba con la pelirroja mientras sus amigos lanzaban grandes risotadas. En un rincón, unos chicos actuaban con disimulo y Miles, con ojo entrenado, entrevió las pastillas que se pasaban unos a otros. El ambiente de la fiesta se estaba caldeando y el rockero reprimió el impulso de marcharse. Recordó que hubo un tiempo que todo aquello le había parecido divertido. Claro que eso era cuando podía colocarse, ser el centro de la fiesta y fingir que en su interior todo estaba en orden, que no había un Miles más oscuro agazapado dentro de él, luchando por mantenerse oculto. Eso fue antes de que uno de sus mejores amigos muriera a causa de una sobredosis y él corriera el riesgo de seguir sus pasos cuando se desplomó en aquella discoteca.

—Y entonces, ¿a quién escogisteis al final? ¿A Jodie o a la princesa? —dijo la morena, captando su atención. La palabra «princesa» disparó sus alarmas interiores.

—Perdona, ¿qué decías?

—La audición. Quiero saber con quién os quedasteis al final. Supongo que Jodie, porque la rubia no encajaba con vosotros.

Miles se separó un poco de su interlocutora, antes de interpellarla.

—¿Cómo sabes lo de la audición?

La chica torció el gesto y pareció fulminarlo con la mirada.

—¿Qué cómo lo sé? Me miraste como si fueras a devorarme y luego canté tres canciones contigo. James dijo que te quedaste con ganas de conocerme mejor cuando me invitó a la fiesta.

El rockero la estudió con atención. Poco más de mes y medio había pasado desde aquella audición, así que hacía solo seis semanas que conocía a Kaylee. Resopló enfadado, al darse cuenta de que volvía a pensar en ella. Trató de recordar la prueba a las cantantes. Eran tres chicas: Kaylee, otra bastante desagradable con una camiseta de Los Ramones y una tercera a la que no ponía cara, pero recordaba que la había considerado muy atrayente durante unos segundos, antes de que una irritante cabeza rubia apareciera en su campo de visión. Desde aquel momento, solo había sido consciente de Kaylee y había utilizado toda su fuerza de voluntad para no mirarla y conseguir que se marchara.

—Eres la de la voz grave. Cantabas muy bien, pero no era lo que buscábamos.

Ella sonrió al comprobar que se acordaba de su prueba y se acercó de nuevo a él. Le llegó el intenso olor de su perfume y, con cierta nostalgia, Miles recordó el olor a limpio de Kaylee, el sutil aroma a almendras dulces que solo se apreciaba en distancias cortas. Alejó aquellos pensamientos cuando su acompañante empezó a acariciarle el muslo con lentitud. Tenía las uñas largas, pintadas del mismo rojo arrollador que los labios.

—Bueno, veo que por fin me recuerdas... Tendré que esforzarme para que no vuelvas a olvidarte de mí —susurró ronca antes de morderle ligeramente el cuello. La chica se movía rápido y Miles presintió que iba a ser una buena noche. Durante un rato dejó que lo manoseara y, cuando estaba a punto de abalanzarse sobre ella, la morena se separó con una sonrisa maliciosa—. No te

muevas. Voy a por una copa. ¿Te traigo algo?

Miles negó con la cabeza y la vio alejarse contoneando las caderas. A mitad de camino, se giró para saber si él la miraba y sonrió satisfecha al comprobar que tenía su completa atención. La observó acercarse a la mesa de las bebidas, en el extremo opuesto del cuarto, y rebuscar entre las botellas vacías de vodka. Se removió inquieto al darse cuenta de que todo el mundo empezaba a ir muy borracho. Había un grupo grande haciendo un juego de beber chupitos, varias parejas se enrollaban en distintos puntos de la habitación y un grupo de universitarias bailaba con los amigos ricos de James. El teclista y la rubia platino habían desaparecido, Luke aun no había regresado de su escapada con la pelirroja y los colegas del batería bebían cantidades ingentes de cerveza. Bajo el coro ruidoso de conversaciones y risas, se escuchaba una de esas canciones espantosas que no paraban de sonar en todas partes y que abusaba del *autotune* para enmascarar la voz de una cantante que no sabía afinar una sola nota.

Todo el mundo parecía pasarlo bien. De pronto, Miles se notó invadir por una gran pereza... No quería beber, ni siquiera quería estar ahí. ¿Hubo realmente un tiempo en que disfrutaba de las fiestas? Era incapaz de recordar por qué. Tan solo quería salir de la casa y estar un rato a solas. Ni siquiera deseaba acostarse con aquella exuberante mujer. No hacía más que tener pensamientos sobre Kaylee, lo que resultaba bastante molesto. Le hizo un gesto a Colin, que se acercó presuroso.

—¿Has visto la morena con la que estaba hablando antes? —Colin asintió—. Quítamela de encima. Me voy un rato fuera, pero no dejes que me siga.

—¿Estás bien con todo esto? James nos dijo... —titubeó—. Bueno, no nos dijo mucho, pero tampoco hizo falta.

—¿Os habló de la clínica de Iowa?

—Entre otras cosas... Solo quería que te echáramos un vistazo. Se preocupa por ti, y Mía y yo no le diremos nada a nadie.

—Está bien, Colin. No pasa nada. Sé cómo es James, se cree que tiene que hacer de niñera conmigo, y confío en ti, ¿vale? Voy a escaparme un rato al jardín. Ocúpate de la chica.

—Está muy buena. ¿Estás seguro...?

—Sí, no me interesa. Tienes vía libre —concedió con gesto magnánimo antes de escabullirse hacia el jardín, deteniéndose solo el tiempo justo para coger la parka de color verde que utilizaba para salir a fumar.

Una vez fuera agradeció el aire frío y la oscuridad. Los ruidos de la fiesta se escuchaban cada vez más lejanos. Se dirigió hacia la piscina, se recostó sobre una tumbona y miró las estrellas. Encendió un cigarrillo y disfrutó de la sensación de aspirar el humo, del sabor del tabaco y de la paz que empezaba a invadirlo. Debería dejar de fumar, pero era la última de sus adicciones y se resistía a abandonarla, a pesar de la insistencia del doctor Newman. Sacó del bolsillo de los vaqueros su iPod y se puso los auriculares. Encendió el reproductor y, cuando abrió los archivos, se incorporó de golpe. En la lista no estaba ni una sola de sus canciones. En su lugar había un

montón de carpetas, organizadas de manera impecable. De inmediato, supo quién había hurgado en su música y empezó a reírse en voz alta. ¡La muy sinvergüenza! ¿Cuándo y cómo le había quitado Kaylee el reproductor? Seguro que James la había ayudado. Debería enfadarse con ella, pero se sintió extrañamente exultante. Sabía cuál era el objetivo de todo aquello. Durante la excursión a Wahcchella Falls, Kaylee había hablado durante horas sobre las técnicas de su padraastro para superar los bloqueos creativos y, entre otros trucos, le había explicado que tenía que dejar de escuchar rock y desconectar oyendo otros géneros. Había pasado de ella, pero la chica parecía decidida a ayudarlo incluso en contra de su voluntad, y ahí estaba la prueba. No encontró una sola canción rock en las carpetas, pero había un poco de todo: conciertos barrocos, soul, hip hop, folk, arias de ópera, tangos, temas de películas, *suites* de ballet, *jazz*, pop ochentero, *country*, música de cámara, canciones francesas... Durante media hora estuvo saltando de un tema a otro: del piano melancólico de Erik Satie a la voz diáfana de Ella Fitzgerald, pasando por los ritmos contundentes de Eminem, el sonido quebrado de Kenny Rogers, la solemnidad de la música sacra o fragmentos de la banda sonora de *El Señor de los Anillos*.

Un movimiento atrajo su atención y vio dos figuras acercarse hacia la piscina. Distinguió la voz de Mia (sí, por fin había conseguido aprenderse su nombre) y supuso que el chico que agarraba con firmeza su mano debía de ser su novio. Bajo la tenue iluminación de la zona de la piscina intuyó el pelo revuelto y las ropas arrugadas de la pareja y supuso debían de haber estado disfrutando de un rato de intimidad en algún rincón del jardín. Genial, primero Luke, luego James y ahora ellos. Parecía que toda la fiesta iba a echar un polvo menos él. Bueno, no parecía que fuera tampoco la noche de Colin, pensó con cierto regocijo malicioso.

—¿Miles? ¿Qué haces aquí fuera? —preguntó Mia cuando reconoció al rockero. Se sentó en la tumbona de al lado, mientras su chico permanecía de pie—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien.

—Tal vez la fiesta no ha sido tan buena idea...

—¿Queréis dejar de comportaros como si todos tuvierais que haceros cargo de mí? —gruñó sin poder disimular su irritación—. Ya sé lo que os ha contado James, pero llevo dos años sobrio y, aunque nadie parezca creerlo, no voy a abalanzarme sobre la primera botella que encuentre.

—Es solo que... —empezó a decir Mia, pero su novio posó una mano sobre su hombro y ella se calló de inmediato.

—Solo quería estar un rato a solas —explicó con desgana.

—Vale, entonces será mejor que nos vayamos.

La pareja había dado unos cuantos pasos cuando Miles llamó a la chica.

—¡Mía! ¿Me puedes dar el teléfono de Kaylee?

La joven se giró con el ceño fruncido. Por un momento, pareció que iba a negarse, pero al final buscó en su móvil y le dictó el número de su amiga.

—Hay tres horas de diferencia con Boston —le recordó antes de dirigirse hacia la casa abrazada a su novio.

Miles jugueteó un rato con su móvil hasta que por fin se decidió a escribirle a Kaylee.

Miles: ¿Dónde están mis archivos, bruja?

Se rio entre dientes y encendió un nuevo cigarrillo. Seguramente Kaylee estaba dormida, así que no vería el mensaje hasta el día siguiente, pero al cabo de un par de minutos su teléfono vibró.

Kaylee: ¿Miles? ¿Eres tú?

El rockero sonrió.

Miles: Puede ser. ¿A cuántos hombres les has robado el reproductor y has borrado sus archivos?

Ella estaba en línea y lo leyó de inmediato, pero no contestó. Miles esperó un rato, mirando fijamente la pantalla, y, cuando estaba a punto de guardar el móvil, saltó la notificación de respuesta.

Kaylee: Lo siento. Solo quería ayudarte a desconectar. Hice una copia de seguridad de los archivos, así que podrás recuperarlos todos.

Miles: ¿Me espera alguna sorpresa más?

Kaylee: No. ¿Estás muy enfadado?

Miles: No. He pasado un buen rato escuchando tu música.

Transcurrió más de medio minuto hasta que ella volvió a escribir.

Kaylee: ¿No deberías estar en una fiesta? Mía me dijo que celebrabais una en Southwest Hills.

Miles: Estoy en la fiesta, pero parece que esto ya no va conmigo. ¿Qué haces tú despierta?

Kaylee: He salido con unas amigas y he vuelto hace un rato. No consigo dormir.

Miles miró pensativo la pantalla. Nunca se había enviado mensajitos con una chica, ni siquiera de adolescente. Debería resultarle incómodo, pero estaba siendo lo mejor de la noche.

Miles: ¿Puedo llamarte?

Lo escribió casi sin pensar. De pronto, los mensajes parecían insuficientes y quería escuchar su voz, esa voz dulce, cálida y luminosa que lo tenía hechizado. Su móvil empezó a vibrar con una llamada entrante y descolgó con una sonrisa en los labios.

—¿Por qué no va contigo? La fiesta, quiero decir —preguntó Kaylee a bocajarro. Su voz sonaba ligeramente ronca, como si hubiera estado hablando mucho rato en un local con la música alta.

—No sé. Supongo que las cosas son ahora diferentes, que yo soy diferente al de hace unos años... Antes, buena parte de mi vida giraba en torno a este tipo de fiestas. Tenía todo lo que

quería en ellas: drogas, alcohol, amigos, sexo... Resulta que al final las dos primeras cosas casi me matan y la mayoría de los amigos desaparecieron cuando decayó la fama.

—¿Y el sexo? —preguntó Kaylee sin poder ocultar su curiosidad. Miles sonrió de nuevo en la oscuridad.

—Pues debe ser que con la edad debo estar volviéndome más selectivo —contestó algo ambiguo, porque ni él mismo entendía qué quería del sexo en aquel punto de su vida. Estaba claro que ya no le valía cualquier mujer. En el pasado se habría ido con la morena sin dudarle y después no habría recordado su cara, pero ahí estaba, fuera de la fiesta que él mismo había propuesto celebrar, hablando con la única chica por la que no debería sentirse atraído. Decidió cambiar de tema—. ¿Qué tal por Boston?

Se escuchó una especie de gruñido suave al otro lado de la línea.

—No demasiado bien, pero no sé si quiero hablar de ello.

El antiguo Miles no habría insistido. ¿Qué le importaba a él lo que sucediera en la vida de los demás? Pero el nuevo Miles era un hombre muy diferente.

—Cuéntamelo, rubia.

Tal vez debería haber ofrecido un discurso más elaborado para convencerla, pero su lacónica frase, pronunciada con una ternura desconocida en él, pareció suficiente. Kaylee tomó aire y empezó a contarle el objetivo del viaje a su ciudad natal.

—Vine a Boston para hablar con mi madre y explicarle que no voy a ser pianista, que quiero cantar y que tengo un contrato con vosotros... No se lo ha tomado muy bien.

—No lo entiendo. ¿Por qué no se lo ha tomado muy bien?

—Mi madre es Linda Foster. —Kaylee guardó silencio; parecía esperar algo, tal vez que Miles reconociera aquel nombre. Lo llevaba claro, pensó el rockero, cuya atención por los nombres de los demás solía ser bastante baja—. Linda Foster... ¿no te suena de verdad? Es una soprano muy famosa.

En alguna parte de su memoria se encendió una luz y la reconoció. Linda Foster era una figura de fama internacional. Su voz había llenado teatros en todo el mundo y aparecía con frecuencia en los medios de comunicación.

—¿Y a la famosa soprano no le gusta tener una hija rockera?

—Pues no demasiado. Se ha puesto hecha una furia. Tuvimos una pelea enorme cuando me fui a Portland, porque ella quería que estudiara en Boston, pero es que... Es muy controladora. Siempre me ha organizado la vida y está obsesionada con el piano. Ella es brillante, ¿sabes?, así que su hija no puede ser menos.

—Eres una pianista excepcional, Kaylee. No creo que tenga queja de eso...

—Nunca fue suficiente. Siempre podía hacerlo mejor, practicar más, asistir a más clases... Nada podía distraerme del piano. Me encantaba el voleibol, pero no podía jugar en el equipo del colegio por si me lesionaba una muñeca; quería tocar la guitarra, pero eso me quitaría horas del piano... Solo aceptó que saliera con Henry porque no se entrometía demasiado en mis horarios, y

mis veranos siempre los pasaba en campamentos de música, nada de hacer cosas normales como descansar unas semanas en la playa, trabajar en una heladería, ir a un campamento en el lago o de viaje con mis amigos.

Kaylee siguió hablando, pero Miles ya no la escuchaba. ¿Henry? ¿Quién era Henry? ¿Había un Henry en la vida de Kaylee? ¿Desde cuándo? Sintió un peso en la garganta, como si algo le oprimiera el cuello y apenas dejara pasar el aire. Trató de dominar esa emoción desconocida que había estallado de golpe dentro de él y, cuando lo consiguió, cuando el aire volvió a circular por sus pulmones, descubrió que Kaylee, ajena a todo, había seguido hablando y le contaba lo mal que había recibido Linda Foster sus intenciones.

—Nunca la había visto tan enfadada. Parece que la he traicionado o algo así... Cree que soy una caprichosa, que estoy tirando mi carrera por la borda solo para desafiarla... Estoy hablando demasiado, ¿verdad? No quiero aburrirte con mis problemas.

—No me aburres. Si te he preguntado, es porque me interesa —afirmó Miles, volviendo a una relativa normalidad. Quería preguntar por ese tal Henry, pero no parecía el momento adecuado—. ¿Qué vas a hacer ahora?

La joven permaneció callada unos segundos, como si estuviera meditando.

—Creo que voy a dormir unas horas y mañana intentaré hablar con ella de nuevo. Quiero a mi madre, pero creo que ha llegado el momento de que entienda que no puede controlar mi vida ni seguir tratándome como si fuera una niña. —Hablaba con una nueva firmeza y Miles se sintió orgulloso de ella—. Gracias, Miles, me ha sido de mucha ayuda hablar contigo.

—En realidad no he hecho nada —reconoció. Seguramente James le habría dado algunos consejos, pero él no estaba acostumbrado a tener este tipo de conversaciones con nadie.

—Me has dejado desahogarme y poner mis ideas en claro. Era justo lo que necesitaba. Creo que ahora podré dormir un poco. Buenas noches, rockero. Te veo el lunes.

—Buenas noches, rubia.

Cuando cortaron la llamada, Miles se quedó mirando el móvil. Algo cálido había empezado a anidar dentro de él, una emoción desconocida, aterradora e imprevista.

Y no sabía qué hacer con ella.

Capítulo 9

Las cosas no habían ido bien en Boston. Mientras se dirigía hacia la biblioteca para devolver unos libros, volvió a repasar en su mente los últimos días. Linda Foster siempre había tenido claro el camino que debía proseguir su hija: conservatorios de primer nivel, clases con los mejores maestros y cursos especializados en Europa, que irían abriendo las puertas a conciertos y recitales.

—¿Un grupo de rock? —preguntó desconcertada cuando Kaylee le comunicó sus planes—. ¿Un contrato como vocalista acompañante?

La voz de la soprano sonaba delgada y cortante. También sus ojos se afilaron al contemplar a su hija, escudriñándola con atención. Kaylee tomó aire. En la casa de su infancia, esa casa de alfombras gruesas y lámparas de cristal, ya no se sentía tan valiente. Su madre la miró de arriba abajo antes de apretar los labios en una fina línea, mostrando una vez más cuánto le desagradaba su forma de vestir. Habían quedado atrás las faldas plisadas, las camisas color pastel y los mocasines con los que Linda Foster llenó el armario de su hija hasta que la joven se marchó a la universidad y decidió elegir su propio estilo, pero en aquel momento los vestidos estampados baratos, las medias de lana y las sudaderas con capucha eran la menor de sus preocupaciones.

—No me gustan estas bromas —repuso al fin, mientras palpaba con toques delicados sus cabellos rubios, recogidos en un pulcro y elegante peinado.

—No es una broma —aseguró Kaylee con menos firmeza de la que le habría gustado mostrar.

—Ni hablar. No firmarás ese contrato.

—Ya lo he firmado.

—Entonces llamaré a Melvin. Él encontrará la forma de anularlo.

—No llames a tu abogado, mamá: no quiero anular el contrato con The Wave y no quiero ser pianista. Quiero...

—¿Ser una estrella de rock? —Su madre parecía más incrédula que enfadada, aunque ya dejaba notar los primeros síntomas de enojo en la forma de apretar los labios y entornar los párpados—. ¿En serio, Kaylee? Creí que tenías veintidós años, no doce.

—Lo he pensado mucho. No es una decisión que haya tomado a la ligera. Tampoco quiero ser una estrella. Solo estoy evaluando mis opciones.

—Esto es absurdo. Nunca debí dejar que te fueras a Portland. Si hubieras estudiado en el

Conservatorio de Boston...

—Esto es lo que quiero hacer y me gustaría contar con tu apoyo.

Un espeso silencio cubrió la habitación. Solo se escuchaban las respiraciones de las dos mujeres, que se medían la una a la otra con la mirada, manteniendo ambas una engañosa calma que podía quebrarse en cualquier momento.

—No permitiré que tires tu futuro por la borda.

—Es mi vida, mamá. Tienes que dejarme elegir mi propio camino, aunque me equivoque. Si me escucharas cantar...

—¿Esto es una especie de desafío? ¿Pretendes ponerme en ridículo ante el mundo? La gran soprano y su hija rockera... Ni hablar, ¿me oyes? No te apoyaré en esto, no consentiré que dejes el piano para rebelarte contra mí. Volverás a Boston, entrarás en el Conservatorio y te olvidarás de todas estas tonterías. ¡Cantante de rock! ¡Nunca!

La fría imagen de su madre se disolvió en mil añicos y, desde ese momento, se desató una imparable tormenta de reproches y amenazas. El único rayo de luz que tuvo en aquellos días fue la sorprendente llamada nocturna de un rockero malhumorado y solitario con el que de repente se sentía cómoda y que se mostró inusualmente cercano. Fue su único respiro antes de que su madre decidiera atajar la rebeldía de su hija con una amenaza final.

—Ni un centavo, ¿me oyes? —aseguró Linda Foster el domingo por la mañana—. Nada de dinero hasta que no te vuelva la sensatez. Deja ese grupo absurdo, busca un posgrado adecuado en un buen conservatorio y entonces te devolveré las tarjetas y me haré cargo otra vez de tus facturas. Esas son las condiciones.

No habría dinero para nada. Ni para la universidad ni para sus gastos. Si pretendía seguir adelante con sus proyectos, tendría que valerse por sí misma. Fue extraño. De la sorpresa pasó al pánico y, de repente, la invadió una increíble sensación de libertad. El corazón le latía a toda velocidad mientras hacía la maleta y abandonaba la casa de Beacon Hill sin despedirse de su madre. En su cuenta quedaba ochocientos dólares. Por suerte, la matrícula universitaria ya estaba pagada, pero no disponía de fondos para abonar las rentas de la residencia y el resto de sus gastos. Tendría que encontrar un empleo a jornada completa, buscar un alojamiento más barato y hablar con sus profesores para tomar el mayor número posible de clases en línea. Canceló un ensayo con The Wave, dedicó los siguientes días a buscar una habitación más económica e hizo entrevistas para puestos de camarera, recepcionista, vendedora e incluso de guía turística. Una semana después ya tenía apalabrada una habitación en un piso compartido con otras tres chicas, algo lejos del campus, pero considerablemente más barato que el resto, y su jefa en The Green Café había accedido a contratarla a tiempo completo hasta que encontrara algo con mejor sueldo.

Durante aquellos días evitó aparecer por Southwest Hills, pero un nuevo mensaje de James, convocándola para otro ensayo, puso fin a su voluntario alejamiento de la banda.

—¿Se puede saber dónde te has metido estos días? —preguntó el teclista en cuanto cruzó la puerta de la sala de ensayos—. Ni siquiera has venido a practicar en el piano...

Kaylee no esperaba un interrogatorio tan directo. James solía mostrarse amable y divertido, pero mantenía las distancias. No había nada demasiado personal en su relación, pero en aquel momento parecía preocupado por ella. En cambio, Miles, con el que no hablaba desde aquella llamada telefónica nocturna, que había estado llena de calidez y confianzas, la miraba indiferente desde el otro lado de la habitación. No, rectificó, ni siquiera la miraba, demasiado concentrado en su guitarra, como si ella no estuviera allí.

—¿Empezamos el ensayo o seguimos perdiendo el tiempo? —preguntó áspero el vocalista, alzando por fin los ojos. Paseó sin interés su mirada fría sobre Kaylee y James y después, empezó a tocar fragmentos y acordes sueltos, como si nada importara, como si Kaylee no importara, como si el acercamiento de la semana anterior jamás hubiera existido, como si él nunca hubiera cogido su mano en 2nd Avenue Records, como si nunca se hubieran hecho confianzas telefónicas a altas horas de la noche, como si no hubieran subido juntos a Wahlella Falls, como si no hubiera estado a punto de besarla dos veces, en el sótano y en el porche, como si ellos jamás hubieran bajado sus defensas mostrándole al otro un breve atisbo de lo que escondían tras la aspereza de él y la calma de ella. Con un solo gesto, Miles Baker había borrado de un plumazo el débil puente que habían empezado a construir entre ambos y Kaylee sintió que había perdido algo.

—¿Vamos con *Broken Soul*? —preguntó, eludiendo el interrogatorio de James.

El ensayo fue un desastre. Ella no estaba concentrada, Miles tampoco se esforzó demasiado, Luke parecía hastiado y James acabó por darse por vencido. Ni siquiera pareció funcionar la extraña conexión musical entre los dos cantantes.

—Esto es una pérdida de tiempo. Solo tenemos dos canciones y ni siquiera somos capaces de hacer algo decente con ellas.

Kaylee quiso confortar al teclista, pero el sonido de su teléfono interrumpió sus palabras de ánimo.

—Nada de móviles encendidos durante los ensayos —gruñó Miles, mientras ella rebuscaba en su bolso sin hacerle caso y atendía la llamada. Confusa, escuchó a la chica con la que había apalabrado la habitación, que la informó de que el cuarto ya no estaba disponible.

—No puede ser. Habíamos acordado que me instalaría dentro de unos días —protestó.

—Ya, pero como todavía no habíamos firmado nada ni nos habías dado ninguna señal... —le contestó la otra antes de cortar la llamada. Kaylee soltó un exabrupto por lo bajo, lo que hizo que los tres rockeros la miraran boquiabiertos.

—Kaylee Howard, ¿acabas de decir un taco? Creí que ni siquiera los conocías —se burló el teclista antes de ponerse serio—. ¿Se puede saber qué sucede? Estás muy rara...

—Estoy bien, de verdad, James, pero si ya hemos terminado, tengo que irme.

Su sonrisa tensa no engañó a nadie.

—¿Esto es por tu madre? —preguntó Miles, dejando de lado su aparente indiferencia.

Kaylee titubeó, pero al final acabó confesando que había discutido con ella y le había retirado su apoyo económico.

—No pasa nada. He conseguido un empleo y creí que tenía ya resuelto mi nuevo alojamiento, pero hay un par de pisos que aún no he visto.

—Hay tres dormitorios libres, escoge uno y trae tus cosas —gruñó Miles, sin mirarla, al tiempo que empezaba a guardar la guitarra eléctrica. Kaylee se quedó paralizada.

—No voy a mudarme aquí.

James soltó una carcajada.

—Pues claro que sí. Es una gran idea. Ya te lo dije hace semanas. La casa no es nuestra. Es del grupo y tú formas parte de él. Tienes el mismo derecho a instalarte aquí que cualquiera de nosotros.

—Ni hablar. —Aquello le parecía mal, como si se estuviera aprovechando. Miles la miró con el ceño fruncido—. Ni hablar —repitió.

—No seas tan orgullosa, rubia. Eres parte del grupo y te quedas con el grupo. No tiene nada malo. ¿Ves que Luke se queje?

El susodicho estaba reclinado en su banqueta, con gesto de hastío, como si todo aquello no fuera con él.

Kaylee ahogó un suspiro. No iba a mudarse a Southwest Hills.

—Chicos, os lo agradezco, pero no es la solución. Tengo clase dentro de media hora, así que me voy. No voy a mudarme aquí —afirmó antes de recoger sus cosas, salir al exterior y pedalear hacia el campus.

Aquella noche cenó con Mia en la residencia. Se prepararon un arroz con verduras y pollo en la pequeña cocina de Kaylee y la violinista llevó una deliciosa tarta de melocotón para el postre. Durante la cena, Mia habló sobre un posible posgrado que había estado viendo en Albany y solo cuando terminaron de preparar una jarra de margaritas de mango, le contó lo sucedido en Boston y la propuesta de Miles.

—¿Miles Baker te ha pedido que te mudes a esa increíble mansión? ¿Estás segura de que hablamos del mismo tío? Porque no parece del tipo de gente que ayuda a los demás de forma desinteresada. Claro que... —Mia se mordió el labio, pensativa—. La noche de la fiesta me pidió tu número y luego te traes esos juegos raros con él...

—No tengo ningún juego raro con él —protestó Kaylee, dando un sorbo a su cóctel. Abrió un poco los ojos: se habían pasado con el tequila y le faltaba azúcar, pero se lo bebió de todos modos.

—¿Ah, no? ¿Y eso de quitarle el reproductor y cambiarle la música? Espera un momento... ¿te acuestas con él?

—¡No!

—Mejor —asintió Mia con un lento cabeceo—. No creo que estés preparada para un tío así. Tiene pinta de no acordarse del nombre de las chicas con las que se enrolla y eso no va contigo. Y

es un poco raro, siempre gruñendo y encerrado en su habitación. Aunque se ha hecho amigo de Colin y él tiene buen ojo para la gente. Ese es un punto a favor... Pero luego está lo de esas pulseras...

—¿Las pulseras?

—Esas que lleva siempre en la muñeca izquierda. Están hechas polvo, pero no se las quita. Tal vez sean el regalo de un antiguo amor...

—Acabas de decir que es de los que no se acuerda del nombre de las chicas con las que se va a la cama —recordó Kaylee. Añadió más azúcar a la jarra de margaritas y se sirvió un segundo cóctel.

—O esconde algo... Cicatrices, por ejemplo. Tal vez trató de suicidarse cortándose las venas...

—¿Sabes? Te pones muy macabra cuando bebes —la interrumpió Kaylee—. Creo que no deberías tomar más margaritas. Miles Baker no ha tratado de suicidarse y lo de las pulseras es una tontería. Ni siquiera sé por qué estamos hablando de todo esto. No me acuesto con Miles, no me importan sus pulseras y no me voy a mudar a Southwest Hills. Estos margaritas están bastante malos, lo sabes, ¿verdad? —Mia rompió a reír ante el brusco cambio de tema de su amiga y ya no volvieron a hablar de cosas serias el resto de la noche.

La despertó el sonido del móvil.

—¿En serio? ¿Te has puesto a Brahms como tono de llamada? Tú estás fatal, Kaylee —rezongó Mia, ocultándose bajo las sábanas. Se había quedado a dormir tras la borrachera de la noche anterior y, a pesar del dolor de cabeza, Kaylee se rio entre dientes, pero cambió el gesto al ver el nombre de Gerry Fisher parpadeando en la pantalla. Antes de descolgar, supo con certeza que James se había ido de la lengua.

—¿En serio eres la hija de Linda Foster? Creo que es algo que, como tu agente, debería haber sabido, ¿no crees? —Pese al reproche, sonaba amable. Después, insistió en que Kaylee se instalara en Southwest Hills, ignorando las débiles protestas de la joven—. De hecho, tengo otra propuesta para ti y, por eso, lo mejor sería que te mudaras con los chicos. Tengo la solución perfecta para todos: trabaja para mí. Serás la asistente temporal del grupo. Necesito alguien ahí que se ocupe de los chicos, que atienda a que todo esté en orden para que puedan hacer su trabajo. Te necesito hasta que grabéis el disco; después, contrataré un asistente a tiempo completo... ¿Sigues ahí, Kaylee?

Estaba tan sorprendida por la oferta que aún no había sido capaz de pronunciar una sola palabra. Le dolía la cabeza y no creía haber entendido bien las palabras del agente.

—¿Quieres que sea la asistente del grupo? ¿Además de cantar? —preguntó confusa, mientras se masajeaba la frente con la mano libre. No debería haber tomado el cuarto margarita.

—¡Exacto! —Gerry parecía bastante satisfecho—. Es la solución perfecta: los chicos necesitan un asistente, tú un empleo y yo necesito a alguien en Portland. El trabajo no te quitará mucho

tiempo y podrás dedicarte a tus clases y a los ensayos con el grupo. Te quiero volcada en The Wave.

—Pero... yo no he trabajado nunca de asistente. Ni siquiera sé qué tengo que hacer.

—Es muy fácil. Cuida de que los chicos tengan todo lo que necesiten, que no se metan en líos y, sobre todo, que hagan su trabajo. Les he dejado sueltos demasiado tiempo y no avanzan. James ya me ha dicho que estás intentando ayudar a Miles para que se desbloquee y componga, así que tienes que seguir haciendo eso mismo, pero cobrando. —Gerry soltó una aguda risotada y fue como si alguien golpeará dentro de su dolorida cabeza—. También tendrás que mantenerme informado si pasa algo que deba saber. Luke está descontento, James agobiado y presiento que Miles es una bomba de relojería a punto de explotar, así que necesito alguien por ahí que calme los ánimos y pareces la persona adecuada. Te llevas bien con James y parece que, de alguna forma, sabes manejar a Miles, aunque no creo que le haga mucha gracia que te contrate. —Kaylee quiso replicarle. No sabía de dónde sacaba la información Gerry, suponía que de James, o tal vez de la señora Burrows, pero estaba equivocado: ella no sabía manejar a Miles; de hecho, ni siquiera era capaz de entender los cambios de humor de aquel rockero turbulento. También quería saber por qué no le gustaría que trabajara de asistente, pero el agente no la dejó hablar—. De momento, eso será todo, aunque seguramente tus funciones vayan cambiando con el tiempo. ¿Te ves capaz?

Cerró los ojos, tratando de poner en orden sus ideas. Era difícil tomar una decisión. Si tan solo la resaca la dejara pensar...

—Gerry, dime la verdad. ¿Realmente necesitan una asistente o me estás ofreciendo un trabajo porque James te lo ha pedido?

—Escúchame bien, porque no lo voy a decir dos veces. —Gerry se puso serio, perdiendo de golpe toda amabilidad. Ya no era el hombre bonachón que se preocupaba por los chicos de The Wave, sino un fiero hombre de negocios capaz de mirar de frente a los directivos de las grandes discográficas—. ¿Tú crees que contrataría a alguien solo por hacerle un favor? ¿Qué gastaría dinero en alguien que el grupo no necesita? Me tomo The Wave muy en serio, así que no hago nada que pueda perjudicarlos a ellos ni a mi trabajo. He entrevistado ya en Nueva York a tres posibles candidatos, pero cuando supe tu situación, pensé que eras la persona adecuada. Conoces a los chicos y te has ganado su confianza. Creo que podrás hacerlo.

—Está bien. Entonces lo haré. Muchas gracias por pensar en mí.

Cuando colgó la llamada, Kaylee estaba aún algo aturdida.

—Entonces, ¿qué? ¿Empezamos a empaquetar? —La voz de Mia llegó desde la puerta, donde su amiga, apoyada en la pared, la miraba divertida.

Kaylee se mudó a Southwest Hills al día siguiente. Colin y Mia la ayudaron a trasladar sus cosas en la furgoneta de un amigo de George, y la señora Burrows preparó para ella uno de los

dormitorios disponibles de la mansión. Cuando se encontró a solas, estudió su alrededor, algo incrédula con el cambio que se había producido en su vida. Siempre había estado cuidada, resguardada bajo el ala sobreprotectora de su madre, incluso en Portland, y, de repente, se encontraba sobre la cuerda floja. Podía caer en cualquier momento, pero era lo más emocionante que le había pasado nunca.

Se reunió con los chicos en la cocina para una improvisada cena de bienvenida. La señora Burrows había preparado lasaña y una fuente de ensalada. James se mostró exultante y no paró de hablar y bromear con Kaylee. Parecía encantado de tenerla en Southwest Hills y que hubiera aceptado el nuevo puesto.

—Va a ser genial. Estaba harto de vivir con estos dos tíos huraños —se burló de Miles y Luke, que comían en silencio—. Tú y yo vamos a divertirnos de lo lindo. ¿Brindamos por nuestra nueva asistente?

Durante el brindis, los ojos de Miles siguieron el botellín de cerveza de Luke. Fueron tan solo un par de efímeros segundos, pero Kaylee supo detectar cierto anhelo en aquella mirada, a pesar de que después el músico se concentró en su refresco de uva. No pareció contento cuando descubrió que Kaylee lo observaba con curiosidad desde el otro lado de la mesa. Enarcó las cejas y sus ojos verdes llamearon con algo muy parecido a aquella rabia que había mostrado contra ella en sus primeras semanas con *The Wave*. Procuró ignorarlo y concentrarse en James. Con el teclista todo parecía fácil y relajado.

—Así que a partir de ahora estás a nuestras órdenes, ¿verdad? —bromeó James, ajeno al intercambio de miradas entre los cantantes—. Creo que me va a gustar volver a tener una asistente. Espero que Gerry te haya explicado bien tus funciones, aunque no me importa enseñarte cuál es tu nuevo papel. En realidad, solo tienes una obligación: hacernos felices para que componamos las mejores canciones del mundo. ¿Y sabes qué me hace feliz, preciosa? —dijo con tono festivo, mientras arqueaba las cejas repetidas veces.

Kaylee no pudo evitar una carcajada. En ese momento, sintió el peso de unos turbulentos ojos verdes estudiándola desde el otro lado de la mesa bajo el ceño fruncido. Cuando James se inclinó sobre ella para rellenar su vaso de té helado, la mandíbula de Miles se tensó un poco más.

—¿Qué te haría feliz? —No estaba dispuesta a dejarse amilanar por los cambios de humor del cantante, así que lo ignoró.

James esbozó una amplia sonrisa y no pareció darse cuenta del chirrido que hizo la silla de Miles cuando este se levantó con cierta brusquedad. Por el rabillo del ojo, Kaylee vio que se palpaba los bolsillos hasta encontrar la cajetilla de tabaco. Salió de la cocina tras lanzar una furibunda mirada a su amigo, que no llegó a percatarse de nada, porque estaba demasiado entretenido con sus propias bromas.

—Ahora mismo me haría feliz un torneo de *Mortal Kombat* en la Xbox y un cuenco gigante de helado de crema de cacahuete con trocitos de chocolate.

Jugó una partida con James, pero los videojuegos no eran lo suyo y a los diez minutos le pasó el

mando a Luke y se excusó: estaba cansada y quería irse a la cama. Subió las escaleras y, solo cuando llegó al rellano del siguiente piso, se dio cuenta de que Miles la esperaba junto a la puerta de su habitación.

—¿Eres mi nueva niñera? ¿Eso es lo que te ha pedido Gerry?

En la penumbra del pasillo, sus ojos verdes brillaban con intensidad y se acercó a ella despacio hasta arrinconarla contra la pared.

—Fuiste tú el que propuso que me mudara aquí.

—Sí, que te mudaras, no que te convirtieras en la espía de Gerry.

—No estoy aquí para eso. Solo voy a echaros una mano con el trabajo; tengo que ayudaros a que el disco salga adelante —aseguró con la voz algo trémula. Le hubiera gustado sonar más firme, pero resultaba difícil mantener la serenidad con el cuerpo de Miles tan cerca. Olía a menta, a jabón y a tabaco y parecía desprender calor por todos los poros de su piel.

—¿Estás segura de que no estás aquí para que no haga estallar todo? ¿Para vigilar que me dedico a componer y me mantengo lejos de las tentaciones? —Su voz sonó más profunda al pronunciar la última frase y se inclinó un poco más sobre ella. Hundió la nariz en su pelo y aspiró con fuerza—. Dime que Gerry no te ha dicho que me vigiles y lo llames si me salgo de la línea, si me acerco demasiado a las cervezas de Luke o si discuto con James.

—No tengo que vigilarte. Tengo que ayudaros a los tres, de verdad. Soy solo una asistente.

La risa ronca de Miles retumbó junto a su oído, haciéndola temblar. Estaba más cerca y sus manos se deslizaron por los hombros femeninos.

—¿Solo una asistente? ¿Te ha contado Gerry que a James y a mí nos gustaban mucho vuestras asistentes? —Las manos grandes y ásperas bajaron por sus brazos. Ella no pudo resistirse y se aferró con fuerza al borde de su camiseta, atrayendo su cuerpo un poco más hasta notar la solidez de sus músculos. Sentía el paladar seco y una gran curiosidad por lo que haría a continuación. Sabía que él pretendía provocarla con sus palabras, pero no iba a conseguir lo que quería.

—¿Qué hacíais con las asistentes?

El rockero se rio entre dientes y un segundo después los labios calientes de Miles se posaron sobre su sien izquierda.

—¿Quieres saberlo? ¿Quieres saber cómo volvíamos locas a esas chicas hasta que se metían en nuestra cama? ¿Cómo competíamos para ver quien las conseguía antes? Al final Gerry decidió que ninguna mujer volvería a ocupar el puesto, pero parece que ha olvidado su amenaza.

Miles deslizó sus labios por la mejilla de Kaylee y se detuvo en la comisura de sus labios, sin besarla, pero sin apartarse de ella. La joven se sintió algo mareada. Parecía que las piernas la temblaban un poco, se aferró con más fuerza a la camiseta de Miles y fue consciente del sonido agitado de su propia respiración.

—¿Eso es lo que estás haciendo ahora? ¿Competir con James?

El rockero se separó con brusquedad de ella y, aunque intuía que había ganado la batalla, su cuerpo entero se lamentó cuando desapareció el peso del de Miles. Permanecieron unos instantes

en la oscuridad del pasillo, mirándose a los ojos, pero le resultaba imposible adivinar sus pensamientos. Había demasiadas emociones dentro de él, demasiado revueltas y ya no sabía si estaba celoso, enfadado, excitado o asustado. Tal vez todo al mismo tiempo. Tal vez ese era el problema con Miles, que sentía demasiado, que tenía todos esos sentimientos bullendo dentro de él y no era capaz de darles una salida.

—No consigo entenderte —dijo con suavidad—. La mayor parte del tiempo estás enfadado, pero luego parece que empezamos a llevarnos bien y ahora... No lo entiendo —repitió, meciendo la cabeza.

Miles volvió a acercarse. Levantó la mano, como si fuera a acariciar sus cabellos, pero al final dejó caer el brazo sin rozarla.

—Yo tampoco me entiendo, rubia.

Se giró, dispuesto a irse, pero ella se adelantó y lo agarró del brazo, impidiendo su marcha.

—¿Qué es lo que te molesta? Lo que de verdad te molesta.

Miles no se dio la vuelta, pero tampoco se soltó de su agarre. Resopló impaciente y se revolvió el pelo con la mano libre.

—¿Por qué te importa? —farfulló—. ¿Por qué te interesa? Soy un desastre contigo y aun así... ¿Eres una de esas ingenuas que creen que pueden salvar al chico oscuro? ¿Eso es lo que quieres?

No había dureza en su voz, a pesar de sus palabras, sino cierta angustia. Se acercó a él y, desde atrás, lo abrazó por la cintura. Lo oyó gemir y se apretó aún más contra su espalda.

—No he venido a salvarte —susurró con voz calmada. Las manos de Miles se posaron sobre las suyas. La piel masculina estaba caliente y rígida. Apoyó la mejilla en su espalda y escuchó el latido frenético de su corazón. También el de ella palpitaba a mil por hora—, no quiero quitarte tu oscuridad. Es la parte de ti que más me gusta —reconoció antes de soltarlo.

Lo dejó en el pasillo, paralizado por la impresión. Lo último que vio antes de cerrar la puerta de su dormitorio fueron sus anchas espaldas, erguidas y tensas, y sus puños apretados.

Sabía que Miles Baker estaba a punto de romperse y que no la querría allí cuando eso sucediera.

Capítulo 10

Sentía un insoportable cosquilleo en las manos y una incómoda erección que le había acompañado desde que arrinconó a Kaylee en el pasillo. No tenía que haberla abordado así, pero durante la cena estuvo celoso de James, tan celoso que no pudo soportarse a sí mismo. Su mejor amigo le había dicho tiempo atrás que no le interesaba Kaylee y le creía, pero los vio bromear y conversar con comodidad e intuyó que, si llegaba a prender una chispa entre ellos, podrían funcionar. Así que aguantó la cena con los dientes apretados y, decidido a calmarse, se marchó de la cocina. Creyó que un par de cigarrillos y el aire frío de la noche serían suficientes para tranquilizar su ánimo, pero sus pies lo llevaron al porche y no hizo más que pensar en la vez que estuvo a punto de besarla, cuando volvieron de Wahclella Falls. Había hecho bien conteniendo su impulso. Existían un millón de razones por las que debía mantener sus manos lejos de Kaylee Howard, pero no podía evitar desearla con una intensidad desconocida.

Los celos también eran algo nuevo. En el pasado, James y él habían competido con ferocidad por algunas chicas y también habían compartido otras. Nunca importaba; ellas no importaban. Eran solo peones en el juego de dos chicos demasiado jóvenes y demasiado engreídos que no pensaban más que en sí mismos, que no respetaban ninguna regla, que creían que podían tener todo lo que quisieran. Aquellas chicas no les interesaban más que dentro de su propio desafío y nunca se sintió en desventaja con respecto a su amigo, ni siquiera cuando perdía. Sin embargo, no soportaba la idea de que la relajada amistad que compartían Kaylee y James pudiera dar paso a otro tipo de relación. Por primera vez, se sintió inferior a su mejor amigo, el encantador James Hathaway, que subyugaba a las chicas con su sonrisa despreocupada y sus bromas pícaras. Él no tenía esa capacidad; nunca la había tenido, ni siquiera cuando era una estrella de rock. Las chicas lo deseaban, pero no lo querían. En cambio, adoraban a James. Kaylee también podría acabar adorándolo, y la sola idea de ellos juntos lo enfermaba.

También estaba enfadado con Gerry, porque estaba utilizando a la chica para controlarlo; con buenas intenciones, no lo dudaba, pero odiaba que los dos únicos amigos que le quedaban en el mundo lo consideraran un hombre tan débil. Llevaba años luchando contra sus propios fantasmas, los dos últimos años limpio, sin alcohol ni drogas, sin escándalos de ningún tipo, y se merecía algo de crédito.

Así que la cena de bienvenida de Kaylee fue una tortura de la que quiso escapar. Cuando

terminó de fumar el segundo cigarrillo debió irse a dormir, esa era su intención, y se escabulló hacia su habitación (esa habitación que casualmente compartía pared con la de la chica), deseando meterse en la cama y olvidar su enfado y sus celos, pero entonces escuchó los pasos de Kaylee en la escalera y la esperó.

«No quiero quitarte tu oscuridad. Es la parte de ti que más me gusta». Las palabras se repetían dentro de su cabeza como un mantra. No lo entendía, no podía entenderlo, pero en su interior sabía que era cierto, que de alguna extraña forma a Kaylee, la tranquila, luminosa y vibrante Kaylee, le atraía su oscuridad, esa oscuridad que él había procurado mantener a raya toda la vida y que se había desbocado en los últimos años. Y a ella le gustaba. Le gustaba esa parte de Miles que él había tratado de esconder al mundo y que solo dejaba salir en forma de música. Hizo bien en marcharse, porque, después de esa confesión, no creyó posible lograr contenerse por más tiempo. Tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no girarse y besarla hasta consumirla, porque el deseo que había sentido por ella cuando la tuvo contra la pared pareció insignificante con la impetuosa oleada que lo invadió al escuchar sus palabras.

Cuando por fin pudo moverse, se encerró en su habitación y, sin quitarse la ropa, se tumbó sobre la cama. Estaba tan excitado que creyó que podría romperse, pero no se tocó. Se quedó tendido en la oscuridad, con los ojos abiertos, pensando en Kaylee, en sus palabras («es la parte de ti que más me gusta»), en su voz tranquila, en sus ojos color avellana y en ese aroma delicado de su piel que había impregnado su camiseta y lo envolvía incluso cuando hacía más de una hora que se había separado de ella.

El hormigueo de las manos era cada vez más intenso y sabía lo que significaba. Lo había sentido antes, con ese mismo vigor. En algún lugar de su cabeza sonaba una melodía. Al principio solo había sido una progresión de acordes. No llegaba a tomar forma, pero ahí estaba, pugnando por salir al exterior. Y entonces empezó a escuchar la melodía. Casi podía rozarla con los dedos, pero le daba miedo que, si hacía un solo movimiento, entonces la música se escaparía y fracasaría de nuevo, tal como lo había hecho con todos sus intentos desde que murió Aaron. Así que permaneció tumbado en la cama, escuchando los sonidos que inventaba su cabeza, hasta que ya no pudo más y se puso en pie. Encendió la luz de la mesilla de noche, sacó la guitarra que siempre tenía en su habitación y se sentó en el suelo con ella y un par de cuadernos.

En cuanto pulsó los primeros acordes supo que estaba escribiendo la música de *Welcome to My Dark World*, una de las cuatro letras que preparó semanas atrás. Ahí estaba, toda esa oscuridad suya, envuelta en cada nota y cada acorde. Trabajó sin descanso, dando forma a la música, ajustándola a la letra. Tarareaba la canción, tocaba los acordes en la guitarra y encendió el teclado (que llevaba semanas languideciendo en un rincón) para enriquecer las armonías. No sintió el paso de las horas, ni recordó donde estaba. Solo existían él y la música, nada más, y estaba nervioso y excitado, como si se hubiera reencontrado con una vieja y añorada amante y pudiera hacerla suya otra vez. Cada acorde pulsado en la guitarra resonaba en su estómago. Cada nota que escribía en el papel liberaba una pesada carga de sus hombros. Cada armonía ensayada en el

teclado hacía hervir la sangre que corría por sus venas.

No creía que hubiera espacio para nada más, pero entonces unos golpes suaves en la puerta distrajeron su atención. Estuvo a punto de ignorarlos, pero un hilo invisible tiraba de él, así que caminó con zancadas impacientes y la abrió de golpe. Al otro lado estaba la cara somnolienta de Kaylee. Su largo cabello rubio, suelto, le caía sobre los hombros como una cascada dorada y parecía incapaz de abrir del todo los ojos.

—¿Qué haces? Son las tres de la mañana —bostezó—. Vas a despertar a toda la casa...

Ni siquiera era capaz de terminar las frases con coherencia. La había despertado, pero no sintió ningún remordimiento. La agarró con suavidad por la cintura y la hizo pasar al dormitorio. Se dio cuenta de que solo llevaba la camiseta de los Smashing Pumpkins, la camiseta que él le había comprado en 2nd Avenue Records, y algo rugió dentro de él, algo posesivo y orgulloso, como si ella fuera un poco más suya por dormir con la prenda que él le había regalado. En otro momento, la habría arrastrado a la cama sin dudarle para devorar cada centímetro de su piel, pero en aquel instante estaba demasiado lleno de música para el sexo y ella parecía a punto de desplomarse. Tenía que terminar la canción. Un buen hombre la habría acompañado a su habitación y se habría encerrado en el estudio de la planta baja para seguir trabajando sin molestarla, pero él no era un hombre bueno, sino el rockero oscuro y egoísta que volvía a tener la cabeza nublada por la música y el deseo. Iba a seguir trabajando y no quería que Kaylee se marchara, así que la sentó en el sofá, acarició sus labios con el pulgar y la besó en el pelo, empapándose de su olor a almendras.

—¿Estás componiendo? —preguntó somnolienta, mientras él la empujaba para que se tumbara sobre el sofá. Se durmió sin esperar respuesta, tras emitir un dulce ronroneo, y él volvió a sentarse en el suelo, frente a ella, y se concentró en el trabajo. Cuando no tocaba, podía escuchar su respiración acompasada y de vez en cuando alzaba la vista para ver su cuerpo acurrucado en el sofá, sus largos cabellos desparramados sobre los hombros y sus piernas desnudas, encogidas contra el estómago. La tapó con una manta y siguió componiendo, sintiendo que por fin todo se encontraba en su lugar: la música saliendo de su cabeza y aquella preciosa chica que le estaba robando el sueño dormida en su sofá.

A las cinco y media de la mañana dio por terminado el trabajo. Se acercó a la bella durmiente y la acarició con suavidad. Estuvo tentado a meterla en su cama y tenderse junto a ella, pero sabía que no era buena idea. Así que la cogió en brazos y la trasladó a su dormitorio. El pelo de ella le hizo cosquillas en el cuello y le gustó sentir el peso de su cuerpo en los brazos, su inconfundible olor y el suave gemido que escapó de su garganta cuando maniobró para dejarla sobre el colchón. La tapó con el edredón y acarició sus cabellos con delicadeza. Dormida parecía aún más joven e inocente, más dulce, y él se sintió como un oscuro demonio que acechaba a su presa. No pudo resistirse y la besó en la frente. Su cuerpo entero pareció clamar por abalanzarse sobre ella, pero se obligó a incorporarse y volver a su habitación. Creyó que le sería imposible dormir, pero en cuanto su cabeza tocó la almohada, cayó en brazos de Morfeo.

Durmió diez horas del tirón y se levantó impulsado por una nueva energía. En la casa solo se encontraba la señora Burrows, que no mostró curiosidad alguna por la amplia sonrisa con la que saludó el hasta entonces huraño rockero. Con el mismo gesto adusto de siempre, el ama de llaves le preparó un café y un sándwich y le informó que todos los habitantes de la casa habían salido. Él se llevó su plato al estudio y se encerró allí el resto del día, retocando su nueva composición. Ni siquiera salió a cenar y si alguien llamó a la puerta, no se enteró. A las once de la noche abandonó su encierro. Pudo escuchar las voces de James y Luke en el salón, seguramente echando una partida a la Xbox, y se escabulló al jardín. El paquete de cigarrillos que guardaba en su parka verde había desaparecido, pero había escondido otro para emergencias detrás de una maceta y, con su botín en la mano, se estiró sobre una de las tumbonas de la piscina. Encendió el cigarrillo y aspiró el humo con verdadero placer. El aire frío le despejó la cabeza y contempló embelesado el cielo oscuro. Se sentía en comunión con su entorno.

—Es un vicio asqueroso que va a matarte.

Miles se rio entre dientes. Estaba de buen humor y escuchar la voz de Kaylee solo podía mejorar su jornada.

—¿Vas a sermonearme, rubia? —preguntó con tono burlón, pero ella no contestó. Ocupó la tumbona de al lado y, por el rabillo del ojo, la vio extenderse sobre ella y fijar la vista en el firmamento.

—Es una lástima que casi no se vean las estrellas —dijo al cabo de un rato—. Hace tres años estuve de acampada en Cherry Springs[3] y no he encontrado nada tan impresionante como esa vista por la noche... Miles y miles de estrellas cubriendo el cielo. Fue mágico. —Pareció perderse en sus recuerdos, pero en seguida volvió a hablar—. ¿Lo he soñado o anoche me despertaste tocando la guitarra de madrugada y acabé durmiendo en tu sofá?

—Lo has soñado, rubia. Si hubieras dormido en mi cuarto, no habría sido en el sofá... Y no habrías dormido en absoluto, puedo asegurártelo —afirmó provocativo. Casi pudo escuchar la sonrisa de Kaylee abriéndose paso en su rostro.

—Estuviste componiendo, ¿verdad? —Miles no contestó. Aspiró una nueva calada de su cigarrillo y, cuando expulsó el humo, contempló las caprichosas volutas elevándose en el aire—. ¿Lo conseguiste esta vez? James dice que has estado todo el día encerrado en el estudio.

—James es como una cotorra. Siempre habla de más...

—Miles...

Le gustó escuchar su nombre, como escapaban las letras de sus labios, con ese tono musical de falso reproche. Aspiró una última calada y se incorporó para apagar el cigarrillo en una lata vacía de Seven Up, que usó a modo de cenicero.

—Creo que sí, que esta vez lo he conseguido —reconoció al fin y su voz se tiñó de orgullo—. Quiero trabajar un poco más en la canción antes de mostrarla, pero es buena, Kaylee. Muy buena.

La joven se levantó de golpe y, a pesar de la oscuridad, pudo distinguir una resplandeciente sonrisa en su rostro.

—¿Lo has hecho? ¿Tienes una canción? ¿Cómo te has inspirado? ¡James va a alucinar! Y Gerry... Se estaba empezando a poner bastante nervioso con este tema...

—Kaylee —la interrumpió con gesto serio—. No se lo puedes decir todavía a Gerry.

—¿Por qué no? Sabes que está deseando conocer algún avance...

—No puede ser. Sé que tienes que informarle de esto, pero espera unos días, por favor. Dame algo de tiempo, que termine de retocar la canción. Que repose un poco y pueda evaluar si realmente es tan buena como creo.

—A él no le importará si no es brillante. Lo que importa es que has salido del bloqueo. Gerry se alegrará, estoy segura.

—No quiero decepcionarlo otra vez —confesó algo avergonzado. Kaylee ladeó la cabeza, gesto que él interpretó como una pregunta muda—. Llevo años decepcionándolo y aun así él ha seguido apostando por nosotros, ha seguido apostando por mí. No me quedan muchos amigos y sé que Gerry es mi agente, que la mayoría de estos tipos solo nos ven como un medio para conseguir sus propios fines, pero él nunca se comportó de ese modo con nosotros. Otro, en su lugar, se habría desentendido del grupo hace años, pero él se quedó. Confió en nosotros cuando nadie lo hizo y peleó contra el mundo entero, incluso contra mí, para que The Wave no desapareciera del mapa y para que James y yo no cayéramos al abismo. Tengo muchas ganas de responder a las expectativas que ha depositado en nosotros, de verdad, pero quiero hacerlo bien. Solo unos días, Kaylee, por favor...

Nunca suplicaba. Tal vez ella no lo sabía, pero el antiguo Miles no pedía favores. A nadie. Jamás. Pero estaba cambiando la piel y al nuevo Miles parecía que no le importaba implorar.

—No le diré nada si no quieres, pero no vas a decepcionarlo, estoy convencida. Se va a sentir muy orgulloso, al igual que James.

Quiso preguntarle si ella también se sentiría orgullosa de él. De pronto, su opinión parecía importante, pero no se atrevió a dejar entrever tanta vulnerabilidad, así que volvió a tumbarse y se interesó por su día. Ella, que seguía sentada, encogió las piernas y se abrazó las rodillas. En la oscuridad, el rubio cabello parecía blanco.

—He ido a despedirme de mi trabajo en The Green Cafe y me he puesto al día con algunas clases. Gerry me ha enviado un informe con mis nuevas funciones y me ha pedido que ponga en marcha vuestras redes sociales para empezar a dar movimiento al grupo. También tengo que haceros fotos y grabar algunos videos para ilustrar vuestra vida en Southwest Hills mientras preparáis el disco, aunque utilizaremos las imágenes más adelante, y Gerry quiere que os organice un concierto aquí en Portland.

—¿Un concierto? ¿Ahora?

—Una actuación con canciones antiguas de la banda. Quieres empezar a generar expectativas sobre vosotros, que vayáis reapareciendo en la vida pública poco a poco.

Miles asintió. Sabía cómo funcionaba el negocio y no podían aparecer de golpe con un nuevo disco tras años de silencio. A nadie le importaría. Tendrían que ir abriéndose hueco, que el

público recordara que una vez existió un grupo increíble que todo el mundo quería escuchar, que la prensa y la crítica se alimentaran con nuevas informaciones que les abrieran el apetito y quisieran saber más de ellos, que el panorama musical empezara a preguntarse qué estaba tramando The Wave. Unos días atrás habría pensado que todo aquel trabajo sería una pérdida de tiempo, pero con una nueva canción en el bolsillo, su perspectiva había cambiado.

Kaylee y él conversaron un rato más, hasta que el cansancio hizo mella en la joven y anunció su retirada. Miles se quedó otros quince minutos en el jardín y, cuando subió a su dormitorio, se encontró tarareando una nueva melodía. Tres horas más tarde Kaylee volvía a dormir en su sofá, después de quejarse del poco respeto que mostraba por el descanso ajeno, mientras él componía la música para *The Snake Boy*. Su segunda canción estaba en marcha y el león de su interior rugía orgulloso.

Unos días después tuvo terminadas las dos canciones, listas para presentárselas al resto del grupo, pero no llegaba a decidirse. Las repasaba una y otra vez. Sabía que eran buenas, lo mejor que había escrito hasta el momento, y, sin embargo, no estaba listo para soltarlas al mundo. Quería guardarlas para él, recrearse en ellas, convencerse de que no eran destellos de su antigua creatividad, sino que el compositor había vuelto para quedarse.

Kaylee cumplió su parte y no informó a Gerry sobre sus progresos. Miles estaba agradecido por aquella muestra de lealtad, que, en realidad, no creía merecer. Durante el día apenas veía a la joven, ajetreada con sus clases, las prácticas de piano y la organización del concierto. Tenía la sensación de que la chica nunca se detenía y, cuando lo hacía, era para sentarse frente al Samick. Sin embargo, todas las noches, después de cenar, se reunía con él en la piscina. Cada uno ocupaba su tumbona y miraban las estrellas. A veces hablaban, a veces se hacían compañía silenciosa. Era agradable y para Miles aquel era el mejor momento del día, cuando escuchaba la grava del camino crujendo bajo sus pasos y su voz cálida lo saludaba con un susurro, como si no quisiera alterar la tranquilidad de la noche. No tenía que mirarla para saber que antes de tumbarse, su boca se curvaba en una desagradable mueca dirigida a su cigarrillo. Él se reía y después charlaban durante una o dos horas. El tiempo se les iba en un vuelo y hablaban de música, de las clases de Kaylee, de libros que los apasionaban, de los lugares que querían visitar... Era fácil hablar con ella, contarle cualquier cosa y se preguntaba cuánto tiempo sería capaz de contener las ganas de besarla. Tal vez no habría problema mientras cada uno se quedara en su tumbona, escuchando la voz del otro, pero sin mirarse y evitando cualquier contacto.

Desde que había vuelto a componer, ya no bajaba a espiarla al sótano. Solo una tarde se escabulló del estudio para escucharla, aunque esta vez no se quedó haciendo guardia en el pasillo, sino que entró en la sala, se acomodó en una butaca y la escuchó tocar. Seguía asombrándolo su precisión técnica y su ausencia de emociones y supo que Kaylee había tomado la decisión correcta. Ella no era una pianista, por muy buena que pareciera. Estaba claro que tenía que buscar

su propio camino, y Miles se prometió que, si podía, la ayudaría a encontrarlo. Después, con el mismo sigilo con el que había entrado, abandonó la habitación y regresó a su encierro.

—Pensaba que te habías mudado, porque llevo días sin verte.

James se encontraba en el estudio, sentado en la silla que habitualmente utilizaba Miles. Hojeaba un cuaderno con anotaciones; no eran notas importantes, pero le irritó que estuviera curioseando sus cosas. A veces James sobrepasaba los límites sin darse cuenta.

—Estoy trabajando —contestó rígido—. Creí que eso era lo que querías.

Su amigo asintió, sin mirarle. Tenía la vista clavada en el cuaderno, aunque en realidad estaba abierto en una página en blanco, así que no había nada que atrajera su atención. Miles cerró con suavidad la libreta y la retiró de su alcance. El teclista parpadeó, confuso, antes de levantar la cabeza.

—¿Eso es lo que haces? ¿Trabajar? Te pasas el día encerrado en tu cuarto y en este estudio, no apareces en las comidas, Colin dice que te ha llamado un par de veces y que no le has devuelto las llamadas... No sé qué haces. No sé si estás intentando componer, si estás leyendo o revolcándote en tu soledad. ¿Debo preocuparme, Miles?

Enojado, tensó la mandíbula. Era un hombre de veintiocho años, no un crío; un hombre al que nunca le gustó dar explicaciones, ni que controlaran su vida. Le debía mucho a James, pero estaba cruzando la línea. Había asumido el papel de niñera durante tanto tiempo que no sabía ver lo obvio: que había llegado el momento de que lo dejara volar. Su incansable persecución, siempre preocupado por lo que Miles hacía o dejaba de hacer, tenía que acabar. No pretendía ser desagradecido. James estuvo allí cuando nadie más lo hizo, cuando el mundo se volvió un lugar tan oscuro e inhabitable que lo asfixiaba, cuando tomó demasiadas malas decisiones que estuvieron a punto de costarle la vida. De forma instintiva, Miles acarició las gastadas pulseras de cuero que rodeaban su muñeca izquierda. No lo olvidaba, no lo haría nunca, pero su amigo debía dar un paso atrás y respetar su espacio.

—No tienes que preocuparte por nada —contestó con fingida calma, mientras intentaba reprimir la ira que burbujeaba en su interior—. Te he dicho que estoy trabajando y necesito hacerlo a solas.

—¿Puedo verlo? Ese material en el que dices que estás trabajando.

Miles se cruzó de brazos para evitar darle un puñetazo a su mejor amigo. Se lo estaba ganando a pulso con aquel tono de superioridad, ese deje de la clase alta neoyorkina que miraba al resto del mundo con escepticismo y un punto de soberbia. James no lo sabía, pero en esos momentos se parecía bastante a su padre, el poderoso e implacable senador Hathaway.

—No.

—¿No?

—No puedes verlo. Todavía no.

—¿Por qué no?

—Te estás pasando, Hathaway.

—Solo quiero asegurarme de que todo va bien.

Miles hundió los dedos en sus cabellos oscuros,, desordenando aún más su pelo habitualmente revuelto.

—¿Qué quieres de mí, James? Querías que firmara con la discográfica y lo hice. Después decidiste que nos trasladáramos a Portland y vine...

—Fue Gerry el que decidió... —interrumpió el teclista de The Wave, pero Miles lo cortó con brusquedad.

—No me tomes por idiota. Gerry no nos habría encerrado aquí si no hubiera estado de acuerdo contigo. Hemos pasado por demasiadas cosas como para que me engañes ahora. Está bien, entendí tus motivos; no estaba de acuerdo, pero los entendí y vine a Portland. Luego querías que me concentrara en el trabajo y eso es lo que estoy haciendo, pero no voy a rendirte cuentas de cada paso que doy.

—¿Rendirme cuentas? ¡Tú nunca das explicaciones a nadie! Te limitas a encerrarte en ti mismo y tengo que averiguar si te estás hundiendo o no. Solo sé que algo está pasando contigo y me da mala espina.

—No está pasando nada. Son imaginaciones tuyas.

—¿Qué sucede con Kaylee?

Miles realizó una violenta inspiración.

—¿Qué tiene que ver Kaylee con todo esto?

—Ahora eres tú el que me toma por un imbécil. He visto cómo la miras, cómo la sigues... No podías ni verla, la querías lejos de The Wave, y, de repente, tenéis largas conversaciones nocturnas en el jardín y ella te visita de madrugada en tu cuarto.

—¿Me estás espionando? —La voz de Miles sonó como un rugido que hizo temblar el aire, pero James, que se había puesto en pie en algún momento de la discusión (porque aquello ya era una discusión en toda regla), no se acobardó.

—¿Te acuestas con ella?

—No te he pegado nunca, pero estoy a punto de partirte la cara si sigues por ese camino.

—¿Te acuestas con ella? —repitió James, alzando la voz. Tenía las mejillas enrojecidas y no parecía temer los puños apretados de su mejor amigo.

—¡No!

El rubio teclista respiró aliviado y pareció calmarse.

—Bien, vale, lo siento. Tenía que preguntar...

—Pero eso no significa que no quiera hacerlo —se sinceró Miles.

James tensó los labios, hasta convertir su boca en una apretada línea.

—No puedes tocarla.

—¿La quieres para ti? ¿Es eso? Yo también he visto como bromeas con ella, lo bien que os lleváis y como habéis congeniado desde el principio... Tal vez eso es lo que pasa, que quieres reclamarla para ti. —El veneno de sus palabras se deslizó por su lengua, dejando un sabor amargo.

—No soy yo el que está celoso, Baker. No deseo a Kaylee y me da igual lo mucho que te atraiga: no puedes tocarla y no hay más que hablar.

—¿Te crees que esto funciona así? ¿Que tú puedes decirme a quién puedo tocar y a quién no?

—¡Kaylee trabaja con nosotros! Lo echarás todo a perder si te lías con ella. Siempre ha sido así. Por eso Gerry no quería que tuviéramos nada que ver con las chicas del equipo y Kaylee no es una asistente sustituible por otra. Es la voz que necesitan mis canciones. No valdrá con otra cantante.

Miles cerró los ojos. De pronto se sentía muy cansado.

—Esto no tiene sentido —musitó.

—Prométeme que no la tocarás, que no estropearás lo que estamos haciendo aquí.

El cantante sacudió la cabeza, incapaz de contestar.

—James...

—Ella no es para ti.

Fue esa frase y ninguna otra la que selló el trato. Porque si había algo que Miles Baker no podía rebatir era aquella certeza. Lo había sabido desde el principio, desde el momento en que la vio en la sala de ensayos, con su largo pelo rubio, su semblante sereno y su vaporoso vestido gris oscuro salpicado de diminutas flores. Tal vez por eso la había odiado en aquel momento, quizás fue la razón por la que trató de mantenerla fuera del grupo y, después, marcó las distancias con ella. No había querido acercarse a Kaylee, pero, al final, había sido imposible permanecer lejos y aquella chica, aquella chica dulce, leal y tranquila, que escondía una salvaje diosa del rock en algún lugar de su interior, había terminado por romper sus barreras.

Era demasiado buena para él y lo sabía. También sabía que había muchas razones por las que no podía estar con ella y la más importante era que Kaylee se merecía algo mejor que un tipo oscuro y egoísta con el alma rota y las manos vacías. Él no tenía nada que ofrecer, nada que dar. Solo tomaba. Era lo que había hecho siempre, pero no esta vez.

—No la tocaré —prometió tras un largo silencio.

James asintió aliviado y le palmeó la espalda antes de salir del estudio y cerrar la puerta con suavidad.

El músico se dejó caer sobre su asiento y cerró los ojos. Estaba agotado y todo lo que deseaba era meterse en la cama, apagar la luz y dormir durante dos días enteros, pero no lo haría. Una nueva progresión de acordes repicaba en su cabeza. Buscó la letra de *Lost*, sacó un cuaderno de música y cogió la guitarra.

Tenía una nueva canción que componer.

Capítulo 11

Los días de tregua que le pidió Miles se convirtieron en dos semanas y él seguía encerrado en su estudio, componiendo, sin darle permiso para contarle a Gerry que ya tenía algunos temas nuevos. Kaylee se sentía desleal cuando hablaba con el agente y se veía obligada a responder con evasivas a sus cada vez más apremiantes interrogatorios, pero había prometido que guardaría el secreto hasta que el rockero estuviera preparado para compartir sus creaciones y cumpliría su palabra.

Todo habría sido más fácil si Miles no hubiera vuelto a cerrarse. La frágil camaradería que se había construido entre ellos había desaparecido. Él dejó de buscarla, se acabaron las conversaciones nocturnas en el jardín y ella ya no volvió a despertarse por la noche con el sonido de la guitarra al otro lado de la pared. Al principio, cuando pareció que ya eran amigos, dormitó en el sofá de Miles durante varias noches, mientras él trabajaba. Estaba tan cansada que apenas podía prestar atención a la música, pero parecía que al guitarrista le gustaba tenerla allí, cobijada bajo una manta suave que olía a él (a menta, a jabón, a tabaco). Sin embargo, de repente la guitarra de Miles enmudeció y ya no volvió a sonar en el cuarto de al lado. Unas noches después se despertó inquieta y se quedó en la cama escuchando la fina lluvia golpeando el cristal de la ventana. El resto de la casa estaba en silencio. Tal vez Miles había terminado la canción o, quizás, el bloqueo se había vuelto a adueñar de él.

Al final, la curiosidad pudo con ella y, descalza, se deslizó hasta el dormitorio del rockero. Llamó con suavidad, pero no hubo respuesta, así que abrió la puerta y se adentró en el cuarto. La recibieron la oscuridad y el silencio y supo que Miles no estaba allí. Cuando sus ojos se acostumbraron a la negrura, se acercó a la cama. Estaba vacía. Encendió la lamparita de la mesilla y contempló las sábanas estiradas, sin una sola arruga.

¿Dónde estaba Miles? Miró a su alrededor. Todo parecía encontrarse en orden, pero faltaba algo: no veía su guitarra. De forma instintiva, supo donde se encontraba. No se había marchado de Southwest Hills y no había dejado de componer; simplemente había trasladado su espacio de trabajo. Bajó a la primera planta. El contacto frío del suelo hizo estremecer sus pies descalzos, pero no retrocedió. Avanzó a tientas por el pasillo, deslizando la mano por la pared, hasta llegar al estudio. La puerta estaba cerrada. No llamó, no abrió. Acercó el oído a la madera y escuchó algunos acordes amortiguados y un resoplido impaciente e intuyó que aquel cambio de lugar era

una forma de indicarle que ya no era bienvenida a sus sesiones de composición. Algo pequeño y frágil se rompió dentro de ella. Se sentó en el pasillo durante un rato, con la espalda apoyada en la pared, escuchando los tenues sonidos que llegaban desde el otro lado de la puerta, sin entender por qué le había permitido acercarse a él y asomarse a su interior para después expulsarla sin miramientos, sin una sola explicación. Quiso fingir que no importaba, que aquellas últimas semanas no habían significado nada, pero no supo engañarse a sí misma. Se quedó un rato más en el pasillo hasta que decidió dejar de malgastar horas de sueño y volver a la cama.

En realidad, no solo la había expulsado a ella. Se dio cuenta de que Miles ya no trataba con nadie. No aparecía en las comidas ni bajaba al gimnasio, había dejado de responder a las llamadas de Colin y parecía rehuir de James. De su dormitorio al estudio. Ya ni siquiera se lo veía fumando en el jardín. La señora Burrows, que nunca perdía la compostura, se quejaba de que dejara intactas las raciones de comida que apartaba para él y le llevaba sándwiches al estudio mientras mascullaba sobre tipos sin sentido común que creían poder alimentarse de música.

James parecía preocupado, aunque lo escondía bajo bromas y sonrisas, y Luke deambulaba de un lado a otro, como una fiera enjaulada. Temiendo que el batería, harto de estar sin nada que hacer, acabara tomando la decisión de dejar el grupo, Kaylee lo involucró en la organización del concierto y ambos recorrieron todas las salas de la ciudad en busca del local apropiado para la primera actuación de The Wave en mucho tiempo.

En Portland se respiraba música. Tal vez por esa razón Kaylee adoraba la ciudad, porque estaba lleno de clubs, bares y salas de conciertos que ofrecían actuaciones para todos los gustos: *jazz*, *country*, latina, clásica, *indie*... Todas las músicas del mundo tenían sitio en Portland. Luke y ella, a veces acompañados de Colin y de Mia, que se apuntaron a alguna de sus salidas, visitaron una veintena de locales. El batería no hablaba demasiado. Se sentaba con una cerveza, escudriñaba el local con gesto impenetrable y escuchaba a los músicos. Sin embargo, su hermético silencio no incomodaba a Kaylee. A ella tampoco le apetecía demasiado la charla insustancial en aquellos días.

Para el primer concierto de The Wave, tras los años en la cuneta, decidieron evitar los locales más conocidos. Así, ignoraron salas míticas, como el Wonder Ballroom o la Doug Fir, y se concentraron en lugares más pequeños y menos conocidos. No se trataba de ningún regreso triunfal, sino una primera toma de contacto para tomarle el pulso al público y comprobar cómo se desenvolvía el grupo en directo. Kaylee tenía la intuición de que Miles y James necesitaban volver a sus orígenes, antes de que la fama lo arrasara todo, cuando solo eran unos chicos con la cabeza llena de sueños a los que nadie conocía. James a veces mencionaba aquella época, sin profundizar demasiado, pero parecía sentir cierta añoranza por sus comienzos, cuando se pateaban pueblos y ciudades pequeñas, actuando en locales de mala muerte para un público que no siempre sabía apreciar su trabajo.

Fue esa la razón de que escogieran el Blackheart, un local pequeño, pero muy respetado en el circuito rockero de la ciudad y que sostenía un buen cartel de conciertos. Gerry dio el visto bueno

desde Nueva York y se sintió eufórica cuando consiguió cerrar el trato con el propietario (al que le costó un poco creer que aquella jovencita rubia de rostro angelical estuviera organizando una actuación de The Wave). Por fin podría dar un resultado concreto al agente, que cada vez parecía más frustrado ante la ausencia de canciones para el nuevo disco.

Ignoró la llamada perdida que sonó mientras ultimaba los detalles con el dueño del Blackheart, pero, al salir, comprobó que era de la tía Iris desde Londres. No hablaba con frecuencia con ella, así que intuyó que se había enterado de la pelea con su madre. Le hizo un gesto a Luke para que esperara mientras devolvía la llamada.

—¿Un grupo de rock, Kaylee? —preguntó su tía a bocajarro y la joven procedió a contarle todo lo que había pasado. Tal como esperaba, encontró comprensión al otro lado de la línea. Siempre se había sentido más cercana a su tía que a su propia madre.

—Necesitaba hacer esto. No es un capricho —aseguró, temerosa de que su tía pensara igual que su hermana.

—No sueles hacer las cosas por impulso, cariño, te conozco bien. Y me parece perfecto que quieras hacer ese cambio. He intentado apaciguar a tu madre, pero ya sabes cómo es...

—¿Cómo está?

—Disgustada. Creía que volverías disculpándote al cabo de un par de semanas, pero se ve que no te conoce muy bien. ¿Necesitas algo? Puedo enviarte dinero...

—No. —Fue tajante. No podía dejar de depender del dinero de su madre y aceptar el de su tía. Había llegado el momento de estar por su cuenta.

—Está bien, pero si necesitas algo, me llamas. Y, Kaylee, —añadió antes de colgar—, tu madre entrará en razón. Tal vez tarde algún tiempo, pero lo hará.

Eso esperaba, porque quería defender sus decisiones, pero no entraba en sus planes distanciarse de su madre para siempre.

—Miles nos quiere en la sala de ensayos —anunció James al día siguiente, poco después de que volviera de la facultad. Quería practicar al piano, pero se había detenido en la cocina para coger un refresco. Notó que su estómago se encogía hasta hacerse un nudo. Parecía que por fin había llegado el momento de que Miles les mostrara el material en el que había estado trabajando.

La oscura figura del cantante se recortaba contra la pared blanca. Sus manos ajustaban con delicadeza la guitarra. Sus movimientos eran tranquilos, tal vez demasiado, y Kaylee lo estudió sin disimulo. Todo era fingido. Cuando el rockero alzó la cabeza, atisbó un destello de inquietud en sus turbulentos ojos verdes y, por un momento, quiso acercarse a él y abrazarlo, pero existía una barrera que él mismo había colocado entre los dos y que no podía atravesar.

Les indicó que tomaran asiento y se acomodó junto a James y Luke en las butacas que rodeaban la zona de ensayo. Miles carraspeó un poco. Lo observaron expectantes.

—No voy a hacer ningún discurso —aclaró con sequedad—. Tengo seis canciones y estoy listo

para mostrároselas.

Miles bajó el rostro, ladeó la cabeza y se concentró en la guitarra. Pulsó el primer acorde, después el segundo y la música, de repente, lo envolvió todo. Una melodía nueva, sugestiva y oscura se adueñó de la sala. La voz áspera del rockero se abrió paso, casi a dentelladas, entre las notas de un *ostinato* que se repetía de forma obsesiva y un escalofrío recorrió la espalda de Kaylee cuando él alzó la cabeza y clavó en ella sus ojos turbios, que parecían atraerla hacia su interior. *Welcome to My Dark World* decía la canción y vio a Miles abrirse en canal allí mismo, para ellos, para ella, dejándoles ver su espíritu sombrío y enrevesado, regalando jirones de su alma en cada nota y en cada palabra, desnudando toda su fuerza y toda su vulnerabilidad. Todo lo que nunca decía, todo lo que guardaba con avaricia en su interior, todo el dolor, toda la soledad, todo lo que perdió por el camino, estaba allí, en esa canción que era, sin duda, la mejor que había compuesto nunca. Creyó que *Sleeplessness* era insuperable, pero estaba equivocada, porque Miles Baker había conseguido elevarse a las alturas, volcar su más íntima esencia en la música y supo, sin ningún atisbo de duda, que aquella canción iba a sacudir el mundo.

No se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración hasta que la última nota vibró y ella tuvo que abrir la boca y dejar que el aire entrara de golpe en sus pulmones. Conmocionada, era incapaz de quitar los ojos de Miles; el músico, con la cabeza gacha, aun no parecía capaz de enfrentarse al juicio de sus compañeros. Un carraspeo, proveniente de la garganta de Luke, rompió el espeso silencio que había cubierto la habitación como una pesada manta. Kaylee parpadeó varias veces y Miles se atrevió al fin a mirarlos. No había ya vulnerabilidad alguna en su rostro, sino una expresión de triunfo. James soltó una risotada y se puso en pie de un salto para felicitar a su compañero.

—¡Has vuelto! —gritó eufórico mientras se lanzaba sobre él para abrazarlo. Luke se incorporó. Algo parecido a una breve sonrisa curvó sus labios. Dio una seca palmada en la espalda del cantante y masculló una felicitación, pero Miles no lo escuchó. Tampoco atendía al despliegue de entusiasmo de James. Miraba a Kaylee con una mueca soberbia y una nueva confianza en sí mismo y ella supo que así debió de ser el antiguo Miles, antes de que todo se torciera. No pudo decir nada. Se limitó a asentir con la cabeza y a él pareció bastarle.

James tomó la partitura de *Welcome to My Dark World* y empezó a tararearla mientras la estudiaba.

—Es muy buena, tío. Muy buena. Esta canción va a cambiarlo todo... Es perfecta, es oscura, un poco sórdida y sugerente. Me encanta el *ostinato*, va pasando de un instrumento a otro, no desaparece nunca. Va de la guitarra al teclado y de ahí al bajo...

—Creo que deberíamos escuchar el resto. —Luke interrumpió el entusiasta análisis del teclista y recuperó la atención de todos.

Miles tocó el resto de las canciones. Todas eran increíbles: desde la vulnerable *Lost* hasta la sugestiva *The Snake Boy*, pasando por la conmovedora *Too Late* y la alborotadora *Alone with Everybody*, pero fue el último tema, *Silence*, el que terminó de romper a Kaylee, atrapada en ese

asfixiante silencio que se había adueñado de la cabeza de Miles durante años. Se sintió atraída por el vacío que amenazaba con engullirla, igual que lo había engullido a él cuando la música desapareció de su interior. Quiso escapar de la angustiada sensación, porque era como quedarse sin aire, y, antes de que terminara de tocar la última nota, Kaylee abandonó la habitación y corrió por el pasillo hasta el jardín. Solo cuando el aire frío golpeó su piel y las gotas de lluvia resbalaron por su rostro, se calmó. Realizó una profunda respiración. Y luego otra. Y otra más. Se sintió ridícula, pero no podía evitar esa conexión con Miles: era algo superior a su voluntad. De alguna absurda forma, estaba conectada a la música de ese hombre, porque a través de sus canciones y de su voz podía llegar a él como nadie más lo hacía y ver ese interior que guardaba con celo. Pero ya no lo ocultaba, se corrigió, sino que lo había volcado en cada nota para exponerse ante el mundo.

—Creo que tu huida no deja a mis canciones en muy buen lugar.

Por supuesto, la había seguido. ¿Por qué? Llevaba dos semanas rehuyéndola y, de repente, cuando ella trataba de alejarse de él, la buscaba. Agitó la cabeza, sin abrir los ojos.

—¿Eso es que no te han gustado? —repitió él y no podía saber si se estaba burlando o solo trataba de ocultar sus nervios.

—Son muy buenas, Miles, no necesitas que te lo diga. Tú lo sabes.

—Quiero oírlo. —Su voz ronca sonó muy cerca de ella, aunque no la tocó—. Quiero que tú lo digas.

Kaylee se volvió hacia él y lo estudió como si fuera la primera vez que lo veía. El pelo oscuro, mojado por la lluvia; los ojos verdes, brillantes y turbulentos; la mandíbula tensa, el rastro de una barba incipiente y esa boca de labios perfectos que, en ese momento, no mostraba ningún tipo de expresión. No sonreía ni se apretaba tensa. Casi sin darse cuenta, alzó la mano y dejó que sus dedos acariciaran con suavidad su labio inferior. La mirada de él se oscureció un poco, pero no se movió.

—¿Te sientes así? ¿Te has sentido así todos estos años? —se lamentó—. Tan vacío, tan solo, tan perdido... ¿Cómo has podido vivir así? ¿Cómo has conseguido levantarte cada mañana, ponerte en pie y seguir respirando?

—¿Crees que no me rendí? —musitó Miles—. ¿Por qué crees que tuve que pasar dos veces por rehabilitación? ¿Por qué crees que James está siempre tan asustado y me persigue de esa manera obsesiva?

—¿Te rendiste de verdad? —Kaylee tragó saliva y su mirada se escapó sin querer hacia las gastadas pulseras que rodeaban su muñeca izquierda. Mía había bromeado con la posibilidad de un intento de suicidio y, de pronto, tuvo miedo de lo que ocultaban esas gastadas circunferencias de cuero.

Miles pareció entender hacia donde se dirigían sus pensamientos, porque puso su mano debajo de su barbilla y la obligó a alzar el rostro y mirarlo de frente.

—No de esa manera.

La lluvia seguía cayendo sobre ellos. Kaylee se estremeció. Las ropas se habían pegado a sus cuerpos, pero apenas notaba la tela húmeda y fría adherida a su piel. Se acercó un poco más a Miles, hasta sentir el calor de su cuerpo, la solidez de sus músculos. Tan hermoso como un ángel caído... Agarró su camiseta y tiró un poco de él para que se agachara. Él obedeció. Parecía hipnotizado y entreabrió un poco los labios, tal vez para protestar, tal vez para tomar aire. Kaylee no era capaz de adivinarlo; solo necesitaba sentirse cerca de él, darle algo de luz y de calor, dejarse envolver por su oscuridad. Acarició su barbilla áspera y se puso de puntillas. Él se inclinó un poco más. Sus caras estaban ya muy juntas y Miles miraba su boca como si fuera un precipicio. Ella quería que saltara. Quería empujarlo, hacerlo caer y recogerlo en el aire. Rozó su boca con los labios lentamente. Un toque, dos y, cuando iba a cubrirla por completo, él se separó de golpe.

—Prometí no tocarte —farfulló.

Ella parpadeó sorprendida, pero antes de que pudiera entender qué había pasado, Miles ya no estaba. Había vuelto al interior de la casa y la había dejado sola, bajo la lluvia, con el frío deslizándose dentro de su cuerpo, hasta llegar al mismo centro de sus huesos.

—¿Dónde está?

Luke entró de golpe en la sala de ensayos, donde James y Kaylee llevaban un buen rato esperando a sus compañeros.

—¿El qué? —preguntó el teclista.

—Mi moto. ¿Dónde está mi moto? Si es una broma, no tiene gracia, Hathaway.

James levantó las manos.

—No sé de qué estás hablando —aseguró.

Luke lo miró con los párpados entornados, asintió con brusquedad y tensó la mandíbula.

—Mi moto ha desaparecido. No está en el garaje, donde la dejé ayer. La quiero de vuelta ya... ¿Dónde está Baker?

—¿Miles? Miles no... —empezó a decir James, pero no llegó a completar la frase. Sacudió la cabeza con frustración—. Él... —James parpadeó un par de veces y miró confuso a Kaylee—.

¿Dónde está?

Ella movió despacio la cabeza. No había visto a Miles desde la tarde anterior, desde que estuvo a punto de besarlo y la rechazó. Kaylee se había encerrado en su cuarto, mortificada; se dio una ducha y se metió en la cama. No consiguió dormir y pasó horas en la oscuridad tratando de entender por qué Miles Baker la atraía tanto. Al final se quedó dormida y, cuando bajó a desayunar, solo encontró a James.

—No se ha ido con tu moto —aseguró el teclista antes de salir en tromba de la sala. Durante un buen rato solo se escucharon los golpes secos de las puertas abriéndose y cerrándose por toda la casa. Volvió con el rostro demudado, palmeó sus bolsillos hasta encontrar el móvil y llamó.

—No ha dormido en su cama y tiene el móvil apagado.

—Lo voy a matar —rugió Luke en voz baja, mientras su compañero se dejaba caer sobre el sofá.

La joven se asomó a la ventana. Había estado a punto de besarlo... y él se había marchado. Sintió un peso en la garganta que le dificultaba tragar.

—Tenemos que avisar a Gerry —dijo al fin James con un suspiro.

Kaylee hundió los hombros.

—Tal vez solo está dando una vuelta...

—Puede irse a dar todas las vueltas que quiera, pero no en mi moto —gruñó Luke.

—¿Y si le ha pasado algo? Podría haber tenido un accidente. —James parecía asustado. Las manos le temblaban un poco—. ¿Y si ha ido a un bar?

—Una hora —pidió Kaylee—. Esperamos una hora y, si no aparece, aviso a Gerry.

Los tres se sentaron en el porche. Los minutos pasaron lentos pero inexorables y, cuando se cumplió el plazo, Kaylee telefoneó al agente, que recibió la noticia con una mezcla de enojo y preocupación. Después, puso un mensaje a la profesora Armstrong para cancelar su próxima clase y esperaron. Luke se encerró en su cuarto y James bajó al sótano para sentarse al piano por primera vez desde que llegó a Portland. Desde la escalera, Kaylee distinguió una furiosa sonata de Beethoven. Escuchó un rato el lejano sonido del Samick y después dejó a James lidiar con sus propios miedos. En la cocina, la señora Burrows la recibió con una mirada que casi podía calificarse de compasiva y una taza de té.

—Se ha ido por mi culpa —susurró Kaylee, mientras sorbía la bebida caliente.

—Tonterías —la cortó la señora Burrows recuperando su habitual gesto adusto—. Ese chico lleva demasiado tiempo encerrado y necesita salir del cascarón. Un poco de aire le vendrá bien.

—¿Y si no vuelve?

La señora Burrows se encogió de hombros y puso un plato de galletas junto a la taza de la joven.

—Volverá.

A las once de la noche, cuando los tres estaban reunidos en el salón viendo un viejo capítulo de *Cold Case* al que nadie hacía demasiado caso, escucharon el rugido de una moto que se acercaba a la casa. El corazón de Kaylee empezó a palpar a toda velocidad. Luke fue el primero en salir al exterior, seguido de James. La joven corrió tras ellos y llegó a tiempo de ver como Miles salía del garaje. En la oscuridad era imposible ver su rostro, pero parecía en buen estado y suspiró aliviada hasta que Luke se abalanzó sobre el guitarrista, agarró las solapas de su cazadora y estampó su espalda contra la fachada de la casa. No pudo entender las palabras que el batería mascullaba junto al oído del ladrón de motos. Antes de que lograra alcanzarlos, Luke hundió su puño en el estómago de Miles. Lo vio doblarse sobre sí mismo y luego resbalar hasta el suelo con la espalda apoyada en el muro, mientras Luke se dirigía hacia el garaje con largas zancadas. James corrió al lado de su amigo, pero Miles lo ignoró, se incorporó algo tambaleante, echó a

andar hacia la casa y pasó junto a Kaylee sin mirarla. Empujó la puerta y atravesó el vestíbulo.

—¡Miles! —lo llamó. Él se detuvo, sin volverse. La espalda rígida, la mano apretada en la barandilla de la escalera hasta que los nudillos se volvieron blancos: todo él estaba en alerta. Por un momento, pareció que iba a darse la vuelta y enfrentarla, pero el instante pasó, enderezó la cabeza y subió las escaleras.

Enojada, Kaylee se dio la vuelta. Era muy tarde. Debería ignorar a Miles y meterse en la cama. No podía saltarse más clases. Aun así, se puso un abrigo, se dirigió al garaje, sacó su bicicleta y encendió las luces nocturnas. Luke, que estaba revisando su moto, ni siquiera la miró al hablar:

—¿Ahora te vas a escapar tú? A James le va a encantar.

Se encogió de hombros. No pensaba dar explicaciones a nadie. Pedaleó hasta la entrada y dejó que la noche la engullera. Las calles estaban vacías. La ciudad dormía y el aire frío de la noche golpeaba su rostro, templando su ánimo. Solo cuando llegó a la residencia de Mia, cayó en la cuenta de que su amiga ya debería estar en la cama. Aun así, subió las escaleras y llamó a la puerta repetidas veces. Al cabo de un rato, le respondió una voz somnolienta desde el otro lado.

—Soy Kaylee —susurró. Se hizo un largo silencio, roto al fin por un resoplido. Después, oyó pasos arrastrándose y, por fin, se encontró con los ojos entrecerrados de su amiga, que apenas parecía capaz de mantenerse en pie.

—¿Qué haces aquí? —bostezó—. ¿Tú sabes qué hora es?

—¿Puedo dormir aquí?

Mia volvió a bostezar, sacudió su abundante melena castaña y se hizo a un lado.

—Mañana tengo clase a primera hora. ¿Crees que podemos dejar las confesiones para el desayuno?

Kaylee se quitó los vaqueros, se dejó caer sobre la cama y empezó a hablar. No le contó todo, claro, hubo cosas que se guardó para sí misma, pero lo suficiente para que Mia, ya despejada, entendiera lo que había pasado.

—¿Puedo decir una cosa? —preguntó la violinista cuando al fin Kaylee terminó su exposición—. Miles Baker no es... No creo que sea lo que necesitas ahora mismo. En serio, tu madre te ha cortado el grifo y andas a tientas, sin saber muy bien qué hacer con tu vida, tomando decisiones importantes. Ahora mismo vives y trabajas con Miles y no creo que puedas permitirte el lujo de perder ese empleo. —Mia suspiró—. Intentaste besarlo y te rechazó. Tal vez no esté interesado, o quizás lo esté, pero tenga otras razones. No lo sé, no creo que importe. No es un tío estable y tú ahora mismo no necesitas más desequilibrios. Es lo único que debería preocuparte.

Eran palabras realistas y sensatas, pero Kaylee se resistía a ceder.

—Me gusta mucho, Mia. Al principio parecía que solo teníamos una conexión artística, pero a medida que lo voy conociendo, me siento más cerca de él.

—Ya, y el hecho de que el chico esté de infarto no ayuda. Oye, yo también me volvería loca si estuviera viviendo con tres tíos impresionantes. Lo entiendo, ¿vale? Acabaría pillada por uno de ellos... O por los tres —bromeó, tratando de aligerar el ambiente—, pero creo que debes aterrizar

y entender que no sería demasiado inteligente liarte con ninguno de ellos, especialmente con Miles. Tiene la palabra «complicado» escrita por toda la cara.

—A lo mejor me gustan las complicaciones —refunfuñó Kaylee, mientras se tumbaba en la cama.

—Es decisión tuya, pero deberías pensarlo bien. Siempre has sido bastante sensata para estas cosas... —Mia se deslizó bajo las sábanas junto a ella—. Quiero decir que Miles no es exactamente tu tipo.

—No creo que tenga un tipo si tenemos en cuenta que solo he tenido un novio y unas cuantas citas antes y después de Henry.

—Saliste con Henry durante cinco años. Creo que eso marca un tipo: amable, educado, buen chico...

Kaylee acababa de cumplir dieciséis años cuando conoció a Henry Weston, un alumno del curso superior, recién llegado de Chicago. El chico más amable que jamás había tratado, estudioso, responsable y honesto. Tenía unos bonitos ojos castaños, el pelo del mismo color, suave y abundante, y una sonrisa algo infantil, alegre y encantadora, que iluminaba su rostro con frecuencia. Aún recordaba las largas conversaciones cuando la acompañaba a la escuela de música, su piel sudorosa la primera vez que se dieron la mano, el nervioso aleteo de su estómago tras el primer beso, el sexo torpe y tierno del principio que fue mejorando con el paso del tiempo, su apoyo incondicional cuando decidió enfrentarse a su madre y trasladarse a Portland... Fueron novios durante casi cinco años, aunque solo disfrutaron en plenitud de su primer año de relación, el único en el que ambos vivieron en la misma ciudad. Al curso siguiente, Henry se trasladó a la Universidad de Pensilvania para estudiar el grado en Ciencias, con la mirada puesta en las mejores escuelas de Medicina del país, y su romance continuó a través de largas videollamadas, muchos mensajes y visitas esporádicas cuando sus ajetreadas vidas universitarias lo permitían.

Al final, la distancia pudo con ellos y cuando Kaylee comprendió que ya no estaba enamorada de su novio, voló a Pensilvania porque no quería romper con su primer amor a través del móvil. Durante todo el vuelo tuvo un nudo en la garganta y, cuando vio a Henry en el aeropuerto, rompió a llorar. Él la acarició y la besó con tanta ternura que estuvo a punto de flaquear en su decisión. ¿Cómo iba a dejar a Henry, su Henry, tan bueno, tan dulce, tan amable? Pero él tampoco estaba enamorado ya de ella, así que ambos derramaron muchas lágrimas, se rieron recordando los mejores momentos de su relación e hicieron el amor por última vez, a modo de despedida, pero fue un sexo triste, algo amargo, que los dejó a los dos con mal sabor de boca. Antes de subir al avión que la llevaría de regreso a Portland, Kaylee abrazó con fuerza a su exnovio.

—No desaparezcas —le susurró con voz ronca, antes de dejar atrás a su primer amor.

Sin embargo, al final Henry había desaparecido, pensó Kaylee con cierta tristeza, devorado por la distancia y la facultad de Medicina y, además de su novio, perdió a su mejor amigo. A veces aún lo echaba de menos. ¿Qué habría pensado de Miles? Seguramente habría estado de acuerdo con Mia, porque Henry era del tipo sensato. Un suave ronquido la hizo regresar al presente. Su

amiga se había quedado dormida en algún momento y se alegró de no tener que continuar la conversación. Estaba demasiado cansada y no le apetecía hablar más sobre Miles Baker.

Al cabo de unos minutos, ella también dormía profundamente.

Capítulo 12

Cuatro nuevos temas. Miles no podía creerlo, pero, durante la última semana, había escrito cuatro canciones más y por fin parecía que el disco de The Wave podría ser una realidad. No lo había creído hasta aquel momento; siempre pensó que era una quimera, una fantasía que James y Gerry habían creado y que tarde o temprano esa fe ciega en The Wave tendría que darse de bruces con la realidad. Nunca pensó que lo lograrían, pero allí estaban: diez canciones suyas y los dos dúos de James. Una parte de él se sentía eufórica: su creatividad había vuelto con más fuerza que nunca. Estaba lleno de notas y palabras y sin necesidad de embotar sus sentidos con alcohol o drogas. Ya ni siquiera miraba las cervezas de Luke cuando abría la nevera en busca de comida. Resultaba liberador.

Sin embargo, su otra mitad no estaba tan satisfecha. Kaylee había intentado besarlo y él estuvo a punto de olvidar su conversación con James y dejarse llevar. Por suerte, recuperó la cordura a tiempo, pero no confiaba en sus instintos y tuvo que salir de Southwest Hills para no buscar a aquella tentación rubia y besarla con fiereza. Por eso hizo la estupidez de llevarse la moto de Luke. Su Ducati dormía en Nueva York, abandonada a su suerte, tal como había estado durante el último año, así que no podía disponer de ella, pero, de repente, la sangre volvía a rugir en sus venas, escribía música y deseaba a una mujer que no podía tener, así que no lo pensó dos veces: tomó prestada la moto del batería y se lanzó a la carretera. Necesitaba poner distancia con Kaylee, pero también con James y, sobre todo, con ese Miles ermitaño al que a veces odiaba, esa parte de sí mismo que era, al mismo tiempo, su salvación y su cárcel. Había pasado los últimos años constreñido, apartado de sus adicciones, pero también asfixiado por sus miedos, sin atreverse a salir del caparazón que él mismo había construido, creyendo que perdería el control sobre sí mismo en cualquier momento. Sin embargo, estaba empezando a despertar y el cuerpo le pedía romper los límites que se había autoimpuesto, saltar las barreras y liberar a auténtico Miles Baker. Primero había sido la música, que salía a borbotones, como si hubiera estado demasiado tiempo contenida y se hubieran abierto las compuertas para dejarla escapar a raudales, y notaba que el deseo estaba llevando el mismo camino. Si James no lo hubiera contenido, se habría abalanzado sobre Kaylee, la habría besado hasta dejarla sin aliento y luego la habría arrastrado a su habitación para encerrarse con ella durante tres días. Por suerte, había aprendido a contener sus impulsos en los últimos años y solo gracias a ese nuevo autocontrol fue capaz de alejarse de ella.

Necesitaba dar salida a toda aquella presión y creyó que una vuelta corta en moto lo ayudaría, pero se dejó llevar por la sensación de libertad. Se encontró en la carretera, recibiendo el azote del viento. La moto rugía, bebiéndose los kilómetros, y fue incapaz de detenerse. Era libre de nuevo, veloz, salvaje, era Miles Baker, el niño atroz de Carver Island, el adolescente gamberro de Nueva York, la estrella de rock que hacía lo que le venía en gana sin pensar en nadie más que en sí mismo. El tiempo pasó en un vuelo, arrastrado bajo las dos ruedas, y puso todos los kilómetros posibles entre él y aquella chica que merecía un hombre mejor, más limpio y con menos cargas a sus espaldas.

Paró en una cochambrosa cafetería de un pueblo polvoriento, donde engulló una hamburguesa acompañada de medio litro de café y después llamó al doctor Newman solo para hacerle saber que había vuelto a componer. No le habló de Kaylee, no quería decir en voz alta lo que despertaba en él, no podía hacerlo real. Si pretendía sofocar todo lo que ella le hacía sentir, tendría que mantenerse lejos, no hablar con ella, no pensar en ella. Difícil, pero no imposible. The Wave estaba en marcha y no iba a echarlo a perder enredándose con Kaylee Howard. Cuando regresó a Southwest Hills, aceptó el puñetazo de Luke (él habría sido menos considerado si alguien se hubiera llevado su Ducati) y soportó con estoicidad su cuerpo dolorido por la larga jornada en moto, a la que estaba desacostumbrado. Kaylee lo llamó cuando estaba subiendo las escaleras. Había sido consciente en todo momento del destello rubio en el porche, pero necesitaba alejarse de ella o no cumpliría su palabra.

Lo hizo bien durante aquella semana. Trabajó en las canciones y asistió a los ensayos del grupo para preparar la actuación en el Blackheart. También practicaron los nuevos temas y fueron los únicos momentos en que Miles y Kaylee rompieron la barrera que se había impuesto entre ambos, dejándose arrastrar por la música. Entonces él la envolvía con su oscuridad y ella se deslizaba luminosa hacia su interior hasta que ambos abandonaban la sala aturcidos y frustrados bajo la atenta vigilancia de James, que no les quitaba ojo de encima. Podía estar tranquilo: él trabajaba como un burro y dormía apenas cuatro o cinco horas diarias, tan agotado que ni siquiera era capaz de soñar. Por su parte, Kaylee estaba tan atareada como siempre: asistía a clase, practicaba al piano, ensayaba con el grupo, salía con Mia y Colin y se encargaba de los preparativos del concierto en el Blackheart, del que gestionó desde la seguridad de la sala hasta la redacción de una breve nota de prensa que tuvo que rehacer cuatro veces hasta que Gerry dio el visto bueno. También había puesto a funcionar las redes sociales del grupo y, siguiendo las indicaciones de Gerry, se estaba ocupando de la publicidad. Móvil en mano, perseguía a los chicos por la casa, tomando imágenes y vídeos para después colgarlos en Internet. Había algo inquietante en ella deslizándose silenciosa a través de las habitaciones para robar imágenes sin que se dieran cuenta.

De Nueva York llegaron dos de los músicos acompañantes habituales del grupo. Dave, un tipo ya en la cuarentena, que había sido el bajo de The Wave desde el primer disco, y Pat, segunda guitarra, que había colaborado con el grupo en varias ocasiones. El primero se alojó con su mujer en un hotel y el segundo prefirió quedarse en el apartamento de un amigo en vez de instalarse en

una de las habitaciones libres de Southwest Hills. Eran músicos nómadas y les gustaba mantener su independencia.

Todo iba bien, pero no podía negar que el concierto lo ponía nervioso: hacía demasiado tiempo que no se subía a un escenario. Buscó la cajetilla de tabaco que había dejado en el estudio, pero no la encontró y tampoco la que guardaba en la parka verde.

—¿Dónde está mi tabaco? —preguntó con aspereza a la señora Burrows, pero el ama de llaves le miró con sus acerados ojos grises sin inmutarse.

—El desorden nunca es un buen amigo —sentenció antes de volver a sus tareas.

Con un bufido, Miles se dirigió hacia la maceta donde guardaba los cigarrillos de emergencia. Una ligera lluvia caía con desgana, como si prefiriera estar en cualquier otro sitio, y pensó en lo mucho que le gustaría en aquel momento la cálida caricia de los rayos del sol.

—¿No vas a hablarme nunca más?

Kaylee esperaba junto a la maceta donde escondía el tabaco. Le pareció que hacía un siglo que no se encontraba con ella a solas y su corazón empezó a martillar con fuerza dentro del pecho. Debería irse, pero se acercó a ella hasta casi quedar pegados, extendió la mano con lentitud y la deslizó tras la maceta para coger la cajetilla de tabaco. Durante todo el rato, la miró fijamente a los ojos y fue consciente de la calidez que emanaba de su cuerpo y de su embriagador olor a almendras. Kaylee no pareció intimidada, pero su respiración se agitó un poco. Despacio, se alejó de ella, sacó un cigarrillo, lo depositó en su boca y lo encendió. Aspiró el humo y la estudió a través de los párpados entornados. Llevaba el pelo recogido en una sencilla trenza y vestía un grueso jersey de lana rosa oscuro, una falda corta de pana gris y botas de aire militar. Era muy bonita. Demasiado para la cordura de un hombre que llevaba mucho tiempo sin estar con una mujer.

—Es que resulta bastante absurdo que no me dirijas la palabra. ¿Esto es porque intenté besarte? —Miles dio un respingo. No esperaba tanta sinceridad, pero estaba claro que Kaylee era más valiente que él—. Creí que... —titubeó—. Creí que estaba pasando algo entre nosotros, pero parece que me equivocaba.

Miles negó con la cabeza.

—Kaylee...

—¿Qué? Habíamos empezado a llevarnos bien. Me gustaba hablar contigo y puede que confundiera las cosas, pero no creo merecer este trato. Es bastante infantil y vuelve el ambiente incómodo. Gerry estará aquí mañana y no quiero que me eche porque crea que no puedo trabajar contigo. No puedo perder este trabajo, así que tendrás que hacer un esfuerzo y fingir que te caigo bien.

—Me caes bien —contestó algo sorprendido—. Ese no es el problema...

—Ya lo sé. Le he dado muchas vueltas, pero creo que sé lo que pasa. —La joven hizo una pausa dramática, a pesar de que su tono en ningún momento perdió su sosiego habitual. Parecía esperar que Miles interviniera, pero él permaneció en silencio—. Creo que te gusto y que te gusto

bastante, además, y que, por alguna razón, no quieres que yo te guste. Me parece bien. Estás en tu derecho, pero vas a tener que empezar a tratarme mejor. Trabajo contigo y creo que te he tolerado ya demasiado el número del artista atormentado y caprichoso que un día es amigable y al otro un borde de mucho cuidado.

Un bonito rubor rosado cubrió sus mejillas y Miles no supo si indicaba vergüenza o enojo. Tal vez una mezcla de ambas. Quiso acariciar las zonas enrojecidas de su rostro, pero no debía hacerlo y estaba bastante seguro de que ella no lo permitiría, así que tragó saliva y dio una nueva calada al cigarrillo.

—¿No vas a decir nada?

¿Qué iba a decir? ¿Confesar que estaba loco por ella, que nunca se había sentido así por una chica, que había prometido mantenerse a distancia y poner a The Wave por delante de todo, incluso de una enloquecedora pianista rubia que no solía alterarse? En aquel momento, a solas con Kaylee en el jardín, mientras caía una lluvia lenta y delicada y los envolvía el olor a tierra húmeda, quiso olvidarse del grupo, de James, de Gerry... Era preciosa, honesta y valiente y él solo quería besarla, tumbarse con ella sobre la hierba, hundir la nariz en la curva de su cuello y escuchar el sonido de su voz.

—¿Me has quitado tú el tabaco? —dijo en cambio. Porque sí. Porque era el mismo imbécil que cuando tenía veintiún años y compuso una canción de mal gusto para una chica que no le hacía caso; el mismo imbécil que a los veintidós le bastaba el sexo rápido y desconectado con cualquiera de las *groupies* que seguía al grupo a todas partes; el mismo imbécil que a los veinticuatro se desplomó con una sobredosis involuntaria en medio de la discoteca más conocida de Nueva York. Ese imbécil que no había aprendido nada y que, desde luego, no era el tipo de hombre que necesitaba Kaylee Howard. Por suerte para ella, Miles sabía sabotearse a sí mismo. Podría alejarla sin problemas.

Claro que no contaba con Kaylee, que desde que había tomado la decisión de coger las riendas de su vida, era cada día un poco más valiente, un poco más arriesgada, un poco más libre. La joven avanzó un par de pasos hasta quedar frente a él. Debería alejarse de ella, pero era incapaz de moverse, intrigado por su siguiente movimiento e hipnotizado por la cercanía de su cuerpo y la claridad de aquellos ojos color avellana en los que un hombre podría perderse para siempre. No sabía qué esperar de ella: ¿una amenaza, un pacto, una despedida definitiva? Tan ensimismado estaba contemplándola y pensando en qué haría que lo cogió por sorpresa cuando sus manos agarraron la parte superior de su camiseta, tiró de él y lo besó. Por instinto, cerró los ojos en cuanto sintió la caricia de su boca. Fue un beso suave, dulce, cálido, sin lengua, sin dientes, sin saliva y, sin embargo, resultó ser el mejor beso de su vida. Le acarició primero el labio inferior, arrastrando sus labios con delicadeza a lo largo de su contorno, besó con ternura la comisura izquierda y se deslizó después hasta la derecha para, por fin, cubrir por completo su boca con la de ella. Podía haberse abierto la tierra bajo sus pies, que no se habría enterado, porque en ese instante descubrió que había venido al mundo solo para vivir ese momento; había nacido para ser

besado por Kaylee Howard una tarde cualquiera bajo la lluvia en un jardín de Portland.

Cuando se separaron, permaneció unos segundos con los ojos cerrados, sintiendo aun la tierna presión de sus labios. Nunca le habían gustado los besos, pero nadie lo había besado de esa forma. Nunca. Supo que así debería haber sido su primer beso y no los torpes empujones de lengua y dientes que compartió con Mary Jane Lennox en el armario del conserje. Sin embargo, no sintió añoranza por todos los besos perdidos durante años y años, los besos que negó a todas las mujeres que pasaron por su cama o los que dio con desgana cuando no pudo evitarlo. No, el Miles del pasado, ese crío engreído que creyó que lo sabía todo, no se habría merecido un beso así. Estaba seguro de que el nuevo Miles tampoco se lo había ganado, pero no le importó. Todo lo que quería era que Kaylee volviera a besarlo y sacudiera de nuevo el mundo con sus labios.

Por desgracia, los rockeros imbéciles no tenían derecho a segundas oportunidades, porque lo siguiente que escuchó fueron los pasos de Kaylee, alejándose de él, dejándolo solo, bajo la lluvia, con los ojos cerrados y un hormigueo en las manos, que anhelaban reclamar un cuerpo que nunca le pertenecería.

Aquella noche no bajó al estudio a componer. Se quedó en su habitación, escribiendo un nuevo tema y con la secreta esperanza de que el sonido de su guitarra atrajera de nuevo a Kaylee a su sofá. Fantasó con la idea de tumbarse con ella bajo la manta y besarla en condiciones, con algo menos de ternura de la que ella había mostrado. ¿Le asustaría su rudeza? ¿O desataría a esa salvaje diosa del rock que escondía en algún recóndito lugar de su interior?

Kaylee no apareció y tal vez fuera mejor así, pensó Miles cuando, varias horas después, se acostó. Apenas hacía tres semanas que aseguró a James que se mantendría lejos de la joven y habría roto su promesa si ella hubiera cruzado el umbral de su dormitorio. Tampoco le habría gustado que Kaylee escuchara la canción que había compuesto aquella noche. En realidad, nadie oiría nunca esa canción. *First Kiss* se quedaría en un cajón, a resguardo, y ni siquiera James o Gerry tendrían acceso a ella. Era la primera vez que escribía una canción a una chica y no entendió por qué el resto de los músicos eran capaces de exponer al público algo tan íntimo, tan delicado. Esa canción solo le pertenecía a él.

Lo despertó una palmada en el hombro y, aún dormido, sintió que el colchón se hundía bajo el peso de otro cuerpo.

—Gerry ya está aquí —dijo James, sacudiéndolo un poco—. Quiere escuchar las nuevas canciones y, por supuesto, se quedará para el concierto.

Media hora después, duchado y vestido con unos vaqueros grises desgastados y una camiseta básica negra (todo lo opuesto al cuidado estilismo de James), bajó a la cocina para hacerse con un café antes de reunirse con el resto de los músicos, incluidos Dave y Pat, en la sala de ensayo. Gerry, tan calvo y rechoncho como siempre, lo recibió con una media sonrisa, aunque sus escrutadores ojos lo estudiaron con prevención. El capítulo de la moto debía de haberlo puesto en

alerta y seguramente James le habría estado informando sobre todas sus rarezas, sus cambios de humor y su escasa vida social.

—Venga, quiero escuchar esos temas —voceó el agente mientras se frotaba las manos.

Kaylee estaba sentada en el sofá, aparentemente concentrada en su móvil. El cantante de The Wave la miró de reojo tres o cuatro veces, queriendo encontrar en ella alguna señal de reconocimiento, pero la chica no pareció percatarse de su presencia.

—¿Comenzamos? —dijo Gerry con frialdad y, cuando Miles alzó la vista, tropezó con el ceño fruncido del representante, que había perdido toda calidez. No parecía agraderle la atención que el cantante prestaba a la asistente.

Miles agarró la guitarra, tomó aire y procuró concentrarse. La opinión de Gerry importaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer, pero toda inseguridad se evaporó en cuanto tocó el primer acorde. Interpretaron un tema tras otro: *Too Late, Lost, Silence, Alone with Everybody, Prisoner, Welcome to My Dark World, It's Cold Inside, Sleeping Pump, Sober* y *The Snake Boy*. Las diez canciones que había compuesto en las últimas semanas, tal vez las más personales que había escrito nunca, exceptuando *Sleeplessness*.

Cuando terminaron de tocar, se hizo un espeso silencio. Gerry, con los codos apoyados en las rodillas y las manos unidas, mantuvo la cabeza baja, mostrando su reluciente calva. Tampoco Kaylee parecía capaz de mirar a los músicos, sino que observaba de reojo a su jefe. James inspiró con fuerza y Miles empezó a mover el pie, nervioso. ¿No iba Gerry a decir nada? Eran buenas canciones, no tenía duda alguna, pero tal vez al agente le parecieran demasiado oscuras, poco comerciales o inadecuadas para el contrato que habían firmado con la discográfica. A él eso no le importaba. Había conseguido componer un disco y lo había hecho sacando a la luz todas las heridas que guardaba en su corazón. Estaba satisfecho. Más que eso: estaba orgulloso de sí mismo. Un mes atrás vivía sumergido en un espantoso silencio y creía que nunca más volvería a escribir una canción, y no solo había reencontrado al compositor que habitaba en su interior, sino que había hecho un trabajo excelente, honesto y original, un trabajo que ninguno de los niños que llenaban estadios y tenían infinitos seguidores en las redes sociales serían capaces de producir.

Por fin, el agente alzó la vista. Sus ojos oscuros brillaban de emoción y una ancha sonrisa cubrió su rostro.

—Es bueno, Miles, muy bueno. Es diferente a todo lo que se hace ahora, pero lo van a adorar. No tengo ninguna duda, chicos. —James aulló de alegría y eso hizo sonreír a Miles. Una sonrisa de verdad, de esas que no dejaba escapar demasiado a menudo en los últimos tiempos—. ¿Mantendréis ese orden de las canciones? Me gusta, porque empieza en un lugar muy oscuro, pero a medida que avanzan los temas se va dejando entrever algo de luz... Quiero escuchar los dúos también para comprobar cómo encajarían. Vamos, Kaylee.

La joven asintió, se puso en pie y ocupó su lugar. Solo cuando estuvo lista alzó el rostro y miró a Miles. No había miedo ni confusión en sus ojos, sino la misma serenidad de siempre, pero no tuvo tiempo de analizarlo, porque se escuchó un carraspeo y supo que tenían que continuar el

ensayo. Tocaron primero *Broken Soul* y se perdieron el uno en el otro con esas voces tan distintas, pero que tan bien se complementaban. Después pasaron a *Good Moments*, sin duda la canción más vibrante del álbum, aunque no dejaba de arrastrar una cierta melancolía por los tiempos perdidos, por la juventud que se les había escurrido entre los dedos, por el amigo que no volvería, por la fama efímera que les había robado una parte de sí mismos. Terminaron como siempre que cantaban aquella canción, con las miradas prendidas y una leve sonrisa en los labios.

—Es increíble lo bien que sonáis juntos... Deberíamos explotarlo más. Tal vez podrías convertir alguna de las otras canciones en un dúo —sugirió Gerry, frotándose la calva.

Miles desprendió su mirada de la joven y abrió la boca, airado.

—¡No! —La rotunda negativa, sin embargo, no salió de sus labios, sino de los de Kaylee. El rockero se volteó asombrado, pero ella tenía toda su atención puesta en el agente. Parecía decidida y había algo muy hermoso en la determinación de su gesto y en la elegancia con la que alzaba la barbilla—. El resto de las canciones no son un dúo, no pueden serlo. Destrozarían su esencia. Hablan de soledad, de una lucha muy personal, de una lucha individual... No son dúos. Son canciones para una única voz.

Estuvo a punto de caer de rodillas ante ella, sin importarle quién estuviera delante. Kaylee lo entendía. Entendía todo de él: su música, pero también todo lo que había pasado en los últimos años para llegar hasta allí, porque aquellas canciones no eran más que un reflejo de su propia lucha. Supo que la estaba mirando con demasiada intensidad porque ella se removió molesta y frunció el entrecejo de una manera bastante adorable.

—¿Estás de acuerdo con eso? —preguntó Gerry, demasiado sorprendido por la vehemencia de Kaylee; no imaginaba que la chica calmada podía romperse de vez en cuando. Miles se obligó a dejar de mirarla y asintió con brusquedad: sus canciones no eran dúos y no las cambiaría—. Bien, pero algo tendremos que hacer contigo, chica. Eres demasiado buena como para desaprovecharte así. Deberíamos...

—Quiero acabar la universidad —intervino con firmeza.

—Muy bien. Gradúate y graba el disco con el grupo. Después tú y yo hablaremos sobre tu futuro... En fin, ¿cómo pensáis encajar las canciones de James? —Gerry se volvió hacia los músicos. Dave y Pat se alejaron con discreción y empezaron a recoger sus instrumentos, a sabiendas de que su trabajo allí había finalizado.

—La primera canción encaja mejor con la primera parte del disco, que es más oscura, aunque la voz de Kaylee consigue contrarrestarlo. Una buena forma de romper la tensión, aunque manteniendo una línea argumentativa coherente —expuso James.

—Sí, tiene sentido. *Good Moments* puede cerrar el disco... —empezó Gerry, pero Miles lo detuvo antes de que siguiera hablando.

—Ni hablar. Puede ir en penúltimo lugar. Estoy trabajando en otro tema para el cierre.

Era mentira. Tenía en mente añadir una canción más al álbum, aunque aún no había empezado a escribirla. Sin embargo, no iba a permitir que una canción de James cerrara el disco, por muy

buena que fuera. Eran sus canciones más personales, canciones que relataban su viaje más oscuro, y James era tan solo un invitado en la composición del álbum. Una parte del antiguo Miles, aquella a la que le gustaba brillar más que el resto y que no permitía que nadie le hiciera sombra (a fin de cuentas, él siempre fue la estrella de The Wave), se levantó en aquella sala para reclamar lo que era suyo. Sus canciones. Su disco. Nadie se lo arrebataría, ni siquiera James, su mejor amigo, su gran aliado, su único apoyo durante años. Daría su vida por James, pero no le entregaría las llaves de The Wave.

—Parece que lo tenéis todo controlado. Me alegra verte de nuevo en forma. —Sonrió Gerry, palmeando la espalda de Miles al tiempo que lanzaba una risotada—. Ahora puedo decirlo, pero hubo un momento que me hiciste pasarlo mal de verdad. Por suerte, has sabido salir a flote y creo que con más fuerza que antes. Has crecido, Miles, y tu música ha crecido contigo. Estoy orgulloso de ti.

Algo cálido, que jamás reconocería en voz alta, se deslizó por el interior del rockero. Se agitó nervioso y por el rabillo del ojo vio una dulce sonrisa cruzar el rostro de Kaylee.

—¿Tú no dices nada, Luke? —preguntó el agente, dirigiéndose al batería, pero este se limitó a encogerse de hombros. Era una suerte que supiera bien cuál era su lugar, porque Miles y James jamás lo habían mirado como un verdadero miembro de The Wave. Era solo el tipo que tocaba la batería y aparecería con ellos en las fotos. Un grado por encima de Dave o Pat o cualquier otro músico que necesitaran contratar para los conciertos, pero, desde luego, no era Aaron y nunca le harían partícipe de las decisiones del grupo.

—El concierto es dentro de tres días —anunció el agente, dándose la vuelta—. Podéis tomaros el resto de la mañana libre, pero esta tarde quiero asistir al ensayo y mañana os acompañaré al Blackheart para la prueba general. Voy a llamar a los de la discográfica para tranquilizarlos, porque ya estaban bastante nerviosos. Cuando terminéis la última canción, me gustaría que grabarais una primera maqueta con dos o tres temas para que la escuchen en Nueva York. Queremos tener contentos a todos esos ejecutivos que firman los cheques, ¿verdad? —Lo vieron alejarse y sacar el móvil del bolsillo, pero antes de atravesar la puerta, se giró y miró alternativamente a Miles y a James—. Lo habéis hecho bien, chicos. Aaron estaría orgulloso.

El nombre de su amigo sonó como un disparo atronador. ¿Qué habría pensado Aaron de su trabajo? ¿Le habría gustado? Probablemente habría dicho que Miles se tomaba a sí mismo demasiado en serio y que aquellas canciones eran solo un reflejo de su desmedido ego. Tendría parte de razón, claro, y se habrían enzarzado en alguna estúpida discusión.

—¿Estás bien? Te has quedado pensativo...

La voz suave de Kaylee se coló en sus pensamientos y, tras parpadear unas cuantas veces, miró a su alrededor. Todos los demás se habían marchado.

—Estoy bien —asintió con brusquedad. Recordó que no era buena idea que Kaylee y él estuvieran a solas, pero tal vez fuera un buen momento para aclarar las cosas entre ellos. El beso del día anterior le había gustado mucho, demasiado, y había deseado tener más de Kaylee, pero el

disco empezaba a ser una realidad y no quería fallar a James y a Gerry—. Tenemos que hablar.

Kaylee suspiró e hizo un gracioso mohín con la boca que estuvo a punto lanzar por la borda las buenas intenciones del cantante.

—¿Tú crees? Sé que no debí besarte, pero estabas comportándote como un gruñón y no pude contenerme. Si te prometo que no volverá a pasar, ¿lo dejarás correr?

Miles estudió su bonito rostro, la pequeña y dulce sonrisa que pujaba por escapar de sus comisuras y su mirada limpia. No quería olvidar aquel beso, pero si daba un paso en falso podría destruir la frágil reconstrucción de The Wave.

—Está bien —gruñó—. Olvidémoslo.

—Vale, pero antes de dar por zanjado el tema, estoy muerta de curiosidad. Dijiste hace días que habías prometido no tocarme. ¿Me lo puedes explicar?

Quiso reírse, porque ella no lo dejaría estar. Kaylee Howard atacaba con paciencia sus muros y se atrevía a adentrarse ahí donde no había llegado nadie. Tranquila, pero imparable. Y a él le estaba empezando a gustar esa sensación, cada paso que daba ella para conocerlo mejor, llegando cada vez un poco más adentro. También a él le gustaría saber más de la joven, pero resultaría peligroso.

—Le prometí a James que no tontearía contigo y que me centraría en The Wave. Él cree que si nos dejamos llevar, acabaremos fastidiando el grupo.

—¿Me ve como una especie de Yoko Ono? —preguntó, y el avellana de sus ojos se tiñó de confusión—. Creí que le caía bien a James...

—No eres tú, ¿vale? El problema soy yo. No soy un buen tipo, Kaylee, y he cometido muchos errores. Más de los que imaginas...

—La verdad es que tengo una gran imaginación...

—No. —Cabeceó, serio, ignorando su broma—. Él tiene razón y, además, se lo debo. Le debo mucho a James. Es el único amigo que me queda y no quiero fallarle más.

Ella asintió. En algún momento de la conversación, ambos se habían dejado caer al suelo y habían apoyado sus espaldas contra la pared. Estaban sentados el uno al lado del otro, sin tocarse, pero Miles era consciente de la presencia de Kaylee. Su piel desprendía una reconfortante calidez que parecía envolverlo sin ni siquiera rozarse.

—¿Cómo os conocisteis James, Aaron y tú? Tengo entendido que fuisteis amigos antes de formar el grupo. —Su tono estaba teñido de cautela, como si supiera que se estaba adentrando en un terreno angosto, lleno de bombas que podían estallar a su paso. Miles quiso poner fin a la conversación. No le gustaba hablar de Aaron. Lo había hecho con el doctor Newman durante la rehabilitación, pero solo porque no le quedó más remedio. No quería hablar de Aaron, porque despertaba viejos dolores que acababa de exorcizar con sus últimas canciones, pero, en vez de levantarse y huir, respiró hondo y habló durante lo que parecieron horas.

Le habló de su llegada a Nueva York cuando aún no había cumplido los quince años. Atrás quedaron la costa abrupta de Maine, su malhumorado abuelo y la tumba de su madre. Demasiado

equipaje para un chico de catorce años cuyos únicos tesoros eran la vieja guitarra acústica que colgaba de su hombro, un puñado de canciones garabateadas en un cuaderno rojo y un par de libros de poesía.

—Tras la muerte de mi madre, mis tíos decidieron que era mejor que me fuera a vivir con ellos. No parecían entusiasmados con tener que cargar conmigo, pero me acogieron en su casa y mi tía Vera me consiguió una plaza en el colegio privado en el que trabajaba como cocinera —explicó sin querer detenerse demasiado en la convivencia con sus tíos. No fue mala. Tampoco buena. A él le costaba adaptarse a sus normas y ellos no sabían demasiado sobre adolescentes desorientados. Nunca sintió como un hogar la casa de Queens, pero agradecía haber salido de aquella maldita isla de pescadores—. Conocí a James en la escuela. Fue mi único amigo en ese colegio de niños pijos.

James Hathaway venía de una familia importante, vivía en el Upper East Side y pasaba las vacaciones en los Hamptons, pero aquel chico alegre y despreocupado, que solo parecía pensar en el piano y el *lacrosse*, guardaba su propio secreto oscuro: un odio visceral por sus padres y por los planes que habían trazado para su futuro.

—Erais muy diferentes...

—Pero nos entendíamos bien —señaló Miles, mientras su cabeza se llenaba de recuerdos. James y él (o, mejor dicho, sus versiones más jóvenes) compartiendo cervezas, cigarrillos y porros, colándose en fiestas universitarias para acostarse con chicas que no volverían a ver, escuchando música en la azotea del edificio de Miles o robando el *bourbon* del senador Hathaway. Pronto empezaron a adentrarse en los barrios menos recomendables en busca de aventuras y diversión. Empezaron a frecuentar bares clandestinos en los que su edad no se tenía en cuenta y se apostaban la ridículamente excesiva asignación de James jugando al billar en tugurios de mala muerte.

—Conocimos a Aaron en uno de esos garitos. En realidad, fue una suerte que estuviera allí, porque nos salvó de una buena paliza.

Se habían hecho los inocentes, con sus uniformes del colegio, su aire arrogante, apostando fuerte y fingiendo no saber jugar al billar. Pero, cuando ganaron la segunda partida, en la que habían doblado la apuesta, aquellos tipos empezaron a ponerse agresivos. James trató de calmarlos, pero Miles contestó insolente y antes de que se dieran cuenta se encontraron acorralados en un rincón y los chicos supieron que iban a salir de ahí con algo más que un par de moratones.

La ayuda llegó de forma inesperada. Alguien golpeó con fuerza a uno de los tipos, empujándolo contra el otro. Los hombres se estrellaron contra una mesa y rodaron por el suelo, el camarero gritó que nada de peleas y el chico que los había ayudado los empujó fuera del bar. Los tres salieron como alma que lleva al diablo, atravesando a toda velocidad las calles desiertas y oscuras, donde solo se escuchaba el eco de sus frenéticas pisadas y sus respiraciones agitadas, hasta que se percataron de que no los perseguía nadie. Acabaron los tres en el patio del padre de

Aaron, fumando hierba y hablando de música durante una larga noche que selló el principio de una amistad inquebrantable.

Cuando terminó su relato, ambos permanecieron en silencio. Miles acarició de forma mecánica las pulseras que rodeaban su muñeca izquierda. Se sintió extrañamente relajado, casi en paz, igual que durante aquella excursión a Wahclella Falls, cuando habló a Kaylee sobre su madre. Creyó que recordar los inicios de su amistad con James y Aaron sería doloroso, pero estaba equivocado. Una pequeña sonrisa bailaba en sus labios, porque había logrado reconciliarse con aquellos recuerdos de adolescencia. Eran buenas remembranzas, de una época desconcertante, en la que los amigos se convirtieron en su principal pilar y dejó de sentirse solo. Quiso darle las gracias a Kaylee, pero la joven volvió a sorprenderlo.

—Gracias por compartir conmigo esa parte de tu vida —susurró antes de depositar un beso leve, casi etéreo, en su mejilla.

Después se puso en pie y salió de la habitación con pasos rápidos, sin saber que Miles Baker acaba de entregarle un trozo de su alma.

Capítulo 13

Miles tocando la guitarra, con la cabeza inclinada y unos mechones oscuros cayendo sobre su frente. Miles sentado en el suelo del estudio, garabateando en un cuaderno, concentrado en su trabajo. Miles de perfil, en el jardín, con los párpados entornados, el humo escapando de sus labios entreabiertos y sus dedos sosteniendo con descuido el cigarrillo. La figura oscura de Miles, a contraluz, junto a la ventana, sin que pudiera intuirse la expresión de su rostro. Miles inclinado sobre James con los ojos brillantes, mientras le daba algún tipo de indicación sobre una partitura. Los ojos verdes de Miles, turbulentos y hermosos, algo sorprendidos por encontrarse con la cámara. Un detalle de la muñeca de Miles y de sus desgastadas pulseras. Miles bebiendo café, trabajando en la mesa de mezclas con los cascos puestos, enchufando la guitarra eléctrica, golpeando el saco de boxeo en el sótano, mirando ensimismado la lluvia en el porche... Miles por todas partes. Tal vez había algo de *voyeur* en ella, como indicó James un tiempo atrás. Durante días, cumpliendo el encargo de Gerry, había tomado fotos y vídeos de los chicos, imágenes a las que más adelante darían un uso publicitario, pero en su móvil guardaba muchas más fotos de Miles que del resto del grupo. Fotos que demostraban la extraña fascinación que ejercía sobre ella el cantante de The Wave. Fotos magníficas, porque la cámara parecía adorar a aquel músico con aspecto de ángel caído. O tal vez era el ojo de la fotógrafa, capaz de capturar su imagen más expresiva, aunque lamentaba no haber podido hacerse con ninguna sonrisa.

Lo había besado, recordó mientras repasaba las imágenes que guardaba en su móvil, pero él no quería sus besos y ella se obligó a retroceder. No sabía qué hacer con todos esos sentimientos tiernos y apasionados que Miles lograba despertar en ella y que cada día eran un poco más intensos. Admiraba al músico, pero sobre todo le gustaba el hombre que poco a poco iba dejándole descubrir su interior. Y, sin duda, la atraía. Mucho. Pero él había marcado los límites y ella los respetaría, aunque se muriera por besarlo de nuevo y su cuerpo clamara porque él la acariciara.

Con un suspiro, dejó el móvil y terminó de rellenar la solicitud de Berklee. No estaba demasiado segura sobre qué iba a hacer con su futuro, de nuevo inmersa en un montón de dudas, pero no perdía nada por solicitar la plaza en el posgrado del que le había hablado la profesora Armstrong. Era una buena opción.

Se dirigió a la sala de ensayo, creyendo que encontraría al grupo, pero estaba vacía. Debería

bajar al sótano y practicar un poco al piano, pero no le apetecía. En su lugar, cogió una guitarra y tocó pequeños fragmentos de sus canciones favoritas. Tenía la sensación de que en los últimos tiempos solo escuchaba la música de The Wave.

—¿Qué haces? —James asomó la cabeza con su sonrisa despreocupada.

—Vine a ver el final del ensayo, pero ya habíais terminado.

El teclista asintió y se sentó frente a ella.

—¿Qué tocas?

—Nada en especial —contestó mientras arrancaba de las cuerdas las primeras notas de *Jolene*. Empezó a cantar casi en un susurro, pero la canción fue apoderándose de ella y se dejó llevar. Cuando terminó, alzó el rostro y tropezó con los ojos amables de James en los que se podía leer franca admiración.

—Tienes un tesoro en la garganta, preciosa. Casi me siento culpable por tenerte atada a un contrato con el que solo cantarás dos temas.

—Es verdad. Deberías estar grabando tu propio álbum. —La voz de Miles les llegó desde la puerta. Ninguno de los dos se había percatado de su llegada y parecía llevar un buen rato apoyado en el quicio con los brazos cruzados y la expresión impenetrable—. ¿Qué haces con nosotros, Kaylee? ¿No ves que estás perdiendo el tiempo?

Ella negó con la cabeza y miró a los dos amigos, confusa.

—No lo sé. Hace unos meses iba a ser pianista, iba a tocar obras de Beethoven y de Debussy y no creí que fuera capaz de cambiar el rumbo de mi vida. Entonces salieron las audiciones y decidí probar suerte. No estoy aún preparada para ir por mi cuenta.

Miles y James intercambiaron una rápida mirada de inteligencia que ella no llegó a descifrar.

—Bueno, tus dudas son nuestra ganancia —bromeó James.

—Canta algo más —pidió Miles, acercándose despacio. Se fijó entonces en sus profundas ojeras, producto de las intensas sesiones de trabajo a las que se estaba sometiendo en los últimos tiempos y que le daban un cierto aspecto decadente—. Algo más cañero— sugirió.

Kaylee sonrió para sus adentros y se vio a sí misma unos años atrás, cuando era una adolescente sometida a los estrictos controles de su madre: las faldas plisadas, los horarios rígidos que pautaban cada momento del día, incluso de los fines de semana y las citas con su novio, la minuciosa disección de la gente con la que podía relacionarse, qué amistades eran adecuadas, a qué clubes académicos podía pertenecer... Nunca pudo hacer las cosas normales de su edad: ir a fiestas, pasar una tarde relajada con sus amigas en el centro comercial, cometer pequeñas locuras, vagar en el sofá viendo programas tontos en la tele... Su única expansión se encontraba en el reproductor de música que siempre llevaba consigo. Entonces se ponía los auriculares, escuchaba la música más rebelde que encontraba y la inundaba una sensación de libertad. No era capaz de enfrentarse a su madre. El miedo a decepcionarla se lo impedía, pero anhelaba ser una chica más valiente, y el rock le indicaba el camino que debía seguir. Todo tipo de rock, pero especialmente el creado por mujeres. Mujeres fuertes, rebeldes, aguerridas, que

rompían tabúes y que estaban llenas de talento. De Patti Smith a Florence Welch, pasando por Joan Jett, Courtney Love, Dolores O’Riordan, Amy Lee, Lauren Mayberry, Janis Joplin, Alanis Morissette, Nina Persson, Stevie Nicks, Shirley Manson... Mujeres de distintas épocas, de distintos estilos, pero todas ellas la enseñaron a ser un poco más valiente.

Se vio de nuevo en su impoluto dormitorio de Boston, con sus muebles blancos, sus libros perfectamente ordenados y empezó a tocar *Heaven Knows*, un tema de The Pretty Reckless que escuchó con frecuencia durante una época. De inmediato, Miles cogió su guitarra y James se sentó al teclado y durante casi cuatro minutos los tres se olvidaron del mundo. Kaylee se sintió envuelta por una nueva energía y su mirada se cruzó un par de veces con los ojos de Miles, más oscuros que un momento antes, casi hambrientos, pero aquello no iba sobre Miles, sino sobre sí misma, y se concentró en esa parte rebelde que empezó a sacar a la luz cuando decidió dejar Boston y trasladarse a Portland.

—Hay veces que cuando cantas te conviertes en otra persona —musitó James cuando acabaron. Miles negó con la cabeza, como si no estuviera de acuerdo.

—No eres otra persona. Solo permites liberar una parte de ti que el resto del tiempo mantienes encerrada. —El guitarrista la miraba con una nueva intensidad, como si supiera algo de ella que el resto del mundo ignoraba y tal vez fuera cierto, tal vez él era capaz de verla por dentro, de entender que la Kaylee tranquila escondía un lado más salvaje que solo aparecía cuando cantaba —. Canta conmigo *Dream On* —dijo entonces Miles y James pulsó en el teclado las primeras e inconfundibles notas del tema de Aerosmith.

Fue la tarde más divertida que los tres habían pasado en bastante tiempo.

La mañana del concierto en el Blackheart, Gerry mantuvo a Kaylee tan ocupada que no tuvo ni cinco minutos para tomarse un café. Corrió de un lado para otro, resolviendo problemas de todo el mundo (el equipo de seguridad, la taquilla, los técnicos de iluminación y sonido...), cumpliendo con todas las indicaciones de Gerry y atendiendo las redes sociales. Se habían vendido todas las entradas, aunque la noticia del nuevo concierto de The Wave había tenido menos repercusión de la que pensaron en un principio. Los medios nacionales ignoraron la nota de prensa que enviaron la semana anterior y tan solo algunos medios locales recogieron la noticia. Gerry no conseguía ocultar su descontento: creía que el mundo estaba aguardando impaciente el regreso de The Wave y resultaba desconcertante descubrir que nadie parecía interesado en un grupo que apenas tuvo tres años efímeros de fama, aunque hubiera creado algunas de las mejores canciones de los últimos tiempos. Masculló contra la frágil memoria del público y pasó mucho tiempo hablando por teléfono, mientras Kaylee atendía hasta el más pequeño detalle.

A las cuatro de la tarde, colgó un par de fotos en las redes sociales para caldear un poco el ambiente y se dirigió al escenario para hablar con uno de los técnicos. Después oyó que alguien la llamaba entre bastidores y se dirigió hacia allá a paso rápido.

—Ven. —Miles salió de repente y la agarró de un brazo. Empezó a arrastrarla, pero ella clavó los pies en el suelo.

—¿Qué haces? Tengo mucho trabajo, me han llamado...

—He sido yo —la interrumpió—. Ven.

Se dejó llevar por el rockero, que la introdujo en una sala, la obligó a sentarse y puso delante de ella un café y un sándwich. Kaylee alzó el rostro, sorprendida.

—Necesitas comer algo. Te he conseguido diez minutos, así que aprovéchalos —ordenó antes de darse la vuelta y desaparecer con rapidez. Atónita, Kaylee se quedó mirando la puerta y después, con una amplia sonrisa, bebió un largo trago de café que le supo a gloria. El sándwich no estaba demasiado bueno, pero llenó su estómago y le proporcionó energía. Cuando volvió al trabajo, buscó a Miles para darle las gracias, pero no lo encontró por ninguna parte.

No volvió a verlo hasta poco antes de que empezara el concierto.

Los tres músicos esperaban entre bambalinas. Luke vestía, como de costumbre, por completo de negro; Miles llevaba sus habituales vaqueros y una camiseta, pero James se había arreglado para la ocasión: unos llamativos pantalones rosa, chaleco, ojos con un grueso delineado y las uñas pintadas de color negro.

—¿Nerviosos? —preguntó en voz baja.

—Nah —contestó James, pero dio un par de brincos y sacudió los brazos, lo que contradujo sus palabras. Luke lo miró con gesto aburrido y Miles frunció el ceño.

—Nada de nervios. Va a ser épico —anunció Gerry apareciendo tras ellos—. Kaylee, ¿por qué no te reúnes con tus amigos y ves con ellos el concierto? Si esto fuera más grande os habríamos dejado verlo desde aquí, pero nos hemos asegurado de que estéis en primera fila. Jax te acompañará, ¿verdad, Jax? —indicó a uno de los miembros del equipo de seguridad, un hombre grande y musculoso de aspecto fiero.

Kaylee sonrió a los chicos. Quiso desearles suerte, pero no le salieron las palabras, así que los abrazó uno a uno y siguió al guarda de seguridad.

—¡Kaylee! —la llamó Miles. Ella se giró y lo vio acercarse con dos largas zancadas—. Nunca me has dicho cuál es tu canción favorita de los primeros álbumes... —lo dijo en susurros, como si estuviera preguntando algo demasiado íntimo. Kaylee ni siquiera tuvo que pensar la respuesta.

—*Sleeplessness*.

—Por supuesto —cabeceó—. No podía ser otra.

Y, con la misma rapidez, regresó junto a sus compañeros, dejándola algo desconcertada por aquel arranque.

Jax la acompañó a su sitio, junto a Mía y Colin, que no ocultaban su emoción.

—¿No ha venido George? —se interesó, pero su amiga movió la cabeza.

—Dice que el rock solo es ruido. He quedado con él después del concierto.

Ambas pusieron a la vez los ojos en blanco y se rieron. Charlaron durante un rato y Kaylee echó un vistazo a la sala. Estaba llena y la gente reía, hablaba y se mostraba dispuesta a pasar un buen

rato. Tal vez no quedarán muchos fans de The Wave, pero los que permanecían fieles parecían entusiastas seguidores. De pronto, la sala se quedó a oscuras. Se escucharon silbidos, risas nerviosas, algún aullido... Mia la cogió de la mano y ambas se sonrieron en la oscuridad. Había llegado el momento. Deslizó su otra mano en la de Colin y su amigo la apretó con delicadeza. Advirtieron algo de movimiento en el escenario, aunque estaba demasiado oscuro para ver a los músicos. Tan solo una leve luz azulada de un par de focos del techo permitía que se movieran por el escenario sin golpearse con los instrumentos o tropezar con algún cable. Se oyeron más silbidos y algunos gritos. Una mujer gritó el nombre de Miles con verdadera devoción. El teclado de James empezó a tocar *On the Road*, uno de los temas del segundo disco y el público calló, subyugado. Miles y James habían discutido el repertorio para el concierto durante tres días y no habían dejado nada al azar al realizar el *setlist*: cada canción y el momento en el que sonarían, el orden... Todo estaba previsto. *On the Road* era una canción corta, bastante conocida y el tema idóneo para abrir un concierto tras un parón de varios años. Enseguida se vio que había sido la elección acertada, porque conectó con el público.

—¿Nos echabais de menos? —preguntó Miles a una enfervorecida audiencia cuando terminaron la primera pieza. La masa gritó una estridente afirmación—. Sé que ha sido una larga espera, pero esperamos que haya valido la pena. ¡Allá vamos, Portland!

Sin duda, Miles Baker había nacido para la escena. Los aplausos y chillidos no cesaron hasta que sonaron los primeros acordes de *New Girl in the Neighborhood*.

Las limitadas dimensiones de la sala y la cercanía del escenario daban cierta sensación de intimidad con el público y los chicos supieron aprovecharlo. Miles y James hablaban entre ellos o se dirigían a los espectadores, que recibían entusiasmados aquellas pequeñas píldoras. Sus conversaciones entre tema y tema resultaban fascinantes, porque daban una engañosa impresión de cercanía. Kaylee nunca había visto nada igual.

—¿Recuerdas aquel 4 de julio?

—Mmmm... ¿Cuál? ¿Aquel que rompiste todos mis discos de los Eagles?

Risas.

—No, hombre. Ese no. Aquel que pasamos en la bahía de Chesapeake...

—El peor concierto de nuestra vida.

Estaban fantásticos, los tres. Interpretaron cada tema mejor que el anterior. La voz áspera de Miles llenaba la sala, electrizando a sus entregados oyentes. Irresistible. Magnético. Se encontraba cómodo sobre el escenario, aquel era su sitio natural y, ahí arriba, no parecía importarle desnudar su alma. El hombre que vivía encerrado en sí mismo, inalcanzable y distante, había desaparecido de golpe y su lugar había sido ocupado por el antiguo dios del rock, magnífico en todas sus facetas: el artista torturado, el músico rebelde, el hombre burlón... Kaylee no tenía ojos más que para él. Se olvidó de que James y Luke también estaban sobre el escenario, porque Miles acaparaba toda la atención. Desde su posición, podía ver el sudor que bajaba por su cuello, el momento exacto en el que entrecerraba los ojos cuando las canciones se volvían más íntimas o

la sonrisa canalla que surgía despacio, seductora, arrebatadora, durante las líneas más gamberras.

Interpretaron una canción tras otra, sin dar respiro a su público, que solo podía relajarse durante las breves conversaciones que Miles y James mantenían en los intermedios. El final del concierto se acercaba y, de repente, desaparecieron las bromas. Miles barrió con la mirada a los espectadores y, si no fuera absurdo, habría jurado que, cuando se detuvo, la estaba mirando directamente a ella. No podía ser, por supuesto, por muy cerca que estuviera del escenario, él no podía distinguirla entre la masa enloquecida que lo rodeaba. Era imposible.

Las luces bajaron, su tono se hizo más grave y sus ojos parecían fuego verde que no se desprendían del lugar exacto en el que se encontraba ella. *Sleeplessness* lo llenó todo. El corazón de Kaylee empezó a latir con violencia y sintió en los huesos cada emoción desgarrada que, sin pudor alguno, Miles exhibía en su voz: soledad, miedo, desesperación... Su canción fue más hermosa y más cruda que nunca, tan intensa y atormentada que acalló al público, y en el inmenso silencio de una sala abarrotada de gente, Kaylee sintió en todo momento que Miles cantaba para ella. Solo para ella.

La última nota vibró en el aire y entonces Kaylee se dio cuenta de que tenía la cara bañada en lágrimas. Había sido precioso. Perfecto. Arrollador. Como si un tren de mercancías la hubiera atravesado durante los cuatro largos minutos que duró la canción. Tenía a Miles Baker dentro de ella, bajo su piel, dueño de cada gota de sangre que circulaba por sus venas.

—¿Estás bien? —preguntó Mia a su lado. Ni siquiera se volvió hacia su amiga. Le faltaba el aire. Miles se lo había quedado todo y ella necesitaba salir de allí, poner distancia, enfriar las revoluciones que habían provocado dentro de ella su música, su voz, sus palabras, su mirada.

A empujones, se abrió paso entre la gente hasta que alcanzó la salida de emergencias más cercana. Apenas vislumbró la figura de Jax, cruzado de brazos, que, sin decir nada, se hizo a un lado para permitirle salir. Le pareció escuchar un ahogado jadeo colectivo, pero lo ignoró y saltó al exterior. El aire frío golpeó su rostro, proporcionándole un inmediato alivio. Necesitaba enfriarse, no estaba acostumbrada a ese cúmulo de emociones. La calmada Kaylee. La tranquila Kaylee. La chica sosegada y obediente que cumplía lo que se esperaba de ella. Y, de repente, el hombre más complejo del mundo despertaba en ella tal turbulencia sentimental que no se reconocía a sí misma.

Había salido a un oscuro callejón, en la parte trasera del Blackheart. Se apoyó en la pared, pero su espalda apenas rozó los ladrillos cuando la puerta se abrió de golpe. Ahogó una exclamación. Miles estaba allí, delante de ella. No en el escenario, pavoneándose ante el público, o empezando la ronda final de besos. No: estaba allí, en el callejón, con el rostro sudoroso y la camiseta pegada al cuerpo, espléndido y seguro de sí mismo, con su aire de ángel caído. La miraba con ojos decididos y llameantes, aún alumbrados por el fuego que había avivado la música. Se intuía algo desbocado en él, como si el escenario hubiera despertado a un animal salvaje.

—¿Q-qué haces aquí?

—Te has marchado.

—Es imposible que... —Era imposible que la hubiera visto salir. Imposible. Quiso decirlo, pero no pudo, porque había sucedido. Él estaba allí con ella y no en el escenario. Debería indicarle que volviera dentro, que terminara el concierto, pero esa era la Kaylee sensata y en aquel momento había perdido del todo la cabeza—. ¿Por qué escribiste *Sleeplessness*? Tus letras son demasiado crípticas y parecen tener muchos significados.

Él negó con la cabeza, alzó las manos y le acarició el pelo. Cerró la distancia que los separaba y se apretó contra su cuerpo hasta casi fundirla con la pared. Notó que los ladrillos se clavaban en su espalda, pero no le importó. Todo lo que importaba era el peso de Miles, su olor a sudor y a menta, el hondo anhelo que desprendían sus facciones. Él estaba excitado, pero había algo más profundo en su rostro.

—Era para ti. Estaba ahí arriba y rodeado de gente, pero era para ti.

—¿Por qué?

—Porque el escenario es el único lugar en el que soy del todo honesto.

Tragó saliva. Supo que todo iba a cambiar, que su vida no volvería a ser igual. Miles Baker iba a cambiarlo todo, porque la bomba dormida que había anunciado James acababa de estallar e intuía que iba a arrasarla. Y no le importó en absoluto.

Así que rodeó su cintura con los brazos y se apretó aún más a su cuerpo, sin dejar que ni una sola partícula de aire pudiera interponerse entre ambos.

—Voy a besarte —anunció Miles con la voz ronca—. Y luego vas a subir al escenario a cantar conmigo.

Ella asintió mirando de frente sus impresionantes ojos verdes, empañados por un hambre incontrolable. La besó con fiereza, sin guardarse nada, con todo el deseo acumulado durante los últimos meses, y ella se lo devolvió con el mismo ímpetu. Nunca había besado así. No a Henry, desde luego, el dulce y amable Henry, ni aquellos chicos con los que salió antes o después de él. Nadie la había besado así. Nunca. Con esa pasión y esas ganas, despertando cada poro de su piel y haciendo que la sangre retumbara en sus oídos. Y nunca había besado de esa forma: con la boca hambrienta, los labios ansiosos y los dientes mordiendo la carne masculina. El cuerpo de Miles estaba frío, el sudor helándose sobre su piel, pero su boca era abrasadora, tan caliente que creyó que le derretiría los labios. La barba incipiente, esa que siempre le daba aspecto de recién levantado, le arañaba la barbilla. Miles hundió una de las manos en su pelo y la otra se aferró implacable a su cadera, como si quisiera anclarla a él. Ella subió las manos por su espalda, en una caricia tensa que despertó cada músculo bajo la gélida y húmeda camiseta. Se bebió el sonoro jadeo que escapó de la boca de Miles, cuya respiración empezaba a sonar entrecortada.

Un carraspeo los hizo volver a la realidad. Detuvieron el beso y aún abrazados intercambiaron una mirada confusa. Habían olvidado donde se encontraban.

—Creo que lo están esperando, señor —informó una voz desconocida. Aturdida, Kaylee se asomó por encima del hombro masculino y distinguió el enorme corpachón de Jax que, con los brazos cruzados y la vista al frente, no parecía dispuesto a moverse de allí hasta que ambos

reaccionaran.

—El concierto —musitó Kaylee, avergonzada de pronto, pero Miles soltó un áspero gruñido y eso la hizo reír—. Te has marchado del escenario... Gerry...

—No te preocupes por Gerry, rubia. —Y, por primera vez, había un matiz afectuoso en el tono con el que pronunció su mote—. Merecerá la pena hasta el último de sus gritos —aseguró con una sonrisa torcida, que hizo que sus rodillas temblaran un poco. Le dio un último beso, casi fugaz, con el que apenas rozó sus labios—. Vamos —ordenó. Tomó su mano y, con la otra, dio un tirón al coletero con el que se había recogido el pelo. Una cascada de cabello rubio, algo despeinado, cayó sobre sus hombros. La sonrisa de Miles se acentuó y después tiró de ella, de regreso al interior del Blackheart.

Pudo leer el desconcierto entre las personas del público más cercanas a la puerta cuando Miles y ella entraron cogidos de la mano. Él la condujo con paso firme hacia el escenario, levantando a su paso una ola de murmullos. Solo antes de subir, se giró hacia ella, como si acabara de darse cuenta de que no había tenido en cuenta su opinión.

—¿Quieres hacerlo? ¿Quieres cantar conmigo?

Kaylee leyó su rostro como si fuera un libro abierto. No quedaba nada del huraño Miles Baker. Él quería que ella subiera al escenario, lo necesitaba. Y supo que ella también quería estar allí, junto a él, aunque fuera una locura. Quería ser esa chica, la que a veces rompía las reglas, la que tomaba decisiones y las llevaba adelante.

—Sí —aseguró, y la sonrisa de Miles puso en orden el universo.

James se había hecho cargo de la extraña situación en la que había derivado la extravagante salida de su amigo. Sentado ante el teclado, cantaba una versión lenta e intimista de *Strangers in the Subway*, una de las piezas que el teclista compuso para el primer disco de The Wave. No miró en su dirección cuando Miles y Kaylee subieron al escenario, sino que siguió cantando con voz aterciopelada, e ignoró al técnico que, respondiendo a una casi imperceptible señal de Miles, colocó con rapidez un micrófono para la joven.

La canción de James terminó, pero todo parecía aún demasiado confuso. Algunos aplaudieron, otros gritaron algo que no se entendió y muchos móviles tomaban imágenes de lo que estaba sucediendo en el escenario. Miles cogió su guitarra y se inclinó sobre Kaylee.

—Vamos a intentarlo con *So Good* —susurró y luego se volvió para dar las indicaciones necesarias al resto del grupo. James le lanzó una mirada fría y negó con la cabeza, pero el líder de The Wave le mantuvo la mirada en uno de aquellos desafíos mudos que solían darse entre los dos amigos cuando estaban en desacuerdo. Al final, el teclista resopló y se inclinó sobre el teclado, asumiendo la derrota. Luke mantuvo su habitual gesto hierático.

—No hemos ensayado, Miles —musitó Kaylee en un arranque de lucidez. Él la miró con los ojos brillantes de diversión, se mordió el labio inferior y dejó escapar una sonrisa deslumbrante.

—Disfrútalo, rubia. Solo vamos a hacer música. Tú y yo. Lo demás, da igual.

No, no daba igual. No estaban en la sala de ensayos, sino sobre un escenario. Despegó la vista

de Miles y barrió con la mirada al público que aguardaba expectante. Se sintió fuerte, poderosa, capaz de cualquier cosa. Podría incluso volar. James tocó algunas notas del estribillo de *So Good*. Se oyeron algunos gritos entre el público y la sangre dio un latigazo en sus venas.

—Portland, ha sido genial estar aquí con vosotros. —Miles se dirigió al público con expresión satisfecha—. Tan genial que vamos a despedir esta actuación con un regalo. El regalo de una voz única, una voz que reconocería entre un millón de voces y que, a partir de ahora, vosotros también distinguiréis. Ella es Kaylee Howard y os aseguro que no olvidaréis nunca su nombre.

La gente aplaudió, pero no fue eso lo que terminó de encenderla. Fue la mirada de Miles, una mirada burlona y desafiante. La estaba retando a sacar a la luz su lado más salvaje, ese que solo surgía sobre el escenario. Aceptó el reto con una mueca divertida, tomó el micrófono y esperó a que Miles marcara el hermoso *riff* de aquella pieza que conmocionó al mundo años atrás, cuando fue nombrada la mejor canción de amor de la década, y que volvió a dar que hablar cuando el vocalista de The Wave reconoció en aquella icónica entrevista de *Voices* que, en realidad, hablaba sobre las drogas.

La primera estrofa salió de sus labios teñida de una tierna melancolía. El público enmudeció, o tal vez ella se aisló, borrando todo sonido exterior. Tan solo escuchaba la melodía de los instrumentos y, cuando llegó al pegadizo estribillo, la acompañó la voz rasposa de Miles, que la envolvió como una negra espiral que trataba de engullirla. No lo permitió, por supuesto, sino que enredó su propia voz con la de él para que ambas bailaran en el aire en una perfecta fusión de luz y oscuridad. Ya no existió nada más. Miles tenía razón. Eran ellos dos, solos, sin músicos acompañantes ni público, sin focos ni micrófonos. Solo ellos dos, mirándose a los ojos, cantando el uno para el otro, con aquella conexión única que habían establecido desde la segunda vez que cantaron juntos y que pareció quintuplicar su fuerza sobre el escenario. Así que resultó del todo natural que en el momento en el que ambos exhalaban la última palabra, Miles extendiera el brazo, agarrara su nuca y la atrajera hacia su boca para darle un beso enloquecido y avasallador, que pareció durar una eternidad, a pesar de que no debió prolongarse por más de unos segundos.

Solo cuando se separaron fue consciente de los gritos enardecidos y los aplausos. Se giró para saludar al público y luego quiso retirarse para no quitar protagonismo al grupo, pero Miles sujetó su mano con firmeza y la obligó a permanecer a su lado, mientras pronunciaba unas palabras de despedida. Después, sin soltarla, caminó con paso tranquilo hacia la parte trasera del escenario y no se detuvo cuando se cruzó con Gerry y su rostro enrojecido. El agente llamó a Miles, pero él siguió andando hacia la salida de artistas, aferrado a su mano. Había empezado a llover y unas finas gotas de lluvia rozaron su piel.

—¿Te he asustado?

Ella negó con la cabeza.

—Aunque puede que dentro de un rato esté un poco aterrada con todo lo que acaba de pasar— señaló. Sí, seguramente unas horas más tarde se preguntaría incrédula cómo había sido capaz de subir al escenario e intervenir en el concierto o en el impetuoso beso que había compartido con

Miles, pero en aquel momento cierta euforia hormigueaba bajo su piel. La adrenalina corría vertiginosa por su cuerpo y no podía pensar, solo sentir.

Él esbozó media sonrisa y volvió a coger su mano.

—Tengo muchas ganas de besarte otra vez —dijo como si ella no hubiera hablado—, pero será mejor que antes salgamos de aquí. ¿Tienes hambre? —preguntó, mientras detenía un taxi.

Se notó un poco mareada. Todo había sido tan intenso, tan vertiginoso, se había comportado de una manera tan diferente a como ella solía ser... Deberían volver al Blackheart, disculparse con Gerry y James y afrontar las consecuencias de lo que habían hecho.

—Sé de una pizzería que abre hasta tarde —dijo en cambio antes de entrar en el taxi.

Comer parecía la mejor opción. Ya habría tiempo más adelante para las explicaciones y los arrepentimientos.

Capítulo 14

No era la mejor pizza del mundo, pero mataba el hambre y tuvo la virtud de calmarles el ánimo. Kaylee lo llevó a un local cerca del campus de la PSU, uno de esos restaurantes de comida rápida frecuentado por universitarios escasos de fondos y que abría hasta la medianoche. Tan solo estaban ocupadas cuatro mesas, pero durante el tiempo que permanecieron allí, entraron bastantes estudiantes para llevarse comida de encargo.

—Ha sido una locura. Gerry nos va a matar —susurró Kaylee, tras finalizar su primera porción de pizza, que ambos comieron en un cómodo silencio.

—No te arrepientas. Ha sido increíble.

Miles alargó la mano y acarició con suavidad el interior de la muñeca femenina. Su piel era suave y fina; podría volverse adicto a ella, pero no lo dijo en voz alta porque la palabra «adicción» no tenía buenas connotaciones cuando él la pronunciaba. La soltó y bebió un sorbo de su refresco, sin dejar de mirarla. Solo cuando vio asomar una pequeña sonrisa, respiró tranquilo.

—Bastante increíble, la verdad —reconoció Kaylee—. Nunca había hecho algo así. No sé bien lo que me pasa contigo o qué despierta en mí cantar sobre un escenario. No lo entiendo. Con el piano nunca fue así, toda esa adrenalina, esa sensación de poder... Me sentí bien allí arriba, como si fuera el lugar exacto en el que tenía que estar.

La entendía mejor de lo que creía. Habían pasado años desde que tocó en público por última vez y los días previos a la actuación temió sentirse fuera de sitio, pero en el momento en que puso un pie sobre las tablas, escuchó los aplausos y sonaron las primeras notas de *On the Road*, lo vio todo con una claridad pasmosa. Él pertenecía a la escena, siempre había sido así. No era de extrañar que durante años hubiera languidecido en la soledad de su encierro. Allí arriba se sentía fuerte, libre y poderoso. Sobre el escenario podía expresar todas las emociones que se acumulaban en su interior, darles rienda suelta, liberarlas y alcanzar a todos y cada uno de los espectadores. Con su música podía hacerlos vibrar, arrastrarlos a la oscuridad, remover sentimientos dormidos, llenarlos de vida o arrancarles lágrimas. Durante un instante fugaz, tenía el poder de hacerlos sentir vulnerables, felices o miserables, de llorar por la inocencia perdida o recordar con añoranza un antiguo amor, podía sacudir sus conciencias, explorar sus miedos más profundos, hacerles contemplar atónitos la banalidad de sus vidas o asquearlos con la fealdad del mundo. Podía hacer lo que quisiera. Solo necesitaba acariciar su guitarra y abrir la boca para,

durante algo más de una hora, ser su dueño absoluto.

En algún punto del concierto se reencontró a sí mismo. Tal vez el proceso había comenzado antes, cuando la música volvió a él y pudo componer de nuevo, pero fue allí, con la exhibición desnuda de sus emociones y mientras se divertía hablando con James entre canción y canción, como en los viejos tiempos, cuando supo que había terminado con Miles el ermitaño. Iba a devolverlo al lugar al que pertenecía, al fondo de su alma, y solo le permitiría salir de vez en cuando, pero no dejaría nunca más que se apoderara de él por completo. Después, en otro momento de clarividencia, distinguió a Kaylee entre el público. Estaba en primera fila, pero intuía que la hubiera encontrado incluso si se hubiera colocado al fondo de la sala. Podía ver su pulcra coleta rubia, sus mejillas arreboladas y el gesto embelesado con el que atendía a la actuación. No demostró que la había visto, aunque a lo largo del concierto echó rápidas ojeadas en su dirección, hasta que comenzó *Sleeplessness*. Entonces cantó para ella, solo para ella, porque el Miles atrevido había vuelto a despertar esa noche y ese Miles no renegaba de nada, ni siquiera de esa chica que lo volvía loco. Llevaba meses reprimiéndose, pero, sobre el escenario, Miles siempre había sabido desatar las profundas verdades que guardaba dentro y la única verdad era que quería a Kaylee, la quería desesperadamente, y no iba a renunciar a ella.

Cantando *Sleeplessness* se olvidó de todo: de James, de Gerry, del público, de los focos... Solo estaban esos ojos avellana que sabían leerlo por dentro, que eran capaces de comprender todo el dolor que lo había llevado a escribir aquella canción; tal vez no la entendía, pero era capaz de sentirla. Supo que ella estaba sobrepasada cuando la vio abrirse paso a empujones entre la gente para dirigirse hacia la salida de emergencia. En cuanto se abrió la puerta, él soltó la guitarra, atravesó corriendo el escenario y saltó entre el público. Se escuchó un jadeo colectivo, decenas de manos se abalanzaron sobre él, pero simplemente las ignoró, abriéndose paso. Saltó al callejón y vio el desastre de su rostro, con las marcas del llanto reciente. La calmada Kaylee. La tranquila Kaylee. Era igual que él: solo reprimía una parte de sí misma, una parte hermosa y salvaje, donde habitaban todas las emociones que no conseguía controlar.

No lo pensó demasiado. Se abalanzó sobre ella y la besó como llevaba deseando hacer mucho tiempo y después la arrastró hacia el escenario. En el último momento tuvo la lucidez suficiente para asegurarse de que ella quería acompañarlo y luego ambos la emprendieron con *So Good*, convirtiéndola por fin en la canción de amor que nunca fue. Recordó aquellos miedos ridículos que sintió meses atrás, cuando creyó que ella le haría sombra. James siempre tuvo razón: ella lo iluminaba, lo hacía crecer como artista, como hombre, como animal de escena. Por eso la besó al finalizar la actuación, agradecido, exultante, sin importarle nada, sin importarle el público, los músicos, los técnicos, los cientos de móviles que no se perdían detalle de la actuación de The Wave. Y apenas media hora después de toda aquella intensidad emocional, se encontraban en una pizzería barata, sin que ninguno supiera qué camino seguir desde el punto en el que se encontraban.

—Estaba muerta de hambre —afirmó Kaylee, satisfecha, cuando terminaron la pizza. Luego lo

miró con una sonrisa trémula—. Me has besado dos veces.

Y estaba deseando besarla una tercera vez, pero no lo dijo. Se limitó a asentir con la cabeza, tratando de adivinar cuál sería el mejor paso. No estaba acostumbrado a estar con una chica que le gustara tanto, a la que lo ataba algo más que el deseo.

—Lo sé.

—El otro día me dejaste claro que no iba a pasar nada entre nosotros.

Miles carraspeó, turbado.

—Sé lo que dije el otro día.

—¿Y?

—Estaba equivocado. Creí que hacía lo correcto, pero me he dado cuenta de que no era así. Intenté renunciar a ti por un montón de razones que me parecían válidas, pero no puedo más. Esta noche, cuando he subido al escenario... Me vi con claridad y no pude engañarme. El miedo me ha tenido sujeto durante demasiado tiempo: el miedo a sufrir una recaída, a haber perdido mi talento, a fallar al único amigo que me queda, a dejar que alguien se acerque demasiado, a que tú te acerques demasiado...

Ella se inclinó un poco y estudió su rostro, como si quisiera descifrarlo.

—¿Entonces?

—Estás ya dentro de mí, así que no veo el sentido a seguir negándolo. —Kaylee dio un ligero respingo, y él esbozó una sonrisa torcida, esa que en el pasado utilizó para derretir a mujeres y fotógrafos. Luego alzó la mano y acarició con suavidad su mejilla—. Quiero volver a besarte —susurró—. Nunca me gustaron demasiado los besos, pero contigo...

Ella entreabrió los labios y se acercó; tan solo un ramalazo de cordura le impidió aceptar lo que ofrecía. No podía besarla como quería en esa pizzería, así que, en su lugar, la tomó de la mano y la llevó al exterior. Kaylee pareció entender su propósito, porque lo siguió sin rechistar, caminando a paso rápido por las calles vacías. El eco de sus pisadas era lo único que quebraba la quietud de la noche. Miles, en realidad, se movía sin rumbo, así que se detuvo. No se veía un alma. La luz de una farola se derramaba sobre sus cuerpos, iluminándolos como si estuvieran solos en el mundo. Ante ellos se alzaba un imponente edificio histórico, la llevó contra el muro y la miró largamente. Esta vez no se abalanzaría sobre ella como un corsario demente, sino que lo haría bien. Le acarició el pelo algo revuelto, deslizó la mano por su mejilla, bajó por el esbelto cuello y se detuvo en la clavícula. Presionó un poco la carne con los dedos, notando la dureza del hueso, que recorrió con una caricia lenta. Toda esa piel suave y dorada, carne inocente de una chica demasiado hermosa y demasiado dulce. Se sintió como un oscuro demonio que fuera a robar un alma preciosa, amparándose en la negrura de la noche, pero ella no lo dejó seguir pensando. Se puso de puntillas, rodeó su cuello con los brazos y lo besó muy despacio. Tan despacio que él tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no exhalar un gemido agónico. Se hundió en aquel beso perfecto y largo. Ambos tenían el cuerpo helado, pero ninguno parecía haberse dado cuenta, hasta el momento, de que los abrigos habían quedado olvidados en algún lugar del

backstage. Las manos de ella recorrieron sus brazos desnudos y él la abrazó con más fuerza, tratando de traspasarle algo de calor. Podía sentir los pequeños huesos de Kaylee estrechados entre sus brazos, como una frágil ofrenda que el pueblo entregaría al malvado monstruo para calmar su sed de sangre. Un buen hombre terminaría aquel beso, la acompañaría a casa, la despediría en la puerta de su habitación y al día siguiente la invitaría a una cita de verdad, no a un trozo de pizza reseco en un local con sillas de plástico y paredes de colores estridentes.

Ella rompió el beso y hundió el rostro en el cuello masculino. La notó aspirar, como si quisiera empaparse de su olor, y le acarició la garganta con la nariz, haciendo que su pulso se acelerara un poco más. La abrazó con más fuerza. Estaba seguro de que ella podía notar cada centímetro de su evidente excitación.

—Me gustaría no volver a Southwest Hills, tener un sitio solo para nosotros —murmuró Kaylee antes de depositar un beso suave bajo el lóbulo de su oreja.

Nunca fue una buena persona, decidió. Pretendía tener cientos de citas con aquella chica, pero en aquel momento quería estar a solas con ella, besarla, explorarla, dejarse llevar por la intensidad del momento.

—Podemos tenerlo —susurró áspero, aunque aún algo reticente—. Si estás segura... Puedo esperar —afirmó.

—Yo no.

Aquellas palabras bastaron. Sacó su móvil, solicitó un Uber y volvió a besarla durante diez largos minutos hasta que un coche oscuro se detuvo junto a ellos. Cuando subieron al vehículo, su entumecido cuerpo agradeció que estuviera encendida la calefacción.

—Al Sentinel —indicó al conductor y se volvió con rapidez hacia Kaylee para ver si ponía alguna objeción, pero ella le devolvió una sonrisa confiada y lo cogió de la mano. No lo soltó mientras pagaba al conductor ni cuando entraron en uno de los mejores hoteles de Portland, sin maletas, con las ropas arrugadas del concierto y el pelo revuelto por las sesiones de besos. El elegante portero no se inmutó ante su desastroso aspecto, y Miles se dirigió con paso seguro hacia el interior. La recepcionista parpadeó atónita durante dos fugaces milésimas de segundo antes de comprobar en el ordenador si disponían de alguna habitación libre. Diez minutos después, estaban instalados en una impresionante *suite* con una cama inmensa, chimenea y terraza.

—Estás helada —dijo Miles envolviéndola con los brazos desde su espalda—. Creo que deberías darte una ducha para entrar en calor.

—Creí que habíamos venido a tener sexo.

Él se rió. Tal vez la primera carcajada auténtica que soltaba en mucho tiempo. Hundió el rostro en su cabello, aún convulsionando de risa, y besó su cabeza.

—Hemos venido a estar a solas. —El viaje en coche le había servido para tranquilizar de nuevo su ímpetu. Seguía deseándola, pero no le importaba tomarse las cosas con calma—. De todas formas, hay tiempo para todo lo que queramos. He reservado la habitación por tres días.

—Ya lo he oído. Mañana tengo una clase a las doce.

—Muy bien.

—Y no tenemos ropa de cambio.

—El hotel tiene servicio de lavandería y seguro que pueden conseguirnos todo lo que necesitemos. Vamos, ve a la ducha —añadió empujándola hacia el cuarto de baño.

Kaylee le lanzó una mirada dubitativa, pero tenía la piel de gallina y los labios ligeramente morados. Necesitaba entrar en calor. Al final, asintió y cerró la puerta detrás de ella. Solo cuando escuchó el agua correr, Miles llamó al servicio de habitaciones. Habría sido el momento adecuado para pedir una botella de vino, sentarse con esa preciosa chica y compartir una agradable charla, como cualquier pareja en una cita romántica, pero eso sería algo que ellos nunca podrían hacer. Nada de vino, no con sus antecedentes. Así que hojeó la carta y pidió una selección de postres. Esperaba que aquello fuera bastante. Al cabo de un rato se escuchó el sonido del secador y una Kaylee sonrosada, cubierta por un grueso albornoz, salió del baño.

Parecía más joven, con el pelo suelto y limpio, las mejillas arreboladas por el calor y el suave albornoz que la envolvía. Se sintió algo aturdido por su belleza y entonces se le ocurrió pensar que ella debía de estar por completo desnuda bajo la bata de baño, lo que desencadenó una serie de sucios pensamientos que no resultaban demasiado apropiados para sus buenos propósitos de tomar la noche con calma.

—Creo que yo también me ducharé —dijo, pero su voz sonó como un graznido. Carraspeó un poco antes de seguir hablando—. He llamado al servicio de habitaciones. Puedes entregar la ropa para que la laven. La tendrán lista en una hora. Dejaré la mía sobre la cama —añadió mientras la empujaba hacia el salón y cerraba la puerta.

La ducha le sentó bien. Tenía los músculos entumecidos y el frío enquistado en los huesos y los pies. Si no hubiera estado tan embelesado con Kaylee, se habría dado cuenta de que se encontraba al borde de la hipotermia. Pasó un buen rato bajo el chorro de agua caliente, mientras su cuerpo volvía a la vida entre temblores y, cuando terminó, también se puso un albornoz del hotel. Salió del cuarto de baño sintiéndose un poco ridículo, pero se le pasó en cuanto llegó a la sala. Kaylee lo esperaba con la chimenea encendida, sentada sobre la alfombra, rodeada de postres y con una taza humeante en las manos. Cuando ella sonrió, supo que era un hombre afortunado.

—Tenía varias llamadas perdidas de Mía y he hablado con ella para tranquilizarla. Estaba algo preocupada y ha intentado sonsacarme, pero no le he dicho dónde estamos. —Desvió la vista hacia la chimenea y contempló el fuego en silencio durante un breve instante—. También tengo cientos de llamadas perdidas de James y Gerry.

Miles asintió. Buscó su móvil. Sí, había mensajes y llamadas. Muchos. Puso un mensaje a ambos para que supieran que seguían vivos y después apagó el móvil. Kaylee no perdió detalle de ninguno de sus movimientos. La solemnidad del momento quedó rota cuando Miles trató de acomodarse con torpeza sobre la alfombra, haciendo malabarismos con el albornoz. Los dos rompieron en estruendosas carcajadas, que sirvieron para aligerar el ambiente.

—Has pedido media cocina —exclamó Kaylee cuando se calmaron, barriendo con la mirada

los platos que la rodeaban.

—Hubiera sido más apropiado pedir vino, pero...

—Esto es perfecto —lo cortó—. Pienso probarlos todos. Ha sido un detalle muy bonito.

Avergonzado, Miles trató de ocultar su incomodidad cogiendo un par de cucharillas. Le tendió una a la joven y, durante la siguiente media hora, dieron buena cuenta de los dulces, sin hablar más que para elogiar los distintos postres y votar sus favoritos.

—¿Vas a besarme ahora? —preguntó ella cuando tragó el último trozo de tarta de chocolate.

—Claro —dijo con una falsa seguridad. Estaba nervioso como un adolescente, sin la determinación que había mostrado durante el concierto. Quería estar con Kaylee, pero, de pronto, el arranque apasionado del Blackheart le parecía un poco ajeno. Había sido propiciado por la adrenalina del concierto y no se arrepentía, pero necesitaba que el resto de la noche Kaylee entendiera lo especial que era aquello para él.

Se acercó a la joven con lentitud y dejó la boca suspendida a escasos milímetros de sus labios. Permaneció quieto, admirando de cerca aquella boca perfecta que había deseado desde el día que la conoció, y sintió sobre la mejilla su respiración algo irregular. ¿Esperaría a que él terminara el movimiento o decidiría acortar la distancia, como había hecho en la calle? Le hubiera gustado aguantar lo suficiente para saber qué haría, pero su olor y su cercanía lo estaban volviendo un poco loco, así que terminó de inclinarse y la besó. En realidad, le acarició los labios con los suyos. Despacio, muy despacio. Y luego repitió el movimiento un par de veces. Kaylee le devolvió la caricia y se acercó un poco más a él. Suspiró bajito, al tiempo que apoyaba la mano en su hombro, y Miles ya no esperó más. La besó de verdad, con un beso lento y suave, pero profundo. Ella sabía a chocolate, a frambuesa, a vainilla, a canela... Sabía a cosas dulces y agradables que aturdíban los sentidos y que podían hacer que un hombre perdiera la poca cordura que le quedaba. Rodeó su cintura con el brazo y la atrajo hacia él hasta sentarla sobre su regazo. Deslizó la boca por su mandíbula y su garganta para después desandar el camino y volver al punto de partida. Ella hundió las manos en su pelo y lo atrajo más cerca.

Estuvieron mucho tiempo besándose hasta que unos golpes suaves en la puerta los interrumpieron. Se separaron reticentes y se miraron. Kaylee tenía los ojos vidriosos, los labios hinchados y las mejillas, el cuello y la barbilla enrojecidos por el roce de su barba. Supuso que él presentaba un aspecto similar.

—Deben ser los de la lavandería. Les dije que subieran la ropa en cuanto la tuvieran lista —susurró Kaylee. Algo renuente, se bajó de su regazo y se ajustó el cinturón del albornoz. Miles se puso en pie, caminó hacia la puerta y recogió la ropa limpia de manos de una cansada camarera de hotel que pareció despertar ante la visión del rockero. Se lo comió con los ojos, pero él la ignoró, le entregó una propina y arrojó la ropa sobre la primera butaca que encontró. El salón estaba vacío. Escuchó el chisporroteo de la chimenea y el potente latido de su propio corazón, que se aceleró con cada paso que lo llevaba al dormitorio. Kaylee estaba en pie junto a la inmensa cama, joven e inocente, como un ángel rubio que se hubiera escapado a la Tierra.

—Nunca ha sido así —explicó él con voz ronca y de inmediato se arrepintió, porque no creía que a ella le gustara que se refiriera a su anterior vida sexual justo en aquel instante. Pero a Kaylee no pareció importarle, porque se rio bajito, se acercó a él y le dio un beso dulce en la comisura de los labios, mientras sus manos decididas maniobraban para colarse bajo el albornoz y acariciar su torso, encendiendo la piel al paso de sus dedos. Lo besó con ganas, aferrándose a sus hombros desnudos, atrayéndolo hacia el abismo.

—Tócame —suplicó ella y había algo ronco en su voz, menos dulce que un segundo antes, más oscuro, como si estuviera desprendiéndose de su cobertura angelical para convertirse en una mujer de carne y hueso.

Dejó caer el albornoz al suelo, mostrándose ante él tal como era, sin artificios ni dobleces. No era solo la desnudez de un cuerpo hermoso, también de su alma. Su habitual sosiego había desaparecido. Miró sus ojos avellana, que ya no eran claros y limpios, sino turbios, empañados por el deseo, y supo que ella estaba entregando el control a su lado más salvaje, aquel que reservaba para los escenarios, cuando era verdaderamente libre.

—Tócame —repitió Kaylee mientras besaba el tatuaje del águila que volaba con las alas extendidas sobre su corazón.

Él habría querido ser tierno, paciente, todo lo que nunca fue, controlar aquel deseo que amenazaba con desbordarse bajo su toque, pero al final se rindió. Arrancó el albornoz de su cuerpo, se abalanzó sobre ella y devoró, besó, acarició y mordió cada centímetro de piel dorada, como si quisiera engullirla hasta no dejar ni los huesos. La arrastró a la cama, o tal vez fue ella quien lo empujó sobre el colchón mientras se aferraba a él desesperada. Después no lo recordaría demasiado bien, solo que cayeron en un enredo de bocas, brazos y piernas, con los corazones desbocados. Podía escuchar los jadeos y gruñidos y las respiraciones alteradas, pero no conseguía distinguir si eran suyos o de Kaylee. No importaba. Se detuvo un momento al recordar, en un raptó de lucidez, que guardaba un par de preservativos en la cartera. Los tenía por costumbre, porque nunca creyó que aquella noche fuera a acabar así, pero en aquel momento agradeció llevarlos siempre encima. La besó antes de incorporarse y ella lo miró confusa.

—Preservativo —gruñó.

Kaylee se levantó un poco, se apoyó sobre los codos y asintió. Cuando regresó, se encontraba aún en la misma posición. Se tumbó sobre ella, hundió la nariz en su cuello y volvió a besarla y a acariciarla hasta que recuperaron el ritmo perdido por la interrupción, hasta que la escuchó suplicar, gemir, casi sollozar, y entonces se hundió en ella, cerró los ojos y se olvidó de todo lo que sabía. Quería entregarse entero, quería demostrarle, con cada balanceo de sus caderas, que le pertenecía a ella, a esa chica equilibrada y salvaje, a todas las versiones de Kaylee que conocía, las que mostraba, las que ocultaba e incluso las que ella misma ignoraba. La cantante rockera, la pianista clásica, la chica tierna y confusa, la mujer valiente que luchaba por lo que quería, la joven pícara que le robaba el reproductor, la salvaje criatura de los escenarios, la confidente atenta con la que podía desnudar su alma... y esperó que ella supiera, cuando se deshizo entre sus

piernas, que también le había entregado todas las versiones de sí mismo: el rockero oscuro, el joven desesperado, el chico egoísta, el amigo leal, el ermitaño hosco, el dios del escenario, el hombre capaz de luchar contra sus demonios... Tal vez ella no querría todas esas partes de él, pero Miles se las entregó de todos modos.

Kaylee se durmió casi de inmediato, agotada por todas las emociones del día y de la noche, pero él todavía permaneció un buen rato despierto. Le gustaba escuchar su respiración acompasada y sentir la tibieza de su cuerpo desmadejado, la sedosidad del cabello, haciéndole cosquillas en el cuello, y la suavidad de la mano que se posaba con descuidada confianza sobre su estómago. Quiso disfrutar del instante por si acaso no se volvía a repetir, pero al final el sueño lo venció y despertó muchas horas después, mientras unos dedos gráciles dibujaban las líneas del águila tatuada en su pecho, justo sobre su corazón. Permaneció con los ojos cerrados, fingiendo que aún dormía para poder disfrutar un rato más de las delicadas caricias.

—Estás despierto, caradura, que veo cómo sonríes.

Miles se rio entre dientes e interceptó la mano que abandonaba su torso para besar su palma. Luego abrió los ojos y se quedó un poco aturdido al ver la sonrisa somnolienta de Kaylee. Un sol pálido entraba por la ventana, otorgando un aire irreal a la escena, casi como si aún estuviera dormido, sumergido en un sueño imposible. Trató de recordar un despertar mejor que aquel, pero no lo encontró.

—Buenos días —murmuró antes de besarla. Lo hizo durante un rato hasta que ella se separó, apoyó la barbilla en su hombro y le acarició la curva del cuello.

—Me gustan tus tatuajes. ¿Por qué el águila?

—Porque es un depredador, igual que yo. —Ella negó con la cabeza y lo observó con ojos chispeantes—. No es broma... Bueno, puede que también sea un símbolo de libertad y de fuerza. Me gusta lo que representa.

—¿Y el de la espalda? —preguntó, obligándolo a darse la vuelta para verlo a la luz del día—. ¿Es celta?

—Sí. Me lo hizo un tatuador irlandés de Bushwick. En realidad, llevaba otro tatuaje en mente, pero él diseñó este para mí e hizo un buen discurso sobre su significado, que seguramente fuera falso, pero me convenció y dejé que me lo hiciera. Estoy seguro de que tampoco creó el dibujo para mí y habrá un centenar de tíos por Nueva York con el mismo tatuaje.

Ella se rio de nuevo ante el tono falsamente cínico de Miles y lo hizo girar. Inspeccionó el tatuaje tribal de su brazo y acarició las desgastadas pulseras de cuero que adornaban su muñeca izquierda, pero no preguntó por ellas. No había llegado el momento. Prefirió mover la sábana hasta descubrir su cadera, por donde subía, serpenteante, el último tatuaje: una frase de *Sleeplessness*, escrita con una preciosa e inquietante caligrafía. Kaylee recorrió la cita con los dedos, provocando un delicioso hormigueo en su piel. Luego se inclinó y depositó un reguero de

besos sobre las letras.

—Ayer parecía que cantabas para mí —susurró. Alzó la vista y lo observó con ojos serenos, muy distintos a la mirada turbia que había exhibido la noche anterior. Él asintió. Cantó *Sleeplessness* para ella y se alegraba de que se hubiera dado cuenta—. Es una canción preciosa, pero llena de dolor. ¿En qué te inspiraste?

No solía dar explicaciones sobre el significado de sus letras. Sabía que eran versos crípticos, hermosos, oscuros, con imágenes poderosas que ocultaban pedazos de su alma rota, aunque nadie lo supiera. No importaba realmente: sus palabras conectaban con la gente, que solía realizar su propia lectura del significado de las canciones de The Wave.

—Cuando mi madre ingresó por última vez en el hospital, sabíamos que no saldría —explicó en voz baja. Kaylee detuvo las caricias y apoyó la cabeza sobre la almohada. Su mirada transmitía paz y él se dejó adueñar por una poco habitual sensación de calma—. Los médicos no llegaron a decirnos cuánto aguantaría; podía ser cuestión de horas o de semanas, pero había llegado el final. Ya te conté que mi tía Vera no quería que estuviera en el hospital, pero que mi abuelo intervino para que pudiera estar junto a mi madre. Mi tía odiaba que me quedara por las noches, pero no le hice caso... —Se calló, mientras sobrevenían a su mente decenas de imágenes, todas iguales, de aquella época: su madre en aquella deprimente habitación de hospital, cuya ventana daba a un oscuro patio interior, y él sentado junto a la cabecera de su cama, leyendo un libro o garabateando versos en un cuaderno de tapas rojas—. Cuando al fin la sedaron, me negué a dejarla. La trasladaron a una habitación individual. Dijeron que era para darle privacidad, pero en realidad la habían llevado allí para que se muriera sin alterar a los otros enfermos... Me quedé allí día y noche. Solía escaparme un rato a casa durante la mañana, cuando estaban de visita mi tía o mi abuelo, y así podía darme una ducha y comer algo caliente, pero me quedé todas las noches y no podía dormir. Me aterraba que se muriera mientras yo descansaba, que se muriera sola, sin que nadie le cogiera la mano. Entonces parecía importante que alguien la sostuviera en su último viaje. Había estado demasiado sola siempre y no merecía irse de la misma manera...

—Miles... —Los ojos de Kaylee, antes limpios, se habían empañado de tristeza y brillaban húmedos—. Tenías catorce años...

—No dormí durante una semana. No sé cómo lo hice, de verdad, cómo no caí desplomado en algún momento, pero estuve despierto noche tras noche, día tras día. Mi madre se moría y yo sabía que, en realidad, pese a sus regañinas y sus palabras bruscas, yo era todo lo que tenía. Llevaba más de quince años casi sin hablar con su hermana, tan solo llamadas sueltas para felicitar las navidades o los cumpleaños, y no se llevaba demasiado bien con mi abuelo. Tampoco tenía muchos amigos y si tuvo parejas, que supongo que sí, yo nunca los vi o los conocí. Desde luego, no aparecieron en el hospital.

—¿Estuviste con ella cuando murió?

Miles asintió con la cabeza.

—A las once de la noche de un jueves. No avisé a nadie, ni siquiera a la enfermera. Un par de

días antes había sufrido una mejoría, pero de pronto cayó en picado y supe que se iba a morir. No sé cómo lo noté. Intuición, supongo. La cogí de la mano y ella simplemente se fue.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Kaylee, pero no hizo nada por apartarlas.

—Y años después cogiste todo el dolor que acumulaste noche tras noche en ese hospital y todo el amor que sentías por ella y diste forma a *Sleeplessness* —afirmó con seguridad. Miles asintió; algo le oprimía el pecho—. ¿Lo sabe alguien?

—Supongo que James lo intuye. Creo que Aaron también lo hacía, pero en realidad nunca hablé con ellos de esto.

Ella acarició su pelo, sus mejillas ásperas y su cuello. Lo besó de nuevo y se tumbó sobre él. Su cuerpo desnudo y suave, apretándose contra el suyo.

—Tienes clase dentro de un par de horas —le recordó con voz enronquecida, cuando ella se incorporó un poco para coger el preservativo que quedaba sobre la mesilla de noche.

—No voy a ir —declaró sentándose a horcajadas sobre él—. De hecho, no vamos a salir de aquí en tres días; tan solo para comprar más de estos —aseguró, mientras agitaba entre los dedos el cuadradito plateado.

No bromeaba. Lo miraba con una intensidad nueva, lejos de la pasión arrebatada de la noche anterior, pero más profunda, como si supiera todo de él.

—Tengo más historias tristes. Si te las cuento, podemos ampliar los tres días a una semana —bromeó en un intento de aligerar la tensión, pero Kaylee no esbozó ni media sonrisa. Le puso el preservativo y lo introdujo dentro de ella, sin apartar la mirada de sus ojos. Fue un movimiento lento, que le hizo sentir cada milímetro de su apretado interior. Luego se inclinó sobre él, rozó su boca con los labios y, en susurros, aseguró:

—Te lo dije una vez. Me gusta tu parte oscura. No quiero que te hundas en ella, pero tampoco que la ocultes. ¿Sabes por qué? —Miles tragó saliva. Sentía su aliento cálido contra la boca, el ligero roce de sus pechos y su completa unión, pero sobre todo sentía esa profunda conexión que iba, por fin lo sabía, más allá de la música. Aturdido y excitado, negó con la cabeza—. Porque forma parte de ti y me gustas entero, Miles. Tal como eres.

Y en ese instante, en la milésima de segundo que transcurrió entre que Kaylee pronunció la última palabra y comenzó a mover sus caderas, en ese preciso momento, y no en otro, Miles Baker descubrió que estaba enamorado.

Capítulo 15

No quería volver a la vida real, pensó Kaylee en cuanto cruzó la puerta del Sentinel. Habían pasado tres días encerrados en aquella impresionante *suite*, que solo abandonaron para cenar en algún restaurante cercano y dar breves paseos por los alrededores. Tres días en los que hicieron muchas veces el amor, vieron películas antiguas en el televisor y exploraron los canales musicales. Se sentaron en la terraza para ver el atardecer que envolvió la ciudad en una espectacular luz naranja, abusaron del servicio de habitaciones hasta probar todas las especialidades de la carta y hablaron sobre cosas importantes y otras que importaban menos, pero que les gustaba contarse.

Miles no encendió el móvil en todo aquel tiempo y la batería del de Kaylee se agotó poco después de que cancelara su clase del viernes con la profesora Armstrong. Pasaron tres días sumergidos en una burbuja con mucho sexo y risas, con besos largos y caricias de todo tipo: tiernas, atrevidas, íntimas, juguetonas... Él bajó a la calle en algún momento del primer día y compró algo de ropa para ambos, preservativos y tabaco y ninguno mencionó a James o Gerry o las posibles consecuencias de su rebelde escapada. Nada parecía importar fuera de aquella *suite*. Tuvieron sexo en la cama, en el sofá, en la alfombra, en la ducha y hasta contra la pared del salón. Kaylee nunca lo había hecho de pie contra una pared. Siempre pensó que era algo falso, una postura que solo aparecía en las películas, pero que en la vida real no practicaban las parejas. Desde luego, Henry, el tierno Henry, jamás se habría dejado llevar de aquella forma, como si no fuera capaz de llegar a una superficie más cómoda, pero Miles sí. Miles la había besado desesperado en el pasillo cuando volvieron de cenar en un restaurante vegano a unas pocas manzanas del hotel, la había hecho entrar a trompicones en la habitación sin dejar de besarla y, en cuanto cerró la puerta tras ellos, la levantó a pulso, la apoyó contra el muro y abrió sus ropas solo lo imprescindible, como si no pudiera perder un solo segundo más antes de entrar en ella. Por supuesto, Kaylee colaboró con la misma desesperación en todo aquel frenético, rápido y excitante polvo, aunque no se dio cuenta de su propia pasión hasta que reverberó en el aire el gutural gemido que escapó de su garganta y sintió el agitado aliento de Miles en su cuello, que trataba de recuperar el resuello a bocanadas. Solo entonces fue consciente de la fuerza con la que se aferraba a su pelo o la descarnada violencia con la que se habían amado el uno al otro.

Sí, resultaron tres días increíbles, pero los problemas empezaron antes de abandonar el hotel.

Tuvieron su primera pelea frente a la recepción, cuando Miles se negó a dejar que Kaylee asumiera la mitad de los gastos de su estancia. Descartó la posibilidad, no con un gesto elegante y caballeroso, sino con su brusquedad habitual, recordándole que apenas tenía un puñado de dólares en el banco desde que su madre le congeló las cuentas.

—Puedo pagar mi parte —aseveró enojada, tendiendo su tarjeta de crédito a la recepcionista. No le importaba sobrepasar el límite, pero no dejaría que él pagara todo.

—Será mejor que no cargue ahí la factura—dijo Miles a la mujer que los atendía, con su sonrisa más canalla, al tiempo que daba la espalda a Kaylee con ostentación—. No tiene fondos suficientes y se encontrarán con un impago.

Seguía enfadada con él cuando llegaron a Southwest Hills, a pesar de sus zalameras disculpas.

—Vamos, rubia, cuando seas rica y famosa dejaré que me mantengas. Lo pagarás todo, te lo prometo.

Pero cuando se encontraron frente a la verja del jardín, cesaron las bromas y Miles echó un vistazo preocupado a la fachada. Entonces olvidó su enfado, deslizó la mano en la de su rockero favorito y depositó un beso en su mejilla.

—A lo mejor no están enfadados —susurró.

—No seas ingenua, rubia —contestó Miles, pero no había sarcasmo en su tono, sino inquietud—. Van a estar más que enfadados y debería darme igual...

—Pero no da igual, porque quieres a James y respetas a Gerry y en el fondo sabes que nos hemos portado como un par de irresponsables.

Se giró para agarrarla por los hombros. Clavó en ella sus turbulentos ojos verdes, que parecían leer su interior.

—No me arrepiento de nada, Kaylee. Estos últimos días han sido los mejores de mi vida y lo volvería hacer. Volvería a interrumpir un concierto para perseguirte, te subiría a un escenario y me fugaría contigo durante tres días o todos los que hicieran falta.

—Yo tampoco me arrepiento —aseguró un poco emocionada y él asintió, todavía serio e intenso, antes de volver a tomarla de la mano y atravesar la puerta.

En la casa había un extraño silencio. Tal vez habían esperado darse de bruces con James o Gerry, cruzados de brazos y con el ceño fruncido, pero no había nadie para recibirlos. Todas las habitaciones se encontraban vacías (ni siquiera estaba la señora Burrows), lo que los dejó algo desconcertados. Kaylee se dirigió a su habitación y puso a cargar el móvil.

—Voy a tocar un rato. ¿Me acompañas? —preguntó Miles y ella asintió, porque no sabía muy bien qué hacer a continuación.

Bajaron las escaleras y, cuando atravesaron el vestíbulo en dirección a la sala de ensayo, se abrió la puerta principal y ambos se quedaron paralizados, pero quien entró no fue James, Luke o Gerry, sino una mujer de pelo azul corto, algo gruesa, con un montón de pecas en la nariz y algunos *piercing* en el rostro. Tendría aproximadamente la edad de Miles (año arriba, año abajo) y vestía unos vaqueros rasgados y un abrigo negro.

—¿Qué haces aquí, Andy? —La voz de Miles sonó dura, casi despectiva, y Kaylee lo miró asombrada. Había perdido toda sombra del buen humor que lo había acompañado los últimos días. Todo él se había tensado de golpe: su boca, su mandíbula, sus hombros, su espalda, sus puños... Estudió desconcertada a la mujer que había provocado ese ataque de rabia, pero ella parecía tranquila.

—Vaya, resulta que al final te aprendiste mi nombre.

—Lo aprendí el día que te despedí.

Kaylee tomó aire despacio. Miles sonaba afilado como un cuchillo y quiso volver a tomar su mano, pero de algún modo supo que no serviría de nada, así que se limitó a mantenerse junto a él.

—Demasiado tiempo para guardar rencor —dijo la tal Andy—. Kaylee, ¿verdad? Soy Andrea Meyer, jefa de prensa de The Wave.

—Exjefa de prensa —puntualizó Miles.

—Nop. Gerry ha vuelto a contratarme. Desde hace tres días estoy al cargo de los medios de comunicación. —Miles frunció el ceño, pero Andy no perdió la sonrisa—. Vamos, Miles, tú has buscado esto. ¿Sabes cuánto tardó tu numerito del escenario en convertirse en viral? Creí que habrías aprendido algo después de la última vez...

—No me hables de la última vez, Andy, y será mejor que te saques un billete de vuelta a Nueva York, porque no vas a trabajar para mí.

Andy soltó una carcajada y se quitó el abrigo, como si quisiera dejar claro que iba a ponerse cómoda.

—No trabajo para ti, sino para Gerry, y me ha contratado para arreglar tu desastre. Estará aquí en unos veinte minutos, así que podrás pedirle todas las explicaciones que quieras.

—Bien —masculló el rockero. Tomó la mano de Kaylee y se dirigió hacia la sala de ensayo. Andy los siguió, se acomodó en una de las butacas y se concentró en su móvil, ignorando las miradas asesinas que lanzaba en su dirección el cantante de The Wave.

—¿Qué hizo? —preguntó Kaylee, en voz baja, pero nadie contestó durante un buen rato.

—Nos traicionó.

—Solo hice mi trabajo —respondió Andy, mientras seguía con la vista fija en el móvil—. Gerry lo sabe, James lo sabe y tú también lo sabes, aunque seas demasiado testarudo como para reconocerlo.

Durante los siguientes veinte minutos permanecieron en silencio. Miles jugueteó con la guitarra, pero no llegó a tocar ninguna canción. Kaylee estaba demasiado preocupada. La presencia de Andy había alterado al rockero, pero intuía que también iba a tener consecuencias en su empleo. No había querido pensar en ello, pero suponía que Gerry no la dejaría seguir como asistente del grupo y tendría suerte si le permitía seguir siendo la vocalista en los dúos. Se encontraría en un buen aprieto si tenía que dejar The Wave.

Tal como había afirmado Andy, a los veinte minutos escucharon la puerta de la entrada y el sonido de pasos y voces. La nueva jefa de prensa del grupo les lanzó una mirada suficiente y salió

de la estancia, seguramente para avisar de su presencia a los recién llegados. Al cabo de un rato, James, Gerry y Luke, seguidos de Andrea, entraron en la sala de ensayos. Los dos primeros no hicieron ningún esfuerzo por ocultar su enojo.

—Lo sentimos —se apresuró a decir Kaylee, pero nadie pareció hacerle caso. Todos los ojos estaban puestos sobre Miles, que se situó junto a ella y rodeó sus hombros con el brazo, como si quisiera protegerla.

—Ella no tiene la culpa de nada —aseguró.

—Ya hablaremos con ella luego. ¿Puedes dejarnos, Kaylee? —preguntó Gerry sin mirarla, porque sus brillantes y enfadados ojos oscuros estaban centrados en Miles.

—No. No voy a ningún lado. Sé que ha sido irresponsable...

—¿Irresponsable? —James lanzó una risa cáustica y le costó reconocer al amigo despreocupado que había tratado los últimos meses—. No, cariño, no habéis sido irresponsables, habéis sido una debacle.

—Cuidado, James —advirtió Miles con tono amenazador.

—¿No podías tener las manos quietas para variar? Hay millones de mujeres con las que puedes echar un polvo y...

—No te lo diré más veces. Será mejor que dejes ese camino.

—¿O qué, Miles? ¿Hundirás *The Wave*? Felicidades, ya lo has hecho.

—No creo que sea para tanto...

—¿No crees que sea para tanto? ¿En serio? —James alzó el rostro, miró al techo con gesto de exasperación y luego se volvió hacia su amigo lleno de rabia—. Abandonaste el escenario en mitad de un concierto, volviste con una chica que nadie conocía, cantaste con ella la única canción en la que estuvimos de acuerdo que no volveríamos a incluir en nuestro repertorio y luego montaste un espectáculo erótico en el escenario antes de desaparecer durante tres días completos mientras Gerry, Luke y yo lidiábamos con la prensa.

—Estás exagerando. No fue un espectáculo erótico, solo la besé.

—¡Ja! —intervino Andy, que se había quedado algo apartada—. No fue solo el beso, Miles. ¿No has visto los vídeos que colgaron en YouTube?

Les tendió su móvil. Miles la ignoró, pero Kaylee alargó la mano y empezó a reproducir el vídeo que Andy tenía en pantalla. Vio a Miles arrojar la guitarra y saltar del escenario, atravesar entre el público y salir al exterior. El vídeo volvía al escenario, a las caras de desconcierto de James y Luke, que tardaron un rato en reaccionar. Por fin, el teclista hizo unas señas a los músicos y empezó a cantar. Al cabo de un rato se escuchó una algarabía y Miles y ella atravesaron la sala en dirección al escenario, cogidos de la mano. Cuando llegaron arriba, la cámara los enfocó de cerca y Kaylee, observó, sonrojada, que no parecía que hubieran intercambiado tan solo un par de besos. El pelo revuelto, las ropas arrugadas, los labios hinchados y, sobre todo, la explícita manera en la que ambos se miraban el uno al otro. Miradas abrasadoras, anhelantes, y sonrisas íntimas que fueron en aumento mientras cantaban *So Good* como si no existiera en el mundo nada

más que ellos dos y luego llegó el turno de aquel beso final, que ella recordaba breve e intenso, pero que visto desde fuera resultaba poderosamente sexual.

Cuando finalizó, todos callaron hasta que Gerry carraspeó.

—Estás sabotando de nuevo al grupo, Miles.

—Esto no tenía nada que ver con The Wave —afirmó el rockero—. De verdad que quiero que el grupo salga adelante. Es solo... ¡es romántico! Salgo detrás de la chica y vuelvo con ella.

—Esto no es una película, chaval —explicó Gerry, cruzándose de brazos—. La prensa apenas había hecho caso de vuestro concierto, pero... ¿sabes qué pasó al día siguiente, cuando el vídeo llevaba horas y horas danzando por Internet? Que salió en toda la prensa y nadie lo vio como un gesto romántico, sino como otra salida de tono del cantante de The Wave. Recordaron todo lo que hiciste hace años: todos los excesos, las provocaciones, tu adicción, la sobredosis, tu recaída... Han hablado sobre lo inapropiado de que interpretarais una canción que tú mismo reconociste que es un elogio a las drogas, teniendo en cuenta que Aaron murió de sobredosis y que tú estuviste a punto de hacer lo mismo.

—Y esa fue precisamente la razón por la que decidimos dejar esa canción fuera del repertorio —intervino James.

—Creen que sigues siendo el mismo de siempre —continuó Gerry—. Te acusan de informal, escandaloso, volátil... ¿Quieres que siga?

—No, lo entiendo.

—No, no lo entiendes. Nadie habló de vuestra música, nadie habló de vuestro regreso, de la posibilidad de un nuevo disco, del impresionante nuevo batería de la banda o de tu asombrosa recuperación tras una larga lucha. Presentaste a Kaylee antes de tiempo y lo hiciste mal. ¿Cómo la mostraremos más adelante como vocalista del grupo? Ha quedado marcada para siempre como la chica que se acuesta con Miles Baker y no importará su voz o lo duro que haya trabajado para llegar hasta aquí. A nadie le importará porque dirán que consiguió el puesto por estar contigo.

Miles se volvió hacia Kaylee y ella pudo leer su pesadumbre. Se enfadó. Se enfadó con James y con Gerry, con aquel despiadado ataque que no solucionaba nada. ¿Su reputación? Le daba igual. Que dijeran lo que quisieran. Ella estaba tranquila en su conciencia, segura de su trabajo y de cómo lo había conseguido. Casi le daban ganas de reír. Miles había luchado al principio con uñas y dientes para apartarla del grupo y, en cambio, dirían que consiguió la oportunidad por haberse metido en su cama. El mundo funcionaba así y daba asco, pero no podía dejar que la afectara.

—Vale, estuvo mal lo que hicimos, pero seguro que tiene solución..

—No he terminado. Los de la discográfica quieren cancelar el contrato. Se han asustado y no quieren tener que tratar con un artista impetuoso que no respeta las reglas del negocio. De alguna forma se han enterado de tu escapada en moto del otro día y tu nueva fuga no ha ayudado mucho a tu credibilidad.

—¡Joder! —exclamó Miles, perdiendo por primera vez los papeles—. Lo siento, Gerry, de verdad. La he fastidiado, pero hablaré con ellos y me comportaré. Sabes que esto ha sido una

excepción, que ya no soy ese tipo...

—Eso creía, Miles. —El tono de Gerry estaba teñido de decepción, un tono que Kaylee conocía bien. Lo había escuchado en la voz de su madre una y otra vez desde que era una niña y siempre lo había temido. Miles había estado algo obsesionado con la aprobación de Gerry, así que supuso que debía dolerle sentir que le había fallado. Deslizó los dedos por la cara interna de su brazo y le acarició con suavidad la muñeca. Él la miró y esbozó una sonrisa triste.

—Por eso has traído a Andy —dijo al fin la joven.

—Ella no... —empezó a protestar Miles, pero Kaylee le apretó la mano y él se calló, dejando que Gerry se explicara.

—Sí, por eso está aquí Andy. He conseguido disuadir a la discográfica para que no cancelen el disco, al menos de momento, y ella es la mejor. Conseguirá revertir este desaguisado.

—¿Cómo lo harás? —preguntó el lado práctico de Kaylee, mientras sostenía con fuerza la mano de Miles. Notaba que la sangre le hervía en las venas y que quería revolverse, pero su contacto parecía calmarlo y no lo soltó.

—La bestia ya se ha despertado y no podemos pararla. Tendremos que hacer justo lo que ha indicado Miles: venderles una bonita y romántica historia sobre vosotros y cruzar los dedos para que piensen que el arranque de Miles vino motivado por el amor y no por su carácter explosivo. Podemos explicar que os enamorasteis durante los ensayos y que tuvisteis una pelea...

—¡No! —exclamó Miles—. No ensuciarás lo que tenemos metiendo a la prensa en esto. No como ensuciaste a Aaron para cubrirme a mí.

—Miles... —James lo reprendió—. Tienes que hacerlo.

—Es privado —insistió el cantante—. Lo que hay entre Kaylee y yo es privado.

—¡Pues no haberlo exhibido en un escenario! —gritó James con el rostro enrojecido y los puños apretados.

Kaylee se interpuso entre los dos amigos. Por el rabillo del ojo, vio a Luke, que no había intervenido en toda la conversación, sentado en un rincón, observando la escena con gesto aburrido, como si no estuviera presenciando en directo la descomposición de The Wave. La joven le hizo un gesto para que se ocupara de James y ella empujó a Miles hacia la puerta.

—Estamos todos muy nerviosos. Sugiero que nos calmemos un poco y luego volvamos a hablar.

—Buena idea —suspiró Gerry.

Quiso preguntarle al agente si aún conservaba su empleo, pero no parecía el momento adecuado. En su lugar, arrastró a Miles al jardín y lo llevó hacia las tumbonas de la piscina. Se sentaron en una de ellas, muy juntos, y esperó con paciencia a que él sacara un cigarrillo y lo encendiera. Le dejó dar un par de caladas antes de hablar.

—¡Vaya jaleo! —dijo con su tono más festivo y una sonrisa que no pareció engañarlo.

—Lo siento, rubia. He metido la pata.

—No te preocupes, seguro que al final los de la discográfica se calman y la prensa encontrará otro famoso del que ocuparse.

—¿Crees que eso me importa? —Miles la miró serio. Sus ojos parecían más claros que de costumbre y estaban teñidos de tristeza—. A la mierda los de la discográfica y lo que diga la prensa sobre mí. Siento haber dañado tu imagen antes de que tu carrera siquiera despegue. Sé que algo así puede hacer que un artista se quede en el camino y tú tienes tanto talento, tienes esa voz increíble que el mundo se merece conocer... Lo he estropeado. Siempre supe que eras demasiado buena para mí, debí haber hecho caso de mi instinto y haberme mantenido apartado.

Kaylee lo contempló asombrada. Miles Baker, el egoísta, cínico y huraño Miles Baker, el hombre que decía solo pensar en sí mismo, el que nunca daba explicaciones, estaba en aquel jardín, más preocupado por su carrera que la del grupo que fundó, demostrando que era un hombre mejor de lo que nadie creía, de lo que él mismo creía. Le acarició el pelo y el rostro, se sentó en su regazo y lo besó.

—Tú no has estropeado nada. En todo caso, lo hemos hecho los dos. Yo subí contigo a ese escenario y canté y me fui contigo después. Y no me arrepiento. Fue increíble, mágico y no me importa lo que piensen los demás. Además, creo que todo esto es una exageración. Ya verás que al final se queda en nada... —Miles la miraba con ternura, rodeó su cintura con las manos y la abrazó. Su respiración le hacía cosquillas en el cuello—. ¿Podemos hacer algo divertido tú y yo? ¿Algo que nos permita olvidar la última hora?

—Claro —contestó el rockero, acariciando su pelo y metiendo algunos mechones sueltos detrás de su oreja—. ¿Qué quieres hacer? ¿Salimos a cenar?

—¿Como en una cita?

La risa ronca de Miles reverberó contra su cuello cuando él hundió el rostro en su garganta y la besó.

—Sí, como en una cita, aunque debo confesar que no he tenido nunca una.

—¿Nunca?

—Bueno, entiende que era una estrella del rock... —bromeó y aquel comentario alivió a Kaylee, porque indicaba que estaba recuperando la confianza en sí mismo.

—Vale, estrella del rock, pues ya es hora de que tengas una cita, aunque antes quiero llamar a Mia y ducharme. ¿Nos vemos en el porche dentro de una hora?

La conversación con Mia resultó por completo opuesta a la que había tenido lugar en la sala de ensayo. Quería conocer hasta los más ínfimos detalles de su fuga con Miles.

—¿No vas a reprocharme nada? No hace tanto me dijiste que me olvidara de Miles y me centrara en mis propios problemas.

—¿Dije eso? Bueno, trataba de ser la amiga juiciosa. Normalmente es tu papel, pero como estabas perdiendo la cabeza, tuve que asumirlo yo... No, en serio, sigo creyendo que tienes asuntos importantes de los que ocuparte, pero también sé que uno no puede poner freno a los sentimientos y parece que lo que tenéis es bastante intenso. Quedó claro el otro día en el concierto y lo he pensado desde entonces. Creo que estar con Miles te va a venir muy bien. Te sacude un poco toda esa sensatez y tranquilidad con la que vas siempre por el mundo. Necesitas a alguien como él, que

te ponga la vida patas arriba. ¿Estás enamorada de él? ¿Qué sois ahora? ¿Novios, amigos que se acuestan...?

Kaylee se rio con la desatada verborrea de su amiga y, en secreto, agradeció contar al menos con su apoyo, tan incondicional como su amistad.

—Si quieres puedes traer a Miles a mi concierto en el Instituto de Arte Contemporáneo.

—Le preguntaré si le apetece acompañarme.

Una hora después, duchada y vestida, se dispuso a bajar al porche, cuando llamaron a la puerta de su habitación. Abrió con cautela y se encontró con Miles. Lo observó con sorpresa. Se había duchado y afeitado, había tratado de domar (con escaso éxito) su rebelde peinado y hasta se había puesto una chaqueta. Lo había combinado con vaqueros, deportivas y camiseta, lo que le daba un aspecto curioso, pero a Kaylee le encantó. A fin de cuentas, ella solía combinar vaporosos vestidos con sudaderas deportivas, así que encontró de lo más atractivo el estilo del rockero.

—Estás preciosa —dijo él con la voz estrangulada. Ella sonrió. Se había puesto una falda negra, un jersey de punto y una cazadora vaquera, nada del otro mundo, pero él la miraba como si luciera el más elegante y atrevido vestido de noche.

—Tú también estás muy guapo. Creí que habíamos quedado abajo...

—Bueno... —carraspeó y a ella le pareció encantador que estuviera tan nervioso—, tengo entendido que en las citas el chico suele recoger a la chica en su casa, así que...

—Eres encantador, Miles Baker, aunque cueste mucho descubrirlo —susurró antes de darle un beso ligero en la mejilla.

Sin embargo, la alegría duró poco, porque al bajar las escaleras, se encontraron con Andy, que parecía esperarlos con los brazos cruzados.

—¿A dónde vais?

Miles quiso ignorarla, pero Kaylee sonrió amable.

—Salimos a cenar.

—¿Juntos? Ni hablar. No podéis dejaros ver juntos en público hasta que hayamos decidido qué historia vamos a contar.

—No vamos a contar ninguna historia —sentenció Miles con expresión sombría, pero Andy no pareció amilanarse ante él.

—No lo compliquéis más, chicos. Podemos arreglarlo, pero necesitamos que colaboréis. Es necesario que mantengáis un perfil bajo durante un tiempo. —Andy clavó su astuta mirada en el rockero—. Si no lo haces por The Wave, al menos hazlo por ella. No la arrojes a los leones. No está lista.

De una sola ojeada, Kaylee supo que aquel argumento había convencido a Miles. Estaba a punto de claudicar y lo haría por ella. Pero Kaylee no quería que renunciara a nada. Llevaba años encerrado en sí mismo y, por fin, tenía las agallas de romper el caparazón, salir al exterior y superar aquel tremendo estado depresivo en el que había estado sumido desde la muerte de Aaron. Por primera vez en su vida, Miles Baker se interesaba por una chica. Desconocía la verdadera

intensidad de sus sentimientos por ella, pero tenía la certeza de que, hasta el momento, era la única que había conseguido llegar a él. Estaba listo para su primera cita. ¡Con veintiocho años! No, ninguna jefa de prensa agresiva iba a quitarle eso, así que decidió adelantarse antes de que Miles aceptara sus órdenes.

Avanzó hacia ella y, por una vez, agradeció ser la hija de Linda Foster, porque de algún lugar de su interior salió el tono frío, el porte elegante y la mirada displicente que no admitía réplicas, todo ello copia exacta de la actitud intransigente de la gran soprano.

—Agradecemos mucho tu preocupación, Andy, pero tenemos una reserva hecha y no queremos llegar tarde. —Alzó la mano cuando notó que Andrea iba a protestar—. Hemos tomado nota de tus sugerencias.

Tomó la mano de un atónito Miles y tiró un poco de él para que avanzara. Por un momento, creyó que se negaría, pero entonces los labios del rockero se curvaron con una sonrisa torcida y arqueó las cejas.

—Ya has oído a mi chica, Andy. Tomamos nota de tus sugerencias.

Abandonaron la casa de Southwest Hills sin más contratiempos. Un taxi los esperaba en la calle, y Miles corrió a abrirle la puerta en un gesto torpe que pretendió ser galante y que Kaylee encontró irresistible.

—Has estado increíble ahí dentro —susurró Miles en su oído y luego la besó a conciencia, sin importarle que el conductor pudiera observarlos a través del retrovisor.

—Oye, oye, que el beso es siempre al final de la cita.

—Eso será en las citas de la gente normal. Pero tú y yo, cariño, no somos normales, así que nos besamos al principio de las citas y hasta puede que tengamos que escabullirnos a mitad de la cena para hacer algo más sucio.

Ella se rio de nuevo y supo que iba a ser una noche memorable.

Capítulo 16

La luz de la mañana alumbraba la escena y Miles Baker supo que jamás, en todo lo que le quedaba de vida, olvidaría aquella imagen, que la guardaría para siempre en el fondo de su retina y que sería lo último que viera cuando exhalara su último aliento, porque representaba todo lo que era valioso para él. Ajena al intenso estudio al que estaba siendo sometida, Kaylee tocaba la guitarra. Estaba sentada sobre la cama, entre sábanas desordenadas, con las piernas desnudas cruzadas, y vestida tan solo con su camiseta de los Smashing Pumpkins. Su largo cabello rubio, revuelto tras la intensa sesión mañanera de sexo, caía sobre uno de sus hombros, mientras que en el otro lado, gracias a la inclinación de la cabeza, mostraba en todo su esplendor la delicada curva del cuello, que él había lamido con insoportable lentitud tan solo una hora antes. La luz que entraba por la ventana parecía derramarse sobre ella, bañándola en un aura que le daba un cierto aire mágico, casi espiritual. Sus dedos acariciaban las cuerdas de la guitarra y canturreaba fragmentos de *Scarborough Fair*, hechizándolo una vez más con la suave cadencia de su voz. Tenía los labios inflamados por los besos y rojeces en el cuello y el escote. Miles pensó que tenía todo lo que quería en aquella cama: Kaylee y una guitarra. No necesitaba nada más.

Le habría gustado que aquel momento hubiera durado para siempre, pero Kaylee terminó la canción, dejó la guitarra a su lado y estiró las piernas.

—Canta otra —suplicó, deseando retroceder unos segundos en el tiempo, pero ella negó con la cabeza.

—Se me ha dormido la pierna izquierda... —replicó. Hizo un gracioso mohín y empezó a masajearse la zona dolorida—. ¿Hablamos de todo lo que anoche dejamos de lado?

Miles ahogó un bufido. Había sido una noche perfecta. Como si se hubieran puesto de acuerdo, ninguno de los dos sacó a colación la pelea con James o los planes de Andy. Salieron a cenar como cualquier pareja. Él no habló demasiado, pero escuchó y animó la charla de ella. Kaylee le contó que había solicitado plaza en un curso en Berklee, relató algunas divertidas anécdotas sobre su experiencia compartiendo habitación durante el primer año en la universidad y le explicó cómo conoció a Mia y a Colin y al resto de sus amigos, aquellos que él había visto alguna vez con James por Southwest Hills, aunque era incapaz de recordar ni uno solo de sus nombres.

—Fueron los primeros amigos que elegí yo, sin que mi madre les diera el visto bueno —explicó—. No me malinterpretes. Tengo buenas amigas en Boston. No fui una niña solitaria, pero

todas ellas pasaron primero el exigente filtro de mi madre. Ella siempre decidía qué personas eran adecuadas y con quiénes no debía perder mi valioso tiempo. Ahora me siento ridícula cuando pienso todo lo que le permití controlar, pero entonces no me daba cuenta de que ella decidía tantas cosas por mí. Me parecía lo normal, siempre había sido así... Incluso cuando empecé a notar que yo no tenía las riendas, apenas hice nada. Me refugiaba en el rock, a solas en mi cuarto, y el resto del tiempo cumplía con lo que se esperaba de mí. ¿Te parezco débil?

Negó con la cabeza. Nunca la consideraría débil. No cuando había sido capaz de soltar amarras, rebelarse ante las disposiciones de su madre y dejar atrás una vida cómoda y tranquila, un sólido proyecto de futuro por el que había trabajado con ahínco y la seguridad que proporcionaba una cuenta corriente saneada. Todo ello para perseguir un sueño incierto y confuso que tal vez se viera abocado al fracaso.

Tras la cena en el extraño restaurante ruso del Southeast, recomendado por Mia y George, donde comieron platos deliciosos aunque impronunciados, dieron un paseo nocturno por el Downtown, que interrumpieron con frecuencia para contemplarse arrobados o darse largos besos, como si no pudieran dejar de tocarse. A Miles aún lo sorprendían sus constantes ganas de besarla, nunca parecía tener suficiente de ella. Era una sensación nueva para el hombre que siempre había considerado prescindibles los besos y que, de repente, no podía pensar en otra cosa, tan solo en la boca de Kaylee, su sabor y lo bien que se sentía bajo sus labios.

Cuando regresaron a Southwest Hills, la casa estaba a oscuras. Todos dormían. Esperaba que Andy, tal como había hecho Gerry, hubiera optado por alojarse en un hotel, aunque intuía que la jefa de prensa estaba instalada en alguna de las dos habitaciones libres que quedaban en la vivienda. Dejó de pensar en su odiada enemiga en cuanto vio que Kaylee, tras darle un rápido beso en los labios, se dirigía con paso decidido a su dormitorio. Había pensado dormir con ella, pero el mensaje quedaba claro: nada de sexo aquella noche. Estaba equivocado, por supuesto. Ella solo había ido a su cuarto para lavarse los dientes y coger la camiseta que usaba para dormir. Al cabo de un rato, él recorría con los labios su columna vertebral, mientras ella pronunciaba su nombre entre suspiros de placer.

Así que habían hecho el amor, habían dormido, habían vuelto a tener sexo cuando despertaron y después Kaylee cantó para él. Había sido perfecto y él hubiera seguido así, en una burbuja de felicidad donde solo ellos tenían cabida, pero su chica no parecía dispuesta a dejar fuera el mundo exterior indefinidamente.

—¿De qué quieres que hablemos? —preguntó cuando Kaylee terminó de masajear su pierna y se sentó junto a él, con la espalda apoyada en el cabecero de la cama.

—De todo. Quiero saber qué pasa con Andy y, sobre todo, creo que ya es hora de que me hables de esto —dijo tocando con suavidad las desgastadas pulseras de cuero de su muñeca izquierda.

Se estremeció bajo su tacto. Aquella chica tenía la facultad de llevarlo al borde del precipicio y animarlo a saltar a lo desconocido, a explorar sus zonas ocultas, aquellas que nunca compartía

con nadie, las que intentaba exorcizar con su música y en las que después procuraba no pensar. Las guardaba bajo pesadas alfombras, con la esperanza secreta de que desaparecieran por arte de magia o que, al menos, nunca salieran a la luz, aquellas partes que el doctor Newman había tratado de sonsacarle con escaso éxito. Le había dado lo justo, lo imprescindible para que la rehabilitación no fuera un fracaso, y lo había hecho a regañadientes, pero entonces había llegado Kaylee, con sus ojos serenos y su sonrisa tranquila, y él deseó vaciar su alma, arrancarse el corazón y entregárselo en una bandeja, darle la llave del baúl donde guardaba sus recuerdos más dolorosos, que no eran precisamente los más tristes, sino los felices, los que nunca volverían porque se habían perdido para siempre tras el implacable paso del tiempo y la fría visita de la muerte.

Por un momento, quiso negarse. Le había dado mucho, más que a nadie en el mundo, y ella no parecía tener suficiente. Seguía pidiendo más y no pararía hasta tenerlo todo, hasta tenerlo por completo, y pensó que, si alguien debía tenerlo, si alguien iba a volar sus muros, levantar sus alfombras y abrir sus baúles, si alguien iba a sacar los esqueletos de los armarios y ponerlos a secar bajo la luz del sol, entonces ese alguien tendría que ser Kaylee Howard y nadie más. De forma que la miró a los ojos, esos ojos avellana que lo miraban confiados y llenos de amor, un amor que ninguno había confesado todavía y que, sin embargo, cada vez era más grande y más hermoso, y se rindió.

—No es lo que crees —confesó—. Y puede que te lleves una decepción.

—No creo que vayas a decepcionarme.

Miles desató con parsimonia las pulseras, una a una. Le costó un poco. Algunos de los nudos estaban demasiado apretados, e incluso en algún momento tuvo que usar los dientes, pero ella no lo apremió. Aguardó paciente a que él deshiciera las cintas y entonces Miles le tendió el brazo. Kaylee lo tomó con suavidad y observó con atención la cara interna de la muñeca, donde había quedado a la vista el tatuaje de una ola. Una ola embravecida que se alzaba orgullosa y fuerte, como si fuera a tragarse el mundo. Lo acarició con lentitud, recorriendo cada detalle del diseño con sus dedos cálidos que hacían cosquillas en su piel.

—The Wave[4] —musitó.

—James, Aaron y yo fundamos The Wave hace doce años. James y yo teníamos dieciséis y Aaron uno más. Para entonces yo ya tenía un cuaderno lleno de canciones, James era un brillante alumno de piano que soñaba con Juilliard y a Aaron le había enseñado a tocar la batería un amigo de su padre que tenía un grupo. Ensayábamos en el garaje del padre de Aaron y soñábamos con ser estrellas del rock. Nuestra primera actuación fue en el baile de graduación del instituto de Aaron y no tocamos más que una canción nuestra. El resto del repertorio eran versiones de canciones conocidas y tuvimos entonces nuestra primera pelea artística, porque yo no quería tocar la música de otros, solo la mía. James solo quería tocar, le daba igual el qué, y Aaron quería la pasta que nos iban a pagar, aunque al final se quedó en una cantidad ridícula, porque tuvimos que correr con un montón de gastos, como el alquiler de equipos y de una furgoneta para trasladarlos.

—¿Qué tal fue la actuación?

—Un desastre, pero a la gente le dio igual, especialmente a las chicas —explicó, riéndose entre dientes. No le dijo que aquella noche se lo acabó montando con la reina del baile en la furgoneta alquilada, mientras su novio y rey del baile se emborrachaba en los vestuarios masculinos con sus amigos del equipo de rugby. Tampoco le contó que James se escabulló al laboratorio con la presidenta del Club de Ciencias, ni que Aaron se despidió de la vida académica echando un polvo épico con la joven orientadora que estaba haciendo su período de prácticas en el centro y con la que había coqueteado descaradamente durante meses, ni llegó a decirle que los tres acabaron viendo amanecer en el patio de Aaron, mientras compartían unas cervezas que le birlaron a su padre.

—¿Y después?

—Vino una buena época. Ensayábamos mucho y fuimos consiguiendo actuaciones. Al principio nadie quería escuchar nada nuestro, solo versiones de canciones conocidas, aunque si insistíamos nos dejaban colar algún tema. Nos pateamos decenas de escenarios, grabamos un par de maquetas que enviamos a todas las discográficas, nos presentamos a concursos, participamos en algún festival... No parábamos. James y yo todavía estábamos estudiando, pero Aaron había terminado el instituto y entre semana trabajaba en la empresa de reformas de su padre. —Casi podía ver a los adolescentes que fueron. Eran tan jóvenes, tan brillantes, tan audaces, tan seguros de su talento... Querían comerse el mundo. Iban a comerse el mundo—. Luego James entró en Juilliard, el ritmo del grupo bajó y a Aaron le salió la oportunidad de tocar en un grupo que tenía una larga gira contratada. Se fue con ellos, y James y yo seguimos con The Wave. Pasaron varias baterías por el grupo, pero sin Aaron no era igual.

—Pero Aaron volvió... —apuntó Kaylee.

—Sí, volvió. No tuvo una buena experiencia en la gira... ¿Sabías que se casó por aquella época? No sé en qué estaba pensando... Creo que se sentía solo... En fin, el caso es que regresó y quiso que lo aceptáramos de nuevo en The Wave. Habíamos crecido y ganado en experiencia y decidimos darle un rumbo distinto al grupo. Empezamos una nueva etapa y lo celebramos haciéndonos los tres el tatuaje de una ola.

—¿James también tiene uno?

—Sí, en el tobillo. Y Aaron se lo hizo en la espalda...

—Un símbolo de amistad.

—Y de nuestro compromiso con el grupo.

Kaylee asintió y volvió a mirar el tatuaje. Lo acarició de nuevo y luego inclinó la cabeza y lo besó con suavidad. Era agradable sentir la calidez de su aliento en la piel.

—¿Lo tapaste después de su muerte? —preguntó en voz baja.

Miles tomó su mano y estudió durante un rato los dedos largos y elegantes. La pausa le sirvió para poner en orden sus pensamientos y tomar fuerzas antes de adentrarse en la parte más oscura de su relato.

—No he tenido demasiados amigos de verdad, Kaylee. He conocido a mucha gente, pero amigos auténticos, muy pocos. No soy un tío fácil de tratar, no me gusta que nadie se acerque demasiado y puedo comportarme a veces como un auténtico gilipollas. No tengo interés en caer bien y no me preocupa demasiado lo que les pase a los demás... Pero James y Aaron eran amigos de verdad. Eran mi familia, mis hermanos. Me seguían allá donde quisiera ir y siempre conté con su apoyo, incluso cuando hice algunas cosas estúpidas. Ellos siempre estuvieron ahí y la fama no cambió eso.

—Y luego Aaron murió...

Kaylee lo dijo con tono suave pero firme, como si decirlo en voz alta fuera importante. Y tal vez sí, lo era. Tal vez era necesario decirlo, gritarlo, dejarlo salir por fin para permitirle descansar en paz.

—Y luego Aaron murió —repitió Miles. Le ardían un poco los ojos, así que seguramente estaban húmedos, pero no le importó—. James lo encontró en su *suite*... Todavía puedo oírlo gritar, pidiendo un médico, aunque todos sabíamos que un médico no serviría ya de nada. Yo no conseguí reaccionar: estaba paralizado por dentro.

No lo entendía, quizás nunca llegó a entenderlo. Unas horas antes Aaron había estado lleno de vida, hablando y riendo como siempre. Había llamado a su mujer al bajar del avión y después estuvo en la rueda de prensa que dieron al llegar al hotel. Ian o Brian, como se llamara el dichoso asistente, los llevó a una fiesta tranquila que organizó para ellos un conocido productor musical australiano. Era una fiesta aburrida y se marcharon al cabo de una hora, acompañados de un par de chicas. Estuvieron tomando copas en el bar del hotel y después siguieron la fiesta en la *suite* de Miles. No fue diferente a otras noches, nada parecía augurar lo que iba a suceder horas después. Bebieron, se colocaron un poco, no más que otras veces, al menos él. Recordaba que hablaron de tonterías, que se rieron mucho, que a él le entró sueño, que James desapareció con una de las chicas y que al final todos se fueron porque él quería dormir. Fue una noche tranquila en comparación con las fiestas salvajes que solían celebrar. Nada memorable. Y fue esa noche, y no ninguna otra, cuando Aaron se pasó con la dosis y se murió solo, en su *suite*, sin nadie que le cogiera la mano, sin nadie a quien pedir ayuda o que, al menos, le hiciera compañía durante los últimos minutos que pasó en el mundo. Se murió solo, a los veinticinco años de edad, en el suelo de un hotel en un país remoto, a quince mil kilómetros de su mujer embarazada. ¿Habría querido llamar a sus amigos, que dormían a tan solo unos metros de distancia? ¿Habría esperado su ayuda en vano, con la esperanza de que alguno apareciera en el último momento para rescatarlo? ¿Pensó en ese hijo que no llegaría a conocer nunca? Tal vez no. Tal vez solo se había desmayado y no se había enterado de nada, pero aquella parecía una probabilidad remota, Miles lo sabía bien, así que durante mucho tiempo soñó con su amigo tendido en el suelo, consciente mientras la vida se le escurría entre los dedos, incapaz de hacer nada para retenerla.

—Está bien, Miles. —La voz relajante de Kaylee se abrió paso entre la bruma de sus recuerdos, de la culpa y de la tristeza, y se dio cuenta de que estaba envuelto en sus brazos

mientras farfullaba sobre la muerte en soledad de su amigo y otras incoherencias. El aire parecía quemarle en la garganta. Se aferró desesperado a su cintura y hundió la cabeza en el cuello esbelto que olía a almendras—. Todo está bien —repitió con el mismo tono calmado y le frotó la espalda, los hombros, los brazos, como si quisiera transmitir algo de paz a su mente torturada.

Permanecieron largo rato abrazados, hasta que al final él se incorporó un poco y la miró a los ojos. Estaban muy cerca, su nariz casi rozando la de Kaylee, y notaba como una dulce caricia el aire que escapaba de los labios entreabiertos de ella.

—Vas a acabar conmigo, rubia —dijo con voz seria. Luego la besó despacio, con mucha ternura, y ella se lo devolvió con el mismo sentimiento. Necesitaba sentirla cerca, muy cerca, sentir su piel, el latido de su corazón, la tibieza de su abrazo, como si solo su cercanía pudiera expulsar los oscuros pensamientos que se habían apoderado de él. Sin dejar de besarla, se aferró al bajo de su camiseta, empezó a subirla, descubriendo poco a poco cada centímetro de su abdomen y de sus senos, liberando su carne cálida y suave. Se separó de ella el tiempo necesario para que ambos se quitaran la ropa y de inmediato se tumbó de nuevo sobre su cuerpo, por fin piel con piel, sin nada que se interpusiera entre ambos.

Recorrió sus costados con las palmas abiertas hasta llegar a sus hombros y volvió a bajar con una caricia lenta que culminó en sus caderas. Las presionó con fuerza, como si agarrarse a ellas le permitiera aferrarse al mundo, a la vida, a todo lo bueno que había tenido alguna vez y que no era, ni de lejos, tan bueno como lo que tenía en aquel momento. Kaylee pareció notar su desesperación, porque abrió las piernas para recibirlo sin preámbulos. Se deslizó en su cálido interior y, cuando por fin estuvo por completo dentro de ella, se quedó muy quieto, luchando contra su propio cuerpo que le gritaba que empezara a moverse. Pero no lo hizo. Permaneció inmóvil, mirándola fijamente a los ojos, absorbiendo el calor que desprendía, el calor que ambos desprendían juntos, y notó que el dolor, la oscuridad y la culpa desaparecían hasta que solo quedó Kaylee, su mirada limpia, su respiración entrecortada, sus manos ancladas a su espalda.

La sintió temblar bajo él.

—Solo un momento —musitó.

Necesitaba un par de segundos más, concentrarse solo en Kaylee, en su belleza, en su luz, para después, muy despacio, empujar contra ella una, dos, tres veces. Kaylee rodeó su cintura con las piernas y lo abrazó con fuerza, como si ella también lo quisiera aún más cerca, más profundo, casi fusionados en un solo ser. Tal vez no podía suceder de otra forma, no cuando estaban en juego el amor, la vida, la muerte, la culpa y el deseo, pensó durante su último destello de lucidez.

Se despertó solo en la cama. Recordaba haberse derrumbado sobre Kaylee, abrazados, incapaces de soltarse, mientras recuperaban el resuello y la cordura. Ella lo acarició hasta que se quedó medio dormido y entonces sintió que lo besaba en la mejilla y le susurraba al oído que tenía que irse a clase. Ya no supo más hasta que se despertó solo y vio las pulseras sobre la mesilla de

noche. Se sintió desnudo y no era la falta de ropa la culpable de esa sensación, sino esas pulseras que habían sido su escudo, su muro de contención. ¿Debería tirarlas? ¿Volver a ponérselas? ¿Estaba listo para seguir adelante o solo para compartir su pasado con Kaylee? No obtuvo respuestas bajo el agua de la ducha ni tampoco en las cuerdas de su guitarra cuando empezó a componer el estribillo de un nuevo tema. La letra salió al tiempo que la música y apenas necesitó media hora para dar forma a su canción de despedida para Aaron. Solo cuando bajó a almorzar, tarareando la melodía de la pieza, a la que había titulado de manera provisional *Farewell to the Old Ghosts*, se dio cuenta de que las pulseras habían quedado olvidadas en la habitación.

—La música no es alimento —refunfuñó la señora Burrows cuando lo vio revolver el interior de la nevera, en busca de algo con lo que llenar su estómago vacío, que rugía desesperado porque había vuelto a saltarse el desayuno.

Miles ignoró la crítica. Encontró los restos de una ensalada de salmón y aguacate y se la comió de pie para no perder tiempo. Quería ir al estudio para dar forma a la nueva canción antes de que Kaylee regresara de la facultad. Le gustaría hacer algo divertido con ella. Algo que no implicara deprimentes conversaciones sobre el pasado o lidiar con el ceño fruncido de James.

—¿Lo pasaste bien anoche?

O tratar con Andrea Meyer.

—Muy bien.

—Os dije que no era buena idea salir juntos —dijo Andy, tomando asiento en uno de los taburetes altos de la cocina. Miles le lanzó una mirada hosca, deseando que fuera suficiente para ahuyentarla, pero en el fondo sabía que no serviría de nada.

—¿Qué quieres, Andy?

—Que dejes de estropearlo todo —respondió con severidad mientras le tendía el móvil. Mostraba una imagen de Kaylee y él la noche anterior. Los habían capturado mientras se daban un apasionado beso durante su paseo por el centro de Portland. Sintió un latigazo de rabia.

—¿Quién lo ha publicado?

Andy se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Alguien que os reconoció, un paparazi que te sigue la pista... Ya da igual. Está en todas partes y no es la única foto. Tú abriste la veda, la expusiste en público y...

—Lo sé, lo sé —gruñó—. ¿Cómo lo paramos?

—Te lo he dicho, Miles. Tenéis que mantener un perfil bajo. Ella no está lista para esto, se la comerán viva.

—Es más fuerte de lo que crees.

—Es joven y parece haber vivido demasiado protegida.

—No la conoces. Todo esto... —dijo, señalando el móvil—, a ella le dará igual. Es a mí al que le importa.

—No te importaba antes.

No, antes no le importaba. Le divertía incluso aparecer en la prensa y en Internet, ser el chico

malo del rock, escandalizar a la conservadora sociedad americana y sacudir un poco la conciencia colectiva con sus provocaciones. No le importaba que le robaran fotos con chicas, porque todas ellas fueron aves de paso, chicas sin nombre con las que el sexo era un acto puramente biológico. Ninguna había importado, ni siquiera Alison, su antigua compañera de piso, la única que captó su atención por algo más de un par de horas y a la que, sin embargo, no le importó exponer públicamente con aquella odiosa canción. Lo hizo porque era un imbécil, en ese momento lo supo, y algo parecido al arrepentimiento (una sensación pesada y desagradable) se instaló en su interior.

—No soy el mismo de antes —reconoció más para sí mismo que para Andy.

—Bueno, parece que mantienes lo poco bueno que había en ti entonces. —Él la miró sorprendido, como si el Miles del pasado no hubiera tenido nada positivo que ofrecer al mundo —. Sigues protegiendo a los que te importan, que son pocos, pero siempre fuiste leal a ellos. Solo espero que esta vez no lo hagas de forma tan ruda.

Pasó el resto del día en el estudio, concentrado en su nueva canción, y no se dio cuenta del paso de las horas hasta que sonaron unos golpes firmes en la puerta y Luke le anunció que Gerry quería reunirse con todos en el salón.

Kaylee ya estaba allí. Fue la primera persona que vio, a pesar de que se encontraba en una butaca del fondo. Le dirigió una media sonrisa, un poco tensa, y se fijó en sus profundas ojeras y su aspecto agotado. No parecía haber tenido un buen día. Se dirigió hacia ella, ignorando la mirada hostil de James y el ceño fruncido de Gerry. Luke, en un aparte, mantenía su habitual gesto aburrido, como si todo aquello no fuera con él, y Andy ni siquiera levantó la cabeza del móvil. Se sentó junto a su chica y la besó en el pelo. Ella esbozó una sonrisa cansada, aunque algo más relajada, y apoyó la cabeza en su hombro.

Gerry carraspeó y barrió la habitación con la mirada, evaluando a los miembros del grupo. No parecía satisfecho.

—Los de la discográfica no están nada contentos. Las fotos de hoy no han ayudado, desde luego. Este no es el regreso que habíamos previsto para The Wave. No se trataba de llenar las páginas de cotilleos, sino de relanzar al grupo.

—Creí que toda publicidad era buena —habló por fin Luke, que apenas había participado en las conversaciones de los últimos días.

—Depende. No cuando el grupo, y en especial su cantante, arrastran fama de inestables. Eso llama la atención del público, pero no es el único que nos interesa ahora mismo. Nos interesan la discográfica y los productores, y necesitamos cerrar una serie de contratos para conciertos, giras, publicidad, etcétera, que no conseguiremos si los que están al mando no confían en nosotros.

—En resumen, que Romeo y Julieta deberían dejar de meterse mano por toda la ciudad —apuntó James con inusual agresividad. Miles sabía cuánto había luchado su amigo por sacar adelante The Wave y la frustración que se estaba adueñando de él con los últimos acontecimientos, pero todo tenía un límite.

—Creo que deberías calmarte —le avisó. Nunca se había peleado con James. Habían discutido,

por supuesto, pero jamás se habían enfrentado el uno al otro de aquella manera.

—Seremos discretos a partir de ahora —intervino Kaylee y él asintió, corroborando sus palabras.

Gerry los estudió a ambos y pareció ablandarse.

—Está bien, chicos, yo también sé lo que es ser joven y estar enamorado, pero tenemos que tener cuidado. No podemos perder el contrato con la discográfica. Por eso he pensado que lo mejor es que preparemos una primera maqueta. No será la definitiva, claro, algo rápido que podamos enviar a la discográfica para que esos tipos escuchen el material en el que estamos trabajando. Queremos que vean que el disco es bueno, tan bueno que no quieran dejarlo escapar y se olviden de todo lo que ha pasado hasta ahora.

—Parece un buen plan —gruñó James, más tranquilo.

—Bien. Tendréis que tomaros los ensayos en serio durante esta semana y luego grabaremos la maqueta... Y, vosotros dos —añadió mientras los señalaba—, procurad no dejaros ver demasiado por ahí.

Kaylee se removió inquieta, aunque permaneció atenta al resto de la reunión, mientras Gerry daba algunas instrucciones y, cuando por fin terminó, se quedó atrás para hablar con él.

—¿Quieres que me quede? —preguntó Miles, pero ella negó con la cabeza, así que salió de la habitación y se fue con Luke y James a la sala de ensayos para mostrarles su nueva canción.

—Es muy buena, tío —reconoció un James más calmado—. Muy buena, de verdad. ¿Quieres cerrar con ella el disco?

—Sí, creo que es el punto final que necesita.

—El cierre de un viaje —dijo de pronto Luke. Los miembros originarios de The Wave se giraron sorprendidos. El batería no acostumbraba a intervenir en las conversaciones de Miles y James, como si solo ellos pudieran debatir y analizar la situación del grupo. Miles creyó que debería sentirse molesto porque Luke se inmiscuyera, pero descubrió que, en realidad, no le importaba. El tipo había sabido estar en su sitio y tal vez no vendría mal una tercera voz en el grupo. Nunca sería Aaron, por supuesto, pero podría llegar a caerle bien.

—¿Qué viaje? —preguntó, interesado.

—Está planteado como un viaje personal, ¿no? De la oscuridad de las primeras canciones hasta la superación final del dolor, la despedida de los viejos fantasmas.

Era la frase más larga que le habían escuchado pronunciar hasta entonces. Luke Henderson no era un hombre de muchas palabras, pero estaba claro que, cuando hablaba, sabía lo que decía. Miles asintió.

—Exacto.

—¿Es sobre Aaron? —James pronunció su nombre en voz baja, casi con reverencia, tal como ambos habían hecho durante los últimos años.

—En parte —reconoció—, pero no es lo único. Es todo a lo que me he tenido que enfrentar en los últimos años.

James parpadeó varias veces. Acababa de descubrir el tatuaje desnudo de Miles y parecía incapaz de apartar la mirada de la ola embravecida de su muñeca, como si no diera crédito a que él se hubiera atrevido al fin a mostrarla.

—¿Esto es por ella? —inquirió con voz ronca—. ¿Es esto lo que ella te hace?

Miles lo pensó detenidamente. ¿Era todo por Kaylee? Su proceso empezó antes de que ella llegara. Él luchó solo contra sus adicciones y dejó atrás al antiguo Miles, pero, de alguna forma, Kaylee y sus sentimientos por ella le habían dado el empujón final, el que necesitaba para salir del caparazón y cerrar algunos capítulos de su vida.

—Ella saca lo mejor de mí —reconoció.

James lo miró largamente antes de asentir con brusquedad y Miles supo que, a partir de aquel momento, su amigo no volvería a oponerse a su relación con Kaylee.

Capítulo 17

Gerry le había asegurado que mantendría su trabajo, aunque las redes sociales estarían a cargo de Andy, y le dio algunas tareas que debía llevar a cabo los próximos días para preparar los ensayos y la grabación de la maqueta. Durante la reunión, Kaylee pensó que iba a despedirla, así que fue un alivio saber que aún mantendría su empleo, a pesar de haber metido la pata. Sin embargo, Gerry no le echó nada en cara.

—Nunca lo había visto así —dijo antes de que ella abandonara la habitación. Lo miró con curiosidad, pero el agente tenía la vista fija en un cuadro y parecía hablar para sí mismo hasta que se giró en su dirección y la enfrentó—. Conocí a Miles cuando era un crío de veintiún años que quería comerse el mundo. La primera vez que hablé con él pensé que era un imbécil, otro chico engreído que creía que iba a ser una leyenda. Me he cruzado con unos cuantos como él a lo largo de mi carrera, pero Miles tenía algo que lo hacía diferente. Talento a raudales, eso desde luego, una determinación férrea y la capacidad de subyugar al público desde un escenario, pero había algo en él... Algo que lo hacía intocable, como si fuera imposible llegar a él de verdad, y, sin embargo, al mismo tiempo estaba todo ahí, en su música. Se exponía entero de una forma enrevesada y oscura, entregado por completo y, al mismo tiempo, inalcanzable. Resultaba contradictorio y magnético...

—Todavía lo es... —musitó Kaylee.

—Sí, todavía es contradictorio y magnético, pero tú, de alguna manera, has conseguido atravesar la barrera. Solo unos pocos tienen acceso al verdadero Miles y ni siquiera James o yo, o en su momento Aaron, llegamos a acercarnos tanto a él como parece que has hecho tú.

—Gerry, lo siento, yo no...

El agente alzó la mano y ella apretó los labios.

—No te disculpes. Es bueno para él y no estoy en contra de vosotros, si es lo que habéis llegado a pensar. Es solo que Miles es impulsivo y arrollador. En los últimos años ha estado como dormido, pero, no nos engañemos, era un dragón dormido. Ha despertado y a veces no mide sus impulsos. Simplemente arrasa.

—Pero yo no soy así.

—Bueno —Gerry sonrió como si supiera un secreto—, parece ser que una parte de ti lo es. Recuerda que te he visto sobre el escenario... —Mantuvo su sonrisa, pero luego volvió a ponerse

serio—. Bien, lo único que quería decir es que no me inmiscuiré entre vosotros, pero no toleraré nada que pueda afectar a The Wave. Le diré lo mismo a Miles cuando me reúna con él a solas. Es la última oportunidad del grupo, no creo que puedan conseguir otra, así que mi prioridad y la vuestra deber ser esa. ¿De acuerdo?

Kaylee asintió antes de abandonar la sala. Avanzó por el pasillo a oscuras. En algún momento, durante la reunión, había anochecido, pero calculó que aún podía sentarse al piano durante una hora y practicar. La profesora Armstrong le había llamado la atención por saltarse demasiadas clases y, aunque tenía créditos suficientes para permitirse algunas ausencias, no le gustaba descuidar sus obligaciones.

Se dirigió al sótano, pero le llegó el sonido de unas risas relajadas y cambió el rumbo de sus pasos. Durante la reunión, Miles y James parecían dispuestos a llegar a las manos. No le había gustado asistir al enfrentamiento entre los dos amigos. Las risas se escucharon de nuevo. ¿Eran Miles y James?, se preguntó extrañada. Titubeó antes de empujar la puerta, pero al final lo hizo. Allí estaban los tres músicos, cada uno en su posición, como si hubieran estado tocando. Hablaban con cordialidad e incluso Luke parecía algo interesado en la conversación. Atónita, los contempló, tratando de comprender qué había cambiado en la última media hora.

—Hola, Kaylee. —Luke fue el primero en descubrirla y levantó la barbilla en su dirección.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó, desconcertada, pero James la miraba risueño y Miles se acercó a ella.

—¿Todo bien con Gerry? —preguntó en voz baja.

Ella asintió. Miles la estudió durante unos segundos, como si tratara de leer la expresión de su rostro, y luego se inclinó para darle un beso que quiso ser rápido, aunque al final se demoró más de lo debido.

—Bien. ¿Quieres escuchar la canción con la que vamos a cerrar el nuevo disco de The Wave?

—¿La canción con...? —Lo miró confusa—. ¿Cuándo has escrito una nueva canción?

—Hoy, mientras estabas en clase. Tenía que entretenerme con algo hasta que volvieras —dijo con tono burlón, mientras le daba la espalda. James se rio y ella se volvió desconcertada hacia el teclista. Estaba claro que habían arreglado las cosas entre ellos, aunque no entendía cómo había pasado tan rápido.

—Siéntate, rubia... —empezó a decir James, pero Miles lo interrumpió.

—Solo yo la llamo rubia —indicó con cierta amenaza velada en su voz, que lejos de ofender a su amigo, lo hizo reír.

—Está bien, está bien, hombre de las cavernas. Solo Kaylee —dijo, conciliador, y luego se dirigió a ella—. Lo siento.

Había algo más en esa disculpa, algo más hondo que abarcaba los acontecimientos de los últimos días. ¿Podía ser tan fácil? James no parecía un hombre que se enfadara a menudo, pero The Wave era su sueño y lo había visto tambalearse. Supuso que tenía derecho a haberse enfadado con ellos.

—Yo también lo siento —dijo y ambos parecieron entender que aquello ponía punto final a la pelea—. Venga, quiero oír esa canción.

Tocaron *Farewell to the Old Ghosts*. Durante toda la interpretación, fue incapaz de quitar los ojos de Miles. ¿Sería siempre así? ¿Su voz siempre rodaría bajo su piel hasta adueñarse de ella? Pero ya no era solo su voz. Era todo él, cada parte de él, del hombre, del músico, del poeta. Nunca había sido así con Henry, aunque lo había querido mucho, pero no lo había amado con esa desesperación que rayaba casi en la locura. No creía que fuera buena tanta intensidad, ni siquiera estaba segura de que pudiera ser duradera, pero no podía luchar contra lo que sentía. Por primera vez en su vida, solo podía dejarse llevar. Tal vez con Miles no podía ser de otra forma: él la arrastraba y ella derribaba sus muros.

—¿Qué te parece? —preguntó Miles cuando terminaron.

—Es perfecta. Es justo lo que necesitaba el disco y tú también, como si estuvieras cerrando una etapa.

—Vale, estamos todos de acuerdo —dijo James—. ¿Pedimos una pizza? Estoy muerto de hambre.

Los ensayos para grabar la maqueta comenzaron al día siguiente. Kaylee logró escabullirse un par de horas para asistir a clase y comer un sándwich rápido con Mia y Colin. No había visto a sus amigos desde el concierto y le sentó bien alejarse de Southwest Hills durante un rato, volver a ser una universitaria normal, o casi normal, porque no se le escaparon algunas miradas curiosas o incluso algún cuchicheo a su paso. El vídeo del concierto y las fotos habían tenido más repercusión de la que creía.

Sin embargo, no tenía tiempo para preocuparse por unos cuantos rumores en los pasillos de la universidad. No solo las clases y los ensayos la mantenían ocupada. Gerry regresó a Nueva York, pero le había dejado una larga lista de tareas, como buscar un estudio de grabación con disponibilidad inmediata y que garantizara cierta calidad para la primera maqueta, rastrear en Internet todo lo que se publicara sobre el grupo (casi todo sobre ella y Miles, lo que no resultaba agradable, aunque, por suerte, nadie había conseguido demasiada información sobre Kaylee Howard), contratar a una empresa para el traslado de equipos, organizar el viaje y alojamiento de un conocido fotógrafo que les haría un reportaje y también el de una asesora de moda que Andy insistió que necesitaban para dar al grupo un cambio de imagen. Por supuesto, la última sugerencia había desatado una violenta discusión en Southwest Hills. Miles y Luke se negaron a que nadie les dijera cómo tenían que vestirse, James quiso que le aseguraran que podría mantener su peculiar estilo y hasta Kaylee se mostró reacia a dejar que nadie eligiera lo que debía ponerse. Su madre lo había hecho durante demasiado tiempo y no le gustaba la idea de volver a ceder el control.

—Solo hará unas sugerencias, ¿de acuerdo? —casi gritó Andy, exasperada, tras la enésima discusión sobre el tema—. No tenéis más que miraros: James parece sacado de un catálogo de

moda posmoderna, Luke un oscuro motero, Miles se pone lo primero que pilla de su armario que no esté demasiado arrugado y Kaylee... No sé ni siquiera como definir tu estilo, pero desde luego no es rockero ni se parece a nada que conozca. La imagen lo es todo y necesitáis cuidarla.

Al final todos accedieron a reunirse con la asesora después de la grabación y escuchar sus propuestas. Andy se dio por satisfecha.

El grupo ensayaba mañana y tarde, pero las noches eran de Miles y ella. No habían vuelto a salir de Southwest Hills juntos, pero no les importaba. Les bastaba con tenerse el uno al otro al final del día. Miles prácticamente se la echaba al hombro en cuanto terminaban la última canción, sin hacer caso de sus risueñas protestas o de las burlas de James, y la arrastraba a algún lugar en el que pudieran estar a solas para besarla con ganas.

—Llevo todo el día deseando hacer esto —aseguraba cuando conseguía calmarse un poco y ella se reía, porque era feliz viéndolo sonreír.

Luego se reunían con el resto para cenar y pasar el tiempo en el salón. A veces veían una película o una serie, jugaban a la Xbox y al Monopoly e intentaron enseñar a Kaylee a jugar al póker, con escaso éxito, porque resultó ser un completo desastre. Miles estaba más relajado en presencia de Andy, y Luke parecía integrarse cada día un poco más, aunque seguía sin ser un tipo demasiado hablador.

Kaylee prácticamente se había trasladado al cuarto de Miles. Aún mantenía la mayor parte de sus cosas en su propia habitación, pero dormían juntos todas las noches. Se despertó cada mañana con los besos de Miles, que parecía incapaz de dejar de tocarla, y le encantaba la sensación de salir del sueño con los labios del rockero recorriendo su cuello, su espalda o su abdomen. Incluso después de la ducha, ella podía sentir el olor a él en su piel, esa mezcla a menta, jabón y tabaco, aunque cada vez fumaba menos, apenas un par de cigarrillos al día. Cuando se lo dijo, se encogió de hombros.

—Es porque nunca encuentro el tabaco que me escondes.

—¡Yo no te escondo el tabaco! —protestó, aunque estaba agradecida a quien fuera que le escamoteara los cigarrillos—. Debe de ser James —sugirió medio en broma, medio en serio.

Fueron días felices, días en los que no necesitaron nada más de lo que tenían: el uno al otro, la música, los amigos... El grupo estaba aislado y Kaylee era la única que se asomaba un poco al mundo exterior, tan solo el tiempo suficiente para ir a clase o atender alguna de las demandas de Gerry, pero tenía la sensación de moverse muy deprisa fuera de Southwest Hills para poder regresar cuanto antes a la burbuja. Incluso Andy, que había instalado su oficina en el despacho de la planta baja, apenas abandonaba la casa. Durante esa semana los cinco parecieron vivir en una realidad paralela al resto de la humanidad, como si el mundo se hubiera detenido y no importara nada de lo que sucediera más allá del jardín, más allá de la música, el sexo, las largas conversaciones, las risas, los juegos... Los días empezaban a ser un poco más cálidos y más largos, aunque las noches seguían siendo frías y la lluvia, siempre la lluvia, parecía reacia a abandonar la ciudad.

Por supuesto, el encierro no podía durar eternamente. Kaylee quiso ir al concierto de Mia en el Instituto de Arte Contemporáneo y Miles se empeñó en acompañarla.

—¿Es que no has aprendido nada? —le gritó Andy y se enzarzaron en una violenta discusión que hizo volar por los aires la cordialidad con la que se habían tratado los últimos días.

—No me reconocerá nadie. ¡Es un concierto de música clásica! Ese sitio estará lleno de gente que es fan de Bach, no de The Wave, e iré de incógnito. No me quitaré las gafas de sol o me pondré una gorra...

—¡Claro, Miles, porque la gente va con gafas de sol y gorras a los conciertos de música clásica! ¡Seguro que no llamas nada la atención!

—Seremos discretos —prometió Kaylee con tono conciliador—. Ni siquiera nos cogemos de la mano...

—¡Ja! —intervino James y luego, al ver que todas las cabezas se habían volteado en su dirección, se encogió de hombros—. ¿Qué pasa? No hay quien se crea eso. El tipo es incapaz de quitarle las manos de encima...

—No eres de ayuda —gruñó el cantante.

—No pretendo serlo. Solo quiero que no volváis a fastidiar al grupo.

—No voy a fastidiar nada. Voy a ir con mi novia a un concierto y no hay más que hablar.

La palabra «novia» cayó en medio de la habitación como un jarro de agua helada. Todos se quedaron en silencio y Kaylee tragó saliva, porque Miles y ella habían hablado de muchas cosas, algunas muy personales e íntimas que nunca le habían contado a nadie, pero en ningún momento habían tratado sobre su propia relación y a ella no le apetecía tener esa conversación en público, así que ignoró el elefante en la habitación y se giró hacia Andy.

—No haremos nada que ponga en evidencia al grupo —prometió, y Andy accedió a regañadientes, tras enunciar una docena de amenazas si aparecía en Internet una nueva imagen de la pareja.

Al final, todos salieron. Luke, James y Andy se fueron a un bar, donde el batería había quedado con unos amigos, y Miles y Kaylee se prepararon para ir al concierto. Ella se puso un elegante vestido negro y él sacó de algún rincón de su armario unos *chinos* negros y una camisa blanca, pero no se había afeitado, lo que acentuaba su aire rebelde y masculino. Kaylee pensó que iba a ser difícil mantener la promesa hecha a Andy. Miles Baker era tan atractivo que resultaría imposible no atraer la atención y había bastantes probabilidades de que alguien lo reconociera.

—¿Estás segura de que quieres ir al concierto? —preguntó él mientras la recorría con ojos depredadores, pero Kaylee se rio y lo empujó hacia el taxi.

—Vamos, le prometí a Mia que estaría allí. Nunca faltó a sus actuaciones.

Una vez dentro del taxi, y tras dar la dirección del Instituto de Arte Contemporáneo, al otro lado del río Willamette, Kaylee se acercó a él con sonrisa pícaro. Algo aleteaba dentro de ella, una emoción cálida y tierna que se había acostumbrado a sentir en presencia de Miles.

—Parece ser que soy tu novia...

—Sabía que no ibas a dejarlo pasar —gruñó el áspero rockero, mientras ponía los ojos en blanco.

—Es que a lo mejor me he perdido alguna conversación sobre nosotros —continuó con el mismo tono burlón y tierno—. Así que... ¿son serias tus intenciones conmigo?

Él se rio y a ella le encantó aquella carcajada ronca y espontánea. Unos meses atrás no hubiera creído que Miles Baker supiera reír y mucho menos que ella pudiera ser la artífice de su buen humor.

—Muy serias, rubia —sentenció antes de besarla durante el resto del trayecto, sin hacer caso de las furibundas miradas del taxista. Cuando llegaron a su destino, Kaylee comprobó en uno de los espejos retrovisores del taxi que no quedaba ni rastro de su pintalabios y que volvía a tener la piel enrojecida por los impetuosos besos de su novio.

—Se supone que debemos ser discretos —le recordó en susurros, aunque sin poder reprimir una sonrisa, y él la miró con expresión de fingida inocencia.

—Nadie nos ha visto en el taxi y no pienso volver a tocarte hasta que estemos a solas.

No le creyó, pero él ya estaba avanzando hacia Colin, que los esperaba en la puerta, y se pusieron a hablar sobre un nuevo modelo de guitarra eléctrica que acababa de salir al mercado. Kaylee reconoció entre los asistentes a otros alumnos de la PSU e incluso a algunos profesores que esperaban para entrar en la sala. El concierto formaba parte del programa de un conocido festival de artes y el cuarteto de Mia estrenaba la obra de un profesor de la facultad, que tenía cierta fama como compositor. Por este motivo, estudiantes y profesores de la academia habían conseguido entradas para ver la actuación. Saludó a un par de compañeras, que sonrieron con demasiada efusividad en su dirección para después clavar sus miradas en Miles y cuchichear entre ellas.

—Vamos dentro —los apremió. Cuanto menos tiempo se expusieran, menos posibilidades había de que su foto acabara en algún perfil de Instagram o Facebook. Le daba igual que su imagen estuviera por ahí o los rumores de internautas cotillas, pero no quería romper la frágil confianza que Gerry y Andy habían depositado en ellos.

Una vez en sus asientos, respiró tranquila. En cuanto se apagaran las luces, pasaría el peligro.

—No te preocupes tanto, rubia. No pasa nada —susurró Miles, inclinándose sobre ella. A su otro lado, Colin examinaba el programa con atención.

—No quiero que haya más problemas con Gerry.

—No vamos a vivir encerrados. —Los ojos verdes la miraron con su habitual intensidad y un escalofrío recorrió su columna vertebral. Tal vez algún día se acostumbraría al fuego que irradiaba Miles Baker—. Hemos prometido comportarnos y así será. No haré nada escandaloso ni llamativo, y mucho menos nada que pueda dañar tu imagen, pero no voy a esconderme. No vamos a escondernos —rectificó—. Vivo encerrado cuando yo lo decido, porque quiero, porque lo necesito, pero no por miedo a que alguien me haga una foto o por lo que vayan a decir sobre mí en un foro de Internet un montón de desconocidos. Y sé que a ti tampoco te importa...

—Los de la discográfica...

—A la mierda los de la discográfica —dijo sin levantar la voz—. A ellos solo les importa el dinero. Pueden ponerse todo lo remilgado que quieran, pero no van a controlar nuestra vida.

Las luces se apagaron, pero ellos siguieron mirándose en la oscuridad hasta que el movimiento del escenario les hizo girar las cabezas y concentrarse en la actuación. El estreno consistía en una pieza contemporánea, que mezclaba distintos estilos y técnicas musicales y que se apoyaba en conocidas melodías de música de cámara distorsionadas. A Kaylee le pareció algo pretenciosa, pero Mia y sus compañeros estuvieron magníficos. De vez en cuando, observaba a Miles de reojo, preguntándose si se aburriría, aunque el rockero parecía atento a lo que sucedía en el escenario y en un momento particularmente intenso, deslizó su mano sobre la de ella y ya no la soltó hasta que finalizó la actuación.

—¿Te ha gustado? —preguntó mientras aplaudían.

—No mucho, aunque tu amiga es bastante buena —se apresuró a añadir—. Pero la obra trataba de abarcar demasiado y, en realidad, no decía nada.

Colin se unió a la discusión y los tres salieron del teatro, inmersos en una animada charla. Ya en la calle se encontraron con el novio de Mia, que estaba acompañado de un amigo, y esperaron durante un buen rato a que salieran los intérpretes. Para alivio de Kaylee, los asistentes se habían ido dispersando y ya apenas quedaban unos pocos grupos que no miraron ni una sola vez en dirección al líder de The Wave.

Por fin, salieron los músicos. Mia, eufórica, los abrazó a todos y presentó a Miles al resto del cuarteto, pero ninguno de ellos hizo amago de reconocer al rockero.

—¿Dónde nos tomamos algo para celebrarlo? —preguntó Mia, mientras se colgaba del brazo de George.

—Nosotros deberíamos volver... —empezó a insinuar Kaylee, pero Miles negó con la cabeza.

—¿Siempre os tomáis algo después de los conciertos?

—Claro. Excepto en aquellos en las que el cantante secuestra a la chica... —recordó Mia con cierta malicia. Miles se rio entre dientes y guiñó un ojo a Kaylee. Estaba tan encantador, tan lejos del huraño Miles Baker, que accedió de inmediato y todos se trasladaron a un bar cercano.

—¿Estarás bien aquí? —preguntó Kaylee en voz baja mientras todos se acercaban a la barra para pedir sus copas.

—No te preocupes, rubia. No voy a recaer por entrar en un bar.

—No es eso...

—Ya lo sé.

Se miraron en silencio. Él alargó la mano y le acarició un mechón rebelde que se había escapado de su horquilla.

—No quiero beber, ni siquiera me apetece. Hay veces que veo a Luke con una cerveza y echo de menos su sabor. Pienso que no pasaría nada por tomar una, que no recaería... Pero entonces recuerdo todo lo que he luchado para llegar hasta aquí y que mis adicciones casi me cuestan la

vida. Puedo ser oscuro y tener mal humor, pero no tengo ningunas ganas de morirme. No las tenía ni siquiera cuando toqué fondo.

—Vale.

Ambos pidieron *ginger ale*, a pesar de que Miles insistió en que Kaylee tomara una copa si le apetecía.

—No suelo beber alcohol, solo lo tomo de vez en cuando y esta noche no me apetece.

Fue una noche divertida y relajada. Mia contó divertidas anécdotas de la facultad, Colin se emborrachó un poco e intentó ligar con una chica que le dio calabazas y George les habló largo rato sobre una expedición geológica a la que se sumaría como becario en verano.

—Andy no podrá tener queja. No ha habido ningún contratiempo y hemos sido muy cuidadosos —suspiró Kaylee satisfecha cuando entraron en el taxi que los llevó de vuelta a Southwest Hills.

—¿Puedo meterte mano ya? Porque me ha costado un mundo contenerme en ese bar —aseguró Miles con gesto serio. Kaylee se rio y se dejó besar a conciencia durante el trayecto de regreso, de forma que, cuando llegaron a casa, ambos tenían el pelo alborotado y las ropas arrugadas y Miles tuvo que dejar una buena propina al enojado taxista que mascullaba sobre los jóvenes y su incapacidad para contener la lujuria.

Ambos subieron las escaleras a toda velocidad para llegar cuanto antes al dormitorio y empezaron a quitarse la ropa nada más cruzar la puerta, pero en cuanto cayeron sobre la cama, dejaron de lado las prisas y se tomaron su tiempo.

Escucharon los gritos de Andy mientras desayunaban. La señora Burrows había preparado una torre de tortitas de plátano y ambos daban buena cuenta, mientras se miraban embelesados. Luke había abandonado la mesa con gesto asqueado, mientras mascullaba contra el exceso de azúcar, y James, que ignoraba deliberadamente a la pareja, revisaba las noticias políticas en su móvil.

—¡Dijisteis que podía confiar en vosotros! ¡Que no habría más imágenes vuestras!

Andy entró hecha una furia en la cocina y todos levantaron la cabeza sorprendidos. La jefa de prensa de The Wave dejó el móvil sobre la mesa con un golpe seco. En la pantalla se veía una imagen: el amigo de George se había hecho un *selfie* en el bar y, detrás de él, se veía con claridad a Miles y Kaylee, riendo, cada uno con su copa en la mano. Andy deslizó el dedo por la pantalla y dejó ver cuatro o cinco imágenes más, en las que también salían ellos en actitud de estarlo pasando bien.

—Andy, no es nada. No nos dimos cuenta de que hacían las fotos, pero están bien. No nos estamos besando ni haciendo nada escandaloso.

—¿Tú crees, Miles? —La voz de Andy sonó acerada—. ¿Quieres saber lo que se comenta por Internet? Miles Baker vuelve a las andadas... —leyó—. El cantante de The Wave retoma viejos hábitos... ¿Quieres que siga? —Andy miró exasperada los gestos de sorpresa de la pareja—. ¡Estabas en un bar, Miles! ¡Con una copa en la mano y riéndote a carcajadas!

—¡Era *ginger ale*! —se defendió el rockero.

—Da igual lo que sea. Lo que importa es lo que parece y lo que parece es que estás en un bar tomando copas y pasándolo bien.

—Estoy con mi novia y unos amigos. Por supuesto que lo estoy pasando bien, pero no bebí ni una sola gota de alcohol y Kaylee tampoco.

—No teníais que haber salido...

—No vamos a escondernos, Andy —dijo Miles con voz cansada, dando por finalizada la discusión.

La jefa de prensa buscó con la mirada a Kaylee, pidiendo apoyo, pero ella se encogió de hombros. Miles tenía razón y no podían vivir pendientes de los móviles que los rodeaban o de los comentarios maliciosos en Internet.

—Tengo clase —anunció antes de recoger sus cosas y marcharse a la facultad.

Por suerte, allí nadie pareció mirarla con demasiada atención, por lo que creyó que la reacción de Andy había sido exagerada. Asistió a clase, pasó por la biblioteca para devolver algunos libros, almorzó con Mia, tuvo una tutoría con la profesora Armstrong, que le dio fecha para su recital de fin de carrera, y regresó a Southwest Hills. Deseaba acurrucarse junto a Miles para ver una película, pero aún tenía que ensayar los dúos con el grupo y practicar un rato al piano. Sin embargo, la señora Burrows la interceptó en cuanto cruzó la puerta.

—Tienes visita. Te está esperando en el salón desde hace un buen rato.

Kaylee supo, sin necesidad de que el ama de llaves se lo dijera, que su madre estaba allí. Se palpó la trenza, se alisó las ropas con la mano y tomó aire antes de dirigirse hacia el salón.

Linda Foster la esperaba junto a la ventana. Contemplaba el jardín y ni siquiera se volvió cuando su hija entró en la habitación. El elegante perfil resultaba ilegible.

—Pensé que entrarías en razón al cabo de una o dos semanas —dijo al fin sin apartar la mirada del exterior—, pero has seguido empeñada en tu ridícula idea de ser cantante de rock, te has mudado a una comuna y por todo Internet hay imágenes tuyas de lo más inapropiadas. ¿Qué será lo siguiente, Kaylee?

La decepción y el enojo eran palpables en el tono de su madre. Quiso reír, porque le parecía delirante que describiera Southwest Hills como una comuna, pero había asuntos más importantes que sus compañeros de casa.

—Yo también creí que entenderías que debo tomar mis propias decisiones.

—¿Tus decisiones pasan también por un alcohólico y drogadicto que tuvo cuatro minutos de fama?

—No hables así de Miles —cortó, tajante—. Ha superado sus adicciones y es digno de admirar. Es un luchador, un gran hombre y un músico increíble. No se merece que reduzcas su vida a una línea despectiva. No sabes nada de él.

Su madre por fin se dio la vuelta y la estudió con ojos entornados.

—¿Te has enamorado? ¿De ese rockero? —bufó incrédula—. ¿Estás tirando tu carrera por la

borda a causa de ese chico?

—Miles no tiene nada que ver con mi decisión de ser cantante —afirmó, ignorando la pregunta sobre sus sentimientos. No pensaba discutir con ella sobre su relación. Cuando era una adolescente, permitió que su madre aprobase a su novio. Por suerte, Henry había contado con el visto bueno de Linda Foster, pero Kaylee no podía evitar preguntarse qué habría hecho si le hubiera prohibido salir con él. Odiaba reconocerlo, pero una parte de sí misma intuía que habría acatado sus órdenes. Por suerte, aquella Kaylee había quedado atrás.

—Quiero que acabes con esta tontería, que vuelvas a Boston y cortes con ese chico. Quiero que vuelvas a ser la misma de siempre. Hemos tenido suerte y aun no te han relacionado conmigo gracias a que mantuve mi apellido de soltera, pero tarde o temprano acabarán descubriendo que eres mi hija. He cuidado mucho mi reputación y no puedo...

—¡Esto no es sobre ti! —exclamó Kaylee al fin—. No tiene nada que ver contigo...

—Eres mi hija, por supuesto que tiene que ver conmigo. No soy el monstruo que piensas, quiero lo mejor para ti y, sí, claro que me preocupo por mi reputación profesional. Me ha costado mucho labrármela y no quiero ver manchada mi carrera.

—Nunca he dicho que seas un monstruo, pero no puedes controlarme como lo hacías. Yo necesito hacer esto, buscar mi propio camino, cometer mis errores y ganar mis aciertos y me gustaría contar con tu apoyo, pero incluso sin él seguiré adelante.

El sol empezaba a ocultarse y la habitación se vio inundada poco a poco de una tonalidad rosada, que suavizaba el ambiente. Madre e hija se observaron desde la distancia. Linda avanzó unos pasos y el corazón de Kaylee palpitó nervioso. ¿Sería posible que su madre por fin la hubiera entendido? La vio inclinarse sobre el sofá y recoger su bolso, después caminó decidida hacia ella. Le colocó un mechón suelto detrás de la oreja y negó con la cabeza.

—Vuelve a Boston, Kaylee. No permitiré que destroces tu carrera ni que te ates a una relación a todas luces inadecuada. Haré lo que sea necesario para evitarlo. Mi nombre significa algo en la industria de la música y no dudaré en utilizarlo si hace falta. Deja a ese chico y olvida la idea de ser cantante de rock. No permitiré que sigas adelante con ninguna de las dos cosas.

Los tacones de su madre siguieron resonando en los oídos de Kaylee tiempo después de que Linda Foster hubiera abandonado Southwest Hills.

Capítulo 18

Grabaron la maqueta en dos días y durante otros dos editaron el material. Miles sabía que era una muestra imperfecta de su trabajo, hecha con prisas y sin acabado profesional, parecida a las maquetas que grababan cuando eran unos jóvenes desconocidos para enviarlas a las discográficas. Gerry, que había vuelto de Nueva York para supervisarlos, se mostró satisfecho. Esperaba que aquello fuera suficiente para calmar las dudas de los ejecutivos de la discográfica y volvió a Manhattan con la maqueta bajo el brazo.

—¿Crees que valdrá? —preguntó James mientras Miles sacudía el saco de boxeo en el gimnasio del sótano.

—Claro que sí —aseguró sin mirar a su amigo, concentrado en cada golpe. Había vuelto a hacer ejercicio de forma regular, porque desde que compuso *Farewell to the Old Ghosts* se sentía vacío por dentro.

Siempre le pasaba igual cuando terminaba la composición de un disco, pero esta vez su reacción fue más exagerada. Por un lado, había dejado demasiado de sí mismo en aquel álbum, se había vaciado, letra a letra, nota a nota, casi desangrándose, hasta sacar todo el dolor y el miedo que llevaba dentro, hasta quedarse vacío de oscuridad, esa oscuridad que era, a fin de cuentas, el motor de sus creaciones. Era como si se hubiera limpiado por dentro y, quizás, esa era la razón por la que no podía componer nuevas canciones.

Le acechaba un nuevo temor y no necesitaba llamar al doctor Newman (que lo hizo) para saber de qué se trataba: después de tantos años sin componer, le producía pánico volver a hundirse en el silencio. ¿Y si aquellas canciones eran el coletazo final? Llevaba dos semanas sin escuchar ninguna nueva melodía en su interior, sin escribir un solo verso, y aquello no le parecía una buena señal después del arranque de creatividad de los últimos tiempos. No le dijo nada a Kaylee de sus temores. Ella se había quedado preocupada tras la visita de su madre y debía concentrarse en sus exámenes finales y en el recital de fin de carrera. Así que decidió que golpear el saco era una mejor manera de dar salida a sus preocupaciones. No quería dejarse caer otra vez. Tenía a Kaylee, un disco que grabar, una gira en el horizonte... Eran cosas buenas, demasiado buenas para dejarse llevar por miedos improbables. Así que dio un nuevo golpe al saco, se secó el sudor de la frente y decidió que ya había tenido suficiente autocompasión por aquel día. Se despidió de James, que estaba haciendo un ciclo de abdominales, y subió a su cuarto para darse una ducha.

La puerta de Kaylee estaba cerrada y se detuvo, indeciso. Dio dos suaves golpes, pero, al no recibir contestación, bajó el picaporte y asomó la cabeza en el interior. Kaylee estaba tumbada sobre la cama, profundamente dormida, con una novela abierta sobre el pecho. Se le hizo extraño verla tumbada sobre otra cama que no fuera la de él, ya que desde el concierto en el Blackheart habían pasado juntos todas las noches, primero en el hotel y después en su habitación de Southwest Hills.

Se acercó a ella y la estudió con atención. Profundas ojeras circundaban sus ojos y supo que eran producto de su desasosiego y no de las largas sesiones de sexo o del exceso de trabajo. Estaba inquieta. Lo había estado desde la visita de su madre, de la que Miles se enteró cuando Linda Foster ya se encontraba de camino al aeropuerto y sobre la que no había logrado arrancarle nada más que algunas vagas explicaciones. Se sintió culpable por estar agobiado por temores absurdos en vez de cuidar de su novia. Se suponía que ya no era ese tipo, el egoísta Miles Baker que no veía más allá de sí mismo. O tal vez sí, tal vez resultaba más difícil de lo que uno creía evitar los viejos hábitos.

Acarició con ternura el cabello rubio que se desparramaba por la almohada. Le hubiera gustado borrar la preocupación que leía en su ceño fruncido, poco habitual en su semblante. La tranquila Kaylee. La dulce Kaylee. Con cuidado, recogió el libro que había estado leyendo. Vio un marcapáginas y lo utilizó para señalar el punto de lectura, antes de dejar la novela sobre la mesilla de noche. Quiso tumbarse junto a ella y abrazarla, hundir la nariz en la curva de su cuello y preguntarle, una vez más, por qué la visita de su madre la había alterado tanto. Quizás esta vez ella no fingiría que solo había sido una pequeña discusión. Resultaba curioso que Kaylee hubiera sido capaz de tirar todos los muros que él había construido durante años, muros gruesos e impenetrables que la mayoría de la gente no llegaba ni a rozar, y que, en cambio, a él le fuera tan difícil tirar la única barrera que ella había interpuesto.

Se levantó con cuidado para no despertarla. Ella hizo un delicioso ruidito, casi como un ronroneo, que lo atrajo de nuevo a su lado. Estaba completamente colado por esa chica y bastaba un leve parpadeo para ponerlo de rodillas. Pensó que desde fuera debía verse un poco ridículo, tan enamorado como un adolescente, pero no le importó. Amaba cada centímetro de piel y de alma de esa mujer, aunque no había sido capaz de confesarle la profundidad de sus sentimientos. Se lo diría, por supuesto, quizás un poco más adelante, cuando supiera cómo hacerlo sin asustarla con su impetuosidad. Para ser alguien que nunca se había enamorado, había caído con todo el equipo.

Trató de incorporarse de nuevo, pero ella se giró, se frotó los ojos y lo miró a través de dos rendijas de color avellana.

—¿Ha llamado Gerry? —preguntó con voz somnolienta.

—No, aún no. Sigue durmiendo, pareces cansada.

—Acuéstate conmigo —pidió, mimosa.

—Estoy sudado. Tengo que darme una ducha.

—No importa, no me molesta. Túmbate conmigo en la cama y abrázame.

Nunca le negaría nada a esa chica, pensó mientras se tendía junto a ella y la rodeaba con los brazos.

—Se está bien así —suspiró Kaylee, apoyando la mejilla junto a su corazón.

—¿Qué tal en clase?

—Bien. Mi tutora cree que tengo ya créditos suficientes y podré graduarme después de las vacaciones de primavera.

—¿Vacaciones de primavera, eh? —musitó pensativo—. No queda mucho.

—No.

—Si todo va bien, tal vez estemos grabando el disco para esas fechas...

—Sí, eso comentó Gerry antes de irse.

—Pero si no es así, si la grabación se retrasa... Podríamos hacer un viaje tú y yo —titubeó Miles. Se sentía inseguro con cada paso que daba, como si estuviera sumergiéndose en aguas desconocidas y no supiera en qué momento iba a perder pie y hundirse.

—Claro. ¿Dónde te gustaría ir?

Sonrió con la boca apoyada en su pelo. Era Kaylee y con ella todo era fácil, natural, sin juegos.

—Me gustaría ir a un sitio que no conozcamos ninguno de los dos.

—Eso no nos deja un gran margen. Tú has recorrido casi todo el país con las giras...

—Que haya estado en un lugar no significa que lo conozca. Cuando estés de gira, descubrirás que no hay tiempo para hacer turismo: llegas a un sitio, descargas los equipos, pruebas la sala, tocas una o dos noches, recoges los equipos, duermes unas horas y de vuelta a la carretera... He recorrido medio mundo, pero no conozco muchos sitios por los que pasé.

No quiso añadir que pasó colocado o borracho buena parte de las giras, que las fiestas después de los conciertos y las resacas del día siguiente convirtieron en un borrón la mayoría de los lugares y que su cabeza confundía Salt Lake City con Des Moines, Santa Fe con Phoenix y Newark con Tampa, que Europa se mezclaba con Sudamérica, que Japón solo era un nombre y que Australia estaba sepultada en el fondo de su memoria. En su mente todo era un amasijo de hoteles, operarios, conserjes, salas más o menos llenas, chicas sin nombre cuyos rostros se confundían, maletas, coca, *maría*, *speed*, la risa de James, la de Aaron, la suya propia, furgonetas, técnicos que iban de un lado para otro, Gerry preocupado por cada mínimo detalle, asistentes rubias, morenas y pelirrojas que acababan en su cama o en la de James, conversaciones interminables, largos silencios, Andy persiguiéndolos para que estuvieran presentables en la rueda de prensa, Andy regañándolos por decir lo que no debían en la rueda de prensa, Gerry haciendo cuentas, calculando los ingresos en taquilla, los pagos y los beneficios; Ian/Brian consiguiendo cualquier cosa que desearan, litros de cerveza, whisky, tequila, vodka; la mirada melancólica de James, la de Aaron, la suya propia, las cuerdas de su guitarra, cuadernos llenos de apuntes, Aaron llamando a su mujer a horas intempestivas, James posando con los fans, James firmando autógrafos, James sonriendo a cámara, los fotógrafos persiguiéndolos, las chicas tratando de colarse en sus habitaciones, las *groupies* detrás de ellos ciudad tras ciudad, la euforia por el éxito, el odio a la

fama, la sensación de estar rodeado siempre de gente y sentirse inmensamente solo... Todo aquello sucedió en otra época, le pasó a otro hombre, a otro Miles, un Miles que no se merecía al ángel rubio que lo escudriñaba con la mirada como si pudiera leerlo por dentro, como si pudiera entender todo lo que decía y lo que callaba. Una mujer real, de carne y hueso, que parecía amarlo, aunque nunca lo había dicho, y que no parecía importarle quién había sido, lo que había hecho, lo que no recordaba y lo que jamás podría olvidar.

Kaylee le acarició el mentón, trayéndolo de vuelta a la realidad, a esa cama en Southwest Hills, Portland, Oregon, donde podía abrazar un cuerpo cálido y suave y perderse en unos ojos avellana que lo miraban como si él mereciera la pena y no quisiera estar en ningún otro sitio más que en sus brazos, hablando sobre las vacaciones de primavera y un posible viaje de pareja.

—Vale. Entonces elige tú el sitio —dijo Kaylee con suavidad cuando él regresó de su torbellino mental, como si hubiera estado esperando a que él se recuperase—. ¿Dónde te gustaría ir?

—En realidad, me da igual el lugar. Solo quiero unos días para estar a solas contigo, porque esta casa parece un internado. Hay gente por todas partes y cada vez somos más.

—Un lugar tranquilo entonces —murmuró Kaylee—, lejos de todo y de todos.

—Eso es.

—Me gusta la idea.

Permanecieron en silencio, abrazados. A Miles le gustaba mucho la sensación de paz que lo invadía en momentos como aquel, cuando se dejaba contagiar por el espíritu tranquilo de Kaylee. Le gustaba tanto como los momentos en los que ambos se volvían salvajes y parecían capaces de arrancarse la ropa a dentelladas con el corazón desbocado y la respiración agitada. Los dedos de ella se deslizaron con ternura por su brazo y se recrearon en el tatuaje de la muñeca.

—Ya no lo tapas —susurró.

—Todavía me duele cuando lo miro, pero también me trae buenos recuerdos. Creí que quería enterrarlos, no recordar para no sufrir, pero no funcionaba. Me he dado cuenta de que no quiero olvidar a Aaron. No sería justo para él. Creo que...

—¿Sí? —Al ver que se callaba, Kaylee lo animó a seguir.

—Creo que, cuando vuelva a Nueva York, trataré de localizar a su mujer y a su hijo. La última vez que la vi fue en el entierro de Aaron. Sé que el bebé nació, porque James me lo comentó, pero entonces yo estaba sumergido en una mala época. Me pasaba el día borracho y colocado y no me preocupé nada por ellos... Tengo cosas de Aaron y podría llevarle algunas a su hijo. ¿O fue una niña? Ya no lo recuerdo...

—Eso estaría bien.

—Sí... ¿Me cuentas ya lo que ha pasado de verdad con tu madre? No me creo que haya venido desde Boston solo para insistirte en que sigas con el piano.

Ella calló. Miles supo que no estaba lista y no quiso presionarla más. Intuía que la discusión iba más allá del cambio que Kaylee quería darle a su futuro profesional. Estaba seguro de que a su

madre no le había hecho gracia ver fotos de su hija con un rockero de mala fama. No le importaba la opinión de aquella mujer, pero a Kaylee seguramente le habría entristecido volver a decepcionarla. Odiaba ser el motivo de esa decepción, pero Linda Foster tendría que hacerse a la idea de que su hija y él salían juntos.

—Creo que voy a darme una ducha —declaró al fin, cuando resultó evidente que Kaylee no contestaría a su pregunta.

—Miles... —lo llamó con suavidad.

—Está bien, rubia, ya me lo contarás cuando tengas ganas de hablar.

—Mi madre es... complicada... —titubeó. Pareció que iba a seguir, pero al final se incorporó, se encogió de hombros y esbozó una pequeña sonrisa. Miles supo que esa era la señal para dar por finalizada la conversación. La besó en la comisura de los labios.

—Creo que no podré esperar hasta las vacaciones de primavera para tener un tiempo a solas contigo. Mañana no tienes clase y yo puedo cancelar el ensayo. ¿Quieres dedicarme el día?

—¿Puedes cancelar el ensayo?

El dibujó una sonrisa engreída y le guiñó un ojo. Era Miles Baker. Por supuesto que podía cancelar un ensayo si quería. ¿Quién iba a impedirselo?

—No podemos cancelar el ensayo —afirmó James.

—No pensarás irte por ahí con Kaylee, ¿verdad? —bufó Andy.

—Tienes muy poca vergüenza —indicó Luke con las cejas enarcadas cuando le pidió prestada su moto.

Necesitó cerca de media hora para conseguir sus propósitos y tuvo incluso que suplicar (algo impensable para el Miles Baker del pasado) para lograrlo, pero cuando Kaylee salió de la casa, vestida con unos vaqueros y calzado cómodo, tal como él le había indicado, la esperaba con una sonrisa de oreja a oreja, el día despejado de obligaciones y dos cascos de moto.

—Ni hablar —susurró Kaylee—. No vamos a coger la moto de Luke...

—Tranquila, rubia, esta vez se la he pedido antes.

—¿Y te la ha dejado?

—Por supuesto —sentenció, fingiéndose ofendido. Sin embargo, no dijo que había tenido que prometer entradas para toda la temporada de los Knicks a cambio del préstamo—. Venga, sube.

Ella aún lo estudió dubitativa, pero al final cedió.

—Nunca he montado en moto. —Sonó insegura, pero Miles sonrió y la ayudó a ajustarse el caso.

—Tú solo agárrate bien a mí y déjate llevar —dijo oscureciendo su voz hasta convertirla en un murmullo seductor y ronco. Casi pudo sentir el escalofrío que recorrió la espalda de su chica y algo bailó dentro de él. Kaylee lo volvía loco y de vez en cuando le gustaba comprobar que ella respondía de la misma manera, que era capaz de derretirse bajo sus palabras y sus caricias del

mismo modo en que lo hacía él.

La ayudó a subir a la moto, ocupó su sitio y le dio algunas indicaciones antes de ponerse el casco.

—No corras mucho —pidió mientras se aferraba a su cintura.

Él se rió.

—Rubia, nunca has sentido nada igual. Disfrútalo.

Puso en marcha el vehículo. La moto rugió y Kaylee lanzó un pequeño grito, mientras se abrazaba con tanta fuerza a su cintura que le cortó la respiración.

—Cariño, relájate. No dejaré que te pase nada malo, ¿de acuerdo?

Ella asintió y aflojó su agarre. La Yamaha rodó con suavidad sobre el camino de entrada a la casa y Miles notó que Kaylee se destensaba. Condujo despacio mientras se movían a través de las calles de la ciudad, pero en cuanto salió a la carretera sintió un cosquilleo en la boca del estómago y aceleró la marcha. Kaylee gritó su nombre y le clavó las uñas en el estómago, pero al cabo de un par de minutos se relajó y empezó a disfrutar del viaje. La Sunset Highway era una de las mejores rutas del país, aunque solo recorrerían el tramo entre Portland y Cannon Beach. Tras dejar atrás el valle de Tualatin, atravesaron la Cordillera de las Cascadas. Le impresionó la belleza del paisaje e intuyó que Kaylee también estaba sobrecogida. Se detuvieron en un par de miradores y pasearon por un exuberante bosque de abetos. Ninguno habló demasiado, pero se encontraban a gusto, caminando el uno junto al otro y disfrutando de la naturaleza.

—¿Estás bien? —preguntó cuando llegaron al parque estatal de Ecola. Kaylee gruñó un poco—. Como no estás acostumbrada a la moto, es probable que mañana tengas agujetas, pero merecerá la pena, te lo prometo.

Kaylee dijo que estaba algo dolorida, pero se encogió de hombros, dando a entender que la molestia era soportable, y ambos se dejaron absorber por las impresionantes vistas de la costa de Oregón. Se sentaron en un mirador para contemplar el histórico faro de Tillamook Rock, que se alzaba imponente y solitario en medio del mar, sobre una enorme y abrupta roca azotada por las olas de forma implacable.

—Es impresionante. ¿Ya habías estado aquí? —preguntó Kaylee cuando recuperaron el aliento.

—No, pero había oído hablar de esta ruta. ¿Te gusta?

—Me encanta —susurró, mientras apoyaba la cabeza en su hombro. Miles aspiró el exquisito aroma a almendras dulces que desprendía la joven y enterró los labios en su cabello. Pensó que no había nada que le gustara más, aparte de la música, que estar allí con Kaylee, sentados en ese mirador, extasiados ante la visión de las olas estrellándose contra las piedras. El gruñido de su estómago interrumpió el idílico momento y ambos estallaron en carcajadas.

—Creo que deberíamos comer algo. Vamos a Cannon Beach y luego te enseñaré la playa de los Goonies.

—¿Los Goonies? —preguntó ella extrañada.

—Allí se rodó la película.

—No la he visto.

Miles la miró boquiabierto.

—¿Qué no has visto *Los Goonies*? Eso es imperdonable. Creo que es una de mis películas favoritas.

—¿En serio? ¿Una película infantil es una de las películas favoritas del rockero más duro? — Kaylee se rio mientras volvía a ponerse el casco.

—No te burles, rubia. Vas a ver *Los Goonies* y te va a encantar.

Almorzaron en un pequeño y escondido café, donde les sirvieron una contundente y deliciosa sopa de marisco, que les ayudó para reponer fuerzas, y el mejor hummus que jamás habían comido. Satisfechos, pasearon por las pintorescas calles de Cannon Beach y curiosaron las numerosas galerías de arte de la localidad. Después se dirigieron a la playa. Se descalzaron para caminar sobre la arena y pasearon cogidos de la mano, mientras conversaban sobre los viajes que habían hecho hasta que llegaron frente a las grandes formaciones rocosas, que se alzaban intimidantes ante ellos.

—Me gustaría que esta excursión no terminara... —suspiró Kaylee. Miles miró a su novia. La preocupación se había borrado de su rostro y no parecía acordarse de su madre ni de la discusión que la había tenido alterada los últimos días. A pesar del cansancio del viaje, parecía contenta y aquello le hizo tomar una impulsiva decisión.

—Podemos quedarnos esta noche. Buscaremos un hotel en el pueblo y mañana salimos temprano. Llegarás a tiempo para ir a clase y yo no faltaré al ensayo.

—No podemos... —empezó a protestar Kaylee.

—¿Por qué no?

—Pues... no sé... A Andy no le hará gracia.

—Andy ni siquiera me cae bien, me da igual lo que piense.

—¿Me contarás qué hizo?

—Te lo cuento durante la cena si pasamos aquí la noche.

Kaylee lo miró boquiabierto

—¿Eres un chantajista!

Él se rió, pero ya estaba buscando en el móvil un hotel en Cannon Beach, y veinte minutos después se instalaron en una coqueta habitación con unas bonitas vistas. En una tienda cercana compraron algo de ropa y volvieron al hotel para darse una ducha. Querían dar otro paseo por el pueblo, pero cuando Kaylee salió de la ducha, envuelta en una esponjosa toalla blanca, Miles se olvidó de sus planes.

—Eres preciosa —musitó mientras la besaba detrás de la oreja izquierda, en la curva del cuello, en la frontera que unía la garganta y el torso, en la barbilla... Ella le acariciaba los hombros, los brazos, la nuca, con caricias largas, lentas, deliciosas. Él, que aún no se había duchado, se desnudó poco a poco, sin dejar de mirarla.

—Esa toalla va fuera —indicó mientras se bajaba los pantalones, pero Kaylee se rio, juguetona,

y negó con la cabeza.

—Creí que ibas a ducharte...

—Después. Ahora tengo algo más importante que hacer —aseguró antes de abalanzarse sobre ella y quitarle la toalla. Kaylee soltó un pequeño chillido y ambos se rieron mientras caían sobre la cama.

Se tumbó sobre su cuerpo, casi aplastándolo, aunque Kaylee no se quejó. Al contrario, parecía encantada y ambos se miraron a los ojos, ya sin risas. Se besaron despacio, muy despacio, y luego volvió a mirarla, sin dejar de acariciar su pelo. La amaba. La quería tanto que sintió como si el amor fuera a desbordarse de su interior e inundar toda la habitación. Quería decírselo, las palabras parecían quemarle en la lengua, pero un nudo parecía apretar su garganta. Nunca había estado tan nervioso. Quería decirlo, hacerlo real, pero no fue capaz y en su lugar la besó con intensidad y le hizo el amor como si se estuviera declarando.

Unas dos horas después estaban sentados en un acogedor restaurante que les había recomendado la dueña del hotel, comiendo ensalada de espinacas, croquetas de cangrejo, salmón a la parrilla y pan casero. Hubo un momento incómodo cuando el camarero insistió un par de veces en que echaran un vistazo a la carta de vinos, porque, según afirmó, tenían una de las mejores bodegas del pueblo, pero al final les trajo una botella de agua y ninguno de los dos mencionó el incidente. Por el contrario, disfrutaron de una charla relajada. Conversaron sobre sus películas favoritas, de libros que querían leer y, por supuesto, de música. Solo cuando el camarero trajo los postres (tarta de limón para él y *crème brûlée* para Kaylee), ella le apuntó con la barbilla.

—Prometiste contarme qué hizo Andy.

Miles resopló, bebió un trago de agua y, por un momento, contempló la posibilidad de escaquearse, pero lo había prometido y le gustaba cumplir con Kaylee.

—Cuando Aaron murió, la prensa se abalanzó sobre nosotros. No sabes cómo fue... En todas partes se hablaba sobre lo sucedido. Tomamos la decisión de no hacer comentarios sobre su muerte, pero fue peor. La prensa se lanzó a una carrera de especulaciones y nos dibujaron como unos juerguistas sin límite ni autocontrol alguno.

—¿Andaban desencaminados?

—Exageraron, pero supongo que no, que en aquella época nos comportábamos de una forma bastante salvaje. Éramos jóvenes, teníamos éxito... No estoy tratando de disculparnos, pero es que todo parecía ir muy rápido. Resultaba difícil parar. Era como si estuviéramos dentro de una espiral que nos arrastraba y ni siquiera nos dábamos cuenta de que vivíamos a demasiada velocidad.

—¿Andy estuvo de acuerdo con no hablar con la prensa?

—Sí, claro. Creyó que se olvidarían, pero no lo hicieron. Visto con la distancia, creo que fue peor, porque alentó todo tipo de rumores, pero todos estuvimos de acuerdo. No queríamos ensuciar la imagen de Aaron. Por él y por su futuro hijo... No sirvió de nada, claro, porque los buitres lo despedazaron igual... En realidad, nos despedazaron a todos.

—Debió de ser duro...

—En realidad, me dio igual. La muerte de Aaron ya era bastante dolorosa. James y yo entramos en una mala época. Éramos incapaces de cumplir con nuestros compromisos con el grupo, y yo... Me pasé meses en una especie de neblina. Bebía, me drogaba... Y no era como antes, para divertirme o aguantar el tirón de la gira. Solo quería olvidar, tapar el dolor...

—¿Lo conseguiste?

—No, claro que no. —Se acarició el mentón—. Hasta aquella noche en la que se me fue la mano... Creí que no saldría de aquella, de verdad.

—Pero lo hiciste.

—Pero lo hice, salí, y entonces la prensa fue a por mí y Andy... Quiso desviar la atención y corregir lo mal que había llevado la muerte de Aaron con los medios. Puedo entender sus motivos, pero estuvo mal. Quiso quitarme el foco de encima y desviarlo hacia Aaron. Cuando me enfrenté a ella, dijo que a él ya le daría igual, que no le importaría, pero no estaba bien... —Kaylee lo miró interrogante—. Le insinuó a un periodista que lo de Aaron no había sido una sobredosis, sino un suicidio. Fue repugnante, me da igual cuáles fueran sus intenciones. Aaron no intentó suicidarse, puedo asegurártelo, pero a la prensa le encantó y empezó a escarbar en su vida. Yo me fui a rehabilitación y se olvidaron de mí, porque tenían una presa mejor. Despedí a Andy antes de ingresar en una clínica de Santa Bárbara. Me pareció impresentable que manchara su memoria. No estuvo bien. Ni Aaron, ni su mujer, ni su hijo se merecían algo así...

Ambos callaron tras la larga confesión de Miles. Hacía rato que habían terminado los postres y eran los únicos clientes que quedaban en el restaurante. Los camareros estaban recogiendo las mesas, así que pidieron la cuenta y salieron a la calle después de dejar una generosa propina. La temperatura había bajado y Kaylee se estremeció de frío. Miles rodeó sus hombros con el brazo y la atrajo hacia su cuerpo, tratando de darle calor mientras caminaban hacia el hotel.

—No estuvo bien por parte de Andy. Creo que yo también la habría despedido... Incluso entiendo que te disgustaras cuando viste que Gerry la había vuelto a contratar, pero últimamente pareces llevarte mejor con ella...

Miles se detuvo y la miró con ternura.

—Desde que hablé contigo sobre la muerte de Aaron me siento mejor. Comprendí que tenía que dejar el pasado atrás si quiero avanzar y eso incluye mi enfado con Andy. No somos amigos, pero no quiero seguir enojado con ella porque tomó una mala decisión hace años, en una época complicada. ¿Ves lo que me haces, rubia? Me estás convirtiendo en un hombre sensato.

Kaylee sonrió, se puso de puntillas y lo besó en la mejilla, sin importarle que la arañara con la barba incipiente.

—Estoy loca por ti, Miles, y aprecio todas tus cualidades, pero la sensatez no está entre ellas.

La burla lo hizo reír a carcajadas. La besó con fuerza, casi aplastándola entre sus brazos, pero ella no se quejó.

—Yo sí que estoy loco por ti, rubia. Me haces feliz.

Le hubiera gustado decir algo más elocuente, más tierno, más conmovedor, pero era incapaz de poner en palabras la magnitud de sus sentimientos, así que le dio otro beso, un poco más largo que el anterior, y la arrastró de vuelta al hotel.

Se le daba bien demostrarle cuánto la amaba sin llegar a decirlo.

Capítulo 19

«Me haces feliz», había dicho Miles, y aquellas palabras se habían clavado dentro de ella. Le habría gustado guardarlas en una caja de metal, con candado, para que no se escaparan, para conservarlas toda la vida y recuperarlas cuando llegaran los momentos malos. La felicidad no era un estado permanente, siempre había algo que la ensombrecía, pero su escapada a Cannon Beach había estado salpicada de instantes perfectos. Se había olvidado de todo: la amenaza de su madre, el descontento de la discográfica, la preocupación sobre cómo enfocar su futuro... Únicamente estaban Miles y ella, subidos sobre aquella moto, sintiendo el azote del aire mientras avanzaban por la carretera. Solos. Libres. Juntos. En aquel momento no necesitaban nada más. Le habría gustado que aquella escapada no hubiera acabado nunca, haber continuado sobre la Yamaha de Luke, dejándolo todo atrás. Pensó que podría vivir así siempre, descubriendo nuevos sitios con Miles. Era todo lo que quería: largas conversaciones, paseos de la mano, sexo increíble en encantadoras habitaciones de hotel...

Tal vez no. Tal vez la música habría acabado reclamándolos y habrían tenido que volver para pagar su tributo. Dudaba que ninguno de los dos supiera vivir para siempre lejos de los escenarios. Miles acababa de recuperar esa sensación y ella la acababa de descubrir, pero formaba parte de ambos, crear música, interpretarla, compartirla con los demás... La perfecta burbuja que habían construido para ellos dos no podía durar eternamente, pero era bueno poder refugiarse en ella cuando todo lo demás se derrumbaba.

—Estás distraída, Kaylee. —La profesora Armstrong la obligó a abandonar su ensoñación.

—Lo siento —respondió con rapidez, mientras se recriminaba a sí misma su falta de atención.

—Llevas un tiempo distraída. Has perdido bastantes clases y no sé si estás intentando abarcar demasiado... Creí que podrías compaginar el grupo con todo esto. Tu trabajo sigue siendo excepcional, pero noto que no estás aquí. Es bueno que vayas a graduarte pronto, porque creo que ya has pasado esta página de tu vida y necesitas otras metas...

Su profesora era una mujer perspicaz. Sí, su etapa de estudiante de piano había terminado. Necesitaba otras cosas y se sentía atrapada en la universidad, en las clases, en las prácticas diarias en el Samick del sótano... Lo hacía todo de forma mecánica, con el único objetivo de terminar el curso y graduarse, pero su cabeza estaba en otro lugar. En Miles, sí, pero también en el disco de The Wave, la posibilidad de la gira, el curso en Berklee, la necesidad de explorar qué

podía hacer con su voz, con su guitarra, de dónde saldría su propia música... Tenía mucho que hacer, quería empezar ya su nueva vida, pero tenía que esperar. Siempre fue una persona paciente, tranquila, sensata, pero, de repente, la sangre circulaba por sus venas a toda velocidad y necesitaba que el tiempo avanzara rápido para disfrutar de un nuevo comienzo. Era la misma sensación que tuvo cuando decidió mudarse a Portland. Su mente estaba ya fuera de Boston, lejos del control de su madre, de la casa grande y solemne en la que había crecido; lejos de las amistades adecuadas del colegio, de la vida rutinaria que conocía, de las aulas de la escuela de música, de los profesores pretenciosos y de los eventos a los que su madre la obligaba a asistir. Su mente estaba en Portland, en la nueva vida que la esperaba en la otra punta del país, pero su cuerpo aún permanecía en Boston y debía esperar para iniciar su nueva etapa, porque tenía que graduarse en el instituto, celebrar su decimoctavo cumpleaños, realizar el curso de verano... Tuvo que esperar, aprendió a esperar, a pesar de que ella sentía que su tiempo en Boston había terminado y solo soñaba con saltar al vacío.

Cuatro años después volvía a estar atrapada. La incertidumbre sobre lo que haría su madre o la decisión de los directivos de la discográfica suponían un freno importante, pero sobre todo la frenaba aquella promesa que se había hecho a sí misma: acabar la carrera. No tiraría por la borda tantos años de estudio, de trabajo, de esfuerzo, pero quería terminar ya la universidad y las semanas que quedaban por delante pesaban sobre sus hombros.

—Debes pulir ese fragmento de Haydn, pero por lo demás, creo que estás lista —suspiró la profesora Armstrong al comprobar que su alumna había vuelto a perderse en sus pensamientos. Kaylee asintió, recogió las partituras y se dirigió a la cafetería para reunirse con Mia, Colin y un par de amigos más. Hablaban sobre las vacaciones de primavera, excitados y alegres.

—¿Te vendrás con nosotros? —preguntó Mia, que planeaba una escapada a Cabo San Lucas con George y algunos amigos. Querían despedir su etapa universitaria a lo grande, con un viaje alocado y divertido, pero Kaylee negó con la cabeza. No quería pasar así sus vacaciones.

—Si no estamos grabando el disco, me iré con Miles a algún sitio tranquilo.

Su amiga ladeó la cabeza y entornó los párpados para escudriñarla.

—Parece que vais en serio...

Kaylee se encogió de hombros y dio un mordisco a su sándwich. En realidad, ninguno de los dos se había atrevido a verbalizar sus sentimientos ni decirse qué esperaban el uno del otro. Ella lo amaba, lo sabía con certeza, amaba a aquel hombre imperfecto y oscuro que era capaz de sorprenderla y con el que tenía una increíble conexión artística y personal. Sus manos parecían quemarle la piel cada vez que la tocaban, pero su relación iba más allá del mejor sexo de su vida, de la ternura y la pasión que compartían en la cama o de las incontenibles ganas que tenían de besarse a todas horas. Le gustaba todo de él: aquellos ojos verdes, turbulentos y apasionados, que no ocultaban nada, la forma en que echaba hacia atrás la cabeza cuando reía, sus manos fuertes y grandes que acariciaban con delicadeza las cuerdas de la guitarra, la intensidad que ponía en todo lo que hacía, la complejidad de un hombre que leía a Baudelaire y afirmaba que *Los Goonies* era

su película favorita, la atención con que escuchaba cuanto tuviera que decirle; su olor, ese olor a menta, jabón y tabaco que la volvía loca y era, al mismo tiempo, extrañamente familiar y reconfortante. Le gustaban la voz ronca y oscura que se colaba bajo su piel, sus gruñidos secos y agónicos cuando llegaba al orgasmo, la lealtad que mostraba hacia sus amigos, la manera en que fruncía el ceño cuando componía, concentrado, absorbido por la música que brotaba de su interior; le gustaba la sonrisa ladeada que exhibía cuando quería seducirla y también esa otra sonrisa, más abierta, que esbozaba de modo inconsciente en los momentos de plenitud. Pero, sobre todo, le fascinaba cómo iba retirando sus capas, una a una, desnudando su alma ante ella, exponiéndose como nunca lo había hecho. Él también parecía quererla, lo podía ver en sus ojos, sus gestos, la forma en que la besaba o le hacía el amor, la manera en que se preocupaba por ella. Tendrían que confesarlo en algún momento, pero él estaba descubriendo una parte de sí mismo que no conocía y ella no tenía prisa alguna. Todo llegaría a su tiempo.

Cuando terminó de almorzar, se despidió de sus amigos y regresó a Southwest Hills en su fiel Raleigh. Le había gustado la sensación de ir sobre la moto. Era muy diferente a la bicicleta, tan rápida y vibrante que daba vértigo. Una parte de ella había adorado la excitación de la velocidad, devorar los kilómetros, dejando todo atrás, cada vez más lejos; pero otra parte de ella, su parte más reposada, seguía prefiriendo el sosiego de la bicicleta, que permitía disfrutar del trayecto y empaparse del entorno. Las dos Kaylees, suspiró, la vieja y la nueva, la chica del día a día y la de los escenarios, diferentes caras de una misma moneda.

Aparcó su bicicleta en el garaje de Southwest Hills y entró por la puerta de la cocina. La señora Burrows estaba preparando un guiso para la cena y aspiró con placer su delicioso aroma.

—El señor Fisher ha llegado hace un rato. Está reunido con todos en el despacho y ha pedido que fueras allí en cuanto llegaras —le indicó el ama de llaves mientras añadía unas zanahorias a la cazuela.

Sintió un nudo en el estómago. Gerry no había llamado después de reunirse con los ejecutivos de la discográfica y no parecía una buena señal que hubiera regresado de Nueva York sin avisar. Se dirigió hacia el despacho, llamó con suavidad a la puerta y entró.

Lo primero que vio fue el rostro enrojecido de James. Parecía furioso. Cruzado de brazos y con el rictus grave, Gerry se volvió hacia ella y le hizo un gesto para que entrara. Buscó a Miles con la mirada y advirtió en él la misma tensión que en el resto. Solo Luke se mantenía tranquilo, aunque su gesto también era serio. Algo más serio de lo habitual.

—A los de la discográfica no les ha gustado la maqueta, ¿verdad? —preguntó desanimada.

Gerry inclinó la cabeza y la luz de la tarde cayó sobre su calva, haciéndola brillar.

—Les ha encantado. Creen que, cuando esté pulido, va a ser un disco increíble y se convertirá en un éxito de ventas.

—¿Entonces? —inquirió sin entender la razón de aquellas caras tan largas.

Gerry abrió la boca, pero Miles se adelantó.

—Rompe el contrato. Buscaremos otra discográfica —ladró.

—No es tan fácil, Miles. Las cláusulas de incumplimiento...

—Pagaremos lo que haga falta.

—No es solo el dinero, que es mucho. Pueden llevaros a juicio y tendríais que dejar el disco aparcado hasta que un juez resolviera. Si lo editamos con otra compañía, pueden volver a demandarnos, sobre todo si tiene éxito y quieren su parte.

—Pero... —Kaylee intentó intervenir, aunque nadie pareció hacerle caso.

—No está bien, Gerry. Algo podremos hacer —dijo James.

—¿Que nos demanden! Esperaremos lo que haga falta —aseguró Miles al mismo tiempo.

—¿Se puede saber qué pasa? —Kaylee se vio obligada a alzar la voz para atraer la atención.

Miles resopló, pero no la miró a la cara, sino que se volvió hacia el agente para que diera las explicaciones oportunas. Gerry suspiró y se pasó la mano por la nuca.

—Creo que deberíais dejarnos a solas —comunicó al resto, pero nadie se movió—. Venga, chicos, seguiremos luego.

Luke fue el primero en incorporarse y caminó hacia la puerta, pero al pasar por su lado, le echó una mirada compasiva que la asustó. El asunto debía ser serio si el inexpresivo batería le dejaba entrever algo de empatía. También Andy le apretó la mano antes de abandonar la habitación, James agachó la cabeza y Miles se detuvo para darle un beso rápido.

—¿Quieres que me quede contigo? —susurró, pero ella se negó—. Está bien, luego hablamos.

Cuando el desfile de caras largas terminó, Gerry se volvió hacia Kaylee con gesto resignado. Señaló una butaca para que tomara asiento, pero ella prefirió continuar de pie. Se le había encogido el estómago; sabía que las noticias no le iban a gustar.

—Como decía, el disco les ha encantado. No tenía ninguna duda de que sería así. Es un material increíble, muy bueno, de esos que aparecen una vez en la vida. No lo soltarán, por mucho que Miles diga que rompamos el contrato.

—¿Qué ha pasado? Dímelo ya, Gerry.

—Kaylee, te quieren fuera del disco.

La sorpresa la golpeó. No esperaba que la rechazaran a aquellas alturas. Sintió que se le humedecían los ojos, pero parpadeó para detener las lágrimas. No iba a llorar porque no les hubiera gustado a aquellos ejecutivos. Mejoraría, trabajaría día y noche y volvería a intentarlo.

—Bueno, si no les ha gustado como canto...

—No, no, Kaylee, tu voz les parece maravillosa y creen que Miles y tú sois el perfecto complemento el uno del otro. No hay ningún problema con tu trabajo.

Confusa, miró al agente.

—¿Es por mi relación con Miles? ¿Por las imágenes en Internet?

—Eso pensé al principio, que seguían enfadados por el escándalo del Blackheart. Traté de aplacarles, pero pronto me di cuenta de que ese no era el problema. No conseguía saber qué estaba pasando. Les gustaba el disco y elogiaron tu trabajo en él, estaban entusiasmados con las canciones de Miles, pero insistían en que debía buscar otra cantante. Tardé un par de días en

descubrir qué había pasado, pero al final conseguí averiguarlo gracias a uno de mis contactos dentro de la discográfica. No sé cómo decírtelo, así que lo haré de golpe: tu madre está detrás de todo esto. No quiere que participes en el disco de The Wave.

Gerry la escudriñó expectante, incluso parecía algo cohibido por su posible reacción. Kaylee respiró hondo. Su madre. Por supuesto. Había sido clara durante su visita: iba a utilizar todas las armas posibles y lo había hecho.

—¿Tanto poder tiene? —preguntó en voz baja, casi para sí misma, pero Gerry la escuchó y asintió.

—Es una de las grandes sopranos de este país, una artista con mucha influencia y que conoce a todo tipo de gente dentro de la industria. Ninguna discográfica se atrevería a ofenderla.

—Pero este no es un sello de música clásica, seguramente ella no pueda...

—Hay una discográfica grande interesada en comprar Red Moon Records. Todavía están en negociaciones, pero se trata de una empresa importante que edita todo tipo de música y, por supuesto, con la que a veces graba tu madre. Tiene muchos contactos y los dueños de Red Moon han recibido algunas llamadas para hacer presión.

—No dejará que grabe el disco...

—No, no lo permitirá.

—Ella lo dijo. Tenía que haber adivinado que iba a intentar algo así...

—Kaylee, lo siento mucho. He peleado por ti, de verdad, pero no te aceptarán. Si The Wave estuviera en otra situación, dispondría de más recursos con los que defenderte, pero no los tengo. Me costó mucho conseguir esta oportunidad para el grupo y no tengo nada en lo que apoyarme. He amenazado con rescindir el contrato, pero saben que no tenemos margen de maniobra, que no es más que un farol.

—Está bien, Gerry, lo entiendo. No es culpa tuya y debes hacer lo que sea mejor para The Wave.

—Díselo a ellos —respondió el agente, señalando con la barbilla la puerta por donde habían salido los chicos—. Se han negado a seguir adelante sin ti. Siempre han sido leales con los suyos y tú formas ahora parte del grupo; incluso Luke, que suele mantenerse aparte, ha insistido en que sigas siendo la cantante. Quieren que encuentre otra solución, una que te permita cantar con ellos, o que les deje salir del compromiso con Red Moon, pero no puedo hacer nada. Llevo días tratando de conseguirlo, de verdad, consultando abogados, otras compañías... No hay nada que me gustara más que romper ese contrato o hacerles entender el error que cometerán si te dejan ir. Tienes mucho talento, no quiero que dudes de eso.

Kaylee asintió con la mirada perdida. No culpaba a Gerry, ni siquiera a los de la discográfica por haber cedido a la presión. No, toda la culpa era de su madre, de su obsesión por controlar su vida, su carrera. Creyó que había conseguido poner las cosas en su sitio cuando dejó Boston, pero estaba equivocada.

Se dejó caer en el asiento más cercano y se tapó el rostro con las manos. De pronto, se sintió

terriblemente vulnerable. Lo peor de todo no era perder la oportunidad con The Wave, sino la certeza absoluta de que su madre no le permitiría nunca salirse del camino marcado, que intervendría para impedir cualquier avance que hiciera. Ella tenía un nombre, contactos, influencia, mientras que Kaylee solo era una chica que quería cantar. Nadie le daría una oportunidad.

La puerta del despacho se abrió. Escuchó un murmullo y luego volvió a cerrarse. Al cabo de unos segundos, la envolvió un familiar aroma a menta, jabón y tabaco. Se dejó abrazar por Miles.

—Grabaremos con otra compañía, rubia. No te preocupes. Encontraremos una solución— aseguró, mientras la besaba en la sien.

Lo primero que hizo al día siguiente fue coger el móvil para llamar a su madre. Estaba cansada y el espejo le devolvió una imagen ojerosa y pálida, producto de una larga noche sin dormir. Había discutido con todos. Con Miles más que con ninguno. No tenía sentido que The Wave renunciara a su oportunidad por ella. Kaylee sabía que el grupo no conseguiría salir adelante si renunciaba al disco. ¿Qué compañía iba a confiar en ellos? Y nada le aseguraba que su madre no volvería a maniobrar para evitar que ella grabara con otra discográfica. No podía permitirlo, no podía dejarles romper el contrato. Contaba con el apoyo del agente. Gerry odiaba sacrificarla, pero The Wave era lo primero.

—No lo haremos sin ti —sentenció Miles, tozudo.

—Venga, Miles, ni siquiera me querías en el grupo... —trató de bromear, aunque ninguno tenía el ánimo para sonrisas.

—No recurras a eso, no te servirá de nada. Sabes bien por qué no te quería por aquí al principio. Eres la cantante que escogimos, James te eligió para cantar sus canciones y la discográfica debe respetarlo.

—No te dejaremos de lado —aseguró el teclista y Kaylee quiso abrazarlo, porque James había luchado como un descosido por The Wave, se había dejado la piel, lo había deseado más que ninguno. Había llegado incluso a pelearse con su mejor amigo a causa del relanzamiento del grupo, pero llegada la hora de la verdad, su lealtad pesaba más que la consecución de sus sueños. La emocionaban aquellas muestras de solidaridad, pero no servirían de nada. La discusión se alargó hasta altas horas de la noche y continuó cuando estuvo a solas con Miles en el dormitorio. Por primera vez desde que empezaron su relación, se separaron enfadados. Kaylee volvió a su cuarto y se metió en la cama mascullando contra el tozudo de su novio. El rockero cabezota apareció en su dormitorio veinte minutos después, abrió la cama y se deslizó junto a ella bajo las sábanas.

—Podemos seguir peleados mañana, pero no quiero dormir sin ti —murmuró mientras rodeaba su cintura con el brazo. Ella asintió. En realidad, estaba a punto de levantarse y volver a su cama, porque extrañaba la calidez de su piel y la dureza de sus músculos. Se había acostumbrado a

dormir con él y la cama parecía demasiado grande sin su presencia. A los pocos minutos pudo escuchar su suave ronquido, pero ella permaneció despierta durante horas, dando vueltas a los acontecimientos del día hasta que, por fin, la atrapó un sueño inquieto y corto. Al despertar, Miles ya no estaba en la cama.

Su lado más valiente la obligó a marcar el número de su madre. Estuvo a punto de colgar, pero aguantó con el estómago encogido hasta que escuchó la voz clara y fría de Linda Foster al otro lado de la línea.

—¿Cómo has podido? —preguntó a bocajarro sin responder al saludo. Su madre guardó silencio y, por un momento, temió que la llamada se hubiera cortado—. ¿Mamá?

—Lo hago por tu bien, Kaylee —respondió al fin—. Es un error, ya te dije que haría todo lo posible para impedirlo. Debes acabar la carrera, volver a casa y que planifiquemos los siguientes pasos.

—No voy a ser pianista —repitió desesperada—. Pase lo que pase, no lo seré. Si no consigo ser cantante, buscaré un empleo. El que sea: seré camarera, lo he hecho durante mucho tiempo y no se me da mal, y también he conseguido algo de experiencia como asistente. Me da igual, pero no me obligarás a hacer algo que no quiero. Ya no tengo doce años. No puedes controlarme de esa manera.

—Solo quiero que hagas lo correcto, nada más. Entiendo que estás en una fase rebelde y dices que quieres ser cantante de rock y sales con un chico del todo inapropiado...

—Miles no es inapropiado.

—Lo entiendo, de verdad. —Su madre ignoró la intervención—. Pero pasará esta etapa y te arrepentirás de las decisiones que tomaste.

Era como luchar contra un muro. No serviría de nada. Linda Foster no se echaría atrás, nunca. Utilizaría todo su poder e influencia para impedir que ella cumpliera sus sueños y la odió por ello. Se sintió de nuevo como una adolescente, presa del rígido control de su madre, de sus horarios, de su presión constante, de sus exigencias. Volvía a tener nueve años, trece, dieciséis, y estaba atrapada en una vida que no había elegido. Creyó haber escapado de la jaula, pero su madre había vuelto a capturarla.

—Tienes que dejarme hacer esto. Tienes que echarte a un lado y dejarme vivir mi vida —suplicó al final de una agotadora conversación que la había vaciado por dentro.

—Haz los exámenes y deja Portland. Sé lo de Berklee y no es un mal plan, aunque por supuesto tendrás que solicitar un posgrado de piano. Puedo hablar con el director para que te admita en el curso...

Le colgó sin dejar que terminara la frase y se dejó caer al suelo. Estaba exhausta. Quiso llorar, pero no podía, no le salían las lágrimas. Sin embargo, sentía esa opresión en la garganta, como si una mano tratara de asfixiarla. Apoyó la espalda en la pared, dobló las rodillas, abrazó sus piernas y hundió el rostro en los brazos. Tendría que renunciar a la música y eso sería como romperse por dentro. La necesitaba, siempre lo había hecho. Estaba tan llena de música que, si no

la dejaba salir, seguramente estallaría. Si cedía, si escogía el piano, al menos podría hacer música. No la que ella quería, pero era mejor que nada. Lo de dedicarse a otra cosa había sido una bravata. Podría hacerlo, claro, ganarse la vida sirviendo cafés, organizando horarios de grabación o haciendo cualquier otra cosa, pero una parte de ella moriría. La alternativa se encontraba en el piano. Podía pasarse la vida tocando partituras de Beethoven y Ravel. A fin de cuentas, ella adoraba las partituras de Beethoven y Ravel. Podía hacerlo. También era lo más sensato. Llevaba preparándose para ser pianista desde los cuatro años de edad. Dieciocho años de su vida dedicados a aquel instrumento. No podía ser tan malo continuar en esa dirección. Todo sería más fácil si aceptaba el camino marcado por su madre.

La primera arcada la pilló desprevenida, pero pudo incorporarse a tiempo para alcanzar el retrete y vomitar en él. Se dio cuenta entonces de que estaba llorando. Lloraba de rabia, de decepción, de vergüenza. Vergüenza de sí misma, por su cobardía, por su dormido espíritu de lucha, por haberse atrevido a pensar, aunque fuera solo durante unos minutos, en ceder a las pretensiones de su madre, dispuesta a rendirse ante el primer obstáculo. No se merecía la lealtad de Miles ni la del resto del grupo. ¿De qué le había servido crecer escuchando a todas aquellas rockeras fuertes y luchadoras? ¿No había aprendido nada de ellas?

Temblando, se metió en la ducha. Se sentía sucia y sospechaba que ni todo el jabón del mundo podría limpiar su falta de valor. No supo cuánto tiempo permaneció debajo del agua, pero por las arrugas de sus dedos había sido demasiado. Se envolvió en una toalla y se dio cuenta de que estaba congelada, a pesar de la cálida temperatura exterior. Tenía que empezar a tomar decisiones. Rendirse no era una opción: no podría vivir consigo misma si aceptaba los planes de su madre. Tendría que encontrar la forma de dedicarse a lo que quería, de sortear las zancadillas que ella pusiera en su camino.

Cuando salió del dormitorio, la cabeza todavía le daba vueltas. En la cocina encontró a Andy y a la señora Burrows. El ama de llaves le tendió una taza de café y en sus ojos brillaba una mirada comprensiva.

—Gracias —musitó. Luego se volvió hacia la jefa de prensa—. Hoy viene la asesora de moda que nos recomendaste, pero no voy a quedarme.

Andy asintió. Había sido la primera en aceptar que Kaylee debía salir de *The Wave*, porque conocía las entrañas del mundo de la música y sabía cuándo había que luchar y en qué momentos era necesario aceptar la realidad.

—Lo que ha hecho tu madre... —se acarició el cabello azul, como si no supiera continuar la frase— es una guarrada. Sé que no he sido la persona más agradable del mundo desde que llegué, pero me caes bien y admiro tu talento. No te rindas, Kaylee. No podrá vencerte siempre. Esto es solo un tropiezo. Solo tienes que encontrar la forma de salir adelante, encontrar un desvío.

Agradeció las palabras, aunque no las creyó. ¿Cómo iba a vencer a su madre? En aquel momento solo veía dos opciones: plegarse a sus deseos o renunciar a la música. Notó un sabor amargo en la boca que nada tenía que ver con el café que estaba bebiendo. Vacío la taza en el

fregadero y se dirigió hacia la sala de ensayos. Los tres chicos estaban sentados y, por su gesto serio, supo que habían vuelto a hablar sobre ella. Aquello era ridículo. Necesitaban concentrarse en ellos, en su música, y no en la situación de una cantante ocasional. James había luchado por The Wave, Luke estaba aprendiendo a formar parte del grupo y Miles... Miles había recuperado su capacidad de componer, su creatividad y, tras años de batallar contra sí mismo, por fin estaba listo para volver a los escenarios. No podía renunciar a todo por ella. Lo intentaría, por supuesto, pero no lo permitiría. No podía pelear contra su madre, pero sí contra Miles Baker, encontraría la forma de conseguir que siguiera su camino, que grabara el disco sin ella. Él se merecía grabar aquel álbum, se lo había ganado, y no podía privar al mundo de la música de Miles, de aquellas poderosas y conmovedoras canciones oscuras, de su voz áspera que arañaba por dentro, de su elocuente guitarra que decía todo lo que aquel hombre imperfecto callaba. No lo permitiría. Lo amaba demasiado para permitirselo.

—Hoy viene la asesora de moda. Se reunirá con vosotros dentro de una hora.

Los tres soltaron un sonoro bufido que casi la hizo reír.

—Cáncelalo —ordenó Miles—. No podemos atenderla ahora.

—No lo cancelaré. Esa mujer ha venido desde Nueva York para veros y no voy a enviarla de vuelta al aeropuerto. Andy cree que es importante que cuidéis vuestra imagen y le prometisteis que al menos os reuniríais con ella.

—No hagas eso —advirtió el cantante, señalándola—. No hables como si estuvieras fuera de esto.

—Estoy fuera, Miles. Es solo cuestión de tiempo que asumas que no grabaré con The Wave. En cuanto pasen unos días y se enfríen los ánimos, os daréis cuenta de que tiene que ser así.

Se giró hacia los otros dos miembros del grupo y supo, de un vistazo, que James empezaba a flaquear. No lo culpó. Había agradecido su lealtad, pero no tenía sentido. The Wave era lo primero, así debía ser. Miles acabaría por entenderlo también, aunque en aquel momento la miraba lleno de determinación. Él necesitaba la música tanto como ella, formaba parte de sí mismo, y no dejaría que renunciara a aquella oportunidad, porque tal vez no hubiera otra.

—Portaos bien con la asesora. Ella no tiene la culpa de nada —indicó antes de dejar la sala.

—¡Tú también tienes que reunirte con ella! —gritó Miles, pero lo ignoró y siguió avanzando por el pasillo.

Por suerte, no tenía clase, porque se la habría saltado. Aun así, pedaleó hasta el campus, aparcó su Raleigh y paseó durante lo que le parecieron horas entre los edificios de la universidad. Se detuvo ante la entrada de Lincoln Hall y le pareció que había transcurrido toda una vida desde que cantó *Rhiannon* para un público enfervorecido. Fue la primera vez que se sintió verdaderamente viva sobre un escenario. Quiso recuperar aquella sensación, pero se le escapaba entre los dedos. Enojada, se pasó la mano por el rostro. Necesitaba hablar con alguien. Pensó en Mia, en Colin... No, ellos no lo entenderían, no conocían a su madre, no sabían de lo que era capaz ni a lo que se estaba enfrentando. Paseó la vista por la lista de contactos de su teléfono móvil hasta que su dedo

se detuvo sobre un nombre, el único nombre que podría entenderla.

La tía Iris contestó al segundo tono. Su voz alegre y segura la hizo llorar. Asustada, su tía le pidió que le contara qué pasaba. Hacía tiempo que no hablaban, desde la pelea en Boston con su madre, cuando esta le retiró su apoyo económico y la tía Iris la llamó para ofrecerle su ayuda.

Se lo contó todo, aunque mezclando unas cosas con otras, pero su tía no la interrumpió. Solo cuando terminó, se escuchó un largo suspiro al otro lado de la línea.

—Mi hermana no tiene remedio... ¿Qué puedo hacer por ti, cariño?

—No lo sé, tía. No sé por qué te he llamado, tal vez porque tú eres la única que conoce de verdad a mi madre y lo que es capaz de hacer. Me siento atrapada de nuevo. No sé qué hacer ahora, no lo sé. Me había costado mucho decidirme a seguir mis sueños, pero esto me devuelve a la casilla de salida...

—Necesitas tiempo para pensar. Y distancia —dijo su tía, algo pensativa. De pronto, su voz pareció iluminarse—. Vente a Londres unos días. Te enviaré un billete de avión y puedes quedarte conmigo el tiempo que quieras. Pon distancia con tu madre, con el grupo, dedícate tiempo a ti misma, a pensar en ti y en lo que quieres hacer. O utiliza ese tiempo para rearmarte y volver a la lucha, si lo prefieres.

La invitación sonó como un bálsamo. Portland era The Wave y una universidad de la que ya no se sentía parte. Boston era su madre y la vuelta a la jaula. Londres sonaba bien. Poner un océano entre ella y todo aquel torbellino, analizar todo lo que había sucedido y buscar una solución para su futuro. Miles... No quería dejar a Miles, pero él tenía que seguir adelante con el disco. Debía volver a Nueva York para grabarlo y ella no podría seguirlo, ya no. ¿Cómo iban a conseguir que funcionara? Él tenía mucho que hacer: grabar el álbum, preparar la presentación, dar entrevistas, conciertos, la gira... ¿Dónde la dejaba eso? No podría seguir su ritmo, no podría estar con él. Ella tenía una vida que construirse, una vida incierta que en aquel momento carecía de metas.

Necesitaba tiempo. Necesitaba aire. Necesitaba Londres.

Capítulo 20

Se había ido a Londres. Aún no entendía muy bien qué había pasado, pero Kaylee había estado fuera mientras se reunían con aquella asesora de moda que Andy hizo traer desde Nueva York y, cuando regresó, se encerró con él en el estudio y le dijo que se iba a Europa, a pasar unos días con su tía Iris.

—¿A Londres? —preguntó aturdido y quiso sacudirla por los hombros y hacerle entender que lo que tenía que hacer era ir con él a Nueva York, presentarse en el despacho de aquellos gilipollas y demostrarles que no debían renunciar a su talento. Pero Kaylee no lo escuchó.

—Tengo que salir de aquí. Es como si me asfixiara y es mi propia madre la que me ahoga. No puedo seguir en Portland: necesito pensar, necesito tiempo, necesito irme. Y tú tienes que grabar ese disco. No te lo perdonaré nunca si no lo haces, Miles. Te lo digo en serio, no te lo perdonaré —insistió cuando él empezó a protestar—. Te lo debes a ti mismo y a James y a Luke y a Gerry y a la memoria de Aaron. Se lo debes a todos tus fans, los antiguos y los que vendrán, y se lo debes al rock, porque ese disco va a ser un revulsivo. No puedes renunciar a esto, no por mí.

—Vale, grabo el disco —accedió él en algún momento de la conversación, cuando ya estaban agotados de desgastar los mismos argumentos una y otra vez—. ¿Por qué no te vienes conmigo a Nueva York? Ven como nuestra asistente o como mi novia o como te dé la gana. Tendrás tiempo para pensar, todo el del mundo. Yo estaré encerrado en el estudio durante semanas y solo nos veremos por las noches. O puedes venir al estudio, mientras grabamos... Puedes hacer lo que quieras.

Supo antes de que ella contestara que no lo haría, aunque hubiera sido increíble tenerla allí, en su piso del Soho, esperándolo cuando regresara de grabar. Pero Kaylee no era una de esas *groupies* que los seguían allá donde fueran y Nueva York estaba demasiado cerca de Boston. Sería Londres, estaba decidido.

—¿Cuánto tiempo te irás?

Tampoco supo responder a esa pregunta. «No sé, unos días», contestó evasiva, pero uno no cruzaba un océano para quedarse unos pocos días. ¿Volvería para los exámenes, para el recital de fin de curso? Necesitaba recordarle que tenía obligaciones, cosas por las que volver, por si él no era suficiente.

Impotente, la vio hacer la maleta y guardar el resto de sus cosas en cajas. La señora Burrows se

encargaría de enviarlas a un guardamuebles hasta que Kaylee decidiera dónde iba a instalarse, porque ellos pronto dejarían Southwest Hills.

Hubo muchas lágrimas en la despedida del resto del grupo. Demasiadas. Como si no fueran a volver a verla. James la abrazó con fuerza y le dijo algo en voz baja que la hizo llorar. Luke llevó su maleta al taxi y Andy le pidió que se mantuviera en contacto. Durante el trayecto al aeropuerto, él conservó su mano aferrada, como si temiera el momento de soltarla.

—Vas a volver, ¿verdad? —preguntó con un nudo en la garganta después de embarcar la maleta.

—No te estoy dejando. —Si pretendía tranquilizarlo, no lo consiguió. Se le humedecieron los ojos y no le importó que ella lo viera emocionarse—. Solo necesito saber qué hacer con mi vida.

—Muy bien, toma grandes decisiones, pero no me saques de ella.

—No lo haré —prometió y se echó a llorar. Lo hizo con grandes lagrimones, como una niña; él secó sus mejillas con manos temblorosas y la besó con fiereza, algo posesivo, como si necesitara marcarla a besos para que no se olvidara de él cuando cruzara el océano. Kaylee respondió con idéntica crudeza, con besos que parecían dentelladas desesperadas, aferrados el uno al otro, devorándose en medio del aeropuerto, sin importarles dar un espectáculo o que su foto acabara de nuevo corriendo por todo Internet. Solo eran ellos, sus bocas hambrientas, sus manos tratando de agarrarse a cualquier parte del otro, su abrazo apretado, sus respiraciones agitadas no por la excitación, sino por el miedo que les daba decirse adiós, saber que una vez que Kaylee subiera a ese avión habría demasiados kilómetros entre ellos, que la distancia no sería lo único que los separaría, porque su incipiente relación aún era demasiado frágil y sus vidas estaban a punto de tomar derroteros distintos.

Lo último que vio de ella fue su espalda cruzando la puerta de embarque, su larga trenza rubia moviéndose cadenciosa al mismo ritmo que sus caderas y sus largas y bonitas piernas enfundadas en unas medias de color granate. Antes de entrar, Kaylee se dio la vuelta una última vez. Tenía la cara roja por culpa de las lágrimas y los besos, y, por un momento, pareció que iba a flaquear, que iba a correr hacia él y pedirle que la llevara de regreso a Southwest Hills, de vuelta a la burbuja de ambos, donde eran felices e intocables. Pero ella necesitaba aquel viaje, así que alzó la mano a modo de despedida y susurró: «Ve». Le costó un mundo decir aquella palabra, pero tenía que hacerlo por ella, por todo el amor que sentía por esa chica, y entonces se dio cuenta de que se iba y no le había dicho nunca que la amaba. No era el momento. Si lo decía, ella tal vez se quedaría y no sería justo. Así que en vez de «te quiero» dijo «ve», e imprimió en aquella palabra todos los sentimientos que tenía por ella, cada gramo del profundo amor que había brotado en su interior, y la dejó ir, porque era lo que Kaylee necesitaba y él no quería imponerle más jaulas que le impidieran encontrar su propio camino. Aquel «ve» fue el acto más generoso de su vida y el que más le dolió.

Ella leyó sus labios, asintió con un ligero cabeceo, esbozó una sonrisa triste y se dio la vuelta para ofrecerle aquella última visión de su espalda.

Esperó a que saliera el vuelo e incluso se quedó en el aeropuerto dos horas más, mirando

fijamente la puerta por la que ella había desaparecido, como si pudiera traerla de vuelta solo con desearlo. Cuando regresó a Southwest Hills, se quedó en el porche, sin atreverse a entrar. No quería estar en las habitaciones donde todo le recordaría a ella. Se palpó los bolsillos en busca de tabaco y masculló al no encontrar la cajetilla. Con grandes zancadas se dirigió a la maceta donde guardaba su reserva secreta, pero también había desaparecido. Se dejó caer sobre las escaleras del porche y hundió la cabeza en las manos: solo hacía unas horas que se había ido y ya la echaba de menos. Si al menos se hubiera marchado con una fecha cerrada de vuelta, sería más fácil.

Notó que alguien se sentaba junto a él y descubrió a la señora Burrows, que lo miraba compasiva. El ama de llaves resopló bajito, introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una cajetilla de tabaco. Era una de las suyas.

—Odio esta cosa. Mi marido lo fumó durante más de treinta años y murió hace dos de un cáncer de pulmón, pero parece que hoy lo necesitas de verdad.

Sorprendido, Miles cogió los cigarrillos y los estudió con atención, pero no se encendió ninguno.

—Lo siento —musitó—. ¿Estuvieron casados mucho tiempo?

—Veinte años y tres de novios. Aun no le he perdonado que me haya escamoteado veinte años más solo por llenarse los pulmones de humo.

Había sido injusto con la señora Burrows. Desde el primer día la tildó de estirada y apenas le había prestado atención más que para pedirle algo de comida. No era una mujer estirada, solo estaba de duelo. Él entendía bien ese proceso. Se guardó el tabaco en el bolsillo.

—Se ha marchado y no creo que vuelva pronto —suspiró.

El ama de llaves posó la mano sobre su hombro y le dio un apretón. Resultó consolador.

Eso había sucedido casi dos meses atrás. Durante las dos primeras semanas habló con Kaylee a diario. Ella había estado feliz de reencontrarse con su tía y fueron juntas de compras, al teatro y a cenar en lujosos restaurante, mientras se ponían al día de sus respectivas vidas. El resto del tiempo, Kaylee paseaba por la ciudad, visitaba museos, leía, escuchaba música e iba al cine. Mientras, en Portland los chicos cerraron la casa de Southwest Hills, se despidieron de la señora Burrows y regresaron a Nueva York para grabar el disco.

Gerry había empezado a buscar una nueva vocalista, pero Miles se negó a cantar los dúos sin Kaylee.

—Si no es con ella, esos dos temas se quedan fuera.

Dubitativo, miró de reojo a James. A fin de cuentas, eran sus canciones y las quería en el disco, pero, para su sorpresa, su amigo estuvo de acuerdo.

—Yo elegí a Kaylee, fui a buscarla a su residencia cuando este idiota la echó de la prueba, conseguí que cantara de nuevo con Miles... Era la voz que quería y no voy a conformarme con otra. Ellos —subrayó con desprecio, refiriéndose a los directivos de Red Moon— no tendrán eso.

Si ella no va a cantarlas, prefiero no incluir las canciones en el disco. Tenemos suficiente con los temas de Miles.

James era leal. Leal con Kaylee, con su mejor amigo, consigo mismo, con su música. Era capaz de hacer grandes sacrificios por esa lealtad, y el respeto de Miles por su compañero creció en aquellos días.

Empezaron los últimos ensayos, Gerry contrató un nuevo asistente para el grupo y Andy comenzó a preparar el regreso de The Wave. Dos semanas después de la marcha de Kaylee, iniciaron la grabación del disco y el mundo se limitó a la sala de grabación. Pasaban allí todo el día y, cuando, ya de noche, el coche le dejaba en su piso del Soho, esa casa que no era un hogar y en la que empezaba a sentirse demasiado solo, se notaba exhausto y solo quería hablar con Kaylee, escuchar su voz, decirle que la echaba de menos y oírle hablar sobre sus días en Londres.

Las llamadas empezaron a distanciarse la tercera semana. Kaylee se echó una mochila al hombro, se subió a un tren y empezó a recorrer Inglaterra, así que hablaban cuando podían más que cuando querían.

—Son mis vacaciones de primavera —explicó como si hubiera olvidado que habían planeado viajar juntos, escaparse a algún lugar en el que pudieran estar solos—. Me encantaría que estuvieras aquí —susurró al cabo de un rato y aquellas palabras acallaron la decepción que aleteaba dentro de él. Nada le habría gustado más que recorrer con ella la campiña inglesa, visitar abadías, castillos, museos locales, pequeñas mansiones de la nobleza rural y todas las casas de escritores famosos que encontraran a su paso. A menudo, durante las pausas en la grabación, se imaginaba en algún tren inglés con Kaylee, con la cabeza de ella apoyada en su hombro, mientras miraban el paisaje a través de la ventanilla.

A veces no tenía cobertura, otras sus horarios no coincidían. O quizás no quería hablar con él, embebida en algún tipo de búsqueda interior. La echaba tanto de menos que algunas noches le parecía oler su aroma en las sábanas. Era ridículo, por supuesto, porque Kaylee jamás había estado en su piso del Soho, no había dormido nunca en aquella cama, no había huella alguna de su presencia en esa casa. Sí, era ridículo, pero a veces su cabeza le jugaba malas pasadas y podía verla en cada rincón, como si tuviera un montón de recuerdos de ella tumbada sobre su cama, con las sábanas revueltas y una sonrisa satisfecha en los labios. La veía en la terraza, bebiendo esa repugnante limonada de fresa que tanto le gustaba; en la cocina, hablando por el móvil, vestida tan solo con su camiseta de los Smashing Pumpkins; o acomodada en el sofá, leyendo una novela de crímenes con el ceño fruncido, concentrada en el texto. Sabía que eran recuerdos de otra casa en otra ciudad que su mente trasladaba de lugar para que él pudiera imaginarla como si hubieran compartido toda una vida en común y no solo un puñado de semanas en una vivienda que no era de ninguno de los dos.

Cuando los recuerdos falsos empezaron a ser demasiado intensos, volvió a componer. Cada noche se levantaba, incapaz de dormir, y escribía una canción tras otra, canciones de amor para Kaylee, en las que volcaba todo lo que había callado mientras estuvieron juntos, todo lo que había

sentido a su lado, todo lo que esperaba vivir con ella en un futuro. Escribía todo lo que quería decirle y todo lo que no le diría nunca, no con palabras al menos. Eran canciones que hablaban de ternura y de deseo, de dolor por la separación, de las dudas del principio, de la certeza de haber encontrado a su mitad perfecta. Canciones sobre Kaylee y para Kaylee, que escribía con su letra inestable en un cuaderno rojo y que guardaba como un preciado tesoro que no compartía con nadie. Cuando a las dos o tres de la mañana dejaba la guitarra, con la última melodía aun flotando en el aire, entonces se masturbaba pensando en su chica, recordando el sabor de su boca, la suavidad de su piel, el tacto de sus dedos acariciándolo, el sonido de su respiración entrecortada, los suspiros cuando besaba su cuello, su abdomen, su espalda. Pensaba en la forma en que sus labios se entreabrían cuando él se deslizaba dentro de ella o cómo se arqueaba su espalda cuando llegaba al orgasmo y entonces se dejaba ir, sabiendo que estaba arruinado para el resto de las mujeres del mundo. Solo después caía exhausto en la cama y podía dormir unas pocas horas antes de regresar al estudio para seguir trabajando.

Las vacaciones de primavera terminaron y Mia lo llamó preocupada al poco de regresar de su viaje a Cabo San Lucas. No conseguía hablar con Kaylee y las clases habían comenzado.

—¿Cuándo va a volver? —preguntó. Tenía la voz ronca, de esa ronquera que dejaba una semana de juerga, aunque era incapaz de imaginar a su novio geólogo, ese tipo frío e intelectual, haciendo nada salvaje. Luego pensó en aquella fiesta que dieron en Southwest Hills, cuando Kaylee se marchó a Boston, y él se encontró con la pareja en el jardín. Recordó que ambos lucían aspecto de haber echado un polvo en la oscuridad, así que tal vez el geólogo era algo más entretenido de lo que creía.

—No sé cuándo va a volver —aseguró—. Hablé con ella el martes y dijo que quería ir a Escocia.

Consiguió contactar con ella tres días después. Ya estaba en Edimburgo y no le dijo que Mia la había llamado. Tampoco le dijo lo mucho que la echaba de menos, ni que la quería en Nueva York, junto a él, porque no sería justo para ella. En cambio la dejó hablar con entusiasmo sobre estrechas callejuelas medievales y elegantes edificios georgianos, sobre un pequeño pub donde había escuchado tocar a un grupo de folk con los que luego había tomado una cerveza y hablado sobre música popular... La sentía lejos, tan lejos que dolía. Su voz era la misma, dulce y cálida, pero no era suficiente. Necesitaba más que su voz, necesitaba su piel, su mirada, su sonrisa. Necesitaba su cercanía, caminar junto a ella, cogerla de la mano, ver Nueva York a través de sus ojos, cantar para ella, solo por el placer de verla estremecerse cuando su voz se volviera más grave. Que ella cantara para él. Subir con ella a un escenario para hacer magia juntos. Escondarse con ella bajo las sábanas para hacer otra magia diferente.

Terminaron de grabar el disco y se sumergieron en el proceso de edición. La asesora de moda los llevó de compras. Miles dejó toda aquella ropa nueva y reluciente en el vestidor y siguió

poniéndose sus vaqueros desgastados y sus camisetas de algodón. Una de las ayudantes de la asesora se le insinuó abiertamente, pero él la despachó como quien se quita de encima un molesto mosquito. En otra época, Miles Baker se habría acostado con ella y, después, habría olvidado su cara, pero ese Miles ya no existía. Había dejado de existir incluso antes de que Kaylee se cruzara en su vida, pero después de su llegada era imposible que volviera a desear aquel sexo vacío y mecánico. No había dudado ni un segundo en rechazar a esa mujer, a pesar de que hacía seis semanas que había estado con Kaylee. No era la época de sequía más larga que había pasado. Los dos períodos de rehabilitación mantuvieron su cama intacta durante meses por exigencias del guión de sus terapeutas y los últimos dos años su principal prioridad había sido mantenerse sobrio, así que las mujeres habían quedado relegadas a algo ocasional. Kaylee había despertado su libido, pero había trampa en aquel deseo, porque solo parecía valer con ella. No servía cualquier cuerpo, ni cualquier boca. No servían otras manos. Solo ella. Ella, que estaba en otro continente y no parecía tener demasiadas ganas de volver a su lado. Ella, que estaba descubriéndose a sí misma; una chica guapa, sola y en un momento especialmente vulnerable. ¿Se sentiría atraída por otros hombres? ¿Se enamoraría de un escocés rubio de brazos fuertes, que supiera reír y no anduviera perdido por mundos oscuros? No estaba celoso, no tenía motivos, solo se sentía inseguro. Volvía a pensar que no era lo bastante bueno para ella, que Kaylee merecía un hombre mejor, un hombre afable, generoso, paciente, un hombre sin miedo a decirle que la quería, un hombre que confiara, sin duda alguna, en la solidez de su relación, un hombre que no estuviera roto y que supiera darle lo que necesitaba.

Andy organizó la primera rueda de prensa. Los encerró durante horas en su despacho para detallarles qué tipo de respuestas debían dar a los periodistas y los amenazó con torturas imposibles si no se comportaban como era debido. Después, los obligó a vestirse con las ropas nuevas y, pese a sus protestas, cumplieron con lo que se les pedía. Gruñeron un poco con lo de la ropa, pero, en realidad, la asesora era una excelente profesional y había respetado el estilo personal de cada uno, aunque les dio un toque diferente, que subrayaba sus peculiaridades: la dejada masculinidad de Miles, la extravagancia de James, la sobriedad de Luke. Y ahí estaban de nuevo: los micrófonos, las fotos, las preguntas voraces, la curiosidad sin límite de los buitres. Andy había hecho su trabajo. Los medios no los ignoraron esta vez, sino que llegaron a ellos hambrientos, ávidos de carnaza. Preguntaron por los escándalos de Portland y por la rehabilitación de Miles, pero Andy lo había aleccionado bien y respondió tranquilo a todas las preguntas. Hablaron sobre el nuevo disco, sobre la futura gira. James sonrió, encantador. Toda una saga de persuasivos y educados políticos brilló en aquella sonrisa, pero el hijo del senador vestía pantalones rojos y se pintaba las uñas cuando salía en público.

Gerry estaba satisfecho. Durante la siguiente semana la expectación sobre el nuevo disco de The Wave fue en aumento. Hicieron algunas entrevistas, sus antiguas canciones empezaron a sonar otra vez en las emisoras de radio y los críticos hacían especulaciones de todo tipo. Cada día estaban más cerca de volver a ser lo que fueron. A menudo, pensaba en Aaron, pero su recuerdo

ya no dolía como antes. Lo había exorcizado en sus conversaciones con Kaylee y en las canciones del nuevo disco.

El álbum estaba terminado. Lo escucharon por primera vez completo en casa de James, los tres juntos, sin Gerry ni Andy ni ningún otro miembro del equipo. Era mejor de lo que habían creído. Muy bueno. Tanto que James se puso a dar brincos por la habitación e incluso Luke esbozó una sonrisa fugaz. Aquella madrugada, cuando dejó la casa de James, Miles sacó su Ducati, que había dormido en el garaje desde que se marchó a Portland, y condujo a través de las calles vacías de Nueva York, salió de la ciudad y llegó hasta Cold Spring, donde contempló arrobado el amanecer y deseó que Kaylee estuviera a su lado para ver aquel magnífico espectáculo, la luz dorada cayendo sobre el río y los árboles, bañando el paisaje de majestuosidad. Estuvo tentado a llamarla, pero al final desistió y buscó una cafetería abierta. Encontró una a las afueras, donde engulló dos tazas de café y *croissants* (auténticos *croissants*) antes de regresar a Manhattan, meterse en su cama solitaria y dormir hasta el principio de la tarde.

Colin llamó unos días después. El nombre del chico parpadeó en su móvil y, por un momento, deseó no contestar. No tenía ganas de hablar con nadie. Estaba de malhumor. La fecha de presentación del disco se acercaba y no había hablado con Kaylee desde la semana anterior. Ella había vuelto a Londres, pero no había dicho nada de regresar a los Estados Unidos y él no se había atrevido a preguntar.

—Han comenzado los exámenes y Kaylee no ha venido —explicó Colin. Sonaba preocupado, casi asustado—. Perderá el curso si no se presenta. Su tutora ha venido a buscarme, porque sabe que somos amigos. Hemos intentado localizarla, pero no contesta al teléfono. No podrá graduarse, Miles, tendrá que volver el año que viene si quiere terminar la carrera. Si no se gradúa, tampoco podrá hacer el posgrado en Berklee. Está tirando todo por la borda.

—Ella necesita estar a solas.

—No, tío, ella está perdida y confusa. Al principio necesitaba estar sola, pero ahora necesita apoyo. Alguien tiene que traerla de vuelta antes de que pierda todo por lo que ha trabajado.

La clara insinuación de Colin supuso un alivio, como si alguien le hubiera dado permiso a hacer lo que realmente deseaba desde que vio su espalda cruzar la puerta de embarque. Reservó un billete de ida a Londres y, en un ataque de lucidez, llamó a Andy para comunicarle sus planes.

—¡No! No puedes irte a Londres, la semana que viene presentamos el primer *single*. Tienes entrevistas, compromisos, reuniones...

—No he llamado para pedirte permiso, Andy. Eres mi jefa de prensa, nada más. Te llamo porque sé que tú sabrás explicárselo a Gerry de forma que no entre en pánico. Solo serán unos días.

—Si la prensa os pilla en Londres, si salen nuevas fotografías...

—Es mi novia, Andy, hazte a la idea de que saldrán imágenes nuestras. No me hace especialmente feliz que haya fotos de nosotros en Internet o en las revistas, pero esto va a pasar y no puedo permanecer escondido.

—No es por ti, imbécil, es por ella, por su futuro, para que su imagen no esté ligada a ti.

—Seremos discretos, ¿vale? Es todo lo que puedo prometer.

—Dos días, Miles. Te quiero de vuelta en dos días.

—Tres.

La oyó resoplar.

—Tres. Ni uno más. Luego te vuelves y cumples con tu agenda. Yo me ocuparé de Gerry... ¡Ah! ¿Miles? —lo llamó antes de colgar.

—¿Sí?

—Recuerdas mi nombre, me pides favores y somos capaces de mantener una conversación. ¿Debo suponer que has perdonado lo que pasó?

Permaneció en silencio, solo por el placer de ponerla nerviosa. No quería que Andy se acomodara demasiado.

—Sí, creo que sí.

—Bien. Ve a ver a tu chica y regresa a tiempo para cumplir con el grupo.

De camino al aeropuerto, llamó tres veces a Kaylee para decirle que iba a Londres, pero ella no cogió el teléfono. Exasperado, le puso un mensaje antes de subir al avión y apagar el móvil. Estaba ansioso por verla y muerto de miedo. Tal vez no le gustara lo que iba a encontrar. Quizás todas esas llamadas sin responder eran una señal de que ella ya no quería seguir aquella relación y se estaba comportando como un imbécil cruzando el océano para ir detrás de una chica que no quería saber nada de él. Tal vez Portland era todo lo que podían tener y él debería aprender a sobrevivir con el recuerdo de aquellos meses con Kaylee. Tenía la memoria llena de imágenes suyas: el destello rubio que emergió tras el sofá el día de la prueba de las cantantes, la sonrisa burlona con la que abandonó la sala de ensayo después de su desagradable comportamiento, la explosiva conexión artística que estalló entre ellos cuando James la trajo de vuelta y aquella increíble y excitante interpretación de *Rhiannon*, que le desveló que, bajo la apariencia tranquila, dormía otra Kaylee, una Kaylee llena de fuego que ansiaba salir a la luz.

Había acumulado cientos de recuerdos de ella durante aquellos meses, los suficientes para abastecer una vida entera: la exquisita curva de su cuello cuando se inclinaba sobre el Samick del sótano, sus ojos oscurecidos por el deseo incluso antes de que empezaran a llevarse bien, la calidez de su mano en la tienda de vinilos, el temblor de sus largas pestañas cuando estuvo a punto de besarla tras su excursión a Wahclella Falls, su risa juguetona por teléfono después de que él descubriera que había hurgado en su reproductor, las íntimas confesiones que se habían hecho el uno al otro, su voz ronca en el pasillo («no quiero quitarte tu oscuridad, es la parte de ti que más me gusta»), su sueño tranquilo en el sofá mientras él componía, las conversaciones nocturnas en el jardín, su mirada desconcertada cuando trató de alejarla, la intensa emoción con que escuchó por primera vez las canciones que había compuesto, aquel perfecto primer beso bajo la lluvia de Portland, los ratos en la sala de ensayos, el Blackheart, los tres días en el Sentinel, la burbuja de Southwest Hills, la escapada a Cannon Beach... Todo lo recordaba: cada conversación, cada beso,

cada sonrisa. Cada vez que hicieron el amor. Cada vez que ella lo miró como si lo amara.

Cuando el avión aterrizó en Londres, deseó haber dormido durante el largo viaje, en vez de repasar de manera obsesiva sus recuerdos de Kaylee, mientras escuchaba a esas rockeras que a ella tanto le gustaban. Había conseguido dormir un par de horas, cantidad del todo insuficiente, tal como declaraba su incipiente dolor de cabeza.

Encendió el móvil nada más salir del avión. ¿Habría recibido Kaylee su mensaje? Ni siquiera tenía la dirección completa de su tía, así que resultaría bastante ridículo pasar tres días en Londres si ella no contestaba al teléfono. No sabría dónde encontrarla y solo sería un patético rockero americano buscando a un esquivo ángel rubio por las calles de Mayfair.

Se colgó la mochila del hombro y empezó a andar, pero un destello rubio lo hizo detenerse en seco. Kaylee estaba allí, mirándolo, con una enorme sonrisa en la cara. Se acercaron el uno al otro, abriéndose paso entre la gente, sin dejar de sonreír. Estaba allí. Después de los meses separados, caminaba hacia a ella y, a pesar de la emoción, pudo distinguir los cambios. Se había cortado el pelo y parecía que lo había hecho a navajazos. El nuevo peinado le daba un aspecto despreocupado y atrevido que realzaba aún más la inocencia de su rostro. Su piel estaba más bronceada, seguramente por haber pasado mucho tiempo en el exterior durante los viajes de aquellas semanas. También había una nueva seguridad en su forma de moverse, una mayor determinación. Cuando por fin estuvieron el uno frente al otro, se quedó sin saber qué hacer. ¿Podía tocarla, besarla, abrazarla?

—Estás aquí—susurró ella—. Conmigo.

Kaylee alzó la mano y acarició su rostro. Sus dedos delicados se pasearon con suavidad por su frente, sus mejillas, su mentón... Sintió que se quedaba sin aire, pero aguantó estoico que ella lo explorara como quisiera, mientras la sangre empezaba a rugirle en las venas.

Se atrevió a tocarla el también. Acarició sus nuevos cabellos, dejando que los mechones dorados se deslizaran entre los dedos.

—Me lo he cortado—explicó, como si no resultara evidente. Fue así como se dio cuenta de que ella también estaba nerviosa y sonrió, esa sonrisa torcida, canalla, que hacía derretir a las mujeres y a las cámaras. Kaylee lo contempló embelesada.

—Te he echado de menos, rubia—habló Miles por fin y su voz sonó pesada, como si acabara de despertar, porque llevaba demasiadas horas en silencio.

—Yo también. Muchísimo.

Fue suficiente. Deslizó la mano por su nuca y la atrajo hacia él. Quería ser dulce y tierno, pero no podía, no con aquella chica que lo volvía loco. Sintió que sus bocas se estrellaban la una contra la otra y que se abrían a la vez en un beso hambriento y desesperado. Dejó caer la mochila al suelo, porque le molestaba para maniobrar, y rodeó su cintura con el brazo libre, pegándola a su cuerpo. Allí estaban otra vez, enredados en un beso voraz, ajenos a todo lo que no fueran ellos. Deslizó la mano que agarraba su cuello por la espalda femenina, en una caricia larga, posesiva, que acabó en su cadera. La aferró con fuerza, atrayéndola aún más hacia él, hasta que la tuvo tan

cerca que podía oír el acelerado latido de su corazón. Mientras, las manos de ella hacían su propio viaje, acariciando con impaciencia sus brazos, sus hombros, su cuello, su espalda. Debían parar, dejar de ofrecer aquel espectáculo en público. Rompió el beso, pero era incapaz de soltarla, así que la abrazó de nuevo y hundió la nariz en su cuello para aspirar su inconfundible olor a almendras.

Al cabo de unos minutos, ella se separó un poco. Lo justo para mirarlo a los ojos y darle un beso rápido y dulce.

—Creí que estabas liado con la presentación del primer *single*. ¿Por qué has venido? —preguntó sin dejar de acariciarlo.

—Porque te quiero —respondió él.

Lo soltó así, de golpe, sin detenerse a pensarlo. Las palabras se habían escapado de su boca antes de que pudiera detenerlas y, en cuanto se dio cuenta, quiso darse de cabezazos. Había tenido decenas de momentos perfectos para declararse. Podía haberlo dicho frente a las grandes formaciones rocosas de Cannon Beach o mientras contemplaban el faro de Tillamook Rock, en la intimidad del jardín de Southwest Hills o todas aquellas veces que hicieron el amor con una intensidad desconocida. Seguramente cualquiera de aquellos momentos habría sido más adecuado que en medio de un aeropuerto, rodeados de turistas que hablaban en voz demasiado alta y de serios ejecutivos que se movían con prisa arrastrando sus maletas. La primera vez que pronunciaba aquellas dos palabras y lo hacía en el lugar menos romántico.

A Kaylee no pareció importarle. Se dio cuenta de que sonreía feliz y se apretó de nuevo contra él hasta que el cálido aliento femenino le golpeó el cuello, justo debajo de su oreja izquierda.

—Yo también te quiero —afirmó.

Luego se separó de él, se inclinó para agarrar la mochila que Miles había dejado caer y lo cogió de la mano. Él se apresuró a cargar la mochila en su hombro y se dispuso a seguirla.

Iría con ella a cualquier lugar del mundo.

Capítulo 21

Estaba allí, con ella, en Londres. No podía creerlo. Alto, fuerte, con esos increíbles ojos verdes llenos de turbulencias que tanto había añorado. Más guapo que nunca, a pesar de su aspecto cansado. En el interior del taxi, se apretó junto a él y aspiró el olor de su piel, que era a la vez familiar y diferente. Algo había cambiado y lo olisqueó con fruición. Le llegaban con claridad las notas de jabón y menta, pero faltaba algo.

—¿Qué haces?

—No hueles a tabaco. Ya sé que no has fumado durante el vuelo, pero... ¿ni siquiera un cigarrillo antes de subir al avión?

—Es que ya no fumo —declaró con una sonrisa tímida.

—¿Desde cuándo?

—Desde el día que te viniste a Londres.

No entendió qué relación había entre su marcha y la decisión de dejar el tabaco.

—No me habías dicho nada.

—No sabía si recaería y no quería decepcionarte.

Algo se apretó dentro de ella. Tomó su rostro con ambas manos y lo obligó a mirarla a los ojos.

—Tú no me decepcionas nunca. Ni siquiera si vuelves a fumar podrías decepcionarme. Pero me alegra que lo dejaras... ¿Por qué lo hiciste?

Miles suspiró y la acarició el rostro.

—Pensé que no quería perderme ni uno solo de los años que pudiera pasar contigo —dijo críptico, pero no explicó nada más. La besó en el pelo y se recostó en el asiento—. Estoy agotado. No he conseguido dormir en el vuelo más que un par de horas.

—Puedes descansar cuando lleguemos al hotel.

—Cariño, llevo meses sin verte. No pienso descansar —aseguró con voz grave, pero tenía los ojos cerrados y parecía que iba a quedarse dormido en cualquier momento—. ¿Has dicho hotel? Creí que te alojabas con tu tía —musitó somnoliento.

—En cuanto leí tu mensaje, reservé una habitación. Llevo meses sin verte —imitó su tono ronco, aunque bajó la voz para que no la escuchara el taxista—, no quiero que mi tía oiga todo lo que quiero hacer contigo.

Sin abrir los ojos, Miles se rió por lo bajo y Kaylee pensó que aquel era el sonido más sensual

del mundo. Notó bajo ella el pecho masculino convulsionando por la risa y se abrazó más a él, como si quisiera convencerse de que realmente estaba allí, con ella, y no era un sueño.

El músico no cumplió sus planes eróticos. En cuanto llegó a la habitación, se dejó caer exhausto sobre la cama.

—Ven, tumbate conmigo cinco minutos. Necesito una ducha, pero antes quiero abrazarte un rato —suplicó, como si no la hubiera estrechado entre sus brazos durante todo el trayecto en taxi. Ella accedió gustosa y se tendió junto a él. Suponía que el abrazo sería breve y que Miles se abalanzaría de inmediato sobre ella, pero al cabo de un minuto pudo escuchar el familiar ronquido. Se incorporó un poco y estudió su rostro dormido, sus largas pestañas oscuras, su varonil mentón, sus mejillas oscurecidas por una incipiente barba áspera, esa que siempre le daba aspecto de recién levantado. Observó su muñeca desnuda, dejando al descubierto el tatuaje de la ola, y se sintió orgullosa de él y de todo lo que había superado.

Miles durmió durante seis horas del tirón. Kaylee le dejó una nota y se marchó a casa de su tía para recoger algo de ropa y avisarle de su ausencia durante los próximos días. Cuando regresó, seguía durmiendo, así que tiró la nota que le había escrito, pidió unos sándwiches al servicio de habitaciones y se acomodó en una butaca con una novela, aunque pasó más tiempo contemplando arrobada el cuerpo que descansaba sobre la cama que las páginas del libro.

Lo había echado mucho de menos. Demasiado. Cada semana había sido más difícil que la anterior y pensar en él le había hecho flaquear en su decisión de estar en Londres, razón por la que había ido espaciando sus llamadas. Cada vez que hablaba con Miles, sentía deseos de subirse a un avión y presentarse en Nueva York, instalarse en su piso del Soho y no separarse de él. Su lado racional la había frenado en cada ocasión. Ella necesitaba poner en orden su cabeza e irse con Miles era una solución fácil a corto plazo, pero no serviría de nada.

Tampoco era que estuviera poniendo en orden su vida en Londres. El generoso cheque que le había dado la discográfica por rescindir el contrato había solucionado sus problemas económicos inmediatos. Las primeras semanas se había dedicado a deambular por la ciudad, repasar con su tía cada acto controlador de su madre y añorar a Miles. Fue la tía Iris la que sugirió que emprendiera un viaje. Nunca había viajado sin compañía. Al principio, cuando se bajó en la estación de Bath se sintió desconcertada y estuvo a punto de regresar a Londres. ¿Qué iba a hacer ella sola, un día tras otro, en un país donde no conocía a nadie? Superado el pánico inicial, se encontró disfrutando del viaje, de su soledad, de los encantadores pueblos de los Cotswolds y de la absoluta sensación de libertad.

Después, continuó el viaje hacia el Distrito de los Lagos y allí aceptó la invitación de dos mochileras francesas para ir con ellas a Edimburgo. Se enamoró de la ciudad escocesa y, junto a sus compañeras de viaje, también apasionadas de la música, asistió a conciertos en pubs y salas pequeñas hasta que fueron a un bar con noche de micro abierta y se atrevió a cantar. No se había llevado la guitarra, pero otro músico le prestó la suya y, allí, ante un montón de escoceses y dos chicas francesas, en un pequeño local que jamás volvería a pisar, supo que tenía que romper las

cadenas con su madre y seguir su camino, porque subirse al escenario con una guitarra la hacía sentirse viva. En recuerdo de Miles, cantó *Sleeplessness*, en una versión adaptada a su rango vocal, y, cuando terminó, se dio cuenta de que estaba llorando y que la sala entera se había quedado muda. Lloró porque aquella canción siempre la emocionaba, pero también porque lo echaba tanto de menos que a veces creía ahogarse de añoranza. El público tardó un momento en recuperarse, igual que ella, pero entonces sonó un furioso aplauso que hizo correr acelerada la sangre por sus venas. No, su sitio no estaba detrás de un piano, sino frente a un micrófono, y no renunciaría a ello. Solo le quedaba averiguar cómo conseguirlo, cómo sortear la alargada sombra de Linda Foster.

El sol empezaba a ocultarse cuando Miles despertó. Ella estaba embebida en la novela, que al final había logrado capturar su atención. Se zambulló en la historia durante un par de horas, ávida por averiguar quién habría asesinado al biólogo, y agradecida por el sonido lento y acompasado de la respiración masculina. Cuando por fin alzó la vista, se encontró con los ojos verdes de Miles, que la contemplaban desde la cama; bajo la última luz de la tarde, parecían más oscuros e intensos. Las sombras caían sobre su rostro, dejándolo parcialmente oculto, pero podía sentir su hambre desde la distancia, la explosiva energía que desprendía el cuerpo tendido sobre el colchón. Él estaba inmóvil, pero la habitación entera se había llenado de una tensión eléctrica que parecía a punto de hacer que el hotel estallara en llamas. Sintió el paladar seco y trató de tragar saliva.

—Ven —ordenó Miles con voz rota y un estremecimiento recorrió su columna. En aquel momento él podría conseguir cualquier cosa de ella, todo lo que quisiera, le entregaría su cuerpo, su alma, sus sueños, todo el tiempo que le restaba de vida. Cerró la novela despacio, la dejó sobre un mueble cualquiera e, hipnotizada por la intensidad de sus ojos, que llameaban con fuego verde, se dirigió hacia la cama.

Cuando se tumbó sobre el colchón, su respiración se había vuelto más pesada. Miles se inclinó sobre ella, muy despacio, y la besó con una languidez impropia en él. Normalmente parecía que iba a devorarla, pero en aquel hotel de Chelsea se tomó su tiempo para besarla con lentitud y delicadeza, como si quisiera saborearla, como si no tuviera prisa alguna, muy diferente del Miles rudo del aeropuerto.

—Te quiero —musitó, a tan solo dos milímetros de sus labios. La voz áspera, intensa y tierna a la vez, parecía derramarse sobre ella—. Sé que antes no ha sido el momento más romántico, pero necesitaba decirlo. No quería que pasara un día más sin que lo supieras.

Quiso decir algo, pero la mano de él estaba sobre su rodilla desnuda y subió con la palma abierta por debajo de su falda, hasta la cadera, enviando cientos de descargas a su piel. Gimió bajito y él sonrió. No la sonrisa torcida y canalla, sino otra más pequeña, que era solo para ella, y que la llenó de calidez. Le acarició los brazos, que le parecieron aún más firmes de lo que

recordaba, y la espalda ancha y fuerte, atrayéndolo sobre ella, porque necesitaba sentir el peso de su cuerpo aplastándola contra el colchón.

—¿Esto es lo que quieres? —murmuró él, obedeciendo sus indicaciones mudas, tendiéndose sobre ella. Apoyó la mayor parte del peso sobre los antebrazos junto a su cabeza, para presionar su cuerpo sin aplastarlo. Se besaron durante lo que parecieron horas, empapándose el uno del otro, recuperando el tiempo perdido. La mano de él cada vez más atrevida, colándose entre sus ropas. Las manos de ella cada vez más frenéticas, ansiando palpar cada centímetro libre de tela. Tuvieron que separarse para desvestirse. Él se quitó cada prenda de ropa con una lentitud enloquecedora, mientras ella casi arrancó la cremallera del vestido de la necesidad que tenía de sentir la piel de Miles contra la suya.

—¿Cuándo te has vuelto tan paciente? —jadeó ella, mientras lo empujaba de vuelta contra el colchón, y él se rio al ver la urgencia con la que se arrojaba sobre él.

—¿Cuándo te has vuelto tú tan impaciente? —contestó de vuelta, pero Kaylee no lo escuchó, porque descubrió aquella *K.* bajo el águila de su pecho, justo sobre el corazón, y la acarició con dedos temblorosos.

—¿Cuándo...?

—Me lo hice en Nueva York —explicó como si no fuera obvio y una intensa emoción pareció recorrer a ambos. Se inclinó sobre el nuevo tatuaje, aquel que proclamaba el lugar que ocupaba en su vida, y lo besó con devoción. Miles tenía la piel caliente y nunca le pareció tan hermoso como en aquel momento, justo antes de hacerle el amor y entregarle cada partícula de su alma.

Tuvieron que llamar al servicio de habitaciones para recuperar fuerzas con algo de alimento. Ambos se ducharon, durmieron a ratos y volvieron a acariciarse. Él habló sobre los planes del grupo y después buscó en el reproductor el disco recién grabado para oírlo juntos. Resultaba bastante impresionante escuchar *Dark World* después de haber asistido al proceso íntegro de creación. Era perfecto, tan oscuro al principio para después ir ascendiendo hacia la liberación. Pudo ver al Miles de los primeros tiempos en Portland, ese Miles huraño, encerrado en sí mismo y agobiado por el silencio, que habitaba dentro de él. Ese Miles distante, hosco, que prefería mantenerse aislado. Un Miles comido por la rabia y el miedo, que luchaba impotente contra su bloqueo creativo y que trataba con todas sus fuerzas no decepcionar a los únicos amigos que le quedaban en el mundo.

Sí, era increíble haber sido testigo de ese cambio, de esa lucha: las capas cayendo una a una, los viejos fantasmas saliendo del armario, el regreso de la música, el encuentro consigo mismo... Todo estaba ahí, aunque nadie más que ellos lo supiera nunca, aunque después la crítica y el público no entendieran la base de cada canción, el significado de aquellas letras ambiguas, el simbolismo de unas melodías que no eran más que el reflejo del interior de Miles Baker. No importaría, claro, la música les hablaría a cada uno de una forma personal y conectaría con

emociones que todos guardaban dentro, esa parte de ellos mismos que escondía secretos, tristezas, temores, y apelaría a su espíritu de lucha para salir en busca de la luz. Todo eso estaba allí, en aquel disco que, estaba segura, iba a marcar un antes y un después en la música, y se alegró por Miles, por James, por Luke, por ese Aaron que jamás llegaría a conocer más que a través del relato de otros y que, sin embargo, estaba presente en el álbum.

Solo por un instante, un fugaz instante de debilidad, lamentó no formar parte de todo aquello, que su voz no estuviera en el disco, que no hubiera podido dejar una pequeña huella en el camino de *The Wave*.

—Tú formas parte de todo esto. Estás detrás de cada melodía. Sé que es injusto para ti, que deberías estar delante, brillando con luz propia, pero eso va a llegar, te lo prometo —afirmó Miles, como si la hubiera leído por dentro, como si hubiera podido atisbar los cinco segundos de pensamiento egoísta y no le hubiera importado su pequeña mezquindad—. No es suficiente, lo sé, pero estás ahí, aunque no se escuche tu voz. Sin ti, no habría habido disco, nadie me habría empujado, nadie habría despertado en mí tantas emociones que hizo saltar todo lo demás que guardaba dentro. ¿Sabes cuál es la primera canción que compuse? *Welcome to My Dark World* y escribí la música cuando te instalaste con nosotros en Southwest Hills, justo después de que dijeras que la oscuridad era la parte de mí que más te gustaba... Fue como abrir las compuertas, quise darte la bienvenida a mi mundo. Todavía no estaba listo para estar contigo, pero una parte de mí ya sabía que estaba hecho para ti: quería dejarte entrar, que vieras todo de mí, todo lo que guardaba, lo que escondía a los demás... Era tuyo, entero, lo había conservado intacto para ti sin saberlo.

Kaylee tragó saliva. Supo que, en toda su vida, jamás volvería a escuchar una declaración de amor tan conmovedora, porque eran las palabras honestas de un hombre que había perdido el miedo a reconocer sus emociones. Comprendió también que él le había entregado su corazón sin reservas y se sintió agradecida, pero también algo asustada, porque intuyó que podía romperlo en mil pedazos, seguramente antes de lo que creía. Había estado tan entusiasmada con la llegada de Miles, tan embelesada con él, con su cuerpo, sus palabras, su música, que había evitado hacerlo partícipe de sus últimas decisiones. Su intención no había sido ocultarlas, pero habían quedado relegadas ante la avasalladora presencia de Miles que, como siempre, arrasaba con todo a su paso.

No le pareció el momento oportuno de hablar sobre el futuro, tal vez porque ella misma estaba empezando a flaquear en sus decisiones. Después de aquellas palabras, de toda la intensidad que habían compartido en las últimas horas, solo quería subirse con él a un avión y no separarse nunca más de su lado.

Abandonaron el hotel a media tarde para dar un largo paseo y acabaron cenando en un pequeño restaurante de Chinatown, bastante destartado y con personal antipático, pero con una comida

deliciosa. Ambos se abalanzaron voraces sobre la sopa, los *noodles* con setas y verduras y el pato asado y solo cuando calmaron el hambre, Miles la escudriñó con los párpados entornados y comprendió que era su turno de confesar.

—Han empezado los exámenes —dijo el rockero y ella jugueteó con la servilleta, tratando de no sentirse culpable.

—No me voy a presentar.

—No lo entiendo. Estabas empeñada en acabar la carrera. Dijiste que, después de tantos años, querías terminarla, llevarte el título.

—Ya no lo quiero. No me hace falta.

—¿Por qué?

—Porque no me hace falta —repitió—, y es la única forma de que mi madre vea que estoy fuera, que no hay ni una sola posibilidad de que cumpla con su deseo de dedicarme al piano.

—¿Y es necesario renunciar a todo tu esfuerzo durante años? —Parecía preocupado y Kaylee lo amó un poco más, porque sabía que él no valoraba la universidad como el resto del mundo y miraba con desconfianza el afán de su generación por acumular títulos.

—No he tomado la decisión a la ligera, te prometo que he pensado mucho en ello. No he renunciado al esfuerzo, me llevo todo el aprendizaje que he adquirido en la universidad, eso no puede quitármelo nadie. Solo renuncio al título, porque es la única forma de que ella lo entienda y me deje tranquila.

—¿Y el posgrado en Berklee? No te admitirán sin la carrera.

—Tengo otras opciones —aseguró con timidez.

—¿Qué opciones? —El semblante de Miles se tiñó de gravedad, como si se estuviera preparando para las malas noticias.

Kaylee tomó aire. Había llegado el momento.

—Estoy pensando en quedarme aquí.

Miles echó la cabeza hacia atrás y la miró incrédulo.

—¿Quedarte en Londres? ¿Para siempre?

—Bueno —titubeó— no sé si para siempre, pero sí durante un tiempo.

El camarero los interrumpió para preguntarles si querían postre, pero Miles negó con un gesto seco de la mano, sin dejar de mirarla, y pidió la cuenta.

—¿Quieres quedarte en Londres? —repitió. Sonaba confuso, pero también alerta—. ¿Por qué?

—Ha sido una sugerencia de mi tía y, la verdad, me gusta la idea. Los ingleses están haciendo cosas muy interesantes en música y mi madre no tiene influencia aquí, o al menos no tanta como en Estados Unidos. Aquí no podrá convencer a las discográficas para que me den de lado —explicó algo atropellada, porque quería que él entendiera bien sus razones—. He pensado que podría presentarme a algunas audiciones de grupos que buscan cantantes y he visto un curso de verano sobre técnica vocal que me gustaría hacer en una escuela de Westminster...

Y ahí estaba la otra razón por la que había eludido las llamadas de Miles y de sus amigos:

porque estaba demasiado inmersa en su propia búsqueda y no quería que influyeran en su decisión. También porque la asustaba la idea de tirar por la borda tantos años de estudios e iniciar un camino incierto y, sobre todo, porque temía decirle a su novio que quería vivir en otro continente y que él no fuera capaz de entenderlo o que no quisiera seguir con ella.

—¿Y eso donde nos deja a nosotros? —Miles parecía tranquilo, pero la palidez de su rostro indicaba que no estaba tan calmado como aparentaba, solo asustado. Odió hacerle aquello, odió herirlo, remover sus temores, pero no sabía hacerlo mejor. Se encontraba tan perdida que solo podía seguir su instinto.

—Esto no cambia nada entre nosotros, Miles. Tú ni siquiera vas a estar en Nueva York. Vas a ir de gira todo el verano y seguramente seguirás con conciertos la mayor parte del año.

—Pero iré a Nueva York en los descansos.

—Podrías venir aquí...

—¿Y después? ¿Qué sucede si encuentras un grupo, grabáis un disco y te instalas definitivamente aquí?

—No lo sé —musitó. No se había permitido pensar a largo plazo. Ni siquiera se había presentado a las pruebas, aunque ya tenía algunas seleccionadas. Sí, podía suceder lo que planteaba Miles o, por el contrario, fracasar en su intento.

Miles se pasó la mano por el rostro. El camarero les trajo la cuenta, pagaron y caminaron en silencio hasta el hotel, pero, cuando estaba a punto de entrar en el vestíbulo, vio que Miles no la seguía.

—Necesito pensar en todo esto. Voy a dar una vuelta —dijo, y a ella no le gustó su rostro sombrío.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Prefiero estar solo, si no te importa.

Fue amable, pero había cierta distancia en su tono, como si se hubiera roto algo importante dentro de él. Le hubiera gustado abrazarlo, pero supo que él no se dejaría tocar en ese momento, así que asintió y lo vio alejarse por la calle antes de entrar en el hotel.

Estuvo fuera algo más de dos horas y cuando regresó se sentó junto a ella en la cama. Era incapaz de saber qué pensaba y tuvo ganas de llorar.

—A ver, cuéntame otra vez tus planes, todo lo detalladamente que puedas.

Lo hizo. Procuró no embrollarse demasiado y fue más clara sobre lo que quería lograr.

—No quiero perderte, pero no puedo ir a Nueva York o acompañarte a la gira. Es lo que me pide el cuerpo, pero entonces me convertiré en tu sombra y no encontraré mi propio camino. Necesito empezar a hacer algo para mí, para conseguir mis metas.

Miles asintió.

—Está bien. Vamos paso a paso. De momento, el verano. Haces el curso y las audiciones y yo me voy de gira y, cuando acabe el verano, me escapo unos días y vemos cómo enfocarlo, ¿de acuerdo?

Ella asintió repetidas veces, con los ojos llenos de lágrimas, porque no esperaba tanta comprensión y apoyo por parte de Miles.

—Bien, ahora desnúdate, que vamos a pasar meses sin vernos y tendremos que aprovechar estos días.

Desde Londres asistió a la presentación del primer *single* de The Wave. Tal como suponía, *Welcome to My Dark World* supuso toda una conmoción. El éxito fue inmediato y, para cuando llegó la presentación del disco completo, ya tenían el mundo metido en el bolsillo. Sus canciones sonaban en todas partes y hubo un entusiasmo generalizado por el disco. El público volvía a adorarlos. La prensa no dudó en sacar los antiguos trapos sucios, pero los chicos lo estaban haciendo bien: habían madurado y ya no eran los jóvenes alocados que parecían correr sin frenos, sino músicos comprometidos con su trabajo que querían dar lo mejor de sí mismos. A veces le resultaba extraño verlos en las revistas, en aquellos reportajes a todo color, tan guapos los tres que casi parecía injusto para el resto de los hombres del planeta. También dieron entrevistas en la televisión, en programas que luego ella buscaba en Internet y que veía una y otra vez de forma obsesiva, ansiosa por verlos. Eran ellos y, a la vez, no lo eran.

Se habían producido algunos cambios con respecto a la etapa anterior. Miles parecía menos engreído, aunque aún conservaba el aura de estrella, y solo entonces comprendió que era su escudo, la forma de separar el personaje de la persona, la manera en que conseguía que la fama no llegara a contaminarlo, pero había dejado de ser un chico provocador para convertirse en un hombre magnífico que hablaba con pasión de su música. Sin embargo, el peso de las entrevistas recaía sobre James, que siempre se mostró más amigable con las cámaras y los micrófonos. Luke ni siquiera se esforzaba en intervenir, tan solo cuando el presentador se dirigía a él expresamente y resultaba divertido ver a los periodistas sudar ante sus lacónicas respuestas.

El primer concierto de The Wave fue en Canton, Ohio, y superó con creces todas las expectativas. Gerry quería que adquirieran rodaje antes de lanzarse a la carretera, así que todavía dieron tres conciertos más por el Medio Oeste y después volaron a Seattle para empezar la verdadera gira. Miles la llamaba cuando podía: durante un descanso en la prueba de sonido, de camino a la sala de conciertos, tras la rueda de prensa... Llamadas rápidas, a veces con demasiado ruido de fondo, que siempre la dejaban frustrada.

—Te llamo cuando llegue al hotel —prometía Miles, pero sus horarios se contravenían la mayor parte de las veces.

La admitieron en el curso de verano. Tenía buenos profesores, pero lo mejor era el contacto con sus compañeros. Hizo amistad con algunos chicos de clase y salía con ellos por las noches. No les dijo a ninguno que su novio era aquel rockero tan guapo del que no paraban de hablar en todos los medios, tan solo que salía con un chico y que él vivía en Nueva York.

Se presentó a varias audiciones durante el primer mes. La rechazaron en todas, pero aquello no

la desanimó. Consiguió un trabajo de camarera en una cafetería cerca de la escuela. Una de sus compañeras le comentó que una amiga de una amiga tenía un grupo y necesitaba a alguien para los coros en media docena de actuaciones. Fue admitida en cuanto cantó la primera estrofa y se sintió mejor. Por fin tenía algo a lo que agarrarse.

—Eres demasiado buena para perder el tiempo haciendo coros —le dijo uno de sus profesores, pero a ella no le importaba estar detrás. No tenía nada mejor que hacer y no conocía a nadie en aquella ciudad que fuera a darle una oportunidad.

Dos meses después se sentía atrapada de nuevo, demasiado sola, sin saber hacia dónde dirigir sus pasos. Apenas quedaban unas semanas de curso y no sabía muy bien qué haría cuando terminara. El grupo no volvió a contar con ella tras los primeros conciertos. Era demasiado buena y la cantante se vio amenazada por la chica de los coros, que tenía una voz increíble y destacaba sin proponérselo, así que, pese al disgusto del resto de la banda, rescindieron su colaboración.

Empezó a frecuentar las noches de micrófono abierto por toda la ciudad, conoció a otros grupos, a otros cantantes... Era estimulante, pero cuando regresaba a casa, esa casa enorme y vacía porque su tía se había tomado unas semanas de vacaciones y había viajado a España con unas amigas, se sentía sola y echaba de menos a Miles, a Mia, a James, a Colin, a Luke, a Andy... Echaba de menos Southwest Hills y Portland e incluso añoraba Boston. Llamó a sus viejos amigos, a los que debía más de una disculpa. Hablar con ellos y saber del rumbo que iban a dar a sus vidas le sentó bien, pero ni la desenfadada Mia ni el tierno Colin consiguieron animarla. Una noche vio *Los Goonies* en la tele y lloró durante toda la película recordando a Miles y su escapada a Cannon Beach.

—Estás triste —le dijo Miles en una de sus breves conversaciones telefónicas. Se encontraba en San Francisco, en un festival de verano, en cuyo cartel habían conseguido colarse en el último momento gracias a los contactos de Gerry, y había sacado unos minutos para hablar con ella.

—Y tú pareces cansado.

—Lo estoy. Creo que ya estoy mayor para la carretera...

—Solo tienes veintiocho años —le recordó—. No estás decrepito,

—Dentro de cinco años, cuando te toque a ti hacer esto, me lo cuentas.

Lo quería tanto y lo echaba tanto de menos que empezó a odiar todas las decisiones que la habían llevado a Londres. Allí no hacía nada, pero no podía volver. ¿Qué le esperaba en Estados Unidos? Nada. El veto de su madre le impediría avanzar. El peso de sus decisiones comenzó a caer sobre ella. Había renunciado a Berklee, una increíble oportunidad para conocer y trabajar con todo tipo de artistas. Pensó en la profesora Armstrong y la terrible decepción que debía haber supuesto para ella.

—Te estás hundiendo —le dijo Miles—. Deja Londres, coge un vuelo y ven aquí.

—No puedo —musitaba entre lágrimas—. No haré nada allí, solo seré una carga.

—Ven, por favor, yo no puedo ir y tú no estás bien. Me has ayudado durante mucho tiempo, deja que ahora cuide yo de ti. Puedo reservarte un vuelo ahora mismo...

Se sintió mal por cargarle con sus problemas. Sabía que él también se estaba poniendo a prueba, que estaba enfrentándose a las duras exigencias de una gira y que le asustaba la tentación de recaer en sus adicciones. No solo no estaba apoyando a Miles en su regreso a los escenarios, sino que lo desconcentraba con sus vacilaciones y su tristeza.

La culpa la golpeó por dentro y deseó retroceder unos meses, cuando todo era más fácil.

Capítulo 22

Estaba exhausto. Aquella gira iba a acabar con él. No recordaba que hubiera sido tan duro cinco años atrás. Kaylee tenía razón. A sus veintiocho años (veintinueve en otoño, recordó) debería tener más aguante, pero arrastraba años de tranquilo encierro, de soledad, de vida pausada, casi ermitaña, y de repente se encontraba de nuevo lanzado al vértigo de la vida pública.

Todo había sido una locura desde que volvió de Londres, preocupado por la situación de Kaylee. Ella se encontraba demasiado confusa, demasiado perdida, andaba quemando naves sin saber hacia dónde dirigirse después. Dando palos de ciego. Recordó a la tranquila Kaylee de Portland. Todavía estaba allí, por supuesto, pero algo había cambiado dentro de ella. Tal vez Andy tenía razón y había estado demasiado protegida toda su vida, sujeta primero por el férreo control de su madre y el cariñoso afecto de un novio convencional y luego acomodada en el comfortable vaivén de la universidad, bajo la engañosa sensación de libertad que le producía haber abandonado su ciudad natal.

Miles comprendía que ella quisiera encontrar su propio camino, que necesitara un tiempo para aclararse las ideas. No entendió por qué tenía que ser en Londres, tan lejos de él, pero lo respetó porque vio en sus ojos que necesitaba hacer aquello. De todas formas, Kaylee tenía razón. Él se encontraría la mayor parte del año inmerso en la gira e iban a pasar mucho tiempo separados igualmente, pero si ella estuviera en Nueva York, en Boston o en Portland, podrían verse en algún momento; en Londres, sería imposible.

Gerry y Andy no le dejaron demasiado tiempo para recrearse en pensamientos melancólicos sobre su novia. En cuanto bajó del avión, lo arrastraron ante un fotógrafo para un reportaje y después a una reunión con el personal de producción para ultimar detalles de la gira. Todo volvía a ser vertiginoso: entrevistas, ensayos, reportajes... Sus viejas canciones se escuchaban de nuevo en la radio y *Sleeplessness* parecía sonar en todas partes. Cada vez que la oía, cambiaba de emisora, porque las primeras notas lo llevaban irremediabilmente al Blackheart, cuando la cantó para Kaylee ante cientos de personas, y aquel recuerdo era tan dolorosamente hermoso que se hacía insoportable.

El día que salió el primer *single* estaba nervioso. Había llegado el momento de saltar de nuevo al ruedo, de volver a exponerse, pero era diferente de la vez anterior. Entonces los invadía la euforia; en aquel momento, solo sentía algo demasiado parecido al miedo: miedo al fracaso, al

rechazo, a recibir la última palada de tierra que hundiría definitivamente a The Wave y lo enviaría a dormir el sueño eterno de los grupos que tuvieron un éxito fugaz antes de quemarse y caer en el olvido. Había empezado a trabajar en la vuelta del grupo por James y por Gerry, pero, en algún punto, se convirtió también en algo suyo. Tal vez fue cuando consiguió salir de las brumas del silencio y empezó a componer de nuevo.

James también estaba nervioso. No podía estar quieto, hablando sin parar, moviéndose de un lado a otro, frotándose la nuca... Parecía un polvorín a punto de estallar y aquello no ayudaba en absoluto a Miles. Solo Luke, el tío más impasible del planeta, permanecía tranquilo. Se acordó de los primeros tiempos de The Wave, cuando todo estaba menos pensado, menos medido, cuando creían que eran los amos del mundo y que toda su música era brillante, convencidos de que cada tema que tocaban se merecía un lugar de honor entre las mejores canciones de todas las épocas. No dudaban de su talento, ni les importaban demasiado las opiniones ajenas. Eso había cambiado, por supuesto. El público les había dado la espalda, la industria también. Reconquistar una posición era más difícil que subir por primera vez a la cima. Deseó tener a Kaylee junto a él, que le tomara la mano, que le dijera con su voz suave que todo iba a salir bien, pero ella no estaba allí y no quería cargarla con sus preocupaciones.

Welcome to My Dark World hizo estallar las previsiones más optimistas de Gerry. No esperaban que el éxito llegara de forma tan fulgurante. Creyeron que sería paulatino, que escalarían puestos poco a poco, que tendrían que trabajar durante meses para lograr el reconocimiento, pero el departamento de Publicidad y Marketing había hecho su trabajo y había logrado generar grandes expectativas con el regreso del grupo. Su música hizo el resto.

Todo volvió a ser un torbellino. Tras la presentación del *single*, vino la del disco. Más entrevistas, más ruedas de prensa, más reportajes... Iban de un plató de televisión a una emisora de radio, se reunían con periodistas, bloggers y *youtubers*, los fotógrafos volvían a esperar en su puerta, las revistas querían saber todo sobre ellos. Los ensayos y las reuniones de producción para preparar la gira ocupaban buena parte de su tiempo y, por supuesto, volvieron las fiestas. Andy insistió en que se tenían que dejar ver, que no podían esconderse. No se trataba de divertirse, sino de hacer vida social, de codearse con gente poderosa e influyente, de dar material a la prensa, de llenar las redes sociales de sus rostros sonrientes y su flamante ropa nueva. «Sin pasarse», advirtió mirando a Miles. No hacía falta la advertencia. Había aprendido la lección. Iba a las fiestas, saludaba a todos aquellos que Andy le indicaba, sonreía ante las cámaras, pedía vasos de agua con hielo, rechazaba a las chicas que trataban de colgarse de su brazo y, al cabo de una hora, dos como mucho, se marchaba a su casa, a ese piso del Soho vacío, lleno de recuerdos falsos de una mujer que estaba demasiado lejos y a la que llamaba a horas intempestivas, despertándola de un profundo sueño, solo para escuchar su voz somnolienta, susurrarle añoranzas y, si la encontraba dispuesta, tener algo de sexo telefónico con el que calmar su constante deseo por ella.

El primer concierto fue en Ohio. Resultaba extrañamente familiar volver a la carretera, subir al

tráiler y emprender la marcha con todo el equipo. Había olvidado la cantidad de gente que trabajaba en una gira y lo solo que podía sentirse un hombre a pesar de tener decenas de personas a su alrededor. Había algunas caras conocidas, como Pat o Dave y su mujer, que siempre los acompañaba en los viajes y que solía llevar una cámara al cuello con la que fotografiaba los entresijos de la gira, pero el resto del personal era nuevo. Gerry había procurado reunir al mejor equipo posible y estaba especialmente orgulloso del técnico de sonido, al que había pagado una cantidad indecente de dinero para conseguir que trabajara con ellos.

Ohio fue bien. Les sirvió para calentar motores, cogerle el pulso al escenario y medir las reacciones del público para hacer después los ajustes necesarios. En cuanto salió a escena, se apagó el vértigo que lo había acompañado durante las últimas semanas. Aquel era su sitio, el lugar exacto en el que debía estar, la energía corriendo por sus venas, convertido de nuevo en la estrella de rock que todos adoraban. Se sintió fuerte y poderoso, invencible. Brilló en cada canción, dejando pedazos de sí mismo en los solos de guitarra, arañando con la voz los cuerpos sudorosos que se apretaban para verlo. Pura energía. Cuando terminó, estaba eufórico, excitado. Necesitaba una vía de escape. El Miles del pasado se habría ido de fiesta con el resto del equipo, habría bebido demasiado, se habría metido algo de coca o de *speed*, o lo que hubiera pillado, y habría echado un polvo con cualquier chica, con una fan, una camarera del hotel o alguna de las ayudantes de producción, le habría dado igual. Pero al nuevo Miles no le valía ninguna de ellas. Necesitaba a Kaylee, solo a ella, así que, mientras James, Luke y los demás festejaban el éxito, regresó al hotel, se dio una ducha y la llamó. Estaba despierta, a pesar de la hora, deseosa de saber cómo había ido el primer concierto.

—Me gustaría que estuvieras aquí —susurró, con el deseo candente deslizándose en cada palabra—. Ahora mismo tengo unas ganas increíbles de estar contigo, de tocarte, besarte... Si estuvieras aquí, mi amor, íbamos a hacer temblar todo el hotel.

—Miles... —la oyó suspirar.

—Toda la noche, cariño... ¡Joder, no sé cómo voy a aguantarlo! Y no es el sexo solo, aunque ahora mataría por tenerte en mi cama. Es que me gustaría que estuvieras aquí, compartir todo esto contigo...

—Te estoy fallando, ¿verdad? —contestó Kaylee con voz estrangulada y de inmediato él se sintió culpable, porque se había prometido que la dejaría volar y la súplica enterrada en sus palabras no la ayudaba. Kaylee ya había tenido demasiadas jaulas y él no le pondría otra. Se lo había prometido a sí mismo durante aquel largo paseo nocturno por Londres, después de que ella le dijera que quería quedarse en Inglaterra.

—No, rubia, estás donde tienes que estar. Aquí no harías nada —se retractó de inmediato.

—Estaría contigo...

—No, solo pondrías en pausa tu vida, como lo hacías en Portland, y yo estoy bien aquí. Tengo a James y a Gerry e incluso empieza a caerme bien Luke.

—También está Andy...

Miles gruñó un poco sobre Andy, pero solo fue para hacer reír a su novia y olvidar la pequeña ansiedad que los había acompañado durante el principio de la conversación. Se prometió que no lo haría más, que no le diría cuánto la necesitaba a su lado, que no la haría sentir mal por haberse escogido a sí misma y que esperaría a que ella estuviera lista para regresar junto a él.

Tuvieron otros tres conciertos por el Medio Oeste, cada uno mejor que el anterior, porque iban realizando ajustes, familiarizándose con el equipo, aprendiendo qué enloquecía al público y qué lo dejaba frío. James y Luke parecían compartir con él las buenas vibraciones e incluso el batería parecía menos hierático.

—Esto está bien, ¿verdad? —preguntó James tras el segundo concierto, mientras se relajaban en el bar del hotel. Luke enarcó una ceja, dio un trago a su botellín de cerveza y se alejó un poco.

—Quieres decir que si yo estoy bien, ¿no? —lo ayudó Miles. Hizo tintinear los hielos de su té frío y se sintió orgulloso de sí mismo, de su férreo autocontrol, de estar en un bar con dos amigos y ser capaz de resistir la tentación de pedir una copa. Había llamado al doctor Newman antes de embarcarse en el viaje y él le había dado algunas pautas que deberían ayudarlo a evitar las tentaciones. Si estas resultaban demasiado fuertes, tenía varios números de teléfono a los que acudir, entre ellos el del propio Newman—. Sí, lo estoy.

—Sé que esta gira puede ser...

—Una prueba.

—Exacto.

—No voy a recaer, James —prometió.

—Si ves que no puedes, cancelamos.

Su amigo lo miraba con gravedad. El flequillo rubio le caía sobre la frente, tapándole parte del ojo izquierdo.

—Creí que querías sacar The Wave adelante, pero últimamente pareces dispuesto a dejarlo caer, primero por Kaylee, ahora por mí...

—¿Cómo puedes pensar que antepondría el grupo a ti? —James hizo una mueca. Parecía dolido—. Somos amigos desde hace trece años, te he acompañado en todas tus locuras y estuve a tu lado cuando te hundiste. ¿Crees que no sería capaz de cancelar una gira si te viera caer de nuevo?

Definitivamente, se había convertido en un moñas, porque volvió a sentir el nudo en la garganta, aquel que le apretaba cuando se emocionaba. Por supuesto que James nunca antepondría The Wave a su bienestar y menos aún después de lo que habían pasado. James creía en The Wave, tanto que lo había empujado sin cesar para que lo ayudara a sacar al grupo del hoyo, pero nunca sería a costa suya, jamás haría nada que lo pusiera en peligro, porque ellos eran así, se cuidaban los unos a los otros, por encima de todo. Joder, incluso cuidarían de Luke si hiciera falta, porque estaban empezando a coger cariño al impasible batería.

—Sé que la cancelarías. Gerry nos mataría después, pero sé que lo harías.

James asintió, dio un trago a su cerveza y después fijó su mirada en la camarera. Media hora más tarde, el teclista abandonó el bar con la chica y Miles regresó a su cuarto sin añorar, ni siquiera una pizca, los tiempos en que se llevaba a su habitación a las camareras de los bares.

Seattle fue la primera gran parada. Gerry no dejaba de gritar a unos y otros, agobiando a los técnicos y a los músicos. Andy lo arrastró al *backstage* y lo obligó a tomarse unos minutos para calmarse.

— Gerry se juega mucho en esta gira —afirmó Luke, con la vista fija en un técnico que estaba montando los micrófonos—. Se está jugando su credibilidad profesional al apostar por The Wave. Si sale mal, le costará mantenerse en el negocio.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Miles, atónito, pero el batería se encogió de hombros y no dio más explicaciones—. ¿Es cierto? —preguntó, volviéndose hacia James.

—Sí. No sé si tan dramático como para ver peligrar su carrera, pero desde luego ha apostado fuerte por nosotros y podría llevarse un buen palo si no sale bien.

Tim, o Dean, el nuevo asistente del grupo, les entregó unos sándwiches. Miles le dirigió una hosca mirada por haberse atrevido a interrumpir la conversación y el chico huyó despavorido.

—Deja de asustar a los asistentes —le pidió James, entre risas, pero al ver el ceño fruncido de su amigo, le palmeó la espalda—. No te preocupes por Gerry, estará bien. Somos The Wave y nos adoran. ¡Se va a forrar con nosotros!

Sí, los adoraban. Los adoraron en Seattle y aún más en Portland, donde ofrecieron el mejor concierto de su vida, agradecidos con aquella ciudad que los había acogido y que había sido un punto de inflexión para The Wave. Para Miles, Portland era Kaylee, su bicicleta blanca, su larga trenza rubia, su voz luminosa. Su presencia lo abarcaba todo y cantó para ella, para esa mujer que amaba y que añoraba, le dedicó todas y cada una de las canciones como si estuviera presente, se entregó por entero casi hasta arrancarse la piel a tiras sobre el escenario, dejando salir todo el amor que sentía por ella y todo el dolor de saberla lejos, de saberla confusa, herida, sola. El público parecía rugir, impactado con aquel cantante dispuesto a abrirse en canal para ellos, sin dejarse nada dentro. Salió del escenario exhausto, empapado en sudor y tambaleante; James casi tuvo que sostenerlo para llegar al coche.

—Estoy bien —aseguró, aunque sabía que se había excedido, que se había dejado dominar por las emociones y había dado demasiado.

—Nunca más —le advirtió James—. No vuelvas a hacer eso.

—Les ha encantado —musitó, con la cabeza apoyada en el respaldo—, y se lo debía a ella. Portland siempre será nuestra ciudad.

Se portó bien en Boise, en Salt Lake City, en Cheyenne, en Denver... Buenos conciertos, entrega

adecuada y nada de excesos. Del tráiler al hotel, del hotel al escenario, del escenario al hotel y vuelta al tráiler. Todos habían vuelto a coger el ritmo a la carretera, a las rutinas de una gira, a hacer frente a los imprevistos. Gerry se mostraba más relajado que en los primeros conciertos, Andy vigilaba con ojos de halcón todo lo que sucedía, Tim/Dean había dejado de asustarse ante las miradas furibundas de Miles y los impenetrables silencios de Luke...

A aquellas alturas de la gira, James se había acostado con la mayoría de las camareras que encontraron en los hoteles y alguna fan loca que lograba saltarse los cinturones de seguridad, Luke se iba a la cama de forma regular con una de las chicas de producción, habían pillado en varias ocasiones a Dave y su mujer metiéndose mano en el *backstage* y hasta Andy se escabulló un par de veces con alguna chica. La intensidad de la gira parecía despertar la libido de todos los participantes, que encontraban en el sexo una forma de canalizar toda la energía del directo. En cuanto dejaban atrás la sala de conciertos, todos parecían buscar desesperados una cama en la que colarse. Miles, al igual que Gerry, se retiraba temprano, mientras el resto del equipo seguía de juerga. Se deslizaba bajo las sábanas frías y se acariciaba pensando en Kaylee, en ese cuello esbelto que le encantaba morder, en los movimientos ondulantes de sus caderas, en su lengua húmeda y cálida. La echaba de menos desesperadamente, cada día más, en su cama y en su vida.

Hablaba con ella cuando podía, conversaciones atropelladas a horas inadecuadas y con demasiado jaleo a su alrededor. Había aceptado un trabajo de camarera y quiso decirle que lo dejara, que se dedicara a la música, que podía hacerle una transferencia por la cantidad que le dijera en aquel mismo momento para que no tuviera que agobiarse por el dinero, pero tuvo la cordura suficiente para morderse la lengua, porque ella no lo aceptaría. Había dejado de depender de su madre y no pensaba hacerlo de su novio o de su tía. No lo haría en ningún aspecto, menos aún en el económico, así que Miles se calló y se guardó su dinero sin ni siquiera ofrecerlo.

A veces pensaba si sería capaz de mantenerse fiel, si no flaquearía en algún momento, si su autoimpuesta castidad no estallaría. Todas esas mujeres... Las fans alocadas que se desnudaban ante él con la excusa de que firmara cualquier parte de su cuerpo, la chica de *marketing* que se le insinuaba abiertamente cada vez que tenía ocasión y que parecía inasequible al desaliento, la clara invitación a pasar un buen rato que le ofreció aquella periodista... El viejo Miles habría aprovechado todas las situaciones, pero al nuevo no le interesaban. No se había vuelto ciego ni impotente, simplemente había encontrado a su mujer y no le valía ninguna otra.

En Santa Fe ocurrió el primer desastre. Hubo algunos problemas técnicos y aquello desconcentró a James. Entró tarde en la mayoría de las canciones y parecía bloqueado, contagiando de su desequilibrio a Dave, Pat y el resto de los músicos. Miles y Luke hicieron lo posible para adaptarse a él, para sacar el concierto adelante, de cualquier forma, con el único objetivo de llegar al final sin que el público los abucheara.

—Lo siento —se disculpó el teclista al terminar—. No sé qué me ha pasado...

—Eh, todos tenemos un mal día. Pensé que sería yo el primero en fastidiarla —trató de animarlo Miles—. Seguro que toda la prensa se está lamentando de que no haya sido yo. Estoy seguro de que les encantaría crucificarme, pero a ti te adoran y no se quejarán.

La broma provocó una débil sonrisa en su amigo.

—Estoy cansado —reconoció.

—Yo también.

Era cierto. Estaba exhausto, agotado por el ritmo infernal de una gira interminable y por el desgaste emocional que estaba suponiendo su separación de Kaylee.

Texas encadenó un despropósito tras otro. Dallas, Austin, Corpus Christi y Houston confirmaron su bajo nivel de energía. Ninguno de los dos estuvo a la altura.

—Tío, es imposible que mantengáis el ritmo sin un poco de ayuda —aseguró Pat—. Sé que no queréis oírlo, pero os vendría bien...

James casi saltó sobre el guitarrista, pero Miles contuvo a su amigo. Había sido consciente desde el principio de la gira que, pese a las tajantes disposiciones de Gerry, el equipo no estaba limpio. Se había callado, prudente, pero alrededor de Dave y su mujer flotaba constantemente un intenso aroma a hierba, era fácil ver restos de coca en el *backstage* y un tal Logan solía aparecer en los distintos hoteles en los que se alojaban con un cargamento de pastillas que no se molestaba demasiado en ocultar. No había dicho nada, porque, sorprendentemente, no añoraba en absoluto las drogas. Le gustaba sentirse lúcido y pensó que el doctor Newman estaría orgulloso de él. Él lo estaba, en ese aspecto al menos. El alcohol seguía siendo un reto mayor, pero no porque ansiara el dulce olvido que le daba la botella, sino porque le habría gustado ser un tío normal, de los que pueden tomarse una cerveza bien fría al terminar un concierto o disfrutar de una copa con los amigos. En su caso era demasiado peligroso pensar siquiera en beber un solo chupito, así que se mantenía limpio.

Sí, la gira estaba siendo una prueba en todos los sentidos y a medida que pasaban las semanas se sentía más cansado, pero también más orgulloso de sí mismo.

—Tenemos que despedirlo —afirmó James, tajante.

—No digas tonterías, no vamos a echar a Pat.

—¡Dijimos que nada de drogas!

Miles suspiró.

—Oye, soy el primero que quiere mantenerse lejos de toda esa mierda, pero sé honesto y dime que no esperabas que esto pasara.

—No necesitas esto.

—Lo que no necesito es que te conviertas en mi padre. Estoy bien, de verdad. No voy a meterme nada. No lo necesito, no lo quiero, pero no voy a convertirme en el guardián de nadie. Déjalos tranquilos y no le vayas con el cuento a Gerry.

Tampoco se lo dijo a Kaylee. La notaba alicaída y no quiso preocuparla. Solo quedaban cuatro paradas antes de volar a San Francisco para el Outside Lands. No podía creer que Gerry hubiera

conseguido colocarlos allí en el último momento, porque era uno de los grandes festivales del verano, que reunía a las mejores bandas durante tres días. Así que sortearon como pudieron Baton Rouge y Montgomery, parecieron repuntar en Nashville y se hundieron gloriosamente en Atlanta, en el que casi con seguridad fue el peor concierto de la historia de The Wave (peor incluso que el desastre de Albuquerque años atrás) y en el que Miles se limitó a arrastrarse sobre el escenario, aplastado por el agotamiento.

—Esto no puede seguir así —masculló Gerry—. Tenéis cuatro días para recuperaros antes del Outside. Tim os ha reservado una villa en Laguna Beach. Descansad, porque después de San Francisco seguimos con el programa y no admitiré más fallos.

Los días de playa y descanso les sentaron bien. El resto del equipo se dispersó, Andy y Gerry volaron a Nueva York para pasar unos días con sus familias y Tim/Dean quedó a cargo de que los tres miembros de la banda no hicieran locuras. En realidad, estaban tan cansados que los dos primeros días no pensaron más que en dormir y tumbarse en la playa. Después, Miles leyó un volumen de relatos de Scott Fitzgerald y, sentado en el porche, tocaba las canciones que había compuesto para Kaylee, mientras James hacía surf y Luke exploraba la localidad.

Llegaron a San Francisco con las pilas recargadas, se subieron al escenario del parque del Golden Gate y arrasaron con una actuación épica que eclipsó al resto de los grupos participantes. Miles llamó a Kaylee nada más dejar el recinto. Estaba desfallecido tras el esfuerzo y ella sonaba triste. En realidad, llevaba sonando triste algún tiempo. Londres estaba siendo más duro de lo que pensaba y no conseguía abrirse camino. Intentó decirle que tuviera paciencia, que nada llegaba rápido, que la música era un camino lento, inseguro, de pequeños avances y largos retrocesos. Parecía fácil decirlo cuando se estaba arriba, pero él pasó abajo muchos años, ensayando miles de horas en garajes y locales baratos, tocando en bares de mala muerte por unos pocos dólares, recibiendo un rechazo tras otro de las discográficas... Sin embargo, Kaylee no necesitaba lecciones morales sobre la paciencia, porque no buscaba el éxito inmediato, sino una señal que le indicara que no se había equivocado, que no había renunciado a todo para servir cafés en Londres mientras se pateaba las noches de micrófono abierto en busca de una oportunidad. A él le encantaría darle esa señal, explicarle que estaba bien lo que hacía, aunque se estrellara, aunque solo acumulara rechazos, porque era lo que ella había elegido. En realidad, si era honesto consigo mismo, lo que quería decirle era «coge un avión, ven conmigo, deja que te cuide», pero no podía, así que calló sus verdaderos deseos y trató de animarla.

Los Ángeles permitió al trío terminar de recuperarse. Tenían varios conciertos programados e hicieron una parada larga en la ciudad, lo que les dio tiempo a descansar de la carretera, pero también a ensayar con calma, conceder varias entrevistas, asistir a un estreno de cine y dejarse caer por un par de fiestas que les valió un jugoso contrato publicitario que puso a Gerry de buen humor.

De Los Ángeles se trasladaron a Las Vegas. El ánimo de Kaylee cada vez estaba más bajo y Miles empezaba a desesperarse por ella.

—Necesito unos días para verla —le suplicó a Andy, aunque sabía que la jefa de prensa no podía hacer nada—. Habla con Gerry, a ti te hará caso.

—No hay días, Miles, mira el calendario. Es imposible. Miami nos espera y de ahí toda la costa este sin respiro. Dile que venga, que deje Londres.

—No le pediré eso.

—Yo lo haré. Puedo llamarla...

—No, déjala... Es una decisión que tiene que tomar por sí misma.

Sin embargo, cada vez que escuchaba su voz falsamente animosa al otro lado de la línea, le entraban ganas de olvidarse de todo, dejar la gira, volar a Londres y quedarse con ella.

Para cuando llegaron a Filadelfia, estaba decidido a intervenir de la manera en que fuera, así que minutos antes de salir a escena, se dirigió hacia el camerino de James.

—Necesito un favor.

—¿Ahora?

—Hombre, ahora no. Cuanto antes —dijo pasándose la mano por el pelo, dejándolo algo revuelto—. Necesito la dirección de la madre de Kaylee.

James pegó un brinco.

—¿Quieres ir a verla? No creo que sea una buena idea...

—Eso es asunto mío. ¿Puedes conseguirlo?

—¿Por qué crees que podría?

—Porque la clase alta sois como un círculo cerrado en el que todos tenéis algún tipo de contacto. Estoy seguro de que conoces a alguien que puede conseguirte su dirección.

James asintió y dos días después, mientras el tráiler los llevaba camino de Rhode Island, le tendió un papel con la dirección de Linda Foster en Beacon Hill.

Capítulo 23

Las había visto en YouTube. Aquellas chicas tan jóvenes y guapas, tan felices y alegres, levantándose la camiseta delante de Miles para que él firmara sobre su piel con rotulador indeleble. Era una escena similar a otras que ya había visto antes, pero, pese a sus buenos propósitos de no dejarse afectar por ese tipo de imágenes, no pudo evitar una dolorosa punzada bajo las costillas. Confiaba en él, no podría salir con él si no lo hiciera, pero la distancia a veces le jugaba malas pasadas y le hacía recordar que todo era demasiado frágil. Eran fans, se recordó, y las fans hacían esas cosas; tendría que aprender a vivir con ello o salirse de la ecuación. Respiró hondo y volvió a mirar el vídeo. Miles se reía, movía la cabeza y se inclinaba divertido para firmar sobre el abdomen de una de ellas. Tan alto, tan guapo. Supo que esa chica podía sentir la calidez de su respiración cayendo sobre su piel desnuda y, por un momento, los odió un poco a los dos. Después, el cantante de The Wave (se obligó a verlo como músico y no como su novio) devolvió el rotulador a la chica, le dijo algo que la hizo reír y se giró hacia James. Ahí se cortaba el vídeo. Suspiró hondo. Debía dejar de buscar rastros de él en Internet de esa manera obsesiva, pero lo echaba tanto de menos que a veces cedía a la tentación y ponía su nombre en el buscador, porque no tenía suficiente con las conversaciones atropelladas a horas intempestivas y los mensajes breves que se contestaban cuando podían.

Aquella noche se llevó toda su añoranza a la noche de micrófono abierto en un pub de Camden, al que llegó con dos horas de antelación. Cuando fue su turno, se subió al escenario y no vio a toda esa gente comiendo costillas y bebiendo cerveza, sino la imagen de Miles perseguido por las chicas; chicas que no estaban tristes, que no se alejaban de él, chicas que podían hablarle, tocarlo, escucharlo... Acarició las cuerdas de su guitarra, casi de forma inconsciente, mientras pulsaba los primeros acordes de *Jolene*, y ya no estaba en Londres, sino en Southwest Hills, en la sala de ensayos, cantando esa misma canción para James, sin saber que Miles también la escuchaba. Miles, con sus turbulentos ojos verdes, con su *K.* tatuada en el pecho, con su voz ronca que arañaba el alma. Lo echaba tanto de menos que se estaba desgarrando, pero ella solita se había metido en aquella situación. Cantó para él, aunque estuviera a un océano de distancia, y solo al terminar, tras dejar jirones de sí misma sobre aquel pequeño escenario, notó el abrumador silencio, las lágrimas que resbalaban por sus mejillas y la calma que se había apoderado de su interior después de volcar todas sus emociones en aquella canción. Se sintió limpia, renovada,

como si hubiera exorcizado sobre el escenario toda su añoranza y su tristeza. Sonrió por primera vez en semanas. Era Kaylee Howard y su lugar estaba sobre el escenario, en Londres, en Portland o en Singapur, daba igual la ciudad.

El público pareció salir de su estupor y empezó a aplaudir con entusiasmo, cada vez con más fuerza, mientras exigían otra canción. Había preparado tres temas, los otros dos más contundentes y agresivos, y se alzó soberbia, magnífica, eléctrica, cantando algo de Flyleaf y de Halestorm, en un completo cambio de registro que no pareció molestar a la audiencia, porque respondió con aullidos y palmas, como si estuvieran en el concierto de una gran estrella y no en un pequeño pub londinense.

—No se ve mucho eso por aquí. ¡Enhorabuena! —la felicitó el gerente cuando bajó del escenario para dejar paso al siguiente grupo.

Se sintió bien. Era increíble lo que podía hacer la música por una chica triste. No, sus problemas no se habían solucionado, pero al menos había reencontrado cierto equilibrio interno y esperaba poder mantenerlo. Se acercó a la barra y pidió una cerveza. Quiso llamar a Miles, contarle la experiencia catártica que había vivido sobre el escenario, preguntarle si él sentía lo mismo cada vez que se subía a uno, decirle que lo amaba, que lo echaba de menos, pero que iba a encontrarse a sí misma antes de volver a él.

—Pareces más animada —le dijo su rockero cuando consiguió hablar con él al día siguiente. The Wave llevaba más de dos meses de gira y todavía les quedaba otra quincena antes de poder tomarse un descanso.

—Estoy mucho mejor. ¿Sabes eso de que la música puede curar el alma?

Él se rió entre dientes.

—Algo he oído...

—Vale, pues eso me ha pasado, aunque suene raro... ¿Podrás venir a Londres directamente cuando acabes la costa este? —preguntó con timidez.

Oyó un violento carraspeo que no le gustó nada.

—Sobre eso... Gerry ha conseguido varias salas en Canadá y quiere ampliar la gira.

—¿Sin descanso?

—No creo que paremos hasta finales de octubre, porque después de Canadá tenemos bolos en las Dakotas y el Festival de México. En realidad, no creo que nos tomemos un descanso hasta después de Nueva York.

—Te echo de menos... —suspiró bajito, procurando ahogar la decepción.

—Yo también, rubia, pero no pienses en ello. Háblame de esa música que cura el alma, que tengo un rato hasta que empiece la prueba de sonido.

Dos semanas después asistió a otra noche de micrófono abierto, aunque como público, acompañada por un grupo de compañeros de clase. El curso estaba a punto de acabar y todos

hacían planes, pero ella se notaba relajada, aunque no sabía qué iba a hacer con su vida. Sus profesores habían notado el cambio de actitud y la habían felicitado por ello. Empezaba a disfrutar de su estancia en Londres, de sus nuevos amigos, de las clases...

—¿Cerveza? —le preguntó una de sus compañeras en cuanto entraron en aquel bar de la calle Cannon.

Asintió y la acompañó a la barra a pedir las bebidas. Después se sentaron en una de las mesas, con el resto de sus amigos, dispuestos a pasar un par de horas escuchando música de gente que soñaba con que aquella noche entrara en el pub un cazatalentos que les ofreciera el contrato de sus vidas.

Los primeros grupos que pasaron por el escenario no eran demasiado buenos: melodías sin garra, voces que no llegaban a despegar, alguna letra por completo absurda... Se dirigió hacia la barra para pedir una nueva bebida.

—Te vi actuar hace un par de semanas en Camden —le dijo una chica con fuerte acento del Medio Oeste. Alta, gruesa, con el pelo y los ojos oscuros y una bonita sonrisa en su boca generosa, pintada de rojo oscuro—. Fue impresionante. Tienes una voz increíble. El grupo de mi novio tocó justo después de ti y no tuvo nada que hacer. El público se había quedado contigo y ya no le interesaba el resto.

—Vaya, lo siento —contestó algo confusa, porque la chica no dejaba de sonreír.

—Bah, no te preocupes. Son muy malos. No tenían ninguna oportunidad —reconoció mientras se encogía de hombros—. ¿Bostoniana?

Kaylee asintió mientras el camarero ponía delante de ella una cerveza.

—¿Y tú?

—Megan Weaver, de Merrill, Wisconsin —se presentó.

—Kaylee Howard. Estoy con unos amigos. ¿Quieres sentarte con nosotros?

—¿Qué? ¡Oh, no! No pretendía importunar, pero te he reconocido y solo quería saludarte. Estoy esperando a que salga el grupo de mi novio. Está convencido de que esta es su noche y que lo va a descubrir algún cazatalentos.

Kaylee se rio y estudió con simpatía a Megan. Debía tener más o menos su edad y le gustaba haber encontrado a alguien de su país.

—¿Qué haces tan lejos de Wisconsin?

—Vine a estudiar hace un par de años, conocí a Rick, me enamoré y me quedé... Ese es el resumen. La realidad es que estoy deseando romper con él y volver a casa, pero aún no he conseguido dejarlo. Oye, ¿sabes que toco la batería? —dijo cambiando bruscamente de tema—. Tuve un grupo hace tiempo y a veces sustituí a Paul, el batería de Rick, cuando está indispuesto.

Era fácil conversar con Megan, y durante la siguiente hora hablaron sobre música y las posibilidades que ofrecía Londres hasta que un chico desgarrado, con nariz prominente y ojos de un azul desvaído las interrumpió.

—Oye, Megan, Paul no está bien... ¿Crees que podrías...?

Resultó que las indisposiciones de Paul eran en realidad borracheras que le impedían tocar. Megan se disculpó con ella y acompañó a su novio al escenario. En efecto, el grupo hacía una música espantosa, pero Megan, por el contrario, poseía un increíble talento, que las malas canciones y la voz floja de su novio no lograban ensombrecer.

—Eres muy buena —la felicitó cuando terminaron la actuación y Megan se sonrojó como una adolescente poco acostumbrada a los cumplidos.

—¿Te gustaría tocar conmigo alguna vez? —preguntó su nueva amiga antes de despedirse, e intercambiaron teléfonos con idea de quedar algún día.

Resultó que Megan no solo tocaba la batería, sino que también componía canciones. Cuando quedaron el jueves siguiente en el destartalado local en el que solía ensayar el grupo de Rick, se atrevió a enseñarle algunos de sus temas.

—*Hand on Heart* —leyó Kaylee en voz alta, mientras recorría las líneas con avidez—. ¿Te importa si la cantamos?

Megan chilló entusiasmada y le dio las partituras a Kaylee para que las practicara con la guitarra. Una hora después, la tenían. Era magnífica.

—Tía, le has dado vida a mi canción —susurró una Megan emocionada cuando terminaron—. No sé cómo agradeceréte...

—Tócala conmigo en Camden la semana que viene —propuso Kaylee sin pensar.

—¿Quieres que cantemos mi canción? —Megan la miró boquiabierta—. ¿En público?

—Exacto. A ver, ¿qué más tienes?

No pudo creer que hubiera sido tan fácil. Megan y ella ensayaron toda la semana, se presentaron a la noche de micrófono abierto y cantaron tres temas. El público gritó por una cuarta canción, pero tuvieron que conformarse con que repitieran *Hand on Heart*. El gerente del pub las felicitó calurosamente y las invitó a volver cuando quisieran. Casi sin darse cuenta, empezaron a ensayar nuevos temas.

—¿Tienes un grupo? —preguntó Miles incrédulo desde Calgary.

—Bueno, no es un grupo exactamente... Somos Megan y yo... ¿Has escuchado las grabaciones que te he mandado?

—Son muy buenas, Kaylee, de verdad. Las canciones necesitan un pulido, pero son estupendas... ¿Crees que a tu amiga le importaría si hago algunos arreglos?

Megan casi chilló cuando supo que Miles Baker, cantante, guitarrista y compositor de The Wave, iba a sacar un rato en su apretada agenda de gira para retocar sus canciones.

—Es magnífico —musitó emocionada cuando él les envió los arreglos—. Son mis canciones, no ha cambiado lo esencial, pero son mejores. Kaylee Howard, tienes un novio muy talentoso.

El talentoso novio les insistió desde Winnipeg en que necesitaban un nombre, más canciones y tomarse en serio los ensayos. Lo adoró aún más por ser capaz de apoyarla desde la distancia, por

tomarse en serio cada paso de hormiga que ella daba, mientras su vida se movía a una velocidad vertiginosa de ciudad en ciudad, saltando de una sala de conciertos a otra.

—Hice una cosa en Boston —le confesó Miles, algo nervioso, desde Vancouver, la ciudad que pondría fin a su gira por Canadá, pero alguien interrumpió la conversación y tuvo que colgar y Kaylee se quedó sin saber qué había sucedido en Boston. En realidad, no dio demasiada importancia a aquella charla, inmersa en su propia vorágine musical, y la siguiente vez que habló con Miles fue para tener una conversación caliente, la única forma en que ambos tenían de calmarse mutuamente.

—Rubia, me está matando no poder estar contigo —gimió el rudo rockero antes de colgar.

Cuando por fin Megan se decidió a romper con Rick, un mes después de que hubieran empezado a trabajar juntas, las chicas tuvieron que tomar una decisión.

—Quiero volver —afirmó su compañera—. Me he quedado aquí demasiado tiempo y, si no reservo mañana un vuelo, es solo porque me gusta tocar contigo. Creo que podríamos hacer algo grande juntas. Nunca pensé que mis canciones tuvieran una oportunidad hasta que tú las cantaste, pero no quiero quedarme en Londres. ¿No te gustaría estar cerca de Miles?

—Me encantaría, pero ya te conté que mi madre...

—Sí, lo sé. Es una arpía que hará lo posible para que fracasases en tus intentos. ¿Crees que no puedes vencerla? Ni siquiera lo has intentado. Ella atacó y tú te exiliaste.

No le gustaron las palabras de Megan. Escocían, tal vez porque sacaron a la luz su cobardía y no se sintió cómoda con esa imagen de sí misma.

—¿Te instalarías en Wisconsin? —tanteó.

—¿En Wisconsin? ¿Y qué íbamos hacer allí? Si vienes conmigo, no me importaría probar suerte en Nueva York y tú podrías estar con tu chico.

Era demasiado tentador. Kaylee no comentó nada a Miles de la propuesta de Megan, porque no quería que se hiciera falsas ilusiones. ¿Podría volver a casa, enfrentarse una vez más a su madre, hacer su propio camino? Dentro de ella empezaba a nacer una nueva valentía, aunque todavía no estaba segura.

La llamada de Andy, desde algún lugar de Dakota del Sur, le dio el impulso que necesitaba.

—Así que ahora tienes un grupo... ¿Eso es que vas a quedarte allí? —preguntó la jefa de prensa de The Wave.

—No lo sé. Mi compañera quiere volver a Estados Unidos...

—Deberías hacerlo... Mira, Kaylee, voy a ser honesta contigo, pero no creo que Miles aguante mucho más y él lo sabe. Está seguro de que vas a quedarte en Europa y ya ha medio convencido a James para mudarse a Londres después de la gira e incluso ha hecho un par de tentativas con Luke...

—Está loco. ¿Cómo va a mover a todo el grupo de continente?

—Bueno, pues parece dispuesto por ti...

Quiso echarse a reír ante la incongruencia, pero en realidad la inundó una oleada de ternura y se enamoró un poco más de ese hombre impulsivo e intenso, que parecía dispuesto a hacer cualquier cosa por ella. Unos días después, tras largas deliberaciones, Megan y ella tenían billetes para volver a casa y la tía Iris las llevó al aeropuerto.

—Dime por qué volamos a Boston y no vamos directamente a Nueva York.

—Porque quiero hablar con mi madre, pero tú no tenías que haber venido.

—¡Eh! Soy tu compañera. Tú vas a Boston a pelear con tu madre, yo voy contigo como si fuera tu escudero.

—No voy a pelear con mi madre, solo quiero hablar con ella...

No le había dicho a nadie que volvía a Estados Unidos, ni siquiera a Miles, que aún estaba en México y tenía que viajar a Nueva York para el gran concierto final con el que cerrarían la gira. Se enfrentaría a su madre y, después, sin importar el resultado, volaría a Nueva York para darle una sorpresa a su chico.

Resultaba extraño volver a Boston, recorrer sus calles familiares y descubrir que, salvo algún pequeño cambio, todo permanecía igual. A través de la ventanilla del taxi, Megan estudiaba con admiración la ciudad. Nunca había estado en Boston y declaró que las señoriales calles de Beacon Hill eran lo más elegante que había visto jamás desde que salió de Wisconsin.

—Chica, eres rica...

—Mi madre tiene dinero —la corrigió con una sonrisa—. A mí me quedan unos novecientos dólares en la cuenta del banco.

La sonrisa se borró de su rostro cuando el taxi se detuvo frente al que fue su hogar durante muchos años. Respiró hondo y le pidió a Megan que esperara en una cafetería cercana con las maletas. Luego cuadró los hombros y se dirigió hacia la casa de su infancia con paso firme. Tal vez su madre había salido, pensó durante un fugaz instante, antes de que su padrastro abriera la puerta y la contemplara boquiabierto.

—Kaylee, has vuelto... —Douglas pareció incapaz de moverse durante unos segundos, pero después se echó a un lado—. Pasa, pasa, tu madre se alegrará de verte. Está en la sala azul...

Sí, así era su hogar: grandes y frías estancias con nombre propio en las que era difícil sentirse cómodo. Recorrió el largo pasillo que llevaba al otro extremo de la vivienda hasta llegar a la habitación indicada. La puerta estaba abierta y su madre, que leía con atención un documento, no se dio cuenta de su llegada. Hacía meses que no la veía, desde su visita en Portland, y se tomó unos segundos para estudiar la rigidez de su nuca, el pulcro peinado y la tensión de su espalda. Luego dio un par de golpes suaves en la puerta.

—Kaylee, estás aquí... —Parecía sorprendida, pero no se movió. No habría abrazos ni sonrisas en aquel reencuentro.

—Solo estoy de paso.

—No te presentaste a los exámenes. —Y ahí estaba el reproche, la decepción de nuevo tiñendo

la voz de su madre—. Fue una estupidez.

—Es posible.

—¿Y qué pretendías conseguir con ello?

—Dejarte claro que no iba a seguir con el piano. Cerrar esa puerta.

—Una rabieta...

—Bueno, puedes verlo así. Yo creo que tomé una decisión.

—Una mala decisión.

No se pondrían nunca de acuerdo, comprendió Kaylee, y, de repente, no le vio el sentido a aquellas discusiones, porque la opinión de Linda Foster había dejado de importar.

—Solo he venido a decirte que he vuelto y que voy a seguir con mis planes. Puedes intentar destruirlos cuantas veces quieras, pero me levantaré y seguiré adelante todas las veces que haga falta. Sin embargo, preferiría que me dejaras seguir mi camino y que consigamos entendernos. Eres mi madre y me gustaría no tener que pelear contigo.

Linda Foster suspiró.

—Nunca he pretendido hacerte daño. Solo quería lo mejor para ti y creo que estás cometiendo un error. Lo lamentarás dentro de un tiempo. Solo espero que no sea demasiado tarde... —Estudió a su hija con el ceño fruncido, como si estuviera asimilando los cambios—. No me gusta tu nuevo corte de pelo.

Kaylee rio y se tocó los cortos mechones. No añoraba en absoluto su larga melena rubia.

—A mí me encanta.

—Bien, te deseo buena suerte. No intervendré más, pero dile a tu novio que no lo hago por sus amenazas, sino porque veo que estás decidida y que no conseguiré hacerte cambiar de opinión.

—¿Amenazas? ¿Hablamos de Miles?

—¿No lo sabías? Se presentó aquí para decirme que te habías trasladado a Londres y que no estabas bien. Quería asegurarse de que, si querías, podrías volver sin que yo me interpusiera en tu camino.

—Pero... ¿te amenazó?

—Dijo que si no te dejaba tranquila, hablaría en cada entrevista del horror de suegra que le había tocado en suerte.

Kaylee se rio. No pudo evitarlo. Se imaginó a Miles, fiero y protector, jurando a su madre que la expondría bajo los focos. A Linda Foster no le hizo ninguna gracia, pero su hija aún se reía a carcajadas en el taxi que la llevó de vuelta al aeropuerto.

Capítulo 24

Un concierto. El último. Habría más actuaciones durante los siguientes meses, pero ya no tendría que seguir aquel ritmo infernal de carretera y aviones, encadenando una función tras otra, durmiendo en una cama diferente cada noche. Quedaba el concierto de Nueva York y le había prometido a Andy que al día siguiente concedería una entrevista, una sola, y después cogería el primer vuelo a Londres y se quedaría con Kaylee durante una quincena. Le gustaría tener más tiempo, pero Chicago esperaba y ya tenían apalabrados allí dos conciertos.

Confiaba en que, durante las dos semanas que pasaría en Londres, Kaylee y él pudieran tomar algunas decisiones. Por ejemplo, vivir en la misma ciudad. Estaba dispuesto a mudarse a Londres. Sería complicado, pero ya tenía medio convencido a James del traslado y estaba seguro de que lo lograría con Luke. ¿Qué más daba donde estuviera la base de operaciones de The Wave? Si habían podido trabajar en Portland, lo harían igual en Europa. Andy puso el grito en el cielo cuando se enteró de sus planes, pero le dio igual. Si Kaylee creía que su futuro estaba en Londres, él estaba dispuesto a seguirla.

Revisó el móvil antes de apagarlo y subir al avión que los llevaría a Nueva York. No había conseguido hablar con Kaylee en los últimos días y los escuetos mensajes le parecían insuficientes, pero sabía que estaba demasiado ocupada con el trabajo en la cafetería y los ensayos con Megan. Aquella chica de Wisconsin tenía talento, pensó. Letras honestas, que hablaban directamente al corazón, con temas conmovedores y otros llenos de energía; todos ellos parecían escritos para la voz de Kaylee, para que se luciera en toda su plenitud. Se ofreció a retocar los temas y Megan se lo permitió. Sus arreglos tenían como objetivo enriquecer las melodías y sacar todo el potencial a la voz de su chica, llevarla al límite, para que diera todo lo que podía de sí misma, pero también subrayar la fuerza de las canciones y el talento de Megan.

El avión dejó atrás México y deseó dormir unas horas. James lo hacía a pierna suelta en el asiento de enfrente y parecía que Luke, con los auriculares puestos y los ojos cerrados, también descansaba.

—Deberías dormir un poco. Pareces más cansado desde que dejamos Canadá —le susurró Andy.

Aquella gira tan larga y ambiciosa había sido demasiado para todo el equipo. A todos les hubiera venido bien un descanso después de la costa este, lo necesitaban tras cruzar todo el país,

pero Gerry había conseguido los conciertos de Canadá y se vieron obligados a retrasar las vacaciones. Fue duro renunciar a aquellos días, no volar a Londres, no estar con Kaylee. Sin embargo, procuró ahogar la decepción y comportarse de manera profesional.

Resultaron bien los conciertos de Canadá. Tal vez el de Calgary salió algo más flojo, porque estaban todos extenuados, pero el público no pareció darse cuenta o tal vez no le importó. En cambio, las Dakotas fueron un infierno, con fans enloquecidos por todas partes y la prensa sin dejarles un minuto de respiro. Hasta James, siempre optimista y vivaz, anduvo enfurruñado aquellos días y el propio Gerry aseguró en una cena que estaba demasiado viejo ya para viajes tan largos y el alto nivel de exigencia de una gira.

—A la siguiente os envío con algún ayudante de mi oficina y yo me quedo dirigiéndolo todo desde el despacho y volviendo a casa cada noche con mi mujer, que es donde debo estar —afirmó rotundo.

Se durmió un par de horas antes de aterrizar en Nueva York y se despertó de mal humor, con Tim/Dean azuzándole porque no llegaban a la cena con los ejecutivos de la discográfica.

—Cáncélala —gruñó.

—No puede ser, Miles —contestó Gerry, mientras el asistente se ocupaba de las maletas—. Vamos, serán solo un par de horas y luego podrás descansar. No tienes nada hasta la prueba de sonido de mañana.

—Y luego rueda de prensa —le recordó Andy—. Haréis un balance de la gira y os mostraréis muy contentos de terminar en Nueva York. Ya sabéis: esta ciudad es especial para nosotros bla, bla, bla...

Cumplió con todos sus compromisos: asistió a la cena y no se comportó demasiado huraño con los ejecutivos. En realidad, ellos se concentraron en James, porque Miles y Luke, con sus prolongados silencios, no invitaban a conversar, pero Gerry pareció satisfecho con el resultado.

—Tendremos que ir pensando en el siguiente disco... —dijo uno de los hombres con corbata cuando se despidieron. Miles hizo una mueca y no contestó.

Trató de hablar con Kaylee cuando llegó a su piso del Soho, aquel piso vacío en el que la soledad pesaba más que en ningún otro sitio, pero el móvil de ella estaba apagado o fuera de cobertura. Escribió un mensaje para que lo leyera cuando tuviera el teléfono activo y se acostó. Pudo dormir unas cinco horas y se presentó con tiempo de sobra en la prueba de sonido, frustrado porque su novia ni siquiera había visto el mensaje. Quiso sacar tiempo para llamarla, pero no dispuso de un momento libre hasta la rueda de prensa y, después, tuvieron que prepararse para el concierto. Andy lucía una misteriosa sonrisa en el rostro cuando los dejó en el camerino.

Todo el cansancio se evaporó en cuanto pisó el escenario. Nueva York era único, tenía esa energía especial que no encontraba en ningún otro lugar. Siempre le pareció que el público de aquella ciudad era duro y exigente, pero que, cuando se entregaba, lo hacía con absoluta adoración. A Miles le encantaba llevar a los neoyorkinos al límite con su música, empujarlos hasta el borde del precipicio y dejarlos caer. Era un hermoso espectáculo, aunque tuviera que

herirse a sí mismo en el proceso. Agarró su guitarra, se acercó al micrófono y aulló un saludo que arrancó vítores entusiastas. Estaba allí, en su ciudad, reconquistándola tras años hundido en el fango. Volvía con más cicatrices, pero también más valiente, más maduro, más hombre. Lo había conseguido: había luchado contra sí mismo, contra sus adicciones, contra sus miedos, contra su dolor. Se había hundido y se había levantado y, en el camino, había conseguido conocerse de nuevo, aceptarse y convertirse en un mejor músico y, sobre todo, en un hombre mejor, un hombre capaz de amar y, por fin, sentirse digno de ser amado.

Marcó el primer *riff* y sonaron más aplausos y chillidos. Las chicas corearon su nombre. James hizo un comentario burlón, pero lo ignoró. Se acercó al micrófono, posó sus ojos sobre la multitud que se agolpaba ansiosa por escucharlo y derramó sobre ellos su voz ronca y oscura. Pudo sentir la sacudida, casi eléctrica, que recorrió la sala. Entrecerró los ojos y sonrió al recordar un destello rubio, la única voz que quería que susurrara su nombre. Cantó para ella la siguiente estrofa, arrancándosela directamente del corazón.

—Dijiste que no volverías a hacerlo —le recordó James con gravedad cuando terminó la canción, mientras bebía un poco de agua antes de continuar.

—Es Nueva York, James. Disfruta, estamos en casa.

—Creí que tu casa iba a ser Londres ahora.

—Nueva York es mi casa, Kaylee es mi hogar. Da igual en qué ciudad esté —respondió antes de volverse y arrancar con *Welcome to My Dark World*, donde se desangró para un público atónito que parecía dispuesto a masticar cada esqueleto que arrojara sobre ellos.

Saltaron de una canción a otra, elevando la temperatura de la sala con cada tema, sin dar un solo respiro a su audiencia. Ni siquiera las canciones previstas para rebajar el ritmo consiguieron disminuir la intensidad. Empapado en sudor y llevando su voz hasta el límite, Miles doblegó al público, haciéndolo vibrar, gritar, llorar, sentir todas las emociones que imprimía a cada pieza, llevándolos más allá de lo que estaban acostumbrados, haciéndolos traspasar todas las barreras.

Fue entonces cuando sintió el tirón. No sabía de dónde venía, pero el corazón le palpitaba con fuerza, como aquellas noches que se colocaba con éxtasis y parecía que iba a escapársele por la boca. Algo había cambiado en la sala. Se volvió hacia James, tratando de encontrar la respuesta, pero su amigo lo miró con extrañeza. Notaba la piel erizada, el cuerpo entero en alerta.

—¿Estás bien? —preguntó Luke, secándose el sudor de la frente, pero Miles no lo escuchó. Escudriñó al público, la masa caliente y eufórica, miles de bocas abiertas y de manos extendidas hacia el escenario, como si quisieran atraparle. Supo que lo adorarían hasta despedazarlo, pero no le importó. Ellos habían dejado de interesarlo, porque algo tiraba de él y no sabía en qué dirección mirar. Se giró con brusquedad y buscó en los laterales, en aquella parte que quedaba oculta al público, y descubrió el destello rubio. Se pasó la mano por la cara, tratando de recobrar la cordura, pero era ella. Kaylee. Su Kaylee. Estaba allí, con una gran sonrisa y una maleta enorme, junto a Andy y a otra chica morena que lo miraba toda embelesada.

Rugió su nombre. James abrió los ojos como platos y oyó que Luke mascullaba algo, pero

arrojó la guitarra al suelo y salió del escenario en una carrera veloz que provocó un atónito jadeo en el público.

—¿Qué haces? ¡Vuelve a tu sitio! —le chilló Andy, pero él no le hizo caso. Abrazó a Kaylee, la apretó con fuerza contra su cuerpo y la cubrió de besos. Kaylee, Kaylee, Kaylee, su amor, su vida, estaba allí, era real, eran su cintura, su boca, su pelo, sus brazos... Habían pasado casi cinco meses desde aquella breve escapada que hizo a Londres, desde aquellos tres escasos días que pasaron juntos en el hotel de Chelsea. No podía creer que hubiera resistido todo aquel tiempo sin ella. La besó con hambre, con las ganas acumuladas durante meses y meses, y pensó que podría engullirla, la devoraría entera, sin masticar, hasta no dejar ni los huesos.

—Estás aquí —musitaba sin aliento cada vez que conseguía alejar su boca de la de ella y luego atrapaba de nuevo sus labios y la abrazaba con más fuerza, como si temiera que se escapara.

—Miles... Miles... ¡Miles! —chilló Andy mientras tironeaba de su camiseta para que se separara de Kaylee—. Estás en pleno concierto, no puedes hacer esto otra vez. ¡Tienes que volver ahí fuera!

Ignoró a su jefa de prensa. Acarició los mechones rubios y después las mejillas empapadas. Kaylee ofrecía un extraño contraste: los ojos llenos de lágrimas, los labios curvados en una sonrisa feliz, la expresión tierna y el pelo alborotado y salvaje.

—Ve —susurró, mientras desenredaba las manos que se aferraban a su nuca. Miles gruñó.

—Me esperas aquí.

—Sí.

—Sin moverte.

—Que sí, de verdad. No voy a ninguna parte. Vuelve al escenario.

La besó de nuevo con algo de dureza hasta que sintió el sabor metálico de la sangre, pero a ella no pareció importarle la pequeña herida. Se pasó la lengua por el labio y le sonrió traviesa.

—Tu chico es intenso... —Oyó que decía la joven morena mientras caminaba de vuelta al centro del escenario.

James había cogido el micrófono y hablaba, tratando de distraer al público, que aun intentaba recuperarse ante la huida del cantante. Le dio todo igual. Se volvió un poco para comprobar que era real, que Kaylee estaba allí, que no se había vuelto loco y había abrazado a un tramoyista o a una secretaria de la discográfica. No, era ella, ella de verdad, con sus ojos color avellana, su rostro inocente y su cintura breve, con ese pelo cortado a navajazos que brillaba como oro líquido y sus kilómetros de piel dorada y suave. Respiró hondo, tenía que calmarse, pero el pulso le latía frenético y, pese al ruido, podía escuchar el rítmico golpeteo de su corazón.

—Es la última vez que me haces esto —siseó James, mientras él recogía la guitarra del suelo y volvía a su posición.

—No seas gruñón. Somos estrellas del rock. Ellos esperan de nosotros que rompamos las normas —aseguró con tono engreído.

El teclista le dirigió una mirada torva y Miles soltó una alegre carcajada. Después, se volvió

hacia su público con una sonrisa radiante. Juraría que un millar de chicas gimió de placer al mismo tiempo, deslumbradas por el nuevo magnetismo que emanaba de su cuerpo, y esperó a que James tocara las primeras notas de *New Girl in the Neighborhood*. Al cabo de unos segundos estaba de nuevo inmerso en el concierto, concentrado en la actuación, aunque parecía recorrerlo una nueva energía más sensual, más emotiva, que hizo estremecerse a toda la audiencia.

Por supuesto, cantó *Sleeplessness* para ella y no tuvo que mirarla ni una sola vez para saber que estaba llorando, igual que lo hizo la mayor parte de los asistentes, porque fue su interpretación más conmovedora de la noche, tal vez de toda su carrera. Solo cuando terminó, se giró hacia Kaylee y ambos se sostuvieron la mirada, unidos por esa especial conexión que siempre habían sentido.

—Voy a sacarla —anunció.

James asintió.

—Por supuesto que vas a hacerlo, pero dime que no cantaréis *So Good*, por favor. Escoge cualquier otra...

No lo escuchó. Caminó hacia Kaylee con la mano extendida y ella pareció dudar. Gerry puso los ojos en blanco y al final asintió, dando permiso a aquel despropósito. Entonces ella sonrió con timidez y se dejó llevar al centro del escenario. Nueva York entera pareció arder con la interpretación final del concierto de The Wave, cuando Miles Baker y Kaylee Howard hicieron temblar la ciudad con sus voces, y los asistentes a aquel concierto, que se convertiría en leyenda, abandonaron la sala con ojos soñadores, un poco excitados y el cuerpo lleno de música.

Miles quiso negarse a ir a la fiesta para celebrar el fin de la gira. En cuanto abandonaron el escenario, tuvo claro su destino: Kaylee y él en un taxi de camino a su piso del Soho. No pudo ser, porque Gerry y Andy se cruzaron de brazos y su novia, demasiado blanda, insistió en que debían ir a la fiesta, aunque fuera solo un rato.

—Esta es Megan. —Kaylee le presentó a su amiga mientras un montón de gente los arrastraba por el *backstage*. Hundió los dedos en la cintura de su novia, como si temiera que fueran a arrebatársela, y saludó a la otra joven con un gesto de la barbilla y una especie de gruñido, mientras Kaylee seguía hablando—. No tiene donde quedarse, así que he pensado que no te importaría si se instalaba con nosotros hasta que encuentre algo...

Con un rugido, Miles llamó al asistente personal y el chico se presentó de un salto.

—Consigue para Megan una *suite* en el Plaza o en el Four Seasons y haz la reserva sin fecha de salida. Cárgalo a mi cuenta.

Megan ahogó un chillido y empezó a palmoear entusiasmada.

—Pero... —Kaylee parecía escandalizada. Miles agachó la cabeza y susurró con voz áspera en su oído:

—Casi cinco meses sin tocarte, rubia. No quiero testigos de lo que voy a hacer contigo durante

los próximos días.

—A mí me parece bien —intervino Megan con una sonrisa de oreja a oreja y Miles se rio por lo bajo, más feliz de lo que nunca había estado.

Tim/Dean tuvo el buen sentido de conseguir un coche a solas para la pareja y se hizo cargo de las maletas de las chicas. En cuanto se cerró la portezuela del vehículo, Miles se abalanzó sobre su novia y la besó desesperado.

—Has venido... No podía creer que fueras tú —jadeó contra su cuello, mientras ella lo empujaba y le recordaba la presencia del conductor—. ¿Qué haces aquí? —preguntó algo más calmado, mientras acariciaba con la palma abierta su rodilla y subía hasta la mitad del muslo. Hubiera seguido, pero un manotazo juguetón le impidió continuar.

—Megan y yo hemos decidido que Nueva York es el mejor sitio para una banda que está empezando.

Se separó un poco y la miró, incrédulo.

—¿Dejas Londres?

—Eso he dicho.

—¿Y te quedas en Nueva York? ¿Conmigo?

—Así es. Necesitaré un trabajo, y Megan y yo tendremos que encontrar casa...

—Tú ya tienes casa —gruñó—. Si no te gusta mi piso del Soho, busquemos otro...

—¿Quieres vivir conmigo?

—¿Tú no?

Aguantó la respiración durante los eternos segundos en los que Kaylee lo contempló pensativa. Tal vez todo iba demasiado rápido para ella, pero Miles tenía claro lo que quería y nunca fue un hombre paciente. Amaba a esa chica, quería pasar con ella el resto de su vida y ya habían estado separados demasiado tiempo.

—Sí, yo también —respondió al fin con una pequeña sonrisa y él asintió satisfecho antes de besarla con determinación, sin importarle la presencia del chófer.

La fiesta era en un hotel de Midtown. Tim/Dean arrastró a Miles hasta una *suite* para que se diera una ducha y se cambiara para la fiesta; a pesar de las protestas del rockero, se llevó a Kaylee con Megan a otra habitación.

—Órdenes de Andy. No puede aparecer así en la fiesta —dijo señalando el arrugado vestido y las botas desgastadas—. Y también ha dicho que si la dejas contigo, no vendréis a la fiesta, así que tengo que llevármela.

Kaylee le dio la razón riendo y se marchó con el chico. Miles se duchó y se vistió con las ropas que el asistente le había dejado preparadas y, cuando terminó de ponerse los zapatos, aparecieron James y Luke, también duchados y con ropa limpia.

—Vaya fin de gira... —dijo el teclista, pero Miles no lo escuchó. Necesitaba que la siguiente hora pasara rápido, porque sesenta minutos después de que pusieran un pie en la fiesta, Kaylee y él se marcharían, sin importarle en absoluto lo que dijeran Gerry, Andy o cualquier otra persona.

Alguien había conseguido ropa a las chicas, porque aparecieron arregladas, ambas con sendos vestidos negros. Kaylee estaba deslumbrante y Miles pensó que tal vez debería reducir a cuarenta y cinco minutos el tiempo que pasarían en la fiesta.

Se portó bien. Con Kaylee fuertemente agarrada de su mano, saludó a todos los que le indicaron, aceptó las felicitaciones con una sonrisa, posó para los fotógrafos y se dejó exhibir como un trofeo. Megan parecía haber hecho buenas migas con James y Andy, y todo el mundo destilaba buen humor. Cincuenta y ocho minutos después, Miles arrastró a su novia fuera del hotel.

—Mañana tienes la entrevista —le recordó Dean/Tim mientras los acompañaba a la calle, tratando de seguir el ritmo de sus largas zancadas con un ridículo correteo.

—Cáncelala.

—A Andy no le va a gustar...

Ni siquiera se molestó en contestar. Empujó a Kaylee dentro de un taxi y dio la dirección de su piso. Hicieron todo el trayecto en un silencio denso, que cargó la atmósfera de deseo contenido, y aguantó con las manos quietas mientras cruzaban el portal, saludaban al conserje (que les comunicó que había subido la maleta de Kaylee que había hecho llegar su eficaz asistente) y subían en el ascensor. En cuanto atravesaron la puerta de su piso, la abrazó por la cintura, mordió con suavidad la curva de su cuello y aspiró su olor. Se dijo que esta vez iría sin prisa, que saborearía cada momento, que se tomaría su tiempo para acariciarla.

—Rubia... —gimió al sentir los labios femeninos deslizándose por su cuello y unas manos urgentes que se colaban bajo su camisa haciendo que la sangre retumbara en sus oídos—. Si sigues así no vamos a llegar al dormitorio.

—Luego vamos allí. —La voz de Kaylee sonaba rota y su respiración se había vuelto pesada. Se aferró a sus caderas, esas caderas que lo anclaban al mundo, y la empujó contra la pared, presionando cada centímetro de su cuerpo contra el de ella.

—Todo, quítatelo todo —suplicó ella, tironeando de sus ropas—. Necesito sentirte entero, sentir tu piel.

Sí, Miles también lo necesitaba, así que haciendo un esfuerzo hercúleo se separó de ella para desnudarse y dejar que Kaylee terminara de quitarse las ropas. Contempló atónito toda su belleza sin poder creer que hubiera podido pasar tantos meses lejos de ella.

—Te quiero —susurraron casi a la vez y ambos se rieron, felices, algo sonrojados por el deseo, y también un poco tímidos. Entonces él acarició sus cabellos, algo cambió en el aire y se dirigieron sin prisas hacia el dormitorio. Se sentó en la cama y, cuando ella se subió a su regazo, cuando se vio reflejado en sus ojos tranquilos y notó el balanceo de sus caderas, supo que cada minuto de su vida, cada decisión buena o mala que tomó, cada nota que arrancó de su guitarra, cada verso que escribió, cada lágrima, cada sonrisa, todas y cada una de las gotas de sangre que dejó en el camino le habían llevado hasta allí, hasta aquella chica de voz inaudita y mirada tranquila, la única capaz de atravesar sus sombras y llenarlo de luz.

Epílogo

Un millar de voces entonó al unísono el estribillo de *After the Rain*, haciendo vibrar de emoción el aire del nuevo Blackheart, que, tras las obras de reforma realizadas el año anterior, había duplicado su capacidad. Kaylee sonrió a su entregado público y se hizo a un lado para que Megan se luciera con un espectacular e improvisado solo de batería que hizo aullar a su audiencia. Después, se abrió paso con la última estrofa, dejando que las palabras se derramaran como fuego líquido sobre los presentes.

—Venir a Portland es como volver a casa —afirmó algo emocionada. En aquella ciudad se había sentido libre por primera vez, había empezado a encontrarse a sí misma y se había enamorado. Siempre tendría un lugar especial en su corazón. Los últimos acordes flotaron en el aire, suspendidos en una sonora reverberación—. Muchas gracias por acoger el primer concierto de nuestra nueva gira y por este caluroso recibimiento. ¡Sois los mejores!

Sonaron gritos, aplausos, silbidos. Había costado tres años llegar hasta allí, tres años de grandes sacrificios y mucho trabajo, pero había merecido la pena. Cada minuto. Kaylee observó al público, sus rostros transportados tras una actuación en la que se había entregado por completo, dejándose la piel en cada canción que habían interpretado. Los asistentes coreaban su nombre y el de Megan con adoración, algunos pedían más canciones. No querían que terminara y ellas tampoco, a pesar de que, según su programación, aquel había sido el último bis. Se volvió hacia un lateral y tropezó con unos ojos brillantes, que llameaban de orgullo.

—¿Sabéis? Hoy tengo una sorpresa para vosotros —dijo extendiendo la mano. Miles se negó con una sonrisa divertida, pero Kaylee no se movió. Sin mirar a Megan, supo que su amiga había puesto los ojos en blanco. Se había convertido en una tradición y los fans de ambos grupos ya no se sorprendían con aquellas intervenciones. De hecho, hacían apuestas en Twitter tratando de averiguar en qué ciudad se organizaría un improvisado dúo de la pareja.

Miles cruzó el escenario con paso seguro y el público pareció enloquecer ante la visión del líder de The Wave, pero el rockero solo tenía ojos para su chica. Kaylee sonrió coqueta. Le gustaba saber que aún era capaz de mirarla así después de tres años, tres largos y difíciles años de separaciones y reencuentros, de hacer malabarismos con sus respectivas agendas, de equilibrar ambas carreras con su intensa relación... No había sido fácil, nada fácil, añorarse tanto, querer estar en dos lugares al mismo tiempo, el corazón siempre dividido entre el amor y la música, entre

la necesidad de aislarse en una burbuja donde el mundo exterior no los alcanzara y la de subirse a un escenario para exponerse por completo ante el público. Los dos primeros años habían sido los más difíciles, pero, después de su última gran gira europea, Miles había decidido espaciar los conciertos. Los viajes largos le costaban cada vez más y prefería dedicarse a la composición. Escribía música para otros grupos e incluso el segundo disco de las chicas había incluido un par de canciones suyas. Sin embargo, el escenario todavía lo reclamaba, no podía evitarlo. Ninguno de los dos podía hacerlo.

Kaylee sintió que la presencia de Miles ocupaba la escena, pero lejos de arrinconarla, la hizo crecer. En realidad, era como si juntos lo eclipsaran todo y no dejaran espacio para nadie más.

—Iremos con *Hand on Heart* —indicó a Megan y, acto seguido, rasgó las cuerdas de la guitarra. Tras los tres primeros e inconfundibles acordes, se detuvo y dejó que el público aplaudiera y chillara hasta quedarse afónico al reconocer la melodía. Les encantaba la versión a dúo de aquella canción, pero no se detuvo por ellos, ni por el aplauso. No lo hizo por crear expectación. No, aquella parada no era por el espectáculo: era porque ella necesitaba un par de segundos para recomponerse, porque cada vez que Miles se subía a un escenario y la miraba como si fuera el aire que necesitaba para respirar, todo su cuerpo parecía entrar en ebullición. Necesitaba esos segundos para que la sangre dejara de retumbar en sus oídos y su corazón se calmara un poco. Tres años y aún podía ponerla del revés. Casi se echó a reír, pero, en lugar de ello, volvió a tocar la guitarra, esbozó una sonrisa feliz y se zambulló en la canción.

Su voz clara, honesta y cálida pareció inundar la sala. Se concentró en la media sonrisa de Miles, que la contemplaba sin ocultar su fascinación. Lo vio alzar la mano para acercar el micrófono a los labios y se preparó para su entrada. Sabía en qué momento exacto entrecerraría los ojos y la atravesaría con su voz áspera y conmovedora y sabía que, una vez más, su piel se encendería como si él la hubiera acariciado, recorriendo con la voz cada milímetro de su cuerpo, exactamente igual que lo recorría en la cama con las manos y la boca siempre que tenía oportunidad.

—Cada vez que cantáis esa canción es como si os declararais el uno al otro y después hicierais el amor sobre el escenario. Debería resultar escandaloso y poco apropiado, pero, en realidad, es precioso —aseguró Megan en cierta ocasión—. Creo que da esperanzas a la gente de que el verdadero amor existe y por eso les gusta tanto... Me parece increíble que consigáis eso con una canción que he escrito yo —terminó orgullosa su exposición.

Kaylee desconocía si Megan estaba en lo cierto, si el público lo veía así. Solo sabía que cada vez que cantaban ese tema, ella sentía que se entregaban el corazón mutuamente, sin guardarse nada, ni siquiera un pedazo diminuto. Todo era para el otro, con la confianza de que siempre lo cuidaría, pese a las pequeñas peleas y las largas separaciones a las que tenían que enfrentarse.

Se deshizo de la guitarra. No la necesitaba, sabía que alguno de los otros músicos se haría cargo de su parte y, en aquel momento, con Miles a su lado, no quería barreras entre ellos. Estaban cada vez más cerca, cantando sin dejar de mirarse a los ojos, ajenos a todo lo demás, como si

estuvieran solos. Tan cerca que ya podía percibir su olor a menta y a jabón, y también un poco a sudor.

El solo de Megan no rompió el hechizo. Dejaron que la batería hablara mientras ellos seguían absortos el uno en el otro. Miles se inclinó sobre ella, muy despacio. Arañó su mejilla con la barba incipiente y notó el roce de sus labios en la oreja y la calidez de su aliento en el cuello.

—Cada día me enamoro más de ti, rubia. En el escenario y fuera de él —susurró con su voz ronca y oscura, esa voz que la envolvía como una manta acogedora a pesar de su aspereza, porque, cuando se dirigía a ella, vibraba con una ternura que carecía para el resto del mundo.

Se separaron un poco. Debían repetir el estribillo, pero ninguno de los dos cantó. Los instrumentos seguían sonando y Megan les dijo algo. No la escuchó; ni siquiera se movió. Solo eran Miles y ella, y ya ni siquiera la música importaba.

—Me gustaría que nos casáramos —dijo en vez de cantar. No lo había planeado, pero no se arrepintió de sus palabras.

La boca de Miles se curvó con esa sonrisa canalla con la que hacía tambalearse a las fans y a las cámaras.

—Llevo un anillo en la maleta desde Navidad —explicó sin ocultar su satisfacción—. Creí que todavía no estabas preparada.

—Lo estoy.

—Bien. Quiero que después grabemos un disco juntos.

—¿Quieres dejar The Wave?

—No. Quiero hacer un paréntesis y que tú y yo dejemos de invitarnos en el escenario y por una vez lo compartamos de verdad.

Los ojos verdes brillaban determinados y Kaylee sintió un furioso aleteo en su estómago.

—Quiero vivir en Portland, no en Nueva York —añadió ella a la lista de proyectos.

—Resulta que echo de menos la lluvia —declaró el rockero sin dejar de sonreír.

Kaylee se acercó el micrófono a los labios y él la acompañó copiando el movimiento. Los músicos seguían tocando en bucle el final de la canción. Se abalanzaron sobre el estribillo a destiempo, pero a nadie le importó. Las dos voces se elevaron al unísono en una perfecta espiral de luz y oscuridad y culminaron en un intenso estallido final que sobrecogió al público, sumergiéndolo en un silencio atónito. Un instante antes de que estallaran los vítores y los aplausos, Miles se abalanzó sobre ella y la aferró por la cintura. No dijo nada, solo la acercó a él y clavó en Kaylee aquellos impresionantes ojos verdes que siempre conseguían robarle el aliento.

—¿Y qué vamos a cantar en ese disco? —musitó, ajena a todo lo que no fuera él, mientras el Blackheart parecía derrumbarse a su alrededor.

—Tengo cientos de canciones de amor compuestas para ti, cariño.

—Creí que no escribías canciones de amor...

—Ese era otro Miles, el que existía antes de que una pianista rubia se cruzara en su camino para hacerlo feliz.

Kaylee sonrió.

—Tú también me haces feliz.

Le dio un beso rápido y se soltó de su abrazo para saludar al público. Después, cogidos de la mano, se dirigieron hacia el *backstage*. Miles tarareaba entre dientes una nueva melodía y Kaylee supo que aquella noche en su habitación del Sentinel, después de hacer el amor, compondría otra canción para ella.

Estaba impaciente por escuchar todo lo que le diría con su música aquel hombre intenso, oscuro e imperfecto al que amaba con todo su corazón.

FIN

Nota de la autora

Supongo que el origen de todo está en Kurt Cobain, en su voz ronca, conmovedora y melancólica, que me atrapó para siempre en mi adolescencia y ya no pude desprenderme de ella. Esa voz única, que se convirtió en la voz de una generación perdida y confusa, que iba a la deriva. Miles Baker no es Kurt Cobain, no le busquéis similitudes salvo, tal vez, en la descripción de su voz; su historia y su personalidad no tienen nada que ver con las del líder de Nirvana, pero si alguien se pregunta por el origen de esta novela, supongo que está ahí, hace algo más de dos décadas, cuando una adolescente escuchó una canción en la radio y esa voz que arañaba el alma se quedó grabada para siempre dentro de ella.

Quería hablar de voces únicas, de las que cambian el mundo, del proceso de creación, de caer y levantarse, de chicas que encuentran su propio camino y hombres capaces de derrotar a sus fantasmas y que, en medio de todo eso, creciera esta historia de amor tan arrolladora e intensa como el rock. Como siempre, no habría podido contarla sin el apoyo y trabajo de mucha gente. Desde luego, el de mi familia, sobre todo el de mi marido. No me cansaré de decirlo en cada una de mis novelas, porque su aliento y su apoyo son fundamentales. Eres mejor que cualquier héroe de novela.

También quiero agradecer el trabajo de mi editora Lola Gude y del resto del personal de Selecta que ha participado para que esta novela saliera adelante, especialmente a Laura H., que ha revisado el texto de forma exhaustiva y que ha comprobado con meticulosidad cada grupo de rock y cada título de canción que aparecen en la novela para que no hubiera ningún error.

Dicen que el mundillo literario está lleno de rivalidades, pero yo he encontrado a maravillosas compañeras, cuyo apoyo es importantísimo en esta labor tan solitaria como es la de escribir. Quiero agradecer su apoyo, a aquellas escritoras que conozco en persona y a las que trato a diario a través de las redes y que hemos formado una pequeña pero cálida comunidad. Son muchas y muy queridas, pero tengo que destacar especialmente a Mía Martín, primera lectora de esta novela, fan declarada de Miles Baker y sin la que nunca habríais tenido ese epílogo, porque fue ella la que me empujó a escribirlo. Gracias, Mía, por tu apoyo y por tu tiempo, por tus ánimos, por las largas conversaciones por *whatsapp* que me hicieron ver los puntos fuertes y débiles de la novela... Miles es ya un poco tuyo también.

Y, por último, a ti, que no solo has leído la novela, sino que has llegado hasta aquí. Gracias por comprar el libro, por leer *Tu voz entre un millón de voces*, por seguir la historia de Miles y

Kaylee. Espero que hayas disfrutado con ellos y con su música y que, si tienes un momento, lo compartas en tus redes o dejes un comentario en tu plataforma habitual. Siempre es de gran ayuda para los escritores y yo os agradezco vuestro apoyo de todo corazón.

Si te ha gustado
Tu voz entre un millón de voces
te recomendamos comenzar a leer
Tres días y una vida
de *Nuria Rivera*



Capítulo 1

Cuando Audrey supo que la convención anual de *Luxury House* iba a celebrarse en la isla de Menorca se dio cuenta de que, por mucho que ella quisiera retrasar lo inevitable, la contingencia la obligaba a actuar.

La casualidad era una broma del destino. Pero quizás, también, el empujón que necesitaba para resolver, de una vez por todas, el tema que tenía pendiente desde hacía tres años. Los mismos que llevaba viuda.

—En algún momento tendrás que ir y enfrentarte a ellos —le había dicho su amiga Alina, compañera en el departamento de casas de lujo en la inmobiliaria de Barcelona en la que trabajaba, y no le faltaba razón.

Sin embargo, aquel día no era un día cualquiera, sino un triste aniversario que hubiera preferido pasar muy lejos de allí. La vida tenía extrañas formas de recordarle las cosas que deseaba ignorar. Por razones que no quería dilucidar, enfrentarse a su ex familia política sacaba lo peor de ella. Así que decidió que cogería el toro por los cuernos, aunque dejaría pasar unos días más y luego resolvería su asignatura pendiente.

Mientras se preparaba para asistir a la cena de gala, con la que se concluía la reunión de las distintas sedes nacionales, un pensamiento cruzó por su cabeza. Se preguntó cómo seguiría Alina. Un contratiempo de última hora la había dejado en tierra y no había podido asistir al evento. Todo un fastidio porque, aunque no estaba sola, se sentía extraña entre sus compañeros.

Debió convocarla con el pensamiento porque el teléfono empezó a sonar y supo que sería ella.

—Dime que te has recuperado y que estás en la recepción a la espera de que te asignen habitación —suplicó con voz esperanzada, aunque le pareció que sonaba desesperada.

—Lo siento, Audrey, pero sigo atada a la cama y a la taza del cuarto de baño. No vuelvo a probar el sushi —contestó, quejosa y con tono apagado—. Lo único bueno de pillar una gastroenteritis es que, si no me deshidrato ni me muero, me he quitado de encima los kilos que me sobraban.

—¡Pero si a ti no te sobran kilos! —exclamó, escandalizada—. Bueno, me vengaré de alguna forma por dejarme sola.

—¿Qué tal las reuniones?

—Aburridas, pero rentables. Nuestra delegación es la que mejores números ha presentado —respondió, satisfecha.

—Eso es desde que estás tú en la oficina —afirmó su amiga entre risas.

—Eso es el trabajo en equipo. Si administras bien los recursos personales, todo es más rentable a la larga.

—¿Ya has ido a tu finca? —La pregunta la pilló por sorpresa, pero no pudo eludirla. Sabía que tenía que resolver el asunto—. Ponla en venta, ya. Así podrás hacer una oferta por la casa de la colina.

—Alina, eso queda fuera de mi alcance; aun vendiéndola y con ayuda de mis padres, tendría

una hipoteca altísima. La casa de la colina, como tú la llamas, necesita arreglos, no podría pagar el alquiler del piso. ¿Dónde iba a vivir mientras las reformas concluyeran?

—Vete con tus padres o ven conmigo —sugirió con seriedad—. Vende la casa de Menorca, deshazte del pasado, y empieza tu vida de una vez.

La casa de la colina era el sueño de Audrey. Una casona enorme de una vieja actriz en uno de los acantilados de Sitges, en la costa catalana, Villa Aurora. Le encantaba el lugar. Desde que se había hecho cargo de las cuestiones legales de su venta había quedado enamorada del sitio. Soñaba con poder comprarla desde entonces, pero era consciente de que era una utopía que solo podría ocurrir en su mente soñadora. Estaba fuera de su alcance, aunque eso no impedía que fantaseara con la posibilidad de adquirirla y así, de paso, evitaba pensar en su realidad. Llevaba demasiado tiempo sola.

—Me quedaré unos días para resolver *esos* asuntos —concluyó. Aquellos asuntos no eran otros que su ex familia política—. Cuando se enteren de que pretendo vender la casa pondrán el grito en el cielo.

—¿Y qué? Deja de tenerlos en cuenta, ellos no te han tenido a ti —refutó su amiga con queja—. Recuerda que son tu pasado, no tu futuro. Si no sueltas lastre no podrás avanzar. —Hizo una pausa y añadió—: Oye... ¿Con quién te ha tocado compartir la habitación?

—Con Marta —aclaró, y agradeció en silencio el cambio de tema—. Es un desastre, tiene todo desordenado. Acaba de marcharse. Va a la caza del sevillano.

—Algunas no desperdician las convenciones y se dan una alegría —alegó con sarcasmo—. Estarás preparándote para la cena y el baile, ¿no?

—Eso pretendo. Quiero que sepas que ha venido el guaperas de Madrid. ¿Cómo se llama...? Ah, sí, Julián. Lo he visto en la comida y está más bueno que cuando lo vimos en Navidad.

—Te dejo que te lo ligan, pero solo porque andas un poco necesitada.

—Gracias por el detalle, eres una gran amiga —soltó entre risas.

—¿Qué te has puesto?

—Un vestido de gasa negro con tirantes finos.

Miró su imagen en el espejo. Se gustó. Pensó que el rojo de un chal daría un toque de color atrevido al conjunto y, además, iría a juego con los *Stiletto*s que se había comprado. Ali le pidió que le describiera el *look* y pasó a detallarle el aspecto que mostraba. Su amiga no hacía más que preguntarle si se había maquillado o si llevaba el pelo suelto.

—Qué sí, pesada. ¿Te crees que no me sé arreglar? —la riñó—. Chapa y pintura, todo el lote. —Rio. No le gustaba usar rímel, tenía las pestañas espesas y ya le daban bastante mirada profunda a sus ojos oscuros, pero esta vez se había aplicado bien. Sabía que la gente la consideraba algo solitaria y anodina y, con seguridad, había cultivado una apariencia clásica que la hacía parecer más mayor de lo que era. Quizás era el reflejo de cómo se sentía. Así que aquel vestido era una declaración de intenciones. Tenía que volver al mercado, le había dicho su madre. ¡Su madre! Era el colmo. Aunque no le faltaba razón—. He usado el pack completo: rímel, maquillaje, pintalabios

rojo, melena bien hidratada y lisa y las tetas bien puestas con un sujetador *pin up*.

—Así me gusta. Ya verás que, si te lo propones, te das una alegría. No me seas mojigata y atrévete a entrarle a alguien.

—Ali... yo no soy así.

—¿Así? ¿Cómo? Mira, guapa, que sé que cuando conociste a Albert te empotró en la pared aquella misma noche.

—Era simpático y seductor.

—Y un cabrón, pero ese no es el tema. Esta noche no la pases sola, Drey. Date un homenaje en su honor.

Audrey revisó el reloj de su muñeca y vio que el tiempo se le echaba encima.

—Ali, tengo que dejarte. No quiero llegar tarde, te cuento luego.

—Vale, pásalo bien y hazme caso. Busca un hombre que te guste y a por él. Hoy es tan buen día como cualquier otro. Y mañana, si te he visto no me acuerdo.

Cortó la comunicación con una sonrisa en los labios. Su amiga era mucho más abierta que ella con el sexo opuesto; si alguno le gustaba no se andaba con rodeos. No es que pretendiera encontrar una pareja estable, pero sí se sentía ya preparada para dejar entrar a alguien en su corazón. Se censuró el pensamiento. No buscaba una relación, pero sí que iba a dejarse querer un poco si surgía la ocasión.

Entró en el salón donde tenía lugar la cena de gala y se dirigió a la mesa que tenía adjudicada la gente de su oficina. Se sentó junto a Cecilia, la mujer de Antonio, su jefe y amigo personal de su padre. Él la había ayudado a conseguir el puesto en el departamento económico-legal de la inmobiliaria; era la encargada de estudiar las ofertas y gestionar toda la parte fiscal y financiera.

Cecilia le dedicó una mirada maternal. Era una mujer grande, igual que el marido, simpática y un poco chismosa. Con vista felina hizo un barrido por la sala y, en unas décimas de segundo, le dio referencias sobre algunas de las mujeres de los directivos: las que llevaban botox y las que se habían operado. También le señaló a los solteros. Después, se dedicó a hablarle de dónde iría en vacaciones y le indicó lo bien que podría estar ella sin trabajar, dada su situación. Aquel comentario no le gustó, pero lo dejó pasar.

—¡Ay, niña! Con lo bien que podrías estar sin trabajar. —La mujer se abanicó con brío y continuó—. Con la pensión que tienes podrías vivir del cuento.

—Pero me aburriría como una ostra.

Miró al resto de comensales: Germán, Marta, Sara y Lourdes, que se había sumado al no asistir Alina, y agradeció que no estuvieran pendientes de ellas.

—Pienso pasarme las horas libres de mañana en la piscina —anunció Marta y con ironía señaló—. Claro, si no tengo nada mejor que hacer.

—Yo creo que las pasaré en la cama —contestó Audrey, sin pensar, pero con intención de

involucrarse en otra conversación.

—Pues si vas a hacerlo sola, es una pérdida de tiempo —ironizó Sara. No le pasó desapercibido cómo miró su compañera a Julián, que caminaba cerca de su mesa con otro hombre y le dedicó una sonrisa de anuncio.

La cena fue distendida, hablaron de los logros conseguidos y las metas futuras. Se dio cuenta de que Germán estaba muy pendiente de ella, pero la miraba más como un hermano mayor que como un hombre. Pensó en su amiga Alina, ella le daría la vuelta a esa mirada. No tenía ninguna intención de liarse con un compañero, pero aquel trato la descolocaba. Sin darse cuenta dirigió la vista hacia la mesa contigua y se encontró con los ojos depredadores de Julián; aquel repaso sí era peligroso. Con una mueca en los labios le guiñó un ojo y levantó su copa hacia ella. Le sonrió divertida y lo imitó.

Tras los postres, el presidente de la compañía hizo un pequeño discurso de despedida. Después, la gente empezó a levantarse de sus asientos y, muchos, se dirigieron hacia una barra que habían abierto en uno de los lados de la sala. Los camareros se apresuraron a retirar las mesas que quedaban vacías y en unos minutos se dispuso de una pequeña zona de baile.

—¿Cómo estás? Hoy no debe haber sido un día fácil para ti —inquirió su jefe con cariño al sentarse a su lado; su esposa se había levantado para hablar con la mujer de otro directivo. Asintió a la vez que le sonreía—. Quédate los días que precises. Nosotros nos marchamos mañana, pero si necesitas cualquier cosa solo tienes que llamarme. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro, Antonio, gracias. No creo que me ocupe más de tres o cuatro días. La próxima semana empiezo las vacaciones y no pienso dedicarle más tiempo del necesario. Te agradezco los días que me has dado.

—Te los has ganado.

El baile dio comienzo y la pequeña pista se llenó de parejas y gente danzando suelta, al son de la música ochentera. Cecilia apareció risueña y estiró su mano para que su marido la tomara.

—Mí legítima me reclama —dijo Antonio, con una mueca divertida en la cara a la vez que se levantaba y cogía la mano de su esposa. Audrey los despidió con una sonrisa.

Marta se acercó con una copa en la mano y un mohín en los labios.

—¿Cómo va la noche? —preguntó, sin deshacerse de la mueca que adornaba su cara—. Vas estupenda, chica.

Con un gesto de cabeza agradeció el cumplido y respondió.

—Bien. ¿Y a ti?

—De momento muy bien, tengo planes para después —le comunicó, con un tono de confianza indecente.

Audrey no quiso aparentar que se sorprendía, pero le asombró la facilidad que tenían algunas chicas para encontrar rollo. Con humor negro pensó que quizás ella tenía puesto un letrero luminoso en la frente que indicaba que estaba en desuso. Germán había estado muy solícito con ella en la mesa, y eso evitó que otros chicos se le acercaran. Quizás daba una imagen de alguien

frágil, insegura y tímida y, si eso era así, la culpa era solo suya. Al mirar hacia la pista lo vio dar saltos con otros compañeros, al ritmo de Alaska y Dinarama con su *A quién le importa* y lo saludó, con el brazo alzado, cuando este le hizo gestos para que se integrara en el grupito danzarín. Marta seguía a su lado y las dos rieron al verlo tan entregado, pero al pasar Kiko, el amigo sevillano, a esta le brillaron los ojillos y se despidió de ella, a la vez que se dejaba abrazar por la cintura por el hispalense mientras se acercaban a la pista.

No quiso quedarse sola allí, con la vista clavada en los demás, se dirigió a la barra y se pidió una Coca-Cola. Al girarse, vio a Julián que se aproximaba. La miró como si fuera una cervatilla y, sin saber por qué, la molestó. Cuando lo tuvo al lado, él se pidió un gin-tonic y le preguntó con curiosidad.

—Y tu amiga, ¿no ha venido?

—¿Alina?

—Sí, la de los ojos verdes.

—Ha tenido un contratiempo —contestó, y bebió un par de sorbos del vaso.

—Bueno, pero tú sí que estás aquí —replicó él, misterioso. Audrey fue consciente de cómo le miraba el escote y le gustó que por lo menos alguien la viera como mujer, no como una desvalida —. ¿Bailas?

Durante un largo segundo lo pensó, pero no le apetecía. Negó con la cabeza. Lejos de desanimar al chico, este la cogió por la cintura y la sacó del gentío que se arremolinaba frente al pequeño mostrador de bebidas. Julián desplegó todo un espectro de seducción, pero Audrey estaba más pendiente de hacia dónde movía su mano, que había puesto distraída en el final de su espalda, que de las cosas que le susurraba. No sabía por qué, pero Julián no la motivaba nada. Sí, estaba muy bien, era guapo y tenía ese carisma que atrae a las mujeres, pero a ella la tenía fría. Ni una pestaña le movía. ¿Sería rara?

—Si me dices cuál es tu habitación, podré ir a darte las buenas noches.

—No sé si quiero que me des las buenas noches —contestó con una sonrisa y se movió con discreción para soltarse de su agarre.

—Lo podemos pasar bien —propuso, descarado, con una sonrisa maliciosa en el rostro—. No seremos los únicos que lo hagamos. Eso sí, nadie tiene por qué enterarse.

—Tienes mucho peligro —arguyó, sonriente y guasona, y él le retiró un mechón de la cara. Con delicadeza, le rozó la piel con la yema de los dedos. Hacía tiempo que no se sentía deseada por alguien; Julián tenía pinta de acostarse con quien se le pusiera a tiro. Pensó si ella sería capaz y, aunque le hubiera gustado decirse que estaba deseándolo, se descubrió con ganas de escabullirse de sus atenciones.

Sujetaba el vaso como si fuera su tabla de salvación y bebió algunos sorbos rápidos, nerviosa, porque él parecía querer besarla. Al terminar la bebida buscó un lugar donde abandonarla y el momento que él había creado se rompió.

—¿Es cierto que vivías aquí, en Menorca?

—Sí, pero hace tiempo.

—Me encantaría que me enseñaras las calas más íntimas y secretas.

Se sonrió, nerviosa. Julián volvió a pegársele mucho y le susurró al oído.

—Debe ser muy tierno hacértelo.

—No voy a acostarme contigo —le aclaró de repente y puso de nuevo distancia con él. No sabía qué era, pero la hacía sentir incómoda.

—Estoy convencido de que, si me dejas, puedo hacerte cambiar de opinión. Tú piénsalo, ¿vale?

Julián le dio un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de sus labios, y se despidió con un guiño de ojo. Audrey lo vio alejarse y acercarse a otra chica que no le puso reparos para que la besara en el cuello. Respiró hondo y negó con la cabeza, como si se censurara a sí misma. Quizás tenía que ser más abierta y desinhibida, y dejarse de remilgos. Julián era un depredador, pero ella no quería a un hombre para casarse, sino para pasar un buen rato.

Una de las compañeras de Oviedo se acercó a ella y tiró de su mano para llevarla a la pista. Se unió a un grupo de distintas ciudades que bailaban, como adolescentes, dándolo todo, mientras coreaban los ritmos ochenteros. Pasó un rato divertido entre risas, pero tras varias canciones sintió que no tenía fondo ni aguante para seguir. Con discreción se escabulló hacia la terraza, donde, tras sortear la piscina y bajar unas escaleras, se encontró en la playa en la que se situaba el hotel. Divisó unas camas balinesas en la arena y caminó ligera hasta alcanzar una de ellas. Al llegar se sentó y se quitó los zapatos, los abandonó a su lado; sin reparo se dio un pequeño masaje en el puente del pie y se recostó sobre unos cojines circulares. La iluminación del hotel y la luna a medio menguar creaban un juego de luces y sombras propio de amantes. Estaba tan a gusto allí, con la vista del mar y el sonido de las olas al romper en la orilla, que se dejó vencer por la paz del lugar. A lo lejos, algunas parejas paseaban cerca del agua. Contempló cómo alguna se besaba de forma apasionada y les auguró una noche llena de placeres. También le pareció ver a Julián con otra chica y tuvo la impresión de que ya había encontrado a quién darle las buenas noches.

Recordó a Alina, le escribió un mensaje y se lo envió. Era más de medianoche, pero quería que su amiga supiera que se acordaba de ella.

Unas voces interrumpieron la paz que había encontrado.

—Te digo que solo tienes que sonreírles y luego, cuando ya entremos en ambiente, te vas con cualquier excusa.

—¿Pero es que no puedes ligártelas tú solo?

—Podemos compartir, ¿cuál te gusta? ¿La rubia, la morena? ¿La bajita? Joder, tío ¿es que vas a volverte un monje? ¿Cuánto llevas, seis, ocho meses?

—No me jodas, Harper. Ya sabes que no quiero rollos. Y son cinco.

—Pero algún día tendrás que probar. Hay una fiesta por ahí, seguro que hay chicas que, al verte, se te echarán encima enseguida... Se llama Jocelyn.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? La chica que te ha entrado. Está claro lo que quiere. Le interesas tú. Pero

puedes escoger. Si no tienes que hacer nada. Ellas lo hacen todo.

—¿Por qué no te vas a que te den?

—Eso me gusta hacerlo a mí y creo recordar que, hasta hace unos meses, a ti también.

—No estoy para fiestas. Déjame en paz.

—No seas así. Vas, les sonríes y me las dejas. Les he dicho que te harías unas fotos. Venga tío, a lo mejor te gusta alguna. Están muy buenas.

—¡¿Cómo quieres que te lo diga?! —inquirió el hombre, con tono de enfado—. Se me ha muerto. ¡Joder! No se me levanta. No quiero hacer el ridículo. Sería el colmo de la vergüenza.

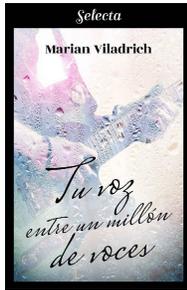
Audrey casi mantenía la respiración. La brisa le hizo notar la ira del hombre. No le gustaba escuchar conversaciones ajenas, pero no había tenido opción de hacerse notar de alguna manera y, después de las primeras frases, se dio cuenta de que era mejor no delatar su presencia. Tras aquella confesión rezó para que no la descubrieran. No sabía quién podría tener semejante problema, pero sí sabía que para los hombres su virilidad y hombría se medía en términos de potencia sexual.

Durante un segundo no escuchó nada, solo el rumor de las olas, hasta que el primer hombre soltó un «de acuerdo» que, a Audrey, le pareció poco convincente y presintió que se marchó. No sabía qué hacer, lo mejor era esperar un momento y salir de allí con discreción. Entonces su teléfono rompió el silencio del lugar y lo cogió con toda la premura de la que fue capaz, para no revelar su posición. Sin embargo, al instante, una cara de pocos amigos apareció en su campo de visión y la miró con el ceño fruncido y una dureza que le atravesó el corazón. No fue capaz de decir una palabra ante aquellos ojos clavados en ella que parecía que la juzgaban, sentenciaban y estaban a la espera de ejecutar el fallo.

Con la voz apagada susurró a su amiga que la llamaría más tarde y cortó la comunicación.

**Es oscuro, cínico, huraño y egoísta.
Miles Baker, antiguo dios del rock, es ahora un ermitaño incapaz de
escribir una canción.**

¿Quieres salvarlo o te hundirás con él?



Nada queda del aclamado líder de The Wave, la exitosa banda de rock que se perdió en una espiral de autodestrucción. Tras varios años tocando fondo, su representante ha conseguido un contrato con una discográfica y parece decidido a rescatar al grupo del olvido.

Miles sabe que es una lucha imposible, porque hace años que no consigue componer nada. Dentro de él, solo hay silencio.

Kaylee Howard es una estudiante de piano clásico que lleva una vida tranquila y ordenada. Sin embargo, esconde un secreto: no quiere ser pianista, sino cantante de rock. Impulsada por una de sus profesoras, se presenta a una audición, aunque tiene muchas dudas sobre su futuro.

Cuando cantan juntos, Miles y Kaylee pueden hacer tambalear el mundo. Hay demasiadas barreras entre ellos, pero... ¿es posible que ambos sean el impulso que necesita el otro para superar sus miedos y liberar todo su talento? ¿Podrá el amor llevarles a lo más alto o acabará por destruirles?

Marian Viladrich (Madrid, 1978). Estudió Periodismo y tiene un Máster en Literatura Española por la Universidad Complutense de Madrid. Inició su carrera profesional en Radio Nacional de España, conduciendo programas de música clásica. Después ha trabajado en prensa escrita e internet y edita un blog sobre maternidad y literatura infantil. Su primera novela, *La chica de su hermano*, quedó finalista en el VIII Premio de Novela Romántica Vergara-RNR. Lectora voraz de distintos géneros, le apasionan las novelas románticas, la música rock y la fotografía.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Marian Viladrich

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-35-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Prólogo

[1] WNYU-FM: Emisora de radio universitaria, operada por alumnos de la Universidad de Nueva York.

Capítulo 3

[2] Siglas de Portland State University (Universidad Estatal de Portland).

Capítulo 10

[3] El Parque Estatal de Cherry Springs, en Pensilvania, está considerado uno de los siete mejores lugares del mundo para contemplar las estrellas. En una noche clara, se pueden ver hasta 30.000 estrellas en el cielo.

Capítulo 16

[4] La ola.

Índice

Tu voz entre un millón de voces

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Epílogo

Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Marian Viladrich

Créditos

Notas